

CARAS Y CARETAS

EL NUEVO SEMBRADOR

LA MALA SEMILLA



Los TEATROS *y la* MUSICA *en* BUENOS AIRES

EL «CABARET» EN LA ESCENA. — No sería quizás justo afirmar que nuestra producción literaria o intelectual se caracteriza por el espíritu de imitación, pero en sus manifestaciones populares se advierte una tendencia tan marcada a aprovechar los hallazgos ajenos y a valerse de las analogías triunfantes, que quien mira el desarrollo de la cultura general podría inclinarse a pensar desfavorablemente acerca de nuestra honestidad de conciencia. Apenas apareció CARAS Y CARETAS y obtuvo el éxito que sabemos, proliferó un semillero incontable de periódicos con títulos parecidos, que de cualquier manera querían significar con aliteraciones similares que su contenido ofrecía todo lo respetable y todo lo ridículo del momento histórico mundial. Proviene ello, probablemente, de la suposición pueril que atribuye el éxito a la casualidad o al nimio atractivo de una circunstancia secundaria; pero sea como quiera, el hecho es constante y real.

En nuestro teatro ha sucedido algo semejante. Apenas mereció la aprobación del público una pieza que lleva por nombre dos largos versos octosílabos — «Hasta la hacienda baguala cae al jagüel con la seca», — ya salieron a relucir otros muchos parecidos: «Hasta la laucha más floja hace un aujero en el queso», «Hasta el pelo más delgao hace su sombra en el suelo», «Que el que esté exento de culpa tire la primera piedra», «Es sonso el cristiano macho cuando el amor lo domina»... Pero si el caso da muestra perfecta de una falta asombrosa de imaginación y de un mal gusto todavía más sorprendente, la imitación de los recursos puestos en práctica por un autor para infundir interés en su obra exhibe una condición muchísimo menos tolerable, que confina con el plagio y reduce la dignidad de la creación a un simple juego de habilidad para elegir los materiales concebidos por los demás.

Sucede esto con las escenas de «cabaret», puestas en las tablas por no menos de treinta producciones en estos últimos años. Si no nos equivocamos, la racha de cafés cantantes, casas de baile y restaurantes nocturnos se inició con el establecimiento fundado por el conde Chopín, de «El tango en París», de García Velloso. Allí el cabaret fué un expediente para rehuir la dificultad realmente grande de presentar varios tipos argentinos en la capital francesa, y una ingeniosa invención para sugerir el ambiente extranjero e insólito para nuestros espectadores. Poco después vino «Los dientes del perro», de Weissbach y González Castillo, y el cabaret fué un atractivo para el gran número de personas que no han concurrido ni concurrirán jamás a esos locales vergonzosos; fué algo así como la revelación de lo que ocurre en los antros del vicio, cuyas atrocidades despiertan, junto con el asco, una especie de curiosidad malsana. Pero el atractivo resultó exagerado: una plaga de cabarets ha inundado el teatro nacional, y ahora no se los usa en calidad de expedientes de técnica escénica o de pintura de ambientes determinados, necesarios para la acción teatral, sino sencillamente como cuadros para la presentación de números de variedades — bailarines, cantantes, acróbatas, concertistas — transformando la composición dramática en un género híbrido y bastardo, en que el tango procaz reina soberano.

No hemos de hacer la lista de tales producciones porque son muchas, pero ellas no agregan absolutamente ninguna honra a nuestro teatro y con ellas nuestros autores denotan que el ideal no ha llegado todavía a desprenderse del barro que lo retiene acá abajo.

«HASTA LA LAUCHA MÁS FLOJA HACE UN AUJERO EN EL QUESO», DE LOS SEÑORES A. DE BASSI Y J. C. OSVAL. — La nueva compañía de sainetes y revistas formada por la empresa González y Alvarez en el teatro Porteño, bajo la dirección artística de don Carlos M. Pacheco, ha iniciado su actuación con el estreno de la pieza «Hasta la laucha más floja hace un aujero en el queso», de los señores Antonio de Bassi y Juan Carlos Osval, y el público y la crítica la han recibido con manifiesta complacencia. La compañía, constituída por hombres nuevos en las tablas para la generalidad de los espectadores, tiene cierta unidad de nivel, cierta homogeneidad de elementos, que le prestan no escaso mérito; pero revela al mismo tiempo no sé qué de zurdo y de falso en sus representaciones, algo que tiene de novicio y de improvisado, y que, sin embargo, manifiesta ya un amaneramiento de vetustez y una tendencia a la estilización, que sorprenden en actores jóvenes, cuyo principio debiera ser la renovación y el progreso.

La pieza de los señores de Bassi y Osval es un sainete ligeramente excesivo. Cierta familia constituída por tres muchachas, un joven, el padre y una tía vieja y soltera, vive cerca de la fonda de don Genaro, cuyo hijo Pichín y cuyo sobrino Carlín, son un par de tontos sobresalientes. Dos de las muchachas pescan a los tontos, pero el fondero se niega a permitirles que se casen y, ellas, desesperadas, recurren a la intervención de un amigo de su padre, don Servando, quien habla con el fondero y lo convence por medio de argumentos sentimentales.

Esa es toda la acción. Los tres cuadros transcurren exclusivamente ocupados por escenas de extremada comicidad, en que los actores que representan a Pichín y Carlín muestran sus cualdades de parodistas, exagerando la caricatura de los ingenuos italianos, tiranizados por el viejo don Genaro, o con los pujos aristocráticos de la tía, igualmente inmoderada en su caricatura del orgullo familiar. Nada hay en la obra que pinte un carácter real o describa un ambiente; todo se reduce a obtener la risa, la carcajada del auditorio, sin parar mientes en los medios. No es, pues, esta obra la que revela la aparición de un talento teatral, ejecutor fiel de la ridiculez humana o agudo observador de los vicios y virtudes de su tiempo.

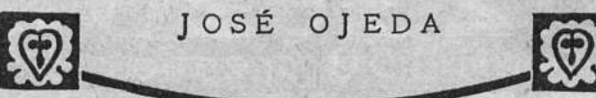
Las señoras Fuentes y Sánchez y los señores Cicarelli y Giacobino ponen de manifiesto dotes superiores a sus papeles; pero arrastrados por el desenfreno de la farsa, se dejan llevar a extremos de bufonería ante la hilaridad que provocan, y falsean las situaciones por abuso de gestos — cosa que por lo general sucede a los principiantes, cuando encuentran un éxito fácil. — La medida y la moderación, sin embargo, podrían hacer de ellos excelentes artistas para producciones de mayor vuelo.

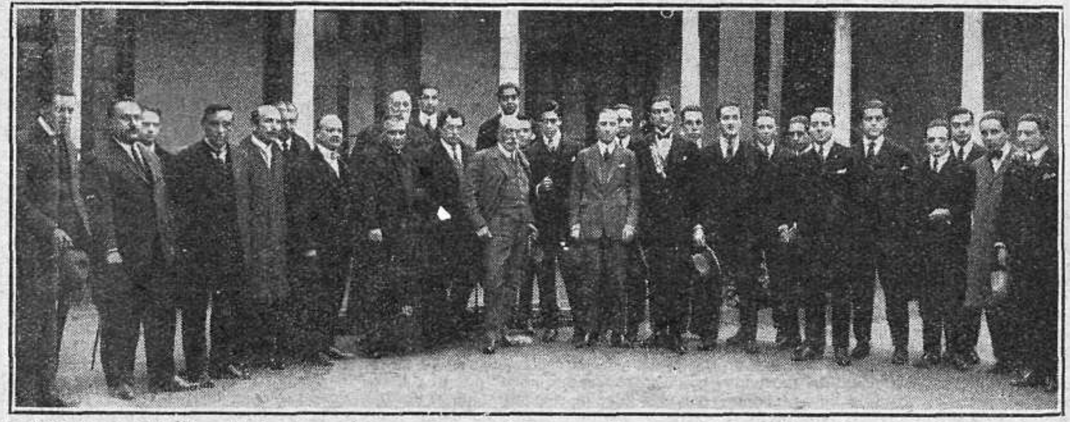
«URUTAÚ», DE DON FLORENCIO PARRAVICINI. — Este año ha comenzado tarde la temporada habitual de la compañía de don Florencio Parravicini en el teatro Argentino. El prestigioso y gran cómico se había tomado largas vacaciones, y el público ha dado muestras de haberlo echado de menos, a juzgar por las manifestaciones que le prodigó a su vuelta. Se presentó con un vodevil francés — «Margoulin ne s'en fait pas», de Mouezy-Eon y André Mycho, no traducido ni adaptado a nuestra escena, sino rehecho para el teatro Argentino por el propio director y primer actor de la compañía, bajo el nombre de «Urutaú», — y desde la primera representación obtuvo tal triunfo, que es muy rara la velada en que queda alguna localidad vacía.

Como todo vodevil respetable, «Urutaú» ofrece una acción tan complicada como arbitraria. Una compañía cinematográfica se encuentra impresionando una película en cierto bosque cerca de Zárate, y está a punto de fallar en la escena culminante de un combate de guerra por la falta de uno de los actores, cuando se le presenta un campesino de Corrientes, Sinibaldo Urutaú, en busca del cuartel en que ha de presentarse a cumplir su servicio militar; el director de la compañía encuentra en el recluta un tipo adecuado para representar el papel del centinela, y le hace creer que su regimiento es la propia banda cinematográfica, entregándoselo al operador para que le enseñe sus deberes militares, muy poco parecidos, por cierto, a los que se practican en las instituciones bélicas. La película se imprime con toda felicidad, no sin que Urutaú caiga enamorado del actor Larrosa, que desempeña un papel femenino. En el segundo acto el paisano da por fin con el cuartel en que ha de recibir la instrucción para la defensa de la patria, pero aleccionado por los servicios prestados anteriormente, realiza tal cúmulo de maniobras extrañas y fantásticas, que sus jefes acaban por creerlo loco, opinión que se robustece al verlo perseguir al actor aquel de la personificación femenina, que también es conscripto. Una artista francesa, amiga del mayor, persigue a Larrosa y acude en su busca al cuartel, donde, descubierta por el jefe, tiene que engañarlo fingiéndose celosa y amenazándolo con disfrazarse de soldado para espiarlo. El mayor se alarma ante el posible escándalo, y trata de evitarlo donda orden al capitán para que expulse sin ruido a la intrusa. Urutaú se deja sorprender en coloquio con el conscripto Larrosa, y declara al capitán que ese soldado es mujer. Puede imaginarse cuantos equívocos y enredos se enmarañan con ello. En el tercer acto, que ocurre en casa de la artista francesa, se reanuda la impresión de la película, y la sucesiva aparición del mayor, de Larrosa, de Urutaú, de los actores y directores cinematográficos y del capitán, enredan todavía la madeja con la transformación del protagonista en coronel y con los incontables incidentes de una acción ya completamente descabellada. Todo se arregla al fin con la llegada de la novia de Urutaú, la sirvienta de la artista francesa, que devuelve a todos su respectiva personalidad.

Estas peripecias extravagantes e hiperbólicas sirven al señor Parravicini para realizar la caracterización de un criollo correntino con la perfección admirable de indumentaria, de actitudes y gestos, de acentos e inflexiones prosódicas, con que crea siempre sus personificaciones. La salida de Urutaú a escena — acompañado de su novia y de su futuro suegro, en busca del cuartel — es de una verdad tan maravillosa, que sólo se reconoce al actor por su inconfundible dominio de las tablas: habla en guaraní y nadie puede substraerse al efecto de comicidad que provoca; juega con el pequeño lío de sus bártulos, y es imposible negarse a ver en esos movimientos la expresión de la ingenuidad campesina. Luego la acción se complica y la personalidad del criollo se diluye, pero el tipo correntino se mantiene intacto y continuo, a pesar de las mil inverosimilitudes de la fábula. La pieza, por más inmoderada que sea en chuscadas, da nueva ocasión al gran artista para revelar una vez más sus extraordinarias condiciones de mimo. A su lado sobresalen las señoras Conti y Zapata, y los señores Podestá, Pecci y Cullen.

JOSÉ OJEDA





SANTIAGO DE CHILE. — El director, profesores y algunos alumnos reunidos para celebrar el 108.° aniversario de la fundación del Instituto Nacional.

LA SUGESTIÓN COMO BASE DE LA MEDICINA

Se encuentra actualmente en Londres el eminente psicólogo francés Emilio Cous, de la Universidad de Nancy, quien ha creado muchos adeptos entre la buena sociedad francesa por sus prédicas en pro de la autosugestión para lograr una cura radical de todas las enfermedades consideradas como incurables por las eminencias médicas.

Ha dicho que él personalmente no cura a nadie, sino que solamente enseña a las gentes de buena voluntad la manera de curarse a sí mismas repitiendo diariamente y por un grandísimo número de veces: «Todos los días me siento mejor».

Cuantas veces ha dado conferencias acerca de la autosugestión, los locales en que se presentaba eran insuficientes para contener la enorme concurrencia que asistía a los experimentos del psicólogo, teniendo que regresar a sus casas innumerables personas que no alcanzaban sitios.

Cous es un hombre de la apariencia de M. Poincaré, con la sóla diferencia que sonríe constantemente, burlándose a la vez de todos sus enemigos que lo toman por loco.

El camino. — Preguntaba a todos, pero para eso volvía la cara.

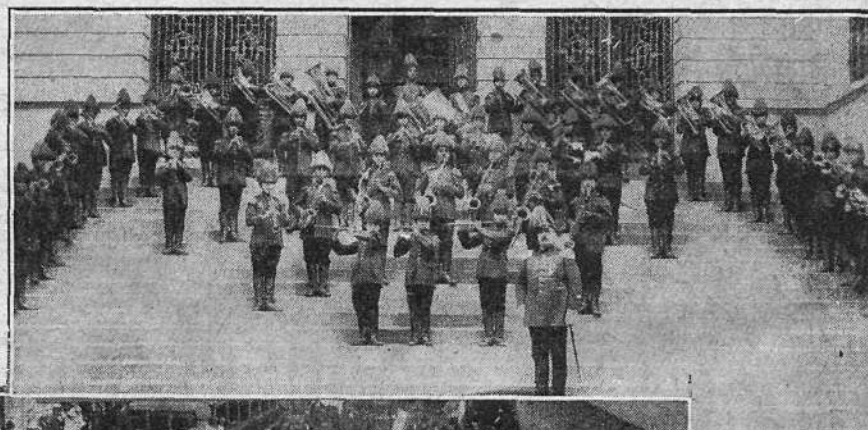
Hasta que un día un caminante le dijo:

— Delante y no detrás de nosotros está el camino.

La tortuga. — La golondrina lloró un día mirando el vuelo de las águilas.

Pero no se fijó que se había detenido sobre la caparazón de una tortuga.

"Caras y Caretas" en Bolivia



LA CELEBRACION DEL 6 DE AGOSTO.— Siguiendo una costumbre tradicionalmente impuesta, el pueblo boliviano ha celebrado el 97.º aniversario de la fundación de la república, con un programa interesante, en el cual se ha destacado la jura de la bandera por parte de los alumnos de las escuelas y colegios, que en número de doce mil, más o menos, concurrieron a este acto realizado por primera vez. Iniciador de esta demostración patriótica ha sido el actual ministro de Instrucción Pública, doctor Felipe Segundo Guzmán, quien pronunció, con tal motivo, un brillante discurso, asimismo el rector de la Universidad, doctor Moisés Ascarrunz, que recibió el juramento de los escolares en medio de las delirantes ovaciones del pueblo.





EL PESCADOR Y EL MARINO

Inice estaba sentada junto a la ventana, contemplando el mar.

Como se encontraba sola soñaba...

"¡Qué felices deben ser las mujeres que viven al sur, allá lejos, al otro lado del mar! ¡Yo he oído que esas mujeres contemplan el sol a diario y se cubren con velos de alegres colores, que, al bailar, se agitan y revolotean en torno suyo! ¡Durante el día se pasean en lindos palanquines, y a media noche, cuando la luna está en lo más alto del horizonte, suaves campanas las despiertan y las barcas las conducen a través de lagos encantados! ¡Una voz, en la noche cálida, murmura en sus oídos palabras de amor, y a la orilla del río, entre flores aromáticas, danzan al son de los himnos nupciales con bizarros guerreros y apuestos marinos! ¡Ah, qué felices son, Dios mío, ellas, las mujeres que viven al otro lado del mar!..."

Inice miró al reloj, cuyo ruido monótono parecía repetirla: — "¡Lejos de aquí!... ¡Lejos de aquí!..."

—¡Oh, sí, lejos de aquí! — suspiró la pobre mujer del pescador. — Desde este rincón en que estoy, tan sólo escucho soplar el viento y rugir a la tempestad... ¡La cabaña es tan estrecha, tan obscura y estoy en ella tan sola!... ¡Dios mío, qué felices deben ser las mujeres al otro lado del mar!

"¡Lejos de aquí!... ¡Lejos de aquí..." repetía, monótono, el tictac del reloj...

De repente el pescador, su marido, entró. El sudor mojaba su frente, la escarcha había cubierto su barba ruda y el duro trabajo había curtido su rostro. Mariscos y pescados bullían en la red que llevaba sobre la espalda.

—¡Brr!... — gritó — ¡Te aseguro que se está mejor fuera que aquí dentro! ¿Por qué no encendiste el fuego?

Inice pensó en aquellas voces del otro lado del mar que murmuraban dulces palabras de amor.

Sin darle respuesta, levantóse para encender el fuego.

Mientras tanto el pescador dejó la red; después frotándose las manos, dijo:

—¡Mira, mujer, qué peces tan hermosos! El rey no los tendrá mejores. ¡Ha sido una buena redada!

Y, diciendo aquello, se echó a reír ruidosamente.

—Es cierto — respondió Inice.

Pensaba ella en los marinos vestidos de azul, que danzan bajo la luz de la luna con las jóvenes de lindos velos.

Pero el pescador, girando sus ojos feroces, dijo:

—Oye ¿por qué no gritas como yo: "¡Oh qué pesca tan grande! ¡Ah, qué peces tan hermosos!"

—¡Qué peces tan hermosos!... ¡Qué pesca tan grande! — dijo Inice

Y el tic-tac del reloj decía a su vez... — "¡Ah, que pesca tan grande! ¡Qué peces tan hermosos!"

—Anda, ven a sentarte sobre mis rodillas — dijo el pescador.

Inice obedeció, sin mirar a su marido. Sus ojos, más allá de la estrecha ventana, no veían más que la noche.

—¿Qué miras de ese modo, a través de la ventana?

—Los barcos que navegan hacia el sur.

—No son barcos, son nubes. ¿Tomas las nubes por barcos?

—Sí — respondió maquinalmente Inice.

Abandonó las rodillas de su marido, y después preparó y sirvió la frugal comida.

El pescador comía glotonamente, bebiendo el vino en la misma botella.

Inice, que veía desaparecer los grandes bocados, soñaba con los lindos marineros de los cinturones azules, que, allá lejos, al otro lado de las vastas inmensidades acuáticas, beberían y cantarían en los jardines iluminados, comiendo con el borde de los labios.

—Bueno, ¿y tú no comes? — gruñó el pescador.

—No tengo ganas.

—¡Prueba este pescado!

Inice movió la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa?

Inice permaneció silenciosa.

Entonces el pescador enjugóse la boca con el dorso de la mano, y dijo, mirando fijamente a su mujer:

—¡Ni comes, ni bebes! ¿Qué te pasa? Todavía no está viejo tu traje, y en Pascuas te compré un zagalejo rojo...

—No me hacía falta el zagalejo.

El pescador sospechó entonces que su mujer tenía algún secreto que le roía el corazón.

—¡Es curioso — dijo; — yo creía que nada te faltaba! Nuestra cabaña es sólida; apenas si mi amigo el viento hace temblar sus vidrieras. Tenemos leña para calentarnos, una buena cama para dormir y mi red puede alimentarnos; tú vistes tan bien como las demás, y el domingo, en la iglesia, eres la más bonita. ¿Entonces, dime, qué tienes?

—Tengo miedo cuando estoy sola.

El pescador inspeccionó la estancia en todas direcciones, como si se hubiera buscado a sí mismo.

—¿Sola? ¿Luego... estás sola?

—Sí, cuando sales al mar estoy sola desde la mañana a la noche.

—¿No quieres charlar con las vecinas?
—Quisiera, pero todas ellas se van al lavadero a lavar la ropa de sus hijos.
—¿Por qué no hablas con mi hijo?
—Es todavía muy chiquito; además, está ciego, no conoce los colores ni las formas de las cosas.
El pescador dirigióse hacia la camita donde descansaba el niño ciego y dijo:
—Le gusta más dormir que hablar.
Inice, sin moverse de su sitio, bajó la cabeza y miró al suelo.
El pescador contempló un momento a su hijo dormido; después, volviendo junto a su mujer, le dijo:
—¿De modo que te encuentras sola? ¡Es curioso! ¡Yo no estoy nunca solo! Lo estaría; pero tengo un compañero que se llama Djinn, y con Djinn hablo a veces días enteros. ¡Ah, las historias que me cuenta!... Yo quisiera que tú las oyeses. Oyéndolas te divertirías.
—Tú te diviertes — repuso Inice — y yo... ¡tengo miedo, tiemblo! El huracán aulla bajo mi ventana.
—El trueno que hunde los barcos grandes perdona a los pequeños.
—Es verdad, pero también lo es que hay mujeres que viven en las tierras del sol! Llevan en el cuello collares de coral, flores en la cabeza y danzan hasta que se hace de noche! ¡También yo quisiera bailar! ¡Todavía soy joven!
El pescador miró a su mujer con la mayor estupefacción. Después se puso a reflexionar, como suelen hacer las gentes humildes cuando se esfuerzan por ser inteligentes.
—Escucha, Inice, voy a decirte una cosa. No es hoy cuando he pensado en esto... Djinn me ha hablado de ello muchas veces... Oyeme: lo mismo si sigues a mi lado, que si te marchas, mi cabaña será siempre tuya. Si te basta con ella, te seguiré queriendo; si la abandonas, trataré de olvidarte. Si te fueses y más tarde quisieras volver, encontrarías siempre la puerta abierta, porque me he llegado a acostumbrar al dulce mirar de tus ojos y al sonar tranquilo de tu voz. Sin embargo, piensa en que si me abandonas y después vuelves no volverás nunca a oir mi palabra...; tendrás siempre el albergue y el alimento; pero a mí, no volverás a encontrarme nunca. Sabes bien ¿no es verdad? lo que significa semejante palabra: ¡Nunca! Esto es cuanto tengo que decirte.
Y el pescador cargó su pipa, mientras tarareaba un trozo de canción, la canción del pescador feliz...
Inicie guardó silencio. Se desnudó lentamente, recitó la oración de la noche, santiguóse y se metió en la cama.
Todavía, antes de dormirse, hubo de murmurar:
—¡Qué felices deben ser las mujeres que viven allá lejos, al otro lado del mar!



—¡Buenos días! — gritó el marino, deteniéndose delante de la estrecha ventana.
Inice sintióse enrojecer desde la raíz de sus cabellos al borde de las uñas; y temblando de emoción respondió:
—Buenos días.
—¿Hermosa, que haces tú en casa?
—¡Cuido a un pobrecito niño ciego! — dijo Inice, alzando los ojos hacia el cielo.
—Abreme la puerta, — pidióla el marino, riendo. — Te contaré historias de los países que están al otro lado del mar.
—Es imposible — respondió la joven. — Mi marido no está en casa.
—¡Ah tu marido!... — dijo en tono de mofa el marino. — Ese reparo no existe entre nosotros al otro lado del mar.
—Pero aquí sí existe — balbuceó Inice.
—¿Es que me tienes miedo?
—¿Yo? No tengo miedo ni al viento ni a la tempestad ¿por qué había de tener miedo a ti? Entra, si quieres.
El marino entró en la cabaña, sentóse sobre el escabel del pescador, bebió en su calabaza, y después miró en torno suyo.
—¿Tu marido no fuma?
—Sí — respondió Inice.
Ella misma cargó la pipa del pescador; el marino la encendió, haciendo brotar grandes espirales de humo.
—¡Hum! — dijo arrojando en torno suyo una mirada circular; — todo esto me parece un tanto pobre.
Inice enrojeció de nuevo.
—Es cierto — dijo ella; — pero hablemos de otra cosa. Dime primero... lo que hacen allá lejos, en tu país, al otro lado del mar.
—Oye, se me ha ocurrido una buena idea; mi barco parte mañana; ven a verlo tú misma.
—Imposible — respondió Inice; — es preciso que permanezca aquí para cuidar del pobre ciego.
Entonces el marino estalló en una carcajada, y dijo, aproximándose a ella:
—¡Vamos, tú bromeas! ¡Tú no has nacido para enfermera! ¡Mírate un instante al espejo, si es que tienes alguno! ¡Tu rostro es más bonito que el de las muchachas de allá lejos! ¡Tus ojos son como las luces eternas que brillan en el templo de Parsavanath! ¿Para qué tejen la seda maravillosa, si no es para que tú te vistas con ella? ¿Para qué lanza el sol sus rayos, si no es para alumbrar tu felicidad? Sin embargo, llevas un pobre zagalejo de cáñamo, vives en una fría y negra cabaña, y meces en tus brazos de muchacha el hijo de otra; y mientras aquellas que no son tan lindas como tú se despiertan con el sonar de músicas divinas, tú no tienes para despertarte más que los gemidos lamentables del viento.
Inice, completamente absorta, callaba. No comprendía por completo el significado de aquellas palabras, pero bastábala con lo poco que de ellas podía saber.
—Escucha — *continuó el marino.* — *Allí donde yo* voy el aire es como un perfume esparcido por todo el cielo y el cielo como una gran sonrisa. El calor del sol es suave como la caricia de una virgen, y la brisa que juega por las mañanas con las cabelleras de las mujeres se muere a mediodía, agotada por tantas caricias. ¿No has creído ver, alguna vez, entre sueños, ese maravilloso país? Allí las flores son mayores que tú, y, en sus cálices purpurados, muchos pájaros de plumaje de oro gorjean amorosos cánticos. Sobre las aguas inmóviles como tranquilos espejos, los cisnes se deslizan entre las columnas de los lotos, bajo las blancas sombrillas de las esbeltas ninfeas; y pequeños palacios de mármol, construídos sobre el río, vense como dormidos en el fondo de las aguas. Más lejos, detrás de esos blancos palacios, bajo la sombra de las higueras, despliégase la gran flor amarilla de Tchampa, cuya miel es tan dulce que la abeja la evita para no morirse de envidia. Allí nos pasearemos juntos. Yo te cubriré de velos y sedas, y te llevaré al templo de Parsavanath para jurarte amor eterno ante Aquél que está presente en todas partes. Y después por la noche... pero, ¿sabes lo que es la noche allá lejos? No es, como aquí, una negrura horrorosa... ¡Escucha! El sol desaparece arrojando fuegos como los de bengala, y en su lugar vese ascender, en el horizonte, una luna inmensa y roja, cuya claridad, inundando el Oriente, hacer palidecer mortalmente la de los astros. El lago está lleno de reflejos verdes, y todas las luces del jardín iluminan las orillas de aquél. La flauta y el tamboril resuenan... Entonces desembarcaremos cerca de las ruinas iluminadas, en los jardines de Gonzareth, donde se baila a la luz de la luna. ¿Dime, quieres venir?
Inice temblaba, como si acabase de salir de una pesadilla.
—No, no puedo — dijo, — no es posible; tengo que cuidar al cieguecito.
—¿Estás loca? ¿Quieres envejecer aquí? Vamos, no dudes más, mi barco sale mañana.
El marino colocó la pipa sobre la mesa, se levantó y abrazó largamente a Inice temblorosa.
—Si no vienes — le dijo al oído — te llevaré.
E Inice murmuró.
—Iré.



—Un poco de tabaco vale más que todas las mujeres del mundo — dijo el marino.
—¡Ah, seguro! — aprobó su amigo; — una mujer es un fardo más pesado que diez cargamentos de arroz.
—¡De buena gana saldría ahora para las islas Colobri — *suspiró el marino* — *si pudiese!*
Y pretendió extenderse cuan largo era contra el

muro del fumadero; pero era demasiado grande y tuvo que volverse a sentar.

— Bueno — preguntó el camarada, que era fogonero a bordo. — ¿Y para qué has cargado con el estorbo de esa mujer?

— ¡Qué se yo! — respondió el marino. — Ahora veo claramente que he cometido una tontería. He tenido queridas a montones, blancas, negras, pieles rojas, amarillas; las unas olían a pescado o a alquitrán; las otras, por el contrario, eran de cabellos suaves como la seda y se parecían tanto a las flores que las abejas les seguían... ¡pero nunca había tenido una querida triste!

El fogonero dijo:

— Compañero, voy a darte un buen consejo.

El marino escuchó al consejero y volvió a casa todo pensativo.

Inice le aguardaba en el umbral. En todas las puertas había muchachas con el rostro acicalado. Pero Inice no las veía, ocupada por completo en vigilar el regreso de su amigo el marino.

Le vió, por fin, aproximarse lentamente, tal como una barca cargada, por rodadas.

Cuando estuvo junto a ella, Inice colgóse a su cuello y preguntóle, zalamera:

— ¿Cuando iremos a pasearnos los dos en palanquín por los jardines iluminados?

El marino guardó silencio, pensativo, pero Inice insistió:

— ¿Cuando iremos bajo las higueras donde crece la gran flor amarilla de Tchampa, cuyo jugo es tan dulce?

El marino miró a su querida duramente; y contestó:

— Mujer, ¿sabes tú cómo juran los marinos?

— No, respondió Inice.

— Vas a saberlo.

Y él se lo enseñó...

Inice se echó a llorar.

— Ahora, mujer — dijo el marino — te suplico que me dejes tranquilo.

A la mañana siguiente salió él muy alegre, tal como era su costumbre, diciéndole a la joven:

— Te traeré un hueso de faisán montado en oro; eso da suerte.

Inice lo esperó, pero no volvió en todo el día.

— Volverá esta noche — pensó.

Pero pasó la noche, después la mañana, luego el día siguiente, y el marino no venía...

Entonces Inicie fué presa del miedo; salió a la puerta de su casa y preguntó a los transeuntes.

— ¿No han visto ustedes a mi marido, el marino?

Por fin un hombre le dijo:

— ¿Vuestro marido? ¡Oh, a estas horas debe estar ya muy cerca de las islas Colibrí!

Al oír estas palabras, Inice volvió a entrar en la casa, y se dejó caer sobre una silla, llorando.

. . . .

Lloró durante tres días y tres noches, escuchando una voz cerca de ella que decía:

— ¡Pobre mujercita!

Inice alzó los ojos y encontró ante sí una de aquellas muchachas que ella veía adornadas y acicaladas delante de sus puertas.

— ¿Quién eres? — preguntó.

— Soy la servidora del dios Kama.

— ¿Cómo te llamas?

— Me llaman Bella de día.

— ¡Ah! ¿Te doy pena?

— Mucha pena.

Inice se echó a llorar de nuevo.

— Sé lo que te pasa — dijo Bella de día. — Mi primer amante me abandonó. Era un soldado. Ya no me acuerdo si era rubio o moreno, pero llevaba una túnica roja con adornos negros.

— ¿Lo querías mucho?

— Está una loca cuando es joven — dijo la muchacha.

Inice repitió, suspirando:

— ¡Está una loca cuando es joven!

— Sin embargo — dijo Bella de día, es preciso no desesperarse; tú eres hermosa, tan hermosa que si tocases con la punta del pie el árbol de Asoca, todas las flores se abrirían súbitamente; tu cuello recuerda al loto y tu rostro es dulce como la luna; ven, yo te adornaré; te enseñaré a reducir a los hombres, a amarlos, a engañarles también... ¿Quieres?

— No — respondió Inice tristemente.

— Haces mal. Los hombres no son buenos más que para ser seducidos, amados y engañados por nosotras; son malos, y a las que ven sin experiencia, chupan la miel de sus labios y se van. ¡Créeme, conozco bien a los hombres!

Pero Inice respondió:

— Hay, al otro lado del mar, un hombre que no es malo; quiero volver a su lado.

— ¿Por qué lo abandonaste?

— Quería divertirme, bailar a la luz de la luna...

— ¿Y te marchaste con el marino?

— No; fué él quien me robó.

— ¿Y ahora quisieras volver a tu país?

— ¡Oh, sí!

— Créeme a mí, quédate aquí, en el país del claro de luna y de la danza... ¡Por un hombre que has perdido, volverás a encontrar ciento!

— No deseo más que a uno y no tengo ningún interés por los demás.

— ¿Lo amas todavía?

— No lo sé; pero quiero volver junto a él... Además, él me predijo que volvería.

— ¿Y cómo cruzarás el mar?

— Iré hasta la orilla, y encontraré algún hombre que sea lo bastante bueno para volverme a mi país.

— ¡Oh, pobre... pobre criatura, que todavía ignoras que no hay hombres buenos!... Pero, ¿acaso hay todavía mujeres que son buenas? — agregó ella, viendo las lágrimas inundar el rostro de Inice.



El pescador, sentado en su barca, contemplaba el agua profunda, y allí donde caía su mirada veía por todas partes el saltar de las olas.

Donde no había poco antes más que un ligero torbellino, el agua subía siempre más alta. Parecía como si una fuerza misteriosa quisiera evadirse de las profundidades; una vez las olas eleváronse hasta la altura de una torre como para sumergir al mundo, y después cayeron deshaciéndose para siempre.

Cansado, el pescador recogió sus redes y volvió a su casa.

Cuando penetró en el cuarto sombrío, el niño ciego le dijo:

— ¡Padre, la mujer de manos suaves está aquí!

— Tú sueñas, hijo mío, — respondió el pescador.

— No — replicó el ciego, — no sueño... Está allí, en aquel rincón.

El pescador miró hacia el lugar indicado y descubrió, en efecto, a su mujer, que estaba desplomada sobre un taburete, hundido el rostro entre las manos, y llorando.

— ¡Padre, padre, tengo miedo! — dijo el cieguecito.

— No hay que tener miedo, — contestó el pescador — no te hará daño.

— Ya lo sé: es buena, pero su rostro está humedecido por las lágrimas, y he tenido miedo hace poco, cuando me ha abrazado.

— Será preciso decirle a la vecina que le arregle una cama en el cuarto pequeño. Que coma también si quiere.

Después el pescador volvió a coger la red y se marchó. Al día siguiente, todos los hombres de la costa salían para la pesca de la ballena.

Cuando el pescador volvió, después de siete días y siete noches de ausencia, preguntó al cieguecito:

— ¿Cómo estás, hijo mío?

— Padre, la mujer de las manos suaves me ha cosido una camisa.

— ¿Te habla alguna vez?

— A menudo; mientras me lava y me peina, hablamos los dos.

— ¿Y de qué habláis?

— Ella me dice que soy muy bueno.

— Sigue hablando con ella.

Ni una sola vez dirigió el pescador la palabra a Inice. Pero una noche el cieguecito se despertó bruscamente.

— ¿Qué tienes, hijo mío?

El niño lloraba.

— ¡Padre, cógeme la mano; he tenido un sueño espantoso!

—¿Qué has soñado, hijo mío?

—He soñado que el mar invadía el cuarto. El agua subía, subía hasta la altura de mi cuello; entonces tú me has cogido en tus brazos y me has salvado. Después las olas se retiraron lentamente, pero llevábanse con ellas a la mujer de las manos suaves.

—Vuélvete del otro lado, hijo mío, y no temas nada; el mar no nos hará nunca daño..., es nuestro mejor amigo.

—Padre, ¿por qué no hablas nunca con la mujer de la voz dulce?

El pescador no respondió.

—Es buena, — *repuso el cieguecito* — me ha enseñado algunas oraciones.

El pescador reflexionó largamente; después dijo:

—Pregúntale dónde ha puesto el anillo que yo le di hace cuatro años, el día de San Valentín.

—¿Su anillo?

—Sí, su anillo.

* * *

A la mañana siguiente, Inice estaba sentada, como antaño, junto a la ventana, y contemplaba el mar infinito.

Monótono, el tic tac del reloj continuaba repitiendo: "*¡Lejos de aquí!... ¡Lejos de aquí!*"

—¿Se acordará todavía de la canción del pescador alegre? — preguntaba Inice.

De repente, el cieguecito le dirigió la palabra:

—Ha preguntado qué has hecho del anillo que te compró hace cuatro años, el día de San Valentín.

Inice tornóse pálida, como la flor del loto.

—Lo dejé caer al mar, — respondió toda asustada — pero iré a buscarlo.

Una vez, el niño ciego quedó solo en la casa. Al pronto no quiso creer que estuviese solo y se puso a llamar:

—¡Madrecita, madrecita!

Pero, como nadie la respondiese, apoderóse de él el miedo y se escondió bajo las sábanas. De repente creyó percibir sordas y numerosas idas y venidas por la cabaña.

Se puso de nuevo a llorar, pero le gritaron:

—¿Quieres callarte? ¡Vas a despertarla!

* * *

Más tarde, un día... oyó a su padre que decía:

—¡Oh, Djinn! ¿por qué he hecho lo que tú me dijiste?

Entonces, el niñito ciego supo que la mujer de las manos suaves no le lavaría ya más, que nunca más le peinaría, y que aquellas manos tan dulces estaban frías para siempre.

Mucho tiempo después, cierto día en que el pescador hablaba una vez más de lo que había ocurrido, preguntó:

—*Padre, madrecita no estaba mala; ¿cómo es que se ha muerto?*

Y el pescador no supo qué responder.

—¡Un niño no puede comprender esas cosas! ¡Muchas veces, ni las mismas personas mayores las comprenden!

ZOLTAN AMBRUS

DIBUJOS DE MACAYA





VINOS

TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA

No olvide llevar entre sus provisiones para los picnics y las fiestas campestres una botella de los renombrados

VINOS TIRASSO

Exíjalos en todos los Almacenes, Hoteles y Restaurants si verdaderamente desea tomar lo mejor que producen los ricos viñedos andinos.

Viñedos y Bodegas Santa Ana
Mendoza

Buenos Aires
Sarmiento, 847



Aspecto del salón durante el gran festival artístico dado por la "Societá Italiana Maschile e Femminile", en conmemoración del XX de Septiembre y a beneficio de la caja de socorros.



Agua de Colonia "Aureole", frasco fantasía de exquisito perfume Ambrée, Vetiver o Verbene y en tres tamaños.
Extracto "Suil" extra fino, tapón esmerilado, en un lindo estuche y en perfumes de Violette des Bois, Bouquet Fleuri, Jasmin Printanier, Heliotrope Blanc y Bouton, es un elegante regalo.
SI su rostro envejece, su espíritu decae y la tristeza invade su ser; para evitar estos males procure conservar siempre la belleza juvenil. Esto se consigue empleando en su toilette el
JABON HIGIENICO
la CREMA HIGIENICA
y el exquisitamente perfumado
POLVO GRASOSO
Brissac.
y en poco tiempo volverá a su cara la esplendorosa hermosura de la juventud.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443-55
Unión Telef. 2045, Belgrano
JABON HIGIÉNICO Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
CRÈME HYGIÉNIQUE Brissac
Loción "Suil" extra fina, exquisito perfume, especial para la cabeza.
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro

De la colectividad mahometana



Destacados miembros de las colonias turcoárabes, convocados por el comité pro "Media Luna Roja", celebran entusiastas el señalado triunfo de Mustafá Kemal Pasha.

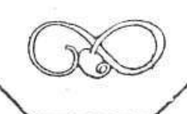
EL ORIGEN DE LAS CAMPANAS

Las campanas (nombre que se pretende derivar de Campania, la antigua provincia de Italia) fueron introducidas por primera vez a la península italiana por Paulino, obispo de Nola, al principio del siglo V. En el año 610 Lupo, obispo de Orleans, encerrado en Lens por las tropas de Clotario, produjo la confusión entre sus enemigos haciendo sonar estrepitosamente las campanas de la iglesia de San Esteban. En el año 865 el dux Orso Farteci-pazio mandó a Miguel, emperador de Oriente, las primeras campanas que fueron puestas en la inglesia de Santa Sofía, en Constantinopla. Pero sólo hasta el siglo X se difundió este instrumento del culto (según dice la revista "Los Caminos de Italia") y las iglesias lo levantaron hasta sus campanarios, llenos de adornos. Entonces la campana recibía un nombre y era bendecida. Las libres comunidades de España e Italia también tuvieron sus campanas. Las empleaban para llamar al pueblo a reunión, y al ejército sobre las armas. Por ejemplo, la "Martienella", en Florencia, sonaba un día antes de que se iniciaran las operaciones militares. Algunas campanas se hicieron famosas por su magnitud y su peso. La de la Catedral de Orleans pesaba 13.000 kilogramos; la de la abadía de Santo Tround, 15.000; la campana más grande de Nuestra Señora de París pesa 17.170 kilogramos, y en Pekín hay una que pesa 60.000. Pero la mayor de todas es la que existe (si los bolsheviquis no la han fundido) en Moscú; fué hecha en 1734 y recibió el nombre de Zar Kolokol, es decir, emperatriz de las campanas. Pesa 400 mil libras, es decir, poco más o menos 140.000 kilogramos.


He aquí la famosa "CONCERTOLA"
el mejor entretenimiento para el hogar y la máquina parlante más perfecta.
AMERICA
Adquiera hoy mismo uno de estos maravillosos instrumentos, aprovechando nuestras ofertas extraordinarias.
N.° 453. — Bonita Concertola con puertitas delanteras. Precio, con seis piezas y 200 púas, pesos 55.—
N.° 2. — Modelo superior, con puertitas modificadoras del sonido. Precio, con 6 piezas y 200 púas $ 85.—
N.° 4. — Modelo muy elegante, con puertas y tapa. Precio, con 6 piezas y 200 púas, pesos 125.—
N.° 4 bis. — Rica Concertola, con puertitas y tapa, modelo de lujo. Precio con 6 piezas y 200 púas $ 150.—
N.° 5. — Preciosa Concertola, con armario guardadiscos, modelo igual al dibujo. Precio, con 12 piezas y 600 púas $ 250.—
EMBALAJE GRATIS
Por otros modelos de Concertolas, Grafófonos y Victrolas Victor, Discos e Instrumentos musicales solicite Catálogo N.° 5, que remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.
AMERICA
Concertola
MADRE TANGO
He aquí las últimas novedades en discos bailables, $ 3.— cada uno.
6092 Oui... Non... Shimmy. / Ma Petite. Vals.
6111 Mustafá. Shimmy. / El Cacique.
6108 Muchacha. Tango de Firpo. / Aquí está la Papa. Tango.
6098 Madre. Tango. / Enigma. Tango.
18778 Oh Me! Oh My! Fox Trot. / Learn to Smile. Fox Trot.
18773 I'm Nobody's Baby. Fox Trot. / Listening. Fox Trot.
Victor
"LA VOZ DEL AMO"
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Avenida de Mayo, 979 — Buenos Aires
APRENDA IDIOMAS
con la ayuda de la CONCERTOLA y del LENGUAFONO CORTINA. El sistema fonográfico más perfecto. Pida prospectos gratis.

TROZO DE LA CANCION INCONCLUSA

DIÁLOGO INESPERADO EN EL VESTÍBULO



ESCENA ÚNICA

La escena representa un vestíbulo amueblado. Grandes sillones de ese estilo tan popular en los restaurants y en ciertas casas acaudaladas: «Jacobeam». Una mesa Luis XIV y una porcelana de Copenhague, necesariamente azul y blanca, sobre la mesa. Espejos. Una cómoda. Varios discos de grafófono. Una percha. Un bastón, olvidado en la percha.

Alfredo Collinet acaba de ser introducido en este ambiente y abandonado en él. Mira curiosamente todo cuanto le rodea. Se detiene ante un cuadro de Besnard y baja los ojos ante una estatua de la Verdad, desnuda, pero demasiado fría.

— El señor de la Vega, no está — le ha dicho la sirvienta — la señora vendrá. Espere usted.

Alfredo Collinet espera. Ya se ha enterado de un álbum abierto, del color de las alfombras, de la diversidad de estilos de ese mobiliario que denota pertenecer a un hombre que se ha ido enriqueciendo paulatinamente, honestamente. Pero que a medida que era más rico, tenía menos gusto para elegir lo que necesitaba.

Se oye una puerta abrir — es la del ascensor que da al vestíbulo — y de la caja, aparece, surge, la señora de la Vega. Joven, elegante, tal vez afable.

Tal vez afable, he dicho, y con razón, porque al ver ya de cerca al huésped, su ceño se frunce, detiene su marcha bruscamente, se retrae y ante la sorpresa de Collinet le dice con cierta dureza:

ALICIA. — Su osadía es digna de ser tomada en cuenta. ¡No creí jamás que usted pudiera ser tan audaz!...

COLLINET (*como si le hubieran echado un balde de agua sobre la cabeza*). — ¡Señora!... No sé como tomar sus frases... No era, por cierto, a usted a quien venía a ver: era a mi amigo de la Vega... (*subrayándola*) mi viejo camarada de colegio.

ALICIA (*queriendo concluir rápidamente con la situación enojosa*). — ¿A qué negarlo, señor?... Usted ha dado un paso en falso... Felizmente que mi esposo no se halla en casa... (*denotando lo inútil de a reflexión*). Por otra parte, usted no lo ignoraba.

COLLINET (*no sale de su estupor*). — No he podido elegir hora, ni descubro la razón que mueve a usted, señora, para increparme tan duramente. Hay en todo esto una confusión de la que hay que salir. ¿Por quién me toma usted?

(*La sinceridad de Collinet, trastorna aun más a Alicia que desde que reconoció al visitante ha perdido la calma.*)

ALICIA. — ¿Por quién puedo tomarlo?... ¿Siempre que no me confunda?... (*Mirándolo detalladamente*)... Es cierto, usted me pareció ayer noche, más joven... menos grueso... de cabellos más negros... de ojos más azules...

COLLINET (*interrumpiéndola*). — Mis ojos cambian con la hora.

ALICIA. — ...en fin... a esa hora. ¡Pero no hay duda!... Es usted el mismo. Su voz, que no oí anoche, la supuse con el mismo timbre que la suya... Sus manos son las mismas, el mismo gesto, pasándolas con frecuencia sobre los ojos...

COLLINET. — ¿Y todo esto, señora?

ALICIA. — Todo esto le demuestra a usted, que sé perfectamente a lo que viene a esta casa.

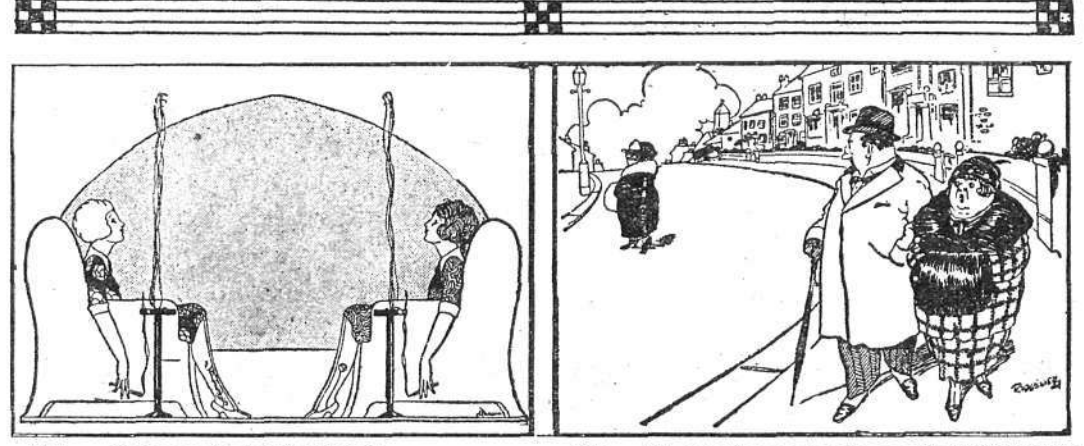
COLLINET (*sinceridad en la inflexión del discurso*). — Usted me perdonará, pero no alcanzo a saber, ¿por qué usted, señora, me habla de ayer noche, y porque le molesta tanto que hoy me halle en este lugar?

ALICIA. — ¿No se acuerda usted de ayer noche?... (*despectiva*)... ¡Humorista!...

COLLINET (*preocupado*). — ¿Anoche?... ¿Anoche?...

ALICIA. — Sí... a las siete de la noche, cuando al pasar frente al Círculo de la Prensa usted salía, me miró, me siguió... Tomé por Corrientes, luego por Rodríguez Peña; doblé en Lavalle, en Callao hacia el norte, usted iba por una vereda, yo por la otra, luego tomamos Santa Fe. Yo apuré el paso y por fin doblé por Ayacucho hasta entrar en esta casa... ¿Se acuerda usted ahora?

COLLINET. — Es cierto... Anoche al pasar frente al Círculo de la Prensa vi pasar una silueta femenina que me recordó la de una mujer que amé hace diez y ocho años... Tomé por Corrientes y



Adela. — ¿Qué marca de cigarrillos fumas?
Eugenia. — La de mi marido.

Ella. — Esa es nuestra nueva vecina, querido. Está demasiado gorda.
El. — No tanto como tú.

Por el

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

al cruzar la calle Cerrito noté con gran sorpresa que la silueta de aquella mujer evocada iba delante mío. ¿Tomó por Rodríguez Peña?... No lo sé. Cierto era, que la seguía. Al cruzar la calle, Lavalle a la emoción del recuerdo habría abierto las esclusas del alma y viejo poeta pasado de moda que soy, sentí la necesidad de comenzar un poema, así, en francés, como si hubiera puesto una sordina a mi idioma español sonoro y poco íntimo:

Veingt-ans j'ai repassé les chemins poussiereux!...

Al llegar a la reja de la iglesia del Salvador, agregué este otro verso al poema:

Mon ombre s'avance au devant de tes pas.

Al llegar a la calle Charcas, una mujer que pasó sahumando mi ruta, hizo que apresurara el poema con este último pie:

Mon coeur se prelasse a lui faire des aveux.

Salía mucha gente de los cinematógrafos. Era difícil andar por la vereda. La silueta apresuraba su paso. El poema se interrumpió ante tanto obstáculo. Entramos en una calle obscura... El uno por una vereda, el otro por la de enfrente. Entró ella a una casa, cerró la puerta.

(*Collinet, quiere agregar un último detalle. No lo halla y termina:*)

— Sí, señora... eso fué todo.

(*Alicia, ante la confesión del visitante, ha quedado perpleja.*)

ALICIA. — ¿Entonces?

COLLINET. — ¿Entonces?... yo sólo le puedo asegurar que no sabía que esa persona a quien seguía fuera usted. Yo no reparé en sus cabellos, ni en sus manos, ni en el color de sus ojos...

ALICIA. — ¿Cierto?...

COLLINET. — Yo la seguía, y voy a confesarle a usted una vez más la causa intima, porque quería dar pasto a mi recuerdo, a ese exigente tirano que me hace envejecer.

ALICIA (*no explicándose aún su propia posición*).— ¿Y si yo en cambio hubiera sentido por usted, ese hombre sensible que me seguía ayer noche y a quien yo servía de experimento, un sentimiento real, y tan real como delicado?

COLLINET. — Hubiera sido, hace diez y ocho años, señora, que eso hubiera acontecido... pues yo no era nada más que la sombra de mis veinte años. Tenía el cabello más negro... era más grueso, no era tan viejo...

ALICIA (*con evidente melancolía y desencanto*). — Hasta los mismos versos que usted me hizo, no me pertenecen...

COLLINET. — A usted se los ofrezco. Vayan en compensación.

ALICIA. — Los tomaría con agrado como cosa propia... Pero quedaron inconclusos. ¿No los continuaría?...

COLLINET (*descubriendo de nuevo en la mujer ese ser de las medidas absolutas que la hacen generalmente tan desgraciada*). — ¡Ah! ¿Acaso cree usted que es necesario terminar la canción del corazón, aleteante, misteriosa palpitación de la vida, para ofrecerla? De ello se encarga luego la muerte y el olvido.

ALICIA. — Su poema, tiene tan sólo tres versos:

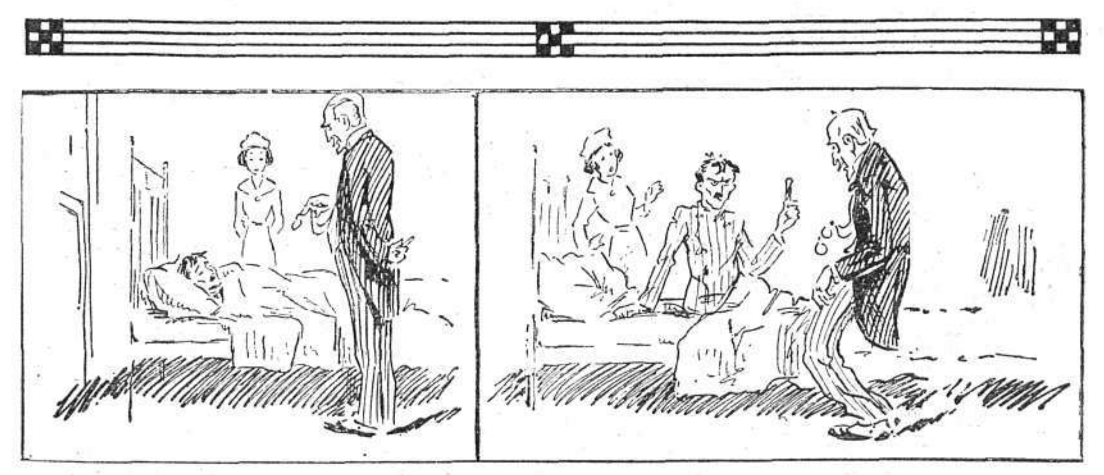
Veingt-ans j'ai repassé les chemins poussiereux
Mon ombre s'avance au devant de tes pas,
Mon coeur se prelasse a lui faire des aveux.

COLLINET (*sentencioso*). — Si pudiéramos volver a gustarlos, cuando los dos teníamos veinte años, como ayer noche, no pediríamos más, serían demasiado.

ALICIA (*con tristeza*). — ¡Es imposible volver atrás, mi estimado amigo!...

COLLINET (*romántico, mientras se arregla la corbata y pasa elegantemente su mano por sobre los ojos*). — Mientras podamos recorrer, señora, en la sombra de la noche el camino florido de los veinte años distantes, encontraremos fantasmas en la ruta que imitarán en sus gestos aquellos que fueron nuestros y con los que — por lo discretos — no hemos aún desvalijado a la esperanza...

TELON



Doctor. — Señor, la intervención quirúrgica se impone. El apéndice debe ser cortado inmediatamente.
Enfermo. — ¡Apéndice! ¿Cuántos tengo? ¡Este que ve usted en esta botella me fué sacado hace cinco años!

Homenaje



Concurrentes a la fiesta escolar celebrada en Flores, en el Día del Maestro, conmemorando el 34.° aniversario de la muerte de Sarmiento.

CUANDO EL CHINO TIENE CONVIDADOS

Cuando los chinos quieren invitar a alguno a comer con ellos, le escriben de antemano tres billetes en papel encarnado o amarillo: el primero dos días antes del convite, el segundo unas horas antes de la comida, para recordar a los convidados su compromiso, y el tercero en el momento de sentarse a la mesa, para demostrar la impaciencia con que era esperado el huésped. El dueño de la casa recibe a sus convidados en la puerta de la calle: allí les dirige un lacónico y extravagante discurso, pintando su fortuna, su alegría verdadera y la dicha que disfruta en aquel momento. El convidado óye los cumplidos del anfitrión con la política fríamente desdeñosa inventada por *Li-ki*. Al cabo de algunos segundos, empleados en salvas de recíprocas cortesías, es introducido el huésped con mucha ceremonia en el salón de etiqueta, de donde pasan todos juntos al comedor.

Los criados colocan entonces delante de cada persona una mesita, semejante a las que los ingleses y americanos de las colonias usan para tomar el te o *chá* — como dicen en la India;— después van trayendo sucesivamente los platos obligados de crestas de gallo, de orejas de rata, de ratones blancos, de carne de perro, de ostras, de nidos de golondrina, de holoturias y de aletas de tiburón. Las sustancias calientes se sirven en vasos de porcelana, los manjares fríos en platos de make chino o del Japón; en vez de tenedor y cuchillo usan un bonito estuche compuesto de diferentes varitas de ébano o marfil, llamadas *fai-tsz*, que manejan con una destreza admirable.

Cuando el vino de arroz, tan usual en China, empieza a hacer efectos en los celestes convidados, el anfitrión suele retirarse de la mesa a fin de que todos puedan entregarse a las dulzuras de Baco con entera libertad.

Este es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"

Limpio — Cómodo

BAYER

Higiénico — Seguro

BAYASPIRINA

Dos TABLETAS BAYER de ASPIRINA
(1/2 gramo c/u)

PÍDALO

Cuando usted pide una dosis de Aspirina y le dan dos tabletas sin la Cruz Bayer, envueltas en un papel cualquiera, usted ni VE ni SABE lo que va a tomar. ¿Quién le garantiza la pureza de esas tabletas? ¿Cuántas manos sudosas las han tocado? ¿Cuánto tiempo han estado expuestas al aire y a la humedad perdiendo su eficacia? En cambio si pide

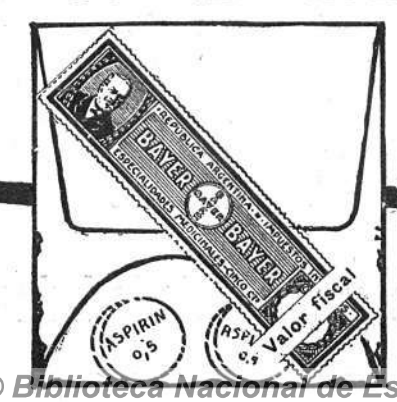
UN "SOBRE BAYER"

ve y sabe que recibe dos Tabletas Bayer de Aspirina (Bayaspirina) legítimas, en un Sobre transparente, limpio, impermeable e higiénico, las cuales llegan a sus manos absolutamente puras, frescas y eficaces.

EL "SOBRE BAYER"

significa limpieza, seguridad e higiene. ¡Si usted es persona cuidadosa, ¡pídalo! Si usted es persona aseada, ¡pídalo! Si no quiere exponerse a ser engañado, ¡pídalo! ¡No acepte más tabletas sueltas! Pida siempre

UN "SOBRE BAYER".



Así es el dorso del Sobre Bayer. ¡Mírelo! ¡Recuérdelo! Cuando necesite una dosis de Aspirina, ¡pídalo!

Todo Sobre está provisto de la estampilla fiscal sanitaria con la Cruz Bayer, garantía de su legitimidad.

De Lanús Oeste



Alumnas de diversas escuelas y batallón de boy scouts que cantaron el Himno Nacional en la Fiesta del Arbol realizada bajo el patrocinio de la escuela número 57.

Comisión de Protección al Alumno y Sociedad de Fomento de Villa Internacional que, con su adhesión, contribuyen al éxito obtenido en la celebración de la simpática fiesta.

Alumnos de diversas escuelas plantando árboles bajo la dirección de las señoritas maestras.

ESTUDIO DE MUJER

Es la marquesa de Listomere una de las jóvenes educadas con el espíritu propio de la Restauración. Habla de los principios de clase, come de *vigilia*, comulga y va muy emperifollada al baile, a los Bufos, a la Opera, pues su director espiritual le permite hermanar lo sagrado con lo profano. Siempre correcta en sus costumbres por lo que atañe a la Iglesia como por lo que toca a la sociedad, ofrece la imagen más viva de la época contemporánea, que parece haber adoptado la voz *Legalidad* por lema. La conducta de la dama está tan a prueba de devociones, que puede muy bien acercarse, conducida por una nueva Maintenon, a las prácticas sombríamente piadosas que se notaron en las postrimerías de Luis XIV, y tan identificada con lo mundano, que de igual manera se adaptaría a la vida galante que privó en los primeros días del reinado en cuestión, si volviesen. En el momento en que la presentamos es virtuosa por egoísmo, o quién sabe si por gusto de parecer tal. Casada desde hace siete años con el marqués de Listomere, uno de los tantos diputados que confían en calzarse la dignidad de par, es posible que crea la señora ser útil, obrando así, a las miras ambiciosas de la familia. Esperan muchas mujeres para juzgarla a que se nombre al señor de Listomere par de Francia, y a que alcance los treinta y seis años, fecha de la vida en que, por regla general, se fijan las mujeres que están desengañadas de las exigencias y tiranías sociales. Al marqués se le puede considerar hombre insignificante, vulgar: está bienquisto en la Corte y sus cualidades son tan negativas como sus defectos; ni aquéllas pueden darle fama de virtuoso, ni los últimos la especie de brillo que reflejan los vicios sobre una persona. En la Cámara no habla nunca, pero en cambio *vota bien;* en su hogar le ocurre lo mismo, y así logra pasar por el mejor marido de Francia. Cierto es que no se le ve nunca exaltado, pero tampoco riñe ni refunfuña jamás, a menos que se le obligue a impacientarse con largas esperas. Sus amigos le han puesto por mote *tiempo encapotado.* Y es, en efecto, notable el que no haya en su casa ni demasiada luz ni obscuridad completa. Se parece a todos los ministerios que se han sucedido en esta nación desde la *Carta* a nuestros días. Para una mujer escrupulosa era difícil dar en mejores manos. ¿Qué más puede pedir la que se halla en tales condiciones que haberse casado con un hombre incapaz de cometer torpezas? Ha habido petimetres que, bailando con la marquesa, se han propasado a estrechar suavemente sus dedos, y lo que han hecho con su impertinente osadía es atraerse las miradas del desprecio más soberano, sufriendo todos la indiferencia insultante que, como ocurre con el hielo en primavera, destruye las risueñas esperanzas en flor. Los guapos, los talentosos, los fatuos, los sentimentales que se alimentan chupando sus bastones, los que alcanzan celebridad o alto renombre, las gentes de elevada o mediana categoría, todo el mundo palidece junto a ella. Ha conquistado el derecho de hablar largo y tendido y tan frecuentemente como se le antoja con los hombres que a su juicio sobresalen por su ingenio sin recibir los tiros de la murmuración. No faltarían coquetas que se sometiesen a este plan durante siete años con objeto de satisfacer más tarde libremente sus caprichos; pero suponer que obraba con segunda intención la marquesa de Listomere sería calumniarla. Tuve yo la dicha de conocer a este fénix de damas linajudas: tiene conversación y conversación amena; yo sé escuchar, la he complacido y asisto a sus reuniones. No ambicionaba más. Ni fea ni linda, la señora de Listomere posee unos dientes blanquísimos, tez brillante y unos labios muy rojos; es alta y bien formada, tiene el pie pequeño y delicado y no lo saca por ostentación; lejos de estar apagados sus ojos, como los más de los ojos parisienses, relucen suavemente, y la mirada cobra no sé qué magia a poco que ella se anime. Adivínase un alma a través de aquella forma vaporosa. Si le interesa el palique, despliega tal gracejo, contenido por las precauciones de una actitud que se empeña en parecer fría, que resulta entonces encantadora. No busca el triunfo, y no obstante, lo obtiene a cada paso. Verdad es que se encuentra siempre lo que no se busca, y adviértase que esta frase es para todos los momentos de la vida tan exacta, que bien merece los honores de convertirse en refrán. Tal será la moraleja de la aventura que contaré y que no me atrevería a narrar si no corriese ahora de boca en boca por todos los salones de París.

No hace todavía un mes que la marquesa ha bailado con un joven tan modesto como aturdido, a quien adornan grandes cualidades y que no descubre más que los defectos; es apasionado y enamoradizo, y a pesar de ello se burla de las pasiones humanas; tiene talento y no hace ostentación de lo que sabe; presume de docto entre los aristócratas, y se complace en parecer aristócrata entre los sabios. Eugenio de Rastignac es uno de esos hombres sensatos que lo prueban todo y que estudian a los que tienen a su alrededor con ánimos de escrutar lo porvenir. Esperando pacientemente la edad en que la ambición da su fruto, se burla de todo; es gracioso y original, dos cualidades que raramente posee una misma persona, porque son antitéticas. Ha conversado, sin proponerse ganar la voluntad de su ilustre interlocutora, durante treinta minutos con la marquesa de Listomere. Y es lo bueno que tomando a juego y como solaz del ingenio un palique que comenzó hablando de la ópera *Guillermo Tell*, y se formalizó discutiendo los deberes de las mujeres, había dirigido a la dama miradas que la turbaron; después la dejó ceremoniosamente y no le habló más en toda la noche; bailó, jugó al *écarté*, perdió y se fué a acostar. Tengo la satisfacción de afirmar que todo sucedió como lo digo: no pongo ni quito coma.

Rastignac se despertó a la mañana siguiente muy tarde, y continuó en la cama soñando con los ojos muy abiertos, entregándose a una de esas imaginaciones que embargan el espíritu juvenil y durante las cuales se desliza como un silfo entre las cortinas de seda, de cachemira, de algodón. Ocurre entonces que cuanto más pesado se halla el cuerpo, más ágil y viva parece el alma. Añadamos que Rastignac se levantó sin bostezar ni desperezarse demasiado como hace tanta gente mal educada, llamó a su criado, hizo que le preparasen el te, cargando hasta la exageración la dosis, cosa que no parecerá inverosímil a los que gustan de esta planta aromática; pero para que no quede duda a los que sólo la toman como panacea que alivia la indigestión, añadiré que Eugenio era escritor. Sentóse con toda comodidad y puso con más frecuencia los pies en el morrillo del hogar que en la caja forrada de lana que le servía para mantenerlos calientes. ¡Oh! ¡Es tan delicioso tener los pies sobre la barra bruñida

ADIVÍNASE UN ALMA A TRAVÉS DE AQUELLA FORMA VAPOROSA.



EL MARQUÉS DE LISTOMERE, EN LA CÁMARA NO HABLA NUNCA, PERO EN CAMBIO «VOTA BIEN».

que une y sujeta a los dos monstruos mitológicos del cenicero cuando se piensa, poco después de salir del lecho, y arropado en la bata, cuando se piensa, digo, en nuestros amores, que no saben ustedes cómo lamento no tener querida, ni bata, ni chimenea! Cuando posea tales riquezas, no contaré mis observaciones, sino que aprovecharé de ellas.

La primera carta que escribió Eugenio quedó lista en un cuarto de hora: doblóla, la metió en el sobre y la dejó al alcance de la mano sin escribir la dirección. La segunda, empezada a las once, no terminó hasta mediodía. Quedaron escritas las cuatro planas.

—Esta mujer me bulle en el cerebro —murmuró doblando la segunda epístola, que también dejó junto a la otra, pensando poner las señas, más tarde, cuando acabara de soñar.

Cruzó las dos faldetas de su bata rameada, apoyó sus pies en un taburete, metióse las manos en los bolsillos del pantalón encarnado y se recostó en una poltrona con cojines, que entre el asiento y el respaldo describía un delicioso y cómodo ángulo de ciento veinte grados. Olvidóse de apurar su taza de te, y permaneció quieto, inmóvil, con los ojos fijos en la mano dorada que remataba su badila, sin ver ni distinguir badila, ni dorado, ni mano. Tampoco atizó el fuego. ¡Gran falta imperdonable! Pues ¿acaso hay goce más vivo y agradable que remover las brasas cuando se sueña con las mujeres? Nuestra imaginación presta su lenguaje a las llamas azules que se destacan de pronto en el aire y parecen charlotear en la chimenea, interpretando la expresión fuerte y brusca de un *bourguignon*.

Detengámonos y expliquemos a quienes lo ignoran cómo interpreta esta palabra un etimologista muy versado que guarda escrupulosamente el anónimo. Es *bourguignon* nombre popular y simbólico que se dió, desde el reinado de Carlos VI, a esas detonaciones estrepitosas del carbón que lanza sobre la alfombra o sobre los vestidos chispas que pueden producir el incendio. Salta del fuego, según versión de las gentes, una burbuja de aire llevada por algún gusano al corazón de la madera. *Inde amor, inde burgundus.* Todos tiemblan viendo rodar como una avalancha el carbón que se había colocado cuidadosamente entre dos tizones encendidos. ¡Oh! Atizar la lumbre cuando se ama ¿no es lo mismo que ir desenvolviendo materialmente el pensamiento que brota en lo más íntimo?

En el instante que acabo de describir penetré hasta la habitación de Eugenio, quien me dijo, sin poder disimular su sorpresa:

—¡Hola, querido Horacio! ¿Desde cuándo estás ahí?

—Ahora llego.

—¡Ah!

Cogió las dos cartas, escribió las direcciones y llamó al ayuda de cámara.

—Lleve esto a su destino.

José salió sin permitirse observación alguna; ¡excelente criado!

Nos pusimos a hablar de la expedición Morée, donde deseaba yo que me empleasen como médico. Eugenio procuró convencerme de que no me convenía salir de París, y luego el coloquio versó sobre materias tan distintas y tan sin importancia, que no ha de suponérseme, según imagino, mala voluntad si corto en esto el diálogo.

....

A las dos de aquella tarde, hora en que la marquesa de Listomere saltó del lecho, Carolina, su camarera, le entregó una carta que leyó mientras la peinaba. (Imprudencia que cometen muchas jóvenes.)

Mi querido ángel de amor, tesoro de mi vida, cifra de mi felicidad... Tentada estuvo la marquesa, leyendo estas frases, de arrojar el escrito al fuego, pero le trastornó, haciendo de las suyas, el cerebro un capricho que se explicará perfectamente la mujer más virtuosa, y fué la curiosidad de saber cómo diablos acabaría expresándose quien empezaba a hablar en tono tan subido. Leyó. Cuando dobló la cuarta carilla dejó caer los brazos como rendida por el cansancio.

—¡A ver, Carolina!, entérese usted de quién ha traído esta carta.

—Señora, me la ha entregado el ayuda de cámara del señor barón de Rastignac.

Pausa larga.

—¿Va a vestirse la señora?

—No.

Y para sí pensó la marquesa:

—¡Preciso es que se pase de impertinente!........

....

Ruego a todas las damas que pongan el comentario que se les ocurra.

La señora de Listomere puso punto al suyo resolviéndose formalmente a poner de patitas en la calle al caballerito Eugenio, y si le encontraba fuera de su casa a anonadarle, no con una de sus muecas desdeñosas, sino con demostración más grave; pues la insolencia del mozalbete rayaba en lo absurdo, y era tal, que no podía compararse a todos los atrevimientos de los galanes, a quienes perdonaba al fin. Al pronto pensó en conservar la prueba, pero pensándolo bien, la echó a la lumbre para que la consumiesen las llamas.

—La señora acaba de recibir una declaración amorosa muy notable y la ha leído de cabo a rabo —dijo Carolina al ama de llaves.

—¡Cómo! Jamás habría creído tal cosa —respondió la vieja haciendo visajes que reflejaban su admiración.

Por la noche fué la marquesa a casa del marqués de Beauséant, donde presumía que pudiera hallarse Rastignac. Era un sábado. El de Beauséant era pariente lejano del barón y era casi seguro que no faltase el joven a la reunión; pero la de Listomere le esperó inútilmente hasta las dos de la madrugada, con el vano propósito de humillarle, haciéndole objeto de su frialdad. El talento de Stendhal ha tenido la rara ocurrencia de bautizar con el nombre de *cristalización* la tarea fatigosa en que se empleó el pensamiento de la marquesa antes de la velada, durante la velada y después de la velada.

Cuatro días más tarde reñía Eugenio a su criado.

—¿Cómo es eso, José? ¡Vas a obligarme a que te despida, muchacho!

—¿Manda usted, señor?

—No cometes más que torpezas. ¿Dónde has dejado las cartas que te entregué el viernes?

José quedó en actitud estúpida. Semejante a la imagen más vulgar de cualquier pórtico de catedral, mantúvose inmóvil, completamente abstraído por el laborioso empeño de su imaginación. De pronto sonrió como un bestia y dijo:

—Era una para la marquesa de Listomere, calle de Santo Domingo, y para el abogado del señor la otra...

—¿Estás cierto de lo que dices?

Turbóse José, y yo, que casualmente presenciaba la escena, crei oportuno mezclarme en la disputa.

—José tiene razón. —Eugenio volvió la cabeza hacia mí. —Leí las direcciones, te aseguro que involuntariamente, y...

—Y —dijo Eugenio interrumpiéndome— ¿no era una de las cartas para la señora de Nucingen?

—¡Y qué demonio había de ir dirigida para ella! Tanto que supuse, querido, que tu corazón había dado una voltereta plantándose desde la calle de San Lázaro a la de Santo Domingo.

Dióse Eugenio una palmada en la frente y sonrió. José no sacó en claro otra deducción luminosa sino que no tenía culpa.

Y he aquí ahora las moralejas que deben meditar los jóvenes. *Primera falta:* parecióle chistoso a Eugenio excitar la risa de la señora de Listomere por la equivocación que había llevado a sus manos una misiva amorosa que no era para ella. *Segunda falta:* no fué a su casa hasta cuatro días después de la aventura, dejando tiempo para que se *cristalizasen* los pensamientos de una mujer virtuosa. Habría que anotar una decena de faltas sobre las que van expuestas, pero juzgo conveniente pasarlas en silencio, para que las damas gocen explicándolas ex profeso a los que no

tengan magín para deducirlas. Cuando llegó Eugenio a la puerta del palacio de la marquesa, detúvole el portero advirtiéndole que la señora había salido, y ya iba a meterse en el coche, a punto que el marqués, saltando del suyo, le gritó:

— Eh, Eugenio, sígame usted; mi mujer está arriba.

Perdónese al marqués. Por bueno que sea un marido, difícilmente alcanza la conveniente perfección. Subiendo la escalera echó de ver Rastignac las diez faltas de lógica restantes que contenía este capítulo del hermoso libro de su existencia. No pudo evitar la señora de Listomere el sonrojo que le coloreó la faz viendo que Eugenio acompañaba a su marido. El barón se fijó en aquel cambio. Si el hombre más modesto no puede quedar libre en absoluto de la fatuidad, del mismo modo que no hay mujer que se halle a salvo de los ataques de la coquetería, ¿quién se atreverá a echar en cara a Eugenio que pensase en aquel punto: «¡Diablo! ¿También esta fortaleza?» Aunque raramente se encuentra entre los jóvenes el feo vicio de la avaricia, no hay uno a quien no le complazca archivar un busto más en su medallón.

El señor de Listomere se apoderó de la *Gaceta de Francia*, que vió en un rincón de la chimenea y se refugió junto al hueco de un ventanal para formar, por supuesto con ayuda del periodista que hablase de ello, su opinión acerca del estado del país. La mujer más gazmoña del mundo no permanece turbada mucho tiempo, por muy difícil que sea la situación en que se halle; no parece sino que tiene siempre al alcance de la mano la hoja de parra que le ha legado nuestra madre Eva. Tan verdad es lo que digo, que al saludar Eugenio con gesto de inteligencia medianamente fingido, todo porque interpretaba en beneficio de su vanidad la consigna dada en la puerta, la de Listomere supo velar sus ideas con una de esas sonrisas femeniles más impenetrables que no lo es la palabra de un rey.

— ¿Está usted indispuesta, señora? Ya he visto que ha prohibido usted la entrada.

— No, señor.

— ¿Iba usted a salir, pues?

— Tampoco.

— ¿Esperaba usted a alguno?

— No, a nadie.

— Si mi visita es indiscreta, culpe usted al marqués. Yo me conformaba con la orden misteriosa, y él mismo me ha introducido en el santuario.

— El señor de Listomere ignoraba... No es prudente enterar al marido de todos nuestros secretos...

El acento firme y dulce a la vez que la marquesa imprimió a sus palabras y la mirada imponente que le dirigió hicieron comprender al barón que se había apresurado mucho a encastillarse en su amor propio.

— Ya comprendo, señora — contestó riendo, — y me felicito doblemente de haber encontrado al marqués, porque me proporciona coyuntura de darle una explicación en extremo peligrosa si no fuera usted la bondad misma.

La marquesa contempló a Rastignac con admiración; pero repuso con dignidad:

— Caballero, la mejor manera de excusarse será no hablar de ello. Prometo el olvido más absoluto, perdón que a duras penas merece usted.

— Señora — interrumpió con viveza el joven, — es inútil perdonar cuando no existe ofensa. — Y en voz baja: — La carta que ha recibido y que habrá juzgado inconveniente, no era para usted.

La marquesa no pudo reprimir una sonrisa, empeñándose en mantener su enfado.

— ¿Por qué miente? — replicó ella con aire desdeñoso y burlón, pero con voz dulce. — Puesto que ya le he reñido a usted, de buena gana me reiré pensando en el ardid de que usted se vale y que no deja de tener su astucia. Conozco a muchas mujeres que se enamorarían. «¡Dios mío, cómo debe amar!», dirían.

La de Listomere se echó a reír con risa forzada, y añadió con acento de indulgencia:

— Si hemos de continuar amigos, no quiero volver a ser objeto de errores de intención acerca de los cuales no puedo equivocarme.

— Pues se equivoca, señora; se lo juro por mi honor — respondió vivamente Eugenio.

— Pero ¿de qué diablos hablan ustedes? — preguntó el señor de Listomere, quien hacía un instante que se empeñaba en enterarse de la conversación sin lograrlo.

— Es cosa que no te interesa — respondió su mujer.

El marqués volvió a su interrumpida lectura, exclamando:

— La señora de Mortsauf ha muerto. Tu pobre hermano estaría sin duda en *Clochegourde*.

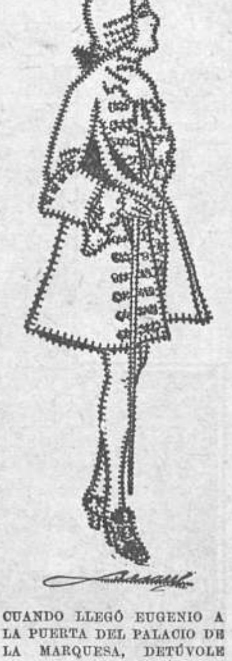
Volviéndose la marquesa hacia Eugenio, le dijo:

— ¿Sabe usted que acaba de decir una impertinencia?

— Si no conociera ya cuán severas son sus ideas de usted — replicó él con toda ingenuidad — creería o que trata usted de inspirarme pensamientos que me esfuerzo en rechazar, o de hacerme confesar mi secreto. Es posible también que desee usted divertirse a mi costa.

La marquesa sonrió, y su sonrisa impacientó a Eugenio.

— ¿Se empeña usted, señora, en seguir creyendo que existe un agravio que no he querido cometer? Pues conste que deseo con toda mi alma que la casualidad no le haga descubrir por esos salones a la persona que debía leer la carta...



CUANDO LLEGÓ EUGENIO A LA PUERTA DEL PALACIO DE LA MARQUESA, DETÚVOLE EL PORTERO ADVIRTIÉNDOLE QUE LA SEÑORA HABÍA SALIDO

— ¡Cómo! ¿A que salimos con que también anda en este juego la señora de Nucingen? — dijo la señora de Listomere, sintiendo más ganas de saber el secreto, por casualidad, que no de vengarse de las burlas del joven.

El rubor encendió la cara a Eugenio: es preciso haber pasado de los veinticinco para no avergonzarse oyendo que se nos reprocha la estupidez de encastillarnos en una fidelidad que las mujeres satirizan para que no se les descubra cómo envidian a la que posee tal tesoro. Esto no obstante, Eugenio preguntó con admirable sangre fría:

— ¿Y por qué no, señora?

Véase cuántas faltas se cometen a los veinticinco años.

La confidencia produjo una conmoción violentísima en el espíritu de la dama; pero Eugenio no sabía analizar aún el rostro de la mujer mirándola de una ojeada o de perfil. Sólo se había obscurecido el carmín de los labios de la Listomere, quien llamó a un criado para que echase leña al fuego. Rastignac se puso de pie para despedirse.

— Si así es — dijo la marquesa deteniendo al joven y mostrando un ceño frío y correcto, — creo que no me explicará usted fácilmente, caballero, por qué casualidad inesperada se ha podido encontrar mi nombre en los puntos de su pluma. No se encuentra una dirección en el casco de un sombrero del vecino que puede uno coger distraídamente al salir del baile.

Desconcertado Eugenio, miró a la marquesa con aire tan fatuo como tonto; sintió que rayaba en lo ridículo, balbuceó una frase propia de colegial y salió. Algunos días después adquirió la señora de Listomere pruebas incontestables de la veracidad de Eugenio. Hace diez y seis días que no va a ningún lado.

El marqués dice a todos cuantos le preguntan el motivo:

— Mi mujer padece una gastritis.

Yo que la cuido y que conozco su secreto, sé que sólo sufre una crisis nerviosa pasajera, la cual le sirve de pretexto para no salir de casa.

H. DE BALZAC

De Tigre

Distinguidas damas y señoritas que concurrieron a presenciar las regatas internas organizadas por el club Canottieri Italiani.



Grupo de socios que integran la parte activa del interesante deporte.

Señoritas Felicia Rigato, V. E. Chasseing y señor M. Chasseing, vencedores en la primera regata.

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense

coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena.

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

María Esther Lerena



María Esther Podestá de Pomar.

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto *siempre brillante y terso* que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther Podestá de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y ésto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper.

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida."

Gladys Cooper



Lola Membrives.

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

El hombre de corcho, el de hierro y el de carne y hueso



JUAN. — Se ha dicho en alguna parte que el buen político debe ser como la corteza del alcornoque, que flota...

PEDRO. — Así es. Algo parecido a eso dijo un escritor español de mal humor, de los que llaman «humoristas»... Es un símil que...

JUAN. — Convendría, acaso, completar ese símil buscando el ajustarlo más a nuestra realidad... Porque si las mayorías humanas, sobre las cuales asienta y levanta sus prestigios el político, pueden ser comparadas al caudal de agua de un río a objeto de que al político podamos individualizarlo como un trozo de corcho, pensemos que solamente flota sobre el agua, además del corcho, el rastrojo, la fruta huera, la rama desprendida e inútil, el animal o el hombre muertos...

PEDRO. — No nadando, el hombre flota después de varios días, cuando se hincha...

JUAN. — Sí. Cuando el río sabe que el muerto está definitivamente muerto lo devuelve a la superficie... Así, pues, flota el hombre bien muerto. No flota en cambio, el hierro, o la piedra, pues llevan en su contextura prohibición de servir de juego al capricho de las olas...

Los hombres, en la vida, entre la multitud, que son los ríos...

PEDRO. — Di mejor, riachos...

JUAN. — Perfectamente: que son los riachos, han de ser de corcho o de hierro. Es decir, fofos o recios. Los primeros mantiénense a flote, y van y vienen y vuelven a irse para tornar a volver. Los segundos... los segundos, los recios, se van al fondo en cuanto intentan mantenerse sobre las aguas. El mejor político será, por ende, el *hombre-corcho*, producto del alcornoque...

PEDRO. — Muy útil para alfombra, para «plantilas» o para tapón...

JUAN. — ... El mal político será el que, extraído de la mina de donde necesita el Hacedor su buena materia prima, es fuerte y hábilmente batido, moldeado, y luego acomodado en la bigornia a golpes de martillo...

¿Qué seremos: corcho o hierro? ¿Flotadores hábiles o torpes? ¿Políticos, políticos de profesión, costra de alcornoque, en suma?

PEDRO. — ¡Pero Juan! Existen hombres que sin ser de corcho ni de hierro se mantienen a flote, porque saben nadar.

JUAN. — No hay por qué negarlo. ¡Al contrario! El hombre hábil que sabe nadar completará nuestro símil.

Fíjate. Por excepción un hombre (que no sea producto del alcornoque) se echa al agua en un riacho, vale decir, se entrega a la política en cuerpo y alma. Cuando lo hace sólo es por unos minutos, treinta, sesenta... Su resistencia física para nadar se agota transcurrido cierto y determinado espacio de tiempo. Entonces regresa a la costa, se retira del riacho...

PEDRO. — Y quizá sea eso lo mejor que pueda hacerse.

JUAN. — ¡Naturalmente! Ni ser de corcho, como la generalidad de los políticos profesionales, ni ser de hierro. Conformarse con ser hombre, hombre de carne y de hueso, y echarse de vez en vez al riacho a nadar una media horita — hacer política — pero considerándolo solamente como un higiénico deporte, no como manera de ganarse el sustento...

PEDRO. — Porque todo deporte convertido en profesión pierde belleza, interés...

JUAN. — Cuando la hora suena el ciudadano se arroja entre la multitud, que son las aguas...

PEDRO. — « *Nuestras vidas son los ríos*
« *Que van a dar a la mar,*
« *Que es el morir* »

....

JUAN. — Escúchame... Se arroja a la multitud. Va con ella, a favor, o, si el brazo está fuerte y el corazón sereno, nada aguas arriba, en contra de la corriente. Hace así civismo bien entendido, sencilla y honradamente. Cuando le parece que ha ejercitado suficientemente sus músculos, y antes de que el agua le penetre y le arrugue, desengrasándola, la epidermis, ¡afuera!...

PEDRO. — ¡A la vida del animal bípedo que razona!

JUAN. — Puesto que no podemos ser anfibios, y mucho menos peces, sino lisa y llanamente hombres de carne y hueso, quédese la política — el riacho — para los hombres muertos, para la rama desprendida y para los trozos de alcornoque...

PEDRO. — Bien dicho. ¡Vámonos!...

Los dos amigos echaron a andar de regreso a sus casas. Obscurecía. Al pasar por delante de algunas puertas aspiraron «grato olor de cocinas», y se les dulcificó el ánimo. Juan era un empleado de «escritorio» que *leía mucho.* Pedro era un empleado de tienda que leía algo menos, pero *le gustaba enterarse.* Ambos, filosóficamente, procuraban hacer más llevadero el cotidiano fastidio de sus vidas comentando, sin ninguna pretensión trascendental, las cosas de este mundo, los domingos de tarde...

B. GONZÁLEZ ARRILI.



El cabello generalmente se cae por falta de vigor.

EL PETRÓLEO GAL

lo vigoriza impidiendo su caída.

De venta en las principales perfumerías, bazares y farmacias.

PERFUMERÍA GAL MADRID

De Mar del Plata


Alumnos de 5.º año de colegio nacional de la localidad que el día de la Fiesta del Arbol plantaron varios de ellos en la plaza principal, bajo la dirección del rector ingeniero Alejandro Bergali.

LA FEA

Es de noche.

Estamos en un baile de confianza de la ciudad, de cuarto orden; en uno de esos bailes improvisados que empiezan los domingos por la tarde. Diez o doce señoritas, vestidas de medio color, con trajes de lana y sin guantes ni prendidos, forman la femenil constalación del sarao. Son hijas de lo mejor, de lo principalito del pueblo. Quince o veinte jóvenes las están bailando desde hace dos horas; el júbilo es inmenso; la media luz favorable; el vals loco, rápido, juguetón...

Las madres, sentadas velan por el orden público.

Las muchachas son alegres, bonitas algunas, agraciadas otras...

Hay una sobre todo que lleva la palma... Es una de esas beldades que donde quiera reinan, donde quiera dominan...

Hay otra en un rincón que todavía no ha bailado.

Es la *fea*.

Desde allí acecha, mira, devora.

¿Por qué no la sacan a ella?

¿Por qué no le dicen aquellas tonterías tan deliciosas que pueblan la sala? ¿Por qué no se sientan los hombres a su lado? ¡Qué bello es aquel joven! ¡Qué grato será ir en sus brazos empujada por la música! ¡Ah! Se acerca a ella... la mira con lástima... ¡Oh nuevo puñal!

La compasión solamente lo ha conducido.

Ya llega...

La ha sacado a bailar.

¡Oh! ¡Pero qué levemente coge su talle! ¡Su talle que tiembla de placer! Apenas toca su mano... ¡Qué frialdad! ¡Está cumpliendo con un deber!

Y, sin embargo, ella tiene quince años y encierra más amor en el alma que olas amargas el océano.

Y, a pesar de esto, ella agradece aquel nuevo insulto. ¡Ella ama a quien la ha compadecido!

¡Si se atreviera a hablarle!

Pero él está distraído... tal vez fastidiado...

Se acaba el vals... ¡Se han reído de ella!

Todas han bailado veinte veces. Ella una vez nada más.

Ahora todas tienen a su lado un galanteador...

Ella está callada y tétrica; aislada y lúgubre, como el reo en el banquillo fatal.

PEDRO DE ALARCÓN.



AL IR A VERANEAR

NO OLVIDE DE PROVEERSE DE ESTAS LAMPARAS A ALCOHOL CARBURADO

ES LO ESENCIAL
PARA SU QUINTA O CASA DE CAMPO.

ALUMBRADO POTENTE Y ECONÓMICO

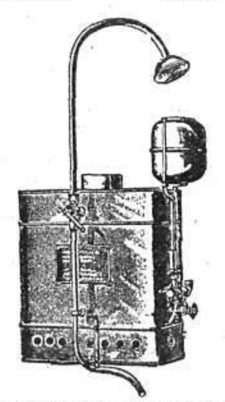


LÁMPARAS DE PIE, LISTAS PARA FUNCIONAR, DESDE......... $ 12.30

GRAN SURTIDO DE ARTEFACTOS DE COLGAR SENCILLOS Y DE ORNATO.

CALENTADORES
PARA BAÑO

A ALCOHOL DESNATURALIZADO.
SIN PRESIÓN DE AIRE.
SIN PELIGRO. SIN HUMO.



POR ESTE MES DAMOS FACILIDADES PARA ADQUIRIRLO.

TAMAÑO GRANDE CON LLUVIA $150
" MEDIANO " " " 120

SOLICITEN CATALOGO ILUSTADO

Cía. Argentina de Alumbrado a Alcohol

DEFENSA, 429-Buenos Aires 25 de MAYO, 724 - Montevideo

De Mar del Plata



El gobernador señor Cantilo y comitiva recorriendo los hermosos jardines de Parque General Paz durante la visita del primero a esta ciudad.

El señor gobernador y demás personas que asistieron al acto de la bendición de la 1.ª columna del tranvía eléctrico.

UN renombrado médico ha dicho que "una de las principales causas de enfermedades y defectuoso desarrollo mental de los niños en la época de la crianza, es una boca sucia e insalubre."

La vida de los dientes es breve o larga según la atención que se les preste desde la infancia. En muchos niños es muy perceptible la perniciosa influencia de gérmenes nocivos en la boca por la falta de salud y vigor.

Dejemos que Kolynos cuide desde temprana edad las inapreciables perlas que constituyen los dientes de nuestros niños, conservándolos naturales y sanos, para que asi contribuyan a su salud y felicidad; horroricémonos de esos dientes huecos, tristes minas de plomc o de oro.

Kolynos es el dentífrico por excelencia; limpia perfectamente la boca, blanquea y abrillanta los dientes.

Kolynos es un producto noble para los niños y adultos, porque embellece el cuerpo, deleita los sentidos y presta regocijo a la vida. Kolynos se vende en las droguerias y tiendas de artículos de tocador.

KOLYNOS

CREMA DENTAL

Fabricantes: THE KOLYNOS COMPANY
New-Haven, U. S. A.



Agentes: MAYON Ltda.
1245, Avda. DE MAYO, 1257 • Buenos Aires




ANÉCDOTAS DE ANTAÑO

ANTONINO LAMBERTI

Poeta eximio contraído al arte, y bohemio impenitente de sempiterna sonrisa, en Lamberti coexisten dos personalidades distintas, claramente definidas, aunque ligadas estrechamente por el vínculo indisoluble de un ideal superior: su patria, a la que ofrendó sus más bellas páginas al par que la vida. Y de esta rara conjunción de modalidades que forman su idiosincrasia es, precisamente, de lo que desearíamos dar una idea todo lo más exacta que nuestros escasos medios nos permitan, narrando algunas anécdotas de su vida; vida extraña de bohemio insigne, de lírico y de patriota, en la acepción más amplia del vocablo.

Criollo hasta la médula, en su larga vida (cuenta a la fecha 78 años) Lamberti ha visto desfilar ante sus ojos varias generaciones, y su mayor orgullo consiste, repitiendo su expresivo decir, en saberse más porteño que la plazoleta del Temple. Bien puede afirmarlo. Con mayor elocuencia que cualquier otro argumento lo corrobora su participación en la batalla de Cepeda, en la que combatió bajo las órdenes del general Mitre cuando apenas contaba catorce años de edad y de la que es en la actualidad el último superviviente, muertos recientemente Dardo Rocha y Daniel Amadeo.

«Era muy niño todavía — explica con modesta naturalidad el poeta recordando la retirada del ejército porteño y su embarco en San Nicolás. — No servía más que para hacer bulto, pero ofrecí en aquella oportunidad a Buenos Aires todo cuanto tenía: la vida». Sin embargo, no sólo empuñando las armas en el combate Lamberti ha sabido mantener en alto el honor y el prestigio de su terruño natal. Un episodio, de los muchos similares de su existencia, lo revela con mayor claridad que cuanto pudiéramos agregar al respecto. Camarada de Rubén Darío, una discrepancia de carácter fundamental mantuvo dentro de un cierto grado de cordial tirantez los principios de su amistad con el autor de «Azul», pues éste, ya en el apogeo de la celebridad, se permitía juzgar intelectualmente con desdén a nuestro país, olvidando, quizás, la deuda de gratitud que contrajera para con él cuando en los comienzos de su brillante carrera necesitó la égida de uno de sus grandes rotativos, «La Nación», para surgir. Lamberti opuso siempre buenas razones a esta manera unilateral de pensar, y en más de una oportunidad insinuó la conveniencia de no prejuzgar, advirtiéndole que, magüer las apariencias contrarias, nada teníamos que envidiar al extranjero en el orden intelectual ni en ningún otro. Así las cosas, un grupo de admiradores del poeta nicaragüense ofreció un banquete en su honor, al que Lamberti fué invitado, pero un inconveniente imprevisto le impidió participar de él obligándole a llegar en el momento de los brindis. Una muda interrogante acogió la entrada, pues los circunstantes no ignoraban su desacuerdo con Darío, pero éste, seguro de sus fuerzas y del auditorio, disipó la duda que se cernía en el ambiente invitando al anciano poeta a contrapuntear en verso con él, bajo el arbitrio de los reunidos.

— Me gusta la idea porque hoy me encuentro bien y, además, vengo con perros — aceptó jubilosamente Lamberti.

— Yo siempre estoy bien — aseguró lacónicamente Darío.

Y sin más preámbulos comenzó Lamberti, desafiando a su vez en tres estrofas admirables, que sintetizan la bizarría de su espíritu y su serena confianza en el valer propio.

Decían así:

Cuando viene el gran cantor,
El soberbio ruiseñor,
A entonar sus prodigiosas
Elevadas notas suaves,
Las demás, las otras aves
Enmudecen respetuosas.

Cuando viene el melenudo
Africano león sañudo
Con la hermosa testa alzada
A saciar su sed de rey,
Todo bicho, toda grey
Se retira de la aguada.

Sólo el tigre de Bengala,
Que en bravura al rey iguala,
Mas si es viejo queda estable
Y en su puesto espera al fuerte,
Porque sabe que la suerte
De las armas es variable.

De turno Darío replica con una hermosísima décima titulada «Lo que es Lamberti», pero elude manifiestamente el combate, reconociendo los méritos indiscutibles de su rival.

Dice:

Como las más altas cimas
Tiene nieve en la cabeza,
Y le adorna la belleza
De las prosas y las rimas.
Tiempo, es en vano que esgrimas
Tu hoz sobre este rosal,
Porque un aliento inmortal
Le imprime su numen fiel,
Baco le brindó su miel,
Y Venus le dió su sal.

Estrofa bellísima a la que Lamberti, inseguro de su sinceridad, responde inmediatamente con otra, titulada: «¿Qué es Rubén Darío?»

¿Una lira de la fragua
De Verlaine y Víctor Hugo?
¿Nuevo Góngora sin yugo
Que aparece en Nicaragua?
¿Cristalino chorro de agua
De un peñón americano
Que ya salta por el llano
Y amenaza ser torrente?...

Y aquí los diablillos traviesos de su temperamento juguetón le estimulan para apotegmatizar humorísticamente a su contrario; se detiene y, por un instante, piensa terminar:

¿Es un caño o simplemente
Es un loco de verano?

Pero consciente de su talento se reporta, y por medio de una última interrogante cierra magistralmente la estrofa, que se completa de esta manera:

¿O es vislumbre simplemente
De artificio soberano?

 *Por* HUGO R. ARGERICH 

Un abrazo efusivo de ambos poetas puso término a esta original «Payada de sobremesa»; y Darío, instantes después, al levantar la copa de champagne en honor de su rival, a quien más tarde debía dedicar «La página blanca», una de sus más bellas poesías, por todo comentario brindó: «Por el viejo bandido que no ha hecho más que preguntar».

Muchas han sido las vicisitudes que en su larga vida de bohemia ha debido sobrellevar Antonino Lamberti, pero de todas ellas es sin disputa la más curiosa la que pasamos a relatar, porque a la vez que demuestra la agudeza de su ingenio da una noción exacta de su carácter, siempre dispuesto a reir de la adversidad, de las pequeñeces pedestres de la vida y de la suprema estulticia de sus semejantes. Por tres veces rico, otras tantas disipó cuanto tenía, sin consultar el porvenir ni conceder más importancia al dinero que a la copa desbordante de champagne, a la que tres sorbos y un instante de placer bastan para apurar hasta las heces, borrando todo vestigio de su áureo color primitivo; y así, pobre o poderoso, opulento un día o modestísimo pendolista el siguiente, peregrinó a través de los ocho decenios de su existencia firme el corazón y erguido el busto recio, alta la frente y serena la mirada, con la conciencia tranquila y en el fondo austero de sus bolsillos de poeta vibrando el alegre retiñir del metal de su risa sempiterna.

En sus múltiples andanzas por diversas reparticiones públicas recogió una poco grata experiencia acerca del modo como generalmente se estima en nuestro paradógico país la contracción al trabajo; y ello se debe en gran parte a una singular aventura que le acaeció allá por el año 1887, época en la cual desempeñaba las funciones de tenedor de libros en los Depósitos de la Administración de limpieza de la Capital, sitos en la intersección de las calles Sarandí y Brasil. Empleado modelo, la Dirección, entonces a cargo de don Mariano Beascoechea, decidió premiar su capacidad y diligencia en el desempeño del puesto concediéndole un ascenso de categoría y autorizando su traslado a la municipalidad, a cuyos efectos lo declaró en comisión hasta tanto se le diese ubicación definitiva. Satisfecho de su suerte, el poeta aguardó con calma el cambio de destino; pero quiso la caprichosa fortuna que la espera se prolongase más allá de los límites de lo previsto, mucho más allá, hasta... la fecha que continúa aguardando la merecida retribución a sus desvelos de tenedor de libros celoso de su reputación y de sus deberes...

Años más tarde un conjunto de circunstancias adversas lo privó nuevamente del empleo que tenía en la capital, obligándole a recurrir a su amigo don Federico Pinedo, ministro del doctor Marcelino Ugarte, a la sazón gobernador por primera vez de la provincia de Buenos Aires. Conocedor de su situación, Pinedo accedió inmediatamente a su demanda ubicándolo en su ministerio mismo, en uno de esos puestos de eventuales tan comunes a todos los gobiernos, en el cual, como le advirtió, nada tendría que hacer a más de percibir mensualmente sus haberes. El nombramiento, magnífico exponente de la modorrienta literatura burocrático-administrativa, se le extendió sin más trámites, en perfecta regla y concebido en estos términos:

«Al ciudadano Antonino Lamberti, el Gobierno lo nombra con fecha de hoy, Auxiliar del encargado del arreglo del Archivo del ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.»

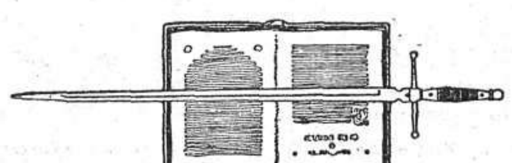
Apenas en su cargo, el flamante auxiliar del encargado del arreglo, etcétera, etcétera, se dispuso a escarbar con tesón el polvoriento y desordenado papelerío que llenaba casi por completo los vetustos estantes de la oficina, pero una prudente advertencia de su compañero de tareas don Nephtalí Carranza le hizo desistir de sus propósitos, recordándole pasadas tribulaciones de tenedor de libros atento y esmerado. «¡No trabaje que lo van a echar!», aconsejó más ducho que él en las lides oficinescas; y Lamberti, excéptico ya por experiencia, no se hizo repetir el consejo ni volvió a poner los pies en el archivo, salvo cada fin de mes, cuando la tesorería debía entregarle el expresivo sobrecito conteniendo los emolumentos correspondientes. Al cabo de algún tiempo un cambio de ministerio originó la reorganización integral de las oficinas; y el nuevo jefe, más estricto que su predecesor, revisó prolijamente el libro «Asistencia de Empleados», extrañándose sobremanera al encontrar el nombre de Antonino Lamberti, empleado fantasma a quien durante su breve permanencia en el cargo no había visto ni siquiera una vez. Rígido en sus procederes, sin dilación de ninguna especie ordenó que se le pasara una nota comunicándole su cesantía, e invitándole al mismo tiempo a pasar por el ministerio para retirar los haberes correspondientes a los días transcurridos del mes. Es de suponer el efecto que la tal nota causó al invisible auxiliar del encargado del arreglo, etc., la presteza con que se dispuso a defender sus derechos y, sobre todo, a evitar la nada grata perspectiva que de manera tan inopinada se avecinaba.

Al día siguiente entrevistóse con el recalcitrante jefe, dispuesto a usar de todos sus recursos de «causeur» admirable para reducirle por medio de la elocuencia; pero él, firme en sus trece, dió en tierra con todas sus ilusiones encerrándose en la más terminante de las negativas. — Me priva usted del sueldejo con que vivo — argüía en la esperanza de enternecer el pétreo corazón del empecinado burócrata; y por último, seguro de que sus argumentos no hallarían otra cosa que una nueva negativa más rotunda que las anteriores, convencido de la esterilidad de sus esfuerzos, abandonando de pronto el tono persuasivo adoptado durante la entrevista, irguióse altanero, transfigurado, y con ademanes de majestad ofendida exclamó:

— ¡Bien, señor; me iré. Pero conste que si usted me echa lo hace sin más motivos, sin otros fundamentos que por haber cumplido siempre estrictamente con mi deber!...

Y como el asombrado jefe, sorprendido por el *ex abrupto*, no respondiera a su desplante, solemnemente terminó:

— ¡A mí se me concedió este puesto para que cobrase mi sueldo todos los meses y, puedo asegurarlo, no he faltado hasta el presente ni una vez!...



De Carlos Casares



Maestros de esta localidad que, con sus colegas de Pehuajó, realizaron el "Día del Maestro" una visita al hospital.

DE LA VIDA INTERIOR

Se dice que los ciegos no sufren como lo imaginamos. Al cerrarse sus ojos al mundo exterior, parecen entreabrirse a un universo interno, más bello y más suave que éste en donde riega el sol todos los días la misericordia de sus gemas preciosas. Fijaos en un ciego: en su rostro, antes turbado por las pasiones, hay una dulce resignación, una calma bienhechora, casi transparente como el agua virgen de las montañas. La protesta no asoma a sus labios ni el arco de sus cejas se estrecha a cada instante como en los torturados del espíritu. Diríase que vive en una muda contemplación de paisajes teñidos por la luz apacible de un crepúsculo.

Ese universo es el que todo hombre lleva dentro de sí mismo y el cual podemos contemplar, sin ser ciegos, en todas las horas, felices o amargas, de la vida. Basta un poco de abstracción, un poco de olvido de los seres que nos rodean, un poco de ensueño. Sólo al malvado no es dable este placer. En su interior no hay sino sombras y en ellas no hay sino monstruos.

Después de una buena acción, descended a ese universo interior y veréis un paisaje que antes no conocíais. La conciencia, como un sol esplendente, ilumina ese mundo. Oiréis ritmos desconocidos y aspiraréis el perfume de flores que no existen en la tierra. En ese mundo interno no brotan las plantas venenosas con que a cada paso tropiezan nuestros pies en la región de la vida exterior.

Debajo de la tierra, aun de los desiertos y de las estepas, hay silenciosas corrientes de agua que nuestros ojos no ven y que, por lo mismo, no podemos enturbiar. Así como ellas, hay también en el espíritu humano fuentes misteriosas en donde abrevan los labios tostados y en donde puede extinguirse, siquiera por un momento, esa sed de la dicha que nos consume y que jamás se satisface bajo el palio azul tan bello, pero tan indiferente.

RICARDO NIETO.



El número de septiembre aparecerá el día

30

con el siguiente sumario:

"El drama de la helada", por **Monteiro Lobato**, ilustraciones de **Delucchi.** "Damas de hoy, trajes de antaño", interesante nota social por **Roxana**, ilustración fotográfica. "XII Salón Nacional de Bellas Artes", por **Fernán Félix de Amador**, con reproducciones de las principales obras. "¿De dónde ha venido este picaflór?", por **Pastora González de Lascano**, ilustración **de Larco.** "Cuando me propuse descubrir el Orinoco", por **José M.ª Salaverría**, ilustración de **López Naguil.** "Las rosas del mar", por **Valentín de Pedro**, ilustración de **Peláez.** "El grandioso monumento al general Artigas", por **Rafael Símboli.** "De tierra adentro", por **Pedro Lemaire.** "La voz del silencio", por **Eugenio Iglesias Alvarez.** "En el camino de Montserrat", por **Juan Sintierra.** "El viaje supremo", por **F. F. de Amador**, ilustraciones de **López Naguil.** "Anselmo Miguel Nieto. Julio Romero de Torres."

Reproducciones: "Recogimiento", óleo de **J. S. Renner.** "Pensativa", óleo de **Julio Romero de Torres.** "Flora", óleo de **Fantin Latour.** "Señora Laura Pacheco de del Solar", por **Van Riel.**

El **día 12 de octubre** "Plvs Vltra" conmemorará la histórica fecha del **Día de la Raza** publicando un número extraordinario artísticamente presentado.

De San Isidro

El doctor Leofinas Shal y familia con el presidente del Aero Club Argentino, ingeniero Martínez de Hoz, en la fiesta que se efectuó en el aeródromo, retribuyendo atenciones.

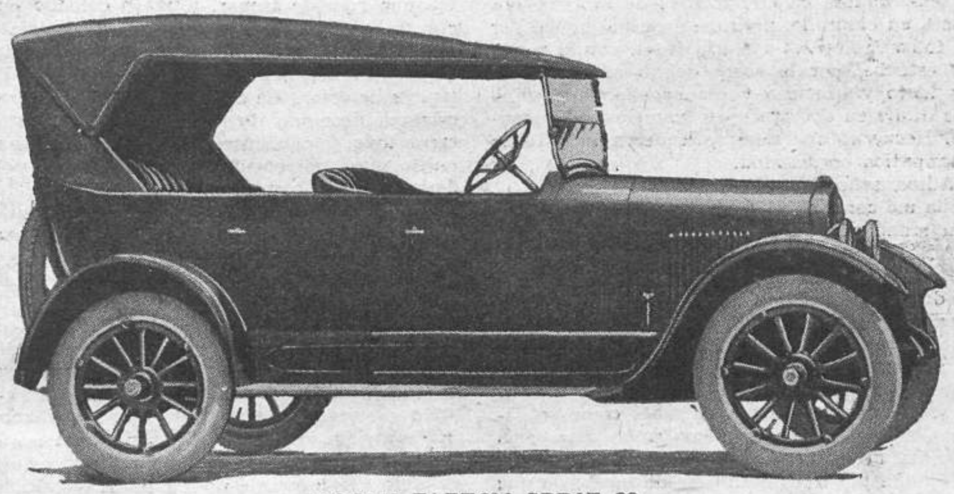


El piloto Juan José Echeverry, María Esther Keen de Correa y Sara Gándara, pasajeras del citado piloto en los vuelos realizados.



BUICK

PARA TAXIMETROS



DOBLE FAETON SERIE 22.

El nuevo 4 cilindros BUICK 22x35 es el tipo de automóvil moderno más adecuado para taxímetros de la capital.

Es flexible, económico, confortable, de precio moderado y sobre todo de maniobra facilísima. El conductor trabaja descansado y cómodo, por muy largo que sea el horario de su jornada.

Garantido por un año contra defecto de material o deficiencia de mano de obra.

Hay disponibles modelos abiertos para la temporada de primavera y verano.

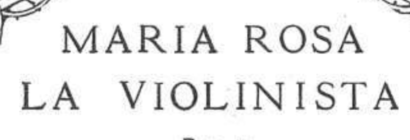
Soliciten datos, demostraciones y precios. Lista N.º 8 a sus

Concesionarios Exclusivos:

HENRY W. PEABODY y Cía.

Bmé. MITRE, 1746 **BUENOS AIRES**





MARIA ROSA LA VIOLINISTA

Por

JOSÉ MUZILLI

Pues señor — para comenzar como en los cuentos infantiles, — había una vez... Sí, había una vez una muchachita rubia, de piel blanca, de ojos azules, de mirada suave. Se llamaba María Rosa y era violinista. Vestía con elegancia. Pero el traje que mejor le quedaba era uno de seda, amarillo. ¡Si toda ella resultaba una rosa de amarillo tenue exaltándose en el brazalete de oro! Yo era entonces un chiquillo, pero me gustaba mucho ver pasar todas las tardes a María Rosa, con el violín en su estuche, por la acera de mi casa. Ese su andar lento y gracioso y esa su sonrisa perenne que se diluía en dos preciosos hoyuelos, me encantaban. Recuerdo que siempre le decía, movido de una simpática cordialidad:

— Adiós, señorita...

Y ella me contestaba, rozándome apenas la cara con su mano que parecía una flor:

— Adiós...

Y ese saludo lo expresaba con tanta gracia, con tanta dulzura, con tanta suavidad, que yo, todas las tardes, me apostaba a la puerta de mi casa durante horas enteras para tener la dicha de ver pasar a María Rosa.

¿Cómo supe que se llamaba así?

Yo sentía grandes deseos de saber cómo se llamaba. Claro, siempre que pensaba en ella tenía que recurrir al vago recurso de decirle «la señorita», aunque daba por descontado, desde luego, de que había de tener un nombre en consonancia con su belleza.

Cierta vez que ella pasaba, como de costumbre, me animé a decirle:

— Señorita... yo me llamo José... ¿y usted?...

— María Rosa...

Me contestó ella sonriendo y acariciándome el rostro con su mano, que parecía una flor. Y prosiguió su camino, satisfecha de haberme dejado contento. La seguí con la vista largo trecho, hasta que se perdió en una esquina.

¡Qué felicidad! ¡Ya sabía su nombre! Ello significaba para mí una satisfacción tal como la que han de experimentar los generales victoriosos al ocupar una ciudad largamente sitiada. Cierto que la dificultad de saber su nombre no estaba en mi buena amiga, sino en mi timidez, pero, de todos modos, aquella tarde tuve la sensación de haber ganado una batalla.

Desde entonces sentí mayor cordialidad por mi amiga, porque conocía su nombre. Ella me parecía algo propio, de mi pertenencia. Ese amor de chiquillo era el mismo que se experimenta por una madre o por una hermana. Eso es, quería a María Rosa como a una hermana.

Yo no pensaba más que en ella. Contaba impaciente las horas para que llegaran las de la tarde en que debía pasar mi amiga. La timidez desapareció por encanto. Si ya le había preguntado por el nombre, ¿no podía preguntarle cómo estaba, y si vivían los padres, y dónde tocaba el violín? Claro que sí.

Como era muy aficionado al dibujo, cierta vez copié del catálogo de una semillería una rosa grandota, o, mejor dicho, la calqué. Después de sombrearla de acuerdo con el modelo, la coloreé de amarillo pálido. Me tenía formado el concepto de que mi amiga era una rosa de ámbar. ¡Cuánto cuidado puse en ese trabajo! Recuerdo que para realizarlo fuí a comprar a la librería de la esquina una tarjeta postal en blanco, papel de calcar y una cajita de lápices de color. Me dieron de yapa un sobre muy original, decorado de flores acuáticas. Puse en la tarea todo el entusiasmo de mi niñez. Listo el trabajito, pasé por encima de la postal una pelotilla de miga para borrar los rastros azules del calco y unas manchitas. Miré la rosa una y mil veces con verdadera fruición. Me pareció una obra de arte. Coloqué la tarjeta recostada en un vaso, sobre la mesa, para ver qué efecto producía el dibujo de lejos. Nada, nada, se trataba realmente de una obra de arte. Convencido de la excelencia de mi trabajo, puse una pluma nueva en el portaplumas y saqué de un cajoncito de la mesa un frasco de tinta china.

No se trataba de escribir de golpe y zumbido en la tarjeta. Había que practicar antes alguno que otro ensayo. Durante horas enteras estuve ensayando mi letra en un cuaderno cuadriculado. Escribí no sé cuántas veces el nombre de mi buena amiga: María Rosa, María Rosa, María Rosa... Atildaba mi letra de colegial cuidando los perfiles. Eso no estaba bien aún, era necesario mayor perfección. Por fin, cuando me convencí de que podía llevar a la práctica decorosamente mi proyecto, tomé la postal con cuidado religioso, mojé la pluma en el frasquito de tinta china, y escribí con toda serenidad a la izquierda del dibujo un solo nombre: María. ¿Para qué más? ¿No había una rosa al lado? Todo estaba dicho: María Rosa...

Sí, ese obsequio iba a agradar a mi buena amiga sin duda alguna. Después de mirar una vez más mi obra de arte y de admirarla, como es de suponer, metí la tarjeta postal en el sobre original decorado de flores acuáticas.

Bueno; luego, a la tarde, pasaría ella. ¡Cómo tardaban en venir las horas en que María Rosa debía pasar con su andar gracioso, llevando en su estuche el violín! ¿Y cómo le entregaría el regalito? ¿Qué le iba a decir? Este punto constituyó para mí un motivo de honda preocupación. Imaginé muchos clisés verbales. Ninguno me satisfacía. Parecíanme demasiado estirados, demasiado protocolares, como, por ejemplo, uno del que me reí mucho:

— María Rosa, dígnese aceptar este modesto presente.

No era posible dirigirse así a una persona a quien yo consideraba como algo afectuosa-

mente mío. Me reclamaba a mí mismo más llaneza, más afectuosidad. ¿Y si le entregara la postal sin decirle nada? Tampoco eso quedaba bien. Yo, que había tenido la audacia de preguntarle por el nombre, debía también tener el valor de decirle algunas palabras al entregarle la postal. Al fin, cuando pensé que todo lo que imaginara iba a tener cierto aire falso que no convenía a la ocasión, me decidí a abandonarme al azar.

— Bueno... — pensé — le diré no más lo que se me ocurra en ese momento.

Cuando llegó la hora de apostarme a la puerta lo hice con el vago temor que se experimenta en los instantes solemnes de la vida. Sostenía con dos dedos de la mano derecha, delicadamente, el obsequio. Temía estropearlo. Yo imaginaba el contento de María Rosa al recibir la postal. Me acariciaría, claro, con mayor afecto. Miraría el dibujo sonriendo. Me felicitaría por el dibujo. ¿Y dónde guardaría la postal? Seguramente en su blusa de seda amarilla. ¡Qué contento me puse al imaginarla guardando en la blusa ese cartoncito dentro del sobre raro con que yo la obsequiaba! Después guardaría mi presente en un cajoncito de plata que ella debía tener. Y se acordaría siempre de mí al abrir el cajoncito y mirar la postal, diciendo:

— Esto es de José, ese amiguito tan bueno...

En estas cavilaciones me hallaba cuando divisé a lo lejos la figura esfumada de María Rosa. El solemne instante se acercaba. Una intensa nerviosidad me invadió de pronto. Tuve deseos de huir de la puerta, entrar en mi casa, dejar la postal tímidamente sobre la mesa. Miré de nuevo el sobre. Parecióme que aquel obsequio era demasiado atrevimiento. Al fin, de mi amiga no conocía más que el nombre. ¿Y cómo era posible que le entregara eso? Mil ideas de esta índole bailoteaban en mi cerebro. Puede decirse que en ese instante hacía yo la filosofía de mi obsequio.

Tan abismado estaba en mis cavilaciones que no me había percatado de que María Rosa hallábase ya a unos cuantos pasos.

Al verla me estremecí todo e inmediatamente me sonreí. Ella me contestó acentuando su sonrisa perenne. Llevaba el traje de seda, amarillo.

— María Rosa... — dije — y le entregué el sobre con la postal.

Mi amiga lo recibió con verdadero agrado. Abrió el sobre, sacó la postal, y se puso a contemplar el dibujo con un detenimiento cariñoso que me subyugó. La batalla contra mi incertidumbre había sido dada y ganada.

— Muy lindo el dibujo, José... Muy lindo... Me gusta mucho...

— Lo hice para usted, María Rosa...

— ¡Qué buen amiguito!... ¿no?...

Y se detuvo a acariciarme el rostro, acentuando cada vez más su sonrisa perenne que tanto me cautivaba.

— Adiós, José...

— Adiós, María Rosa...

Y vi que al alejarse con ese su andar gracioso guardaba el sobre con la postal en su blusa de seda amarilla...

La miré alejarse, según costumbre. Pero ahora ponía yo en la mirada más cariño, convencido de que aquello que se alejaba llevando garbosamente un violín en su estuche era algo mío que nadie ni nada podrían disputarme. Me acordaba del detalle del obsequio guardado en la blusa de seda amarilla con una fruición de colegial envanecido. Luego, claro está, María Rosa pondría el sobre con la postal en un cajoncito labrado que debía tener...

Al día siguiente aguardé de nuevo el paso de María Rosa apostado a la puerta. Esta vez, además de la caja con el violín, traía un paquetito. Sí, era un paquetito floreado, y atado con una cinta de color.

— José, le traigo unos bombones muy ricos... Para que se acuerde de su buena amiguita...

— Gracias... María Rosa... Gracias... — atiné a decir.

Esta vez pensé que tenía derecho a preguntarle dónde tocaba el violín, y si vivían sus padres, o si ella estaba sola.

— María Rosa... ¿Usted toca el violín?... ¿Cierto?

— Sí, José... Trabajo para mantener a mi padre, que es viejito y está ciego...

— ¿Y dónde toca el violín, María Rosa?

— En un café del centro, en «La Perla».

— ¿Y no vive su mamá, María Rosa?

Por primera vez vi que la sonrisa perenne se disipaba en el rostro de mi amiga.

— No... Mi mamá ha muerto...

Y después de acariciarme, se alejó, como siempre...

Yo me había acostumbrado tanto a ese saludo, que todos los días lo cumplía religiosamente.

Pero una tarde María Rosa no pasó. En vano esperé a las tardes siguientes. No la vi más...





EN LA CASA DE MODAS

La señora, que sale del establecimiento dejando a su marido dormido en una butaca. — Es curioso... Me parece que he olvidado alguna cosa.



ASOCIACION DE IDEAS

— Permítame presentarla al señor Peterson. Ha nacido en las islas Canarias.

— Encantada de conoceros, señor... Espero que tendrá usted la bondad de cantarnos alguna cosa.

De Villa Urquiza



Personal docente que tiene a su cargo las clases complementarias recientemente inauguradas en la Escuela Coronel Olavarría.



Alumnas que concurren a la clase complementaria de música.



En la clase de inglés.



La clase de labores, una de las más concurridas.


Productos SUPREMA
Aumente sus encantos
Confiera a su rostro blancura y lozanía, usando los exquisitos productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO
De perfecta adherencia y delicado aroma. Embellece el cutis. La caja $ 1.10
AGUA COLONIA
De inconfundible perfume, delicado y persistente. El frasco..... $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS y Cía. BOLIVAR, 1725 BUENOS AIRES
GRATIS enviamos a toda dama que lo solicite una muestra del Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
SUPREMA



Diálogos por el camino

EL QUE BUSCABA A DIOS

EL INCRÉDULO. — Siempre te sorprendo en el camino que va a la iglesia. Te veo dar vueltas en torno como un obsesionado. ¿Pero qué buscas en la iglesia? ¿Esperas tal vez que florezcan tus ilusiones de adolescente? ¡Oh desventurado! Mira ese tronco seco: ya no rebrotará jamás. Mira tu alta frente: ninguna exhortación podrá dar vida a los rubios cabellos que desaparecieron. Así tu fe se secó para siempre, y es en vano que pretendas vivificarla.

EL QUE DESEA CREER. — ¿Tú no crees ya en nada? ¿Y estás contento por no creer? ¿Y te indignas por que otros aspiren a creer? No me explico tu felicidad. Yo siento que me han extraído del alma la cosa de más volumen que en ella antes tenía.

EL INCRÉDULO. — Decídete con ánimo varonil a la pérdida de tu antigua ilusión, y verás que tu vida queda aligerada para siempre. Yo no creo; yo no quiero ya creer; y estoy como aquel vago enfermo a quien extraen un tumor y queda ágil y tranquilo.

EL QUE DESEA CREER. — No te entiendo, y llegaría a decir que mientes si no supiera que existen hombres temperamentalmente dispares cuyas ideas y aspiraciones no coinciden nunca ni en el propio infinito. Tú has nacido sin duda para no creer, y tu posición lógica es el ateísmo. Yo, en cambio, había nacido para la creencia, y dentro del ateísmo estoy como ilógicamente, como desorbitado. Por eso no me resigno. Por eso vuelvo y tanteo. ¡Pobre de mí!

EL INCRÉDULO. — Suspiras como una ignorante mujerzuela. ¿Para qué, puesto que no has de conseguir nada? Pórtate como un espíritu valeroso. Decídete a pronunciar sin temblores: Dios ha muerto.

EL QUE DESEA CREER. — Esa canción la conocía ya. ¿No sabes que *estoy volviendo*, y que he vivido apasionadamente todas las teorías? Conozco esa canción: Dios ha muerto. También he conocido al filósofo vehemente que la pronunció por última vez, y he coreado yo mismo esa canción con exaltado júbilo. ¡Dios ha muerto!... Pero aquello sucedió entre los resplandores del mediodía; ahora empieza a caer la tarde y estoy un poco triste. Ahora es cuando me alegraría de saber que Dios no era verdad que hubiese muerto.

EL INCRÉDULO. — ¿Pero qué ganas con desear que un hecho real y tangible se desmienta a sí propio? Te pareces a los chicos arbitrarios que lloran y patalean porque su juguete favorito se ha roto en sus caprichosas manos. Lloras, ¿y qué? Tu juguete está despedazado sin remedio. Pero puedes construirte otra vida. ¿Porque se haya malogrado una ilusión piensas que ya no hay más en el mundo?

EL QUE DESEA CREER. — En efecto, yo sé que hay más. No ignoro que el mundo es grande, y sé que existen inumerables motivos en donde poder depositar nuestros entusiasmos y nuestras ilusiones. Pero ya te he dicho que empiezo a estar triste; no me siento con fuerzas para emprender nuevos caminos; quisiera volver por los caminos de antes.

EL INCRÉDULO. — ¡Pobre desesperado!

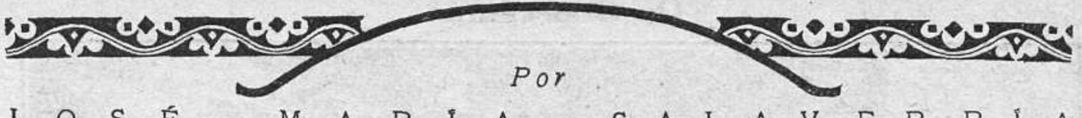
EL QUE DESEA CREER. — Sí. Lo que me perturba hasta la desesperación es el pensar que en nuestro mundo conocido y sensible todo cuerpo orgánico, vivo, tiene una conciencia o un alma obedece a un orden, se dirige a un fin, ¿y cómo entonces el Universo, suprema entidad viva, puede carecer de una conciencia, de un motivo, de un fin?

EL INCRÉDULO. — ¿Y si resultase por último que, todo al revés de los que imaginaban que nuestro mundo era el centro y la explicación del Universo, fuera no más, efectivamente, que un cuerpo mínimo, accesorio y de una importancia ridícula? ¿Que todo nuestro mundo, con todos nosotros y con todos los sueños de las generaciones humanas, fuésemos simples microbios insignificantes y estúpidos con relación a otros sistemas planetarios y otros seres pensantes infinitamente mayores, infinitamente más inteligentes? Piensa en esto ¡oh desventurado! y tu soberbia se desvanecerá. Entonces verás la imposibilidad absoluta de comprender, y como el hombre nunca podrá llegar a comprender, de la misma manera que el imperceptible microbio que bulle junto a nosotros es incapaz de concebir ni nuestros pensamientos ni nuestra vida.

EL QUE DESEA CREER. — ¡Cómo te complaces en cerrar todas las puertas posibles a la esperanza! Yo no. Yo siento una necesidad insoportable de luz, y hasta en ese terrible programa de sombras que me has propuesto yo procuraría escapar a la desesperación diciéndome: ¿No



Un célebre doctor, que descubrió en las lágrimas preciosas propiedades antisépticas, ha instalado una fábrica para la explotación de su descubrimiento.


Por

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

podría ser que nuestras vidas son transitorias y probatorias, como en la doctrina brahmánica, y que nuestros espíritus van renaciendo en nuevas vidas y en una escala ascendente de mundos, hasta llegar a las vidas superiores y a los mundos más gigantescos y perfeccionados, allí donde los seres dotados de un enorme volumen mental pueden comprender sin esfuerzo el misterio de la causa primera, tal como nosotros comprendemos fácilmente las propiedades de la luz y de la gravitación, que los ínfimos infusorios ignoran en absoluto?

El incrédulo. — ¿Y si fuese que un día cualquiera, por un fenómeno que en la maquinación cósmica estaba previsto, chocase la tierra y volara convertida en polvo, repentinamente, y no quedase nunca nada, ni nadie en el infinito se enterase de que habían existido y desaparecido nuestros humanos ensueños, nuestros grandes planes, nuestras ideas y obras, nuestros libros, nuestras luchas y esperanzas?...

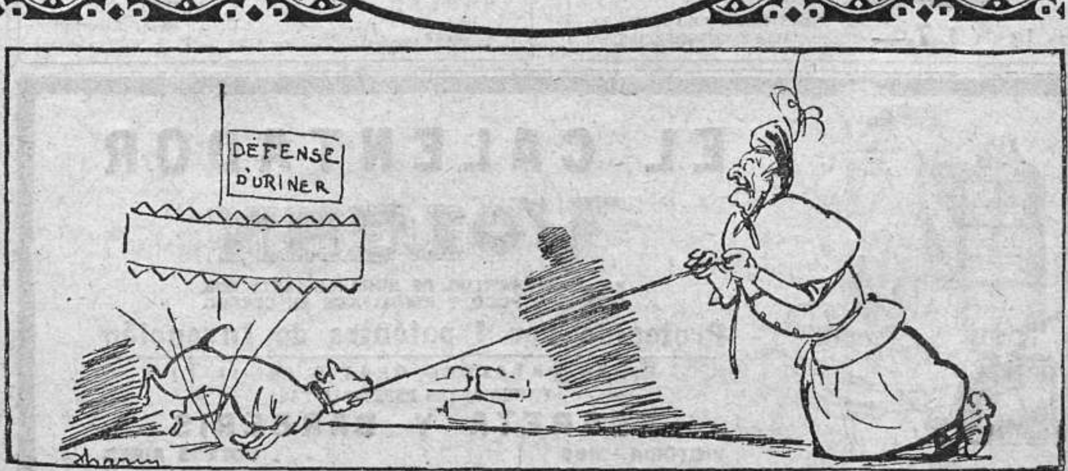
El que desea creer. — ¿Pero es cierto que puedes caer hasta lo profundo de esa decepción sin sentirte morir? Los simples y sencillos creyentes alegan, cuando quieren demostrar la existencia de Dios, ese tumulto de maravillas, de estrellas lucientes, de auroras próvidas y de terribles tempestades. ¿Cómo, dicen, ha podido crearse todo eso sin la providencia poderosísima de Dios? Tú te ríes de esa cándida argumentación; la ciencia ha agrandado tu ojo suficientemente para que tales argumentos no merezcan ni una réplica de ti. Pero hay otras maravillas que no son las estrellas ni las tempestades; hay una maravilla mucho más estupenda que las auroras de oro y que el brillo del sol meridiano. Hablo del hombre. ¿Te has detenido a considerar las obras, los pensamientos, las invenciones y las quimeras del hombre? ¿Has pensado largamente en ese ser prodigioso que salta desde el Partenón hasta los leviatanes que llenan el puerto de Nueva York, en una cadena de milagros? Míralo transitar por entre los prodigios que él mismo ha creado. Míralo pensar, amar, proyectar infinitamente, utilizando la energías más secretas de la Naturaleza, y lo que vale más todavía, contrariando las leyes y las ideas cotidianas de la Naturaleza en ese divino esfuerzo que se llama moral (puesto que ya sabes que la Naturaleza ignoraba la existencia de la moral). Pregúntate, pues, delante del hombre: ¿Cómo sería explicable que esta maravilla pudiese carecer de un fin, y que no obedeciese a ningún propósito, y que todo cuanto realiza y realizará es un episodio obscuro y fortuito que se desvanecerá sin consecuencias en la infinita rotación de las cosas?

El incrédulo. — Yo no soy tan soberbio como tú. Yo me resigno a ignorar, miserable microbio que no puede, materialmente no puede desentrañar los misterios que están por encima de su tamaño y de sus fatales deficiencias. Yo soy más humilde, porque renuncio a la intolerante pretensión de llegar a conocer a un Dios demasiado oculto. Yo también lo he intentado a mi hora, como otros muchos. Pero he visto a tiempo la imposibilidad de encontrarlo.

El que desea creer.—¿Y puedes vivir sin esperanza? Yo no. Yo deseo luchar, yo quiero esperar.

El incrédulo. — Pues bien; permíteme que te ofrezca un rastro de posibilidad. Escucha. Acaso el problema de Dios no esté equivocado; es que está mal encarado. Quiero decir, usando un grosero lenguaje policial: es falso el origen de la pesquisa. Y es porque se parte siempre de las primeras tentativas, naturalmente burdas, que hicieron los primitivos salvajes en busca de Dios. La pista era falsa. En el proceso de la captura de Dios estamos tan indocumentados como el primer día. ¿Tú te empeñas en perseguir las huellas de Dios? Ten en cuenta que necesitas abandonar los caminos trillados. Busca a lo desconcertante por los atajos desconcertantes. Pero si llegases a encontrar a Dios ¿no te aterra desde ahora la idea de que el Dios que que encontrases por esos atajos que nadie exploró fuese un Dios completamente distinto del que los hombres estaban habituados a concebir?

El que desea creer. — Todo hallazgo sería para mí dichoso, cualquiera que fuese la forma que revistiese la evidencia de Dios. Yo quiero insistir en lo que tú llamas una quimera. Me voy tras el origen de las causas. Y si todo resultase un fracaso ¿qué importaría? Yo habría dado a mi vida una densidad, una ocupación de que la tuya carece. Adiós. Quiero separarme cada vez más lejos de ti, y de tu seca convicción...



INQUIETUD MATERNAL

—¡Medor! ¡Medor! ¿No has visto el aviso, desdichado?

De Chascomús



Señor José Angel Castillo, primer presidente de la Biblioteca.

Salón principal de la Biblioteca.

Señor Máximo Echavarría, presidente actual de la Biblioteca.

Miembros de la comisión de la institución, señores Máximo Echavarría, Mercedes J. Aldalur, Victoriano M. Gárriz, Miguel Pierri y el bibliotecario, señor Pedro G. Wallace.

El cincuentenario de la Biblioteca Popular se ha celebrado con una artística velada que alcanzó extraordinarias proyecciones. Al objeto de fomentar el desarrollo de la institución y dotar a la Biblioteca de edificio propio, se inició una subscripción popular que responde en forma satisfactoria, siendo asimismo grande el número de libros donados, que acrecientan incesantemente el capital bibliográfico. La actual comisión directiva la integran los señores Máximo Echavarría, presidente; Victoriano M. Gárriz, tesorero; Miguel Pierri, secretario; Mercedes J. Aldalur, Emma T. Juillerat y M. Nicolás Zuloaga, vocales, y Pedro G. Wallace, bibliotecario. El número de socios protectores es de 272. El número de volúmenes: aproximadamente 7.000, incluyendo en esta cantidad 1.107 recibidos últimamente por donación. Capital de la institución: en libros $ 24.464; en muebles y útiles $ 2.868. Total: pesos 27.332 m/n. Movimiento estadístico del último ejercicio: Concurrentes a la sala de lectura, 10.115 personas; de las cuales 9.485 fueron argentinas y 630 extranjeras; de este total 7.895 mujeres y 2.320 varones. Obras consultadas en el local, 2.727; obras llevadas a domicilio, 7.688.

RESULTADO DEL CONCURSO

"BAGLEY"

para dar nombre a su nuevo producto.

GALLETITAS BAÑADAS EN CHOCOLATE

Después de un detenido estudio de los 73.000 nombres recibidos, ha sido aceptado el de

"MORENAS"

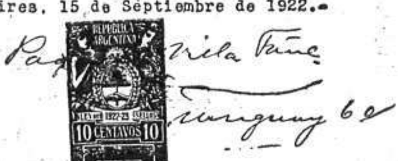
enviado por el Sr. Paquito Villafañe, domiciliado en esta capital, calle Uruguay, 60, y recibido en nuestra Administración el día 28 de Julio de 1922, a las 9 horas, quien ha percibido el premio ofrecido, cuyo recibo insertamos.

M. S. BAGLEY y Cía. Ltd.

MONTES DE OCA, 199.

Recibí de la Sociedad Anonima M.S. Bagley & Cía., Limitada la cantidad de un mil pesos moneda nacional, que me corresponde por haber dicha Sociedad aceptado el nombre de " M O R E N A S " por mi enviado, para denominar a sus nuevas galletitas " Cubiertas con Chocolate " de acuerdo con las bases del Concurso .-

Buenos Aires, 15 de Septiembre de 1922.-



Notas Sociales

La alta vida mundana se hace más intensa cada día entre nosotros, sucediéndose sin interrupción sus escenas brillantes, deslumbradoras... A cierta altura de la vida, cuando no se siente una demasiado fatigada por el largo camino recorrido, cuando nuestro espíritu se eleva ya serenamente sobre tantas pequeñeces, podemos decir entonces, como el maestro inolvidable: «Quizás una de nuestras pocas alegrías consiste en la observación fría, un poquito irónica y en el fondo indulgente, de la sociedad... El alma pasa lentamente de actora a espectadora. En los bailes, en los tes, en los teatros, en toda reunión, un viejo observador sereno, afabie, goza quizá más que los jóvenes. El placer de éstos es puro atolondramiento. El, en cambio, juzga la existencia, contempla sus ardides, sus tretas, su *modus operandi* siempre ingenuo y siempre el mismo, en la juventud, en el amor, en la ambición...» (1) Y es que a mí todos los aspectos de la vida me atraen, me fascinan; y así, hasta las nuevas formas del *snobismo* mundano pueden llegar a interesarme, amigas mías... Su última imposición es, hoy por hoy, llegar lo más tarde posible a todas partes: si se trata de una recepción para la que se ha invitado fijando la hora «de 17 a 20», ninguna elegante que se respete puede presentarse antes de las 19 y media... y si la invitación es para un gran baile, entonces no es posible presentarse antes de la una de la madrugada, puesto que los invitados de fuste acostumbran bailar hasta las ocho o nueve de la mañana Solamente *nosotras las cursis*, como me decía en cierta ocasión una de las personalidades más interesantes y espirituales de nuestra alta sociedad, somos puntuales... y decía así, porque éramos las primeras en llegar al te a que habíamos sido invitadas para las diez y siete horas...

Y ahora cabe decir que entre las fiestas recientemente celebradas ha sido sin duda la más suntuosa el baile ofrecido por el ministro del Brasil y su distinguida esposa, la señora de Toledo. El cuadro fué realmente deslumbrador: la nota tan uniformemente sombría del traje negro, elegido por la mayoría de nuestras elegantísimas mundanas, se veía realzada por magníficas joyas, y se destacaba entre las más hermosas figuras femeninas, por su serena belleza y su porte lleno de arrogancia, Belén Zapiola de Cobo, que lucía soberbia diadema de brillantes y magníficas perlas... Tanto ella como las señoras de Hale Pearson y de Wilde hicieron gala de exquisito buen gusto al desdeñar la exageración de la moda actual, que es sin duda la más antiartística que pueda darse, y conservando la línea señoril impecable que revela inmediatamente el traje firmado por Worth o alguna otra de las casas que han sabido mantener su tradición de elegancia y distinción a través de todas las evoluciones de la moda... Lucía también muy lindas joyas María Josefa Meecks de Villegas. Y entre las figuras juveniles merecieron los mayores elogios María Luisa Constanzó, que vestía también de negro, como contraste a su radiante belleza, y María Eugenia de Toledo, deliciosamente bonita con su atavío color de rosa...

En tan brillante fiesta fué realmente donde más podía impresionarme la exageración de la moda actual que afea la silueta femenina libre de toda traba, alargando inexorablemente su talle; y es que la línea de la mujer porteña no es generalmente tan fina como la de la francesa... Pero desgraciadamente tenemos la debilidad de acatar ciegamente las leyes de la moda y también la tontería de las modistas que se erigen en oráculo de buen gusto. Así me llenó de asombro, no hace mucho tiempo, que en una brillantísima evocación de la época de Luis XV, organizada con fines benéficos, todas las deliciosas marquesas de cabellera empolvada llevaran sus trajes de cotilla y paniers, tal como si se hubiera tratado de túnicas griegas o atavíos de la época del Directorio: la *taille de guépe* de María Leezinska o Madame de Pompadour había sido reemplazada por la amplia faja que nos deja tan completa libertad... Y confesémoslo, amigas mías; a pesar de la belleza de las juveniles figuras, a pesar de la suntuosidad de sus atavíos, la *reconstrucción* histórica no resultaba.

Pero no olvidemos que la alta vida mundana se hace más intensa cada día entre nosotros y que somos muchas las espectadoras que observamos sus diversas manifestaciones, con un poquito de ironía, y que, a pesar de ser indulgentes en el fondo, debemos censurar siempre ciertas modalidades del elemento juvenil... Las escenas brillantes, deslumbradoras, se suceden sin cesar, ya sea en los salones de recepción de aristocrático círculo de caballeros, ya en la sala del teatro de moda.

A propósito de la temporada de teatro italiano que nos ha sido ofrecida esta año cabe recordar la anécdota reciente y muy sabrosa atribuída a cierta aristocrática figura femenina. Parece ser que hallándose en rueda de amigas ofreció su palco a una de ellas para la función de la noche

—¿Y por qué no vas tú? Es la última de *La Nemica*...

—¡Por lo mismo! Estoy cansada de enfermedades: después de ver *L'Ombra*, que me hizo sufrir bastante, ¿ir a ver *L'Anémica*? Ni pienso...

Pero no es ella la única que peque en este sentido, sentido, amigas mías; días pasados escuchábamos una interesante conferencia en el Jockey Club: hablaba el eminente orador sobre el teatro clásico, y llegó el momento en que dijo: «desde Goldoni hasta Beaumarchais...»

—«¿Y qué tiene que ver el *Bon Marché* con el teatro?» La voz vibró muy cerca de nosotras: y era una deliciosa figura juvenil la que expresaba así su extrañeza... ¿Fué aturdimiento? ¿Distracción? La duda me obsesiona todavía...

«Quizás una de nuestras pocas alegrías consiste en la observación fría, un poquito irónica, y en el fondo indulgente, de la sociedad...»

La dama duende.

Buenos Aires, septiembre 17 de 1922.

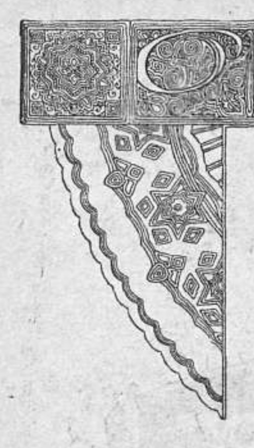
(1) Amado Nervo.

ENLACE



Señorita Ida Bonfanti Williman, que ha contraído enlace con el doctor Bartolomé Calcagno.


La Frescura
y Suavidad
que al cutis proporcionan los finísimos y delicados
PERFUMES
Excelsior
GRIET & Cia
se debe a la intachable pureza de los productos que intervienen en su fabricación.
AGUAS DE COLONIA
EXCELSIOR
INGLESA EXCELSIOR
FLIRT ARGENTIN
GLADYS
LILAS
Excelsior
Extra
Concentrée
Lilas
de GRIET
Ultima
Creación
Gladys
Ambrée
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible
Se prepara en los tonos Blanco, Rosa y Rachel y en los finos perfumes de Jazmín, Bouquet, Violeta, Heliotropo y Rosa.
Precio de la caja $ 1.50
Griet & Cia
Perfumeria Excelsior
LAVALLE, 717
BUENOS AIRES



Nocturnos trascendentales

EL TESORO

La vida es el sombrío corredor de una mina.
Es galería donde se oculta veta de oro.
Deténgase a rastraerla el hombre que camina.
Mañana a sol o a luna se mostrará el tesoro.

Ponte a cavar con ansia. Desde que el día empieza,
ponte a cavar con ansia tu socavón profundo;
que tras el rudo esfuerzo te sobrará riqueza.
Y será tuyo el mundo.

EL INSTANTE

¿No se me fué la tarde revolviendo sistemas?
¿Y no me halló entre libros el crepúsculo azul?
¿Y no me estaba lleno de mis meditaciones,
cuando detrás del monte se alzó la Cruz del Sur?

Un día, como deja la costa el marinero,
la costa más querida, en busca de otra luz,
hay que dejar los libros — riberas de los tiempos —
en busca del instante no conocido aún.

LLUVIA EN EL SILENCIO

En el silencio cae la lluvia del invierno;
hinchada va la acequia resonando al correr.
En mi emoción ahora hay no sé qué de eterno
mezclándose a la niebla de una ilusión de ayer.

Que llueva. De esta lluvia nacen después las rosas.
La lluvia en el silencio, jardín nos quiere hacer.
Pongamos con mayúsculas los nombres de estas cosas.
Hay Lluvia en el Silencio. No cesa de llover.

A R T U R O   C A P D E V I L A





El. — No puedo separar mi pensamiento de usted.
Ella. — Ni sus pies tampoco.



— Yo no le deseo ningún mal, pero espero que será muy desgraciado.
— Si quieres conseguirlo, cásate con él.



EL MAL QUE LOS HOMBRES HACEN
— ¿Usted no me recuerda, señor? Usted me salvó la vida en la guerra.
— ¿Yo? Lo siento mucho.


Las CONFECCIONES de MODA
y las novedades de estación para Señora y Hombre, se exhiben en
GATH & CHAVES
Precios siempre los más convenientes.
6329 - ESPLENDIDO SOMBRERO, bien adornado con una linda guia de flores; modelo de moda, a $ 13.50
ANEXO — CUARTO PISO
Modelo 18089
VESTIDO en sarga fular, colores alta novedad, con elegante cintura bordada en tonos combinados, a
$ 48.00
ANEXO — TERCER PISO
1 - SOMBRERO "Canotier", de paja rustic, muy buena clase, modelo de alta novedad, a $ 4.50
$ 7.90 y $
CASA CENTRAL PLANTA BAJA
Modelo 4012
TRAJE en casimir inglés de clase inmejorable; modelo última creación, muy bien confeccionado, a
$ 78.00
CASA CENTRAL-TERCER PISO
Créditos
GATH & CHAVES acuerda facilidades de pago para la adquisición de sus artículos, a precios siempre los más convenientes.
Por informes dirigirse a la Oficina de Créditos
Casa Central - Séptimo Piso
The South American Stores
Gath & Chaves Ltd
CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA



La pureza de origen no se establece poniendo un aviso en la esquina; es una fuerza viva y latente que emerge del producto mismo como lo demuestra el

XEREZ-QUINA RUIZ

Usted la siente, usted la palpa, al paladear este sin igual tónico aperitivo.

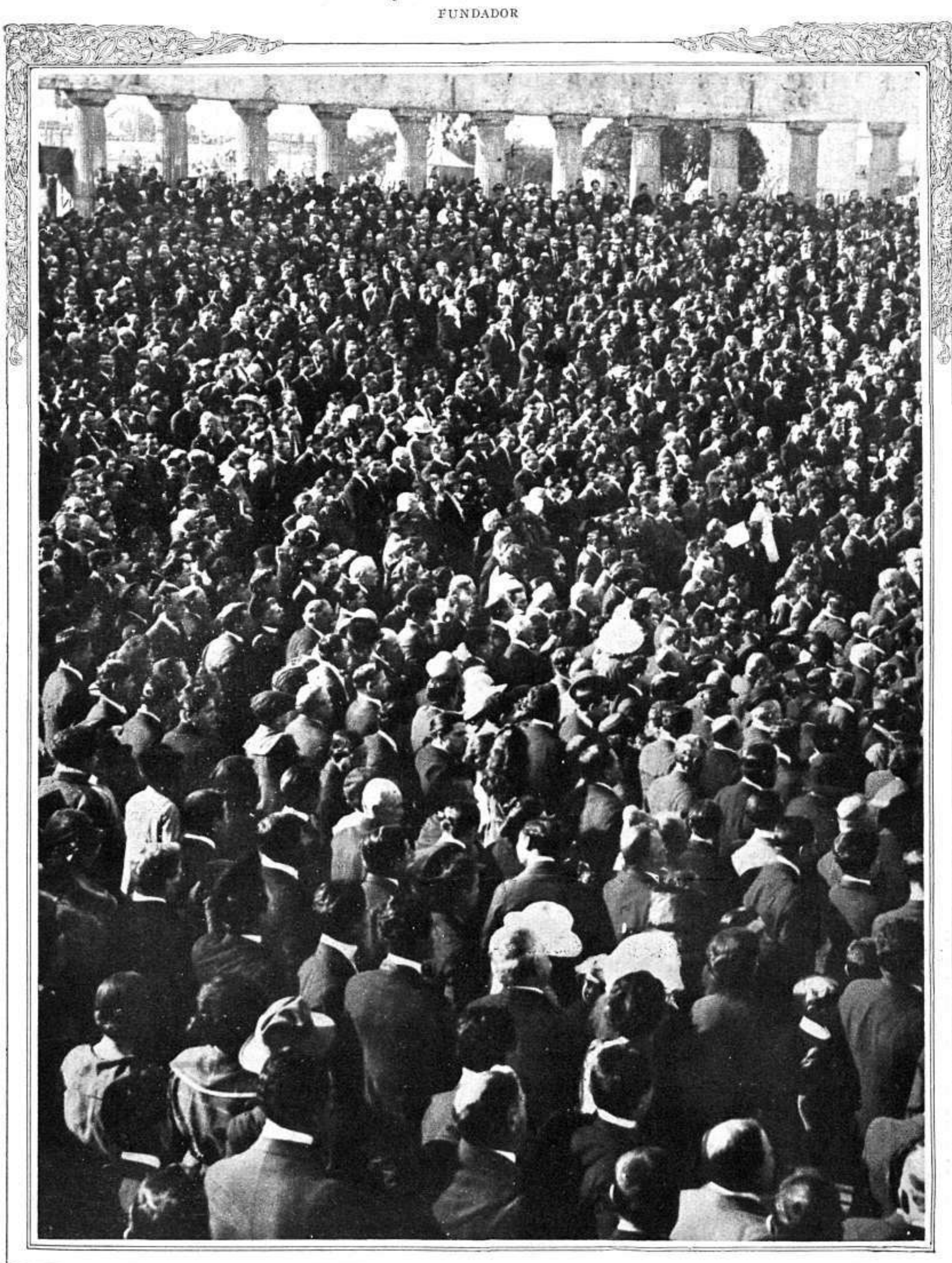
BUENOS AIRES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1252

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

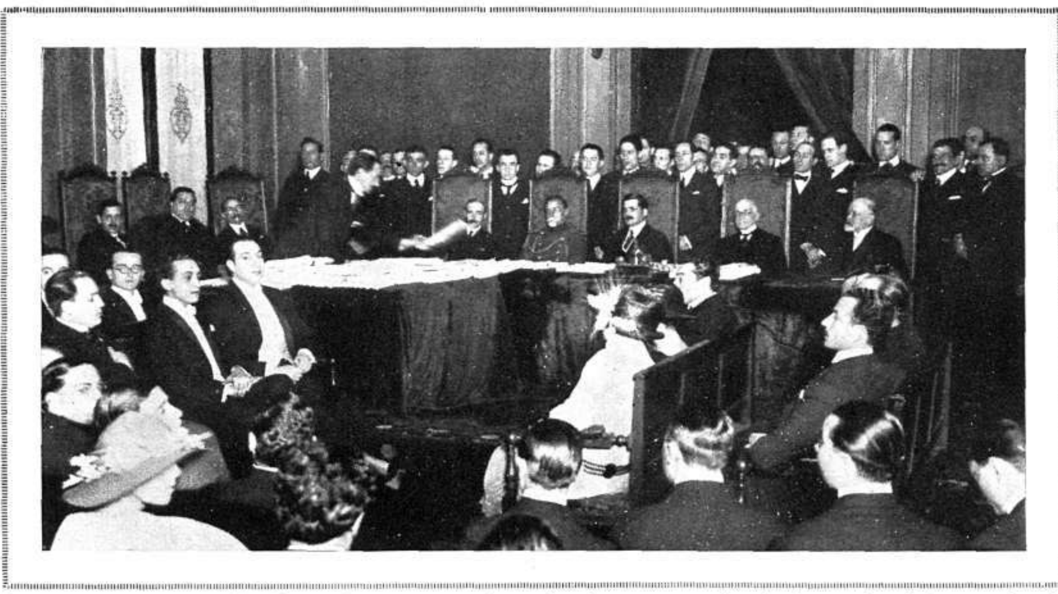


EL XX DE SEPTIEMBRE

La colectividad italiana celebra jubilosamente la histórica fecha

Grandioso aspecto que ofrecía el teatro del Parque Japonés, donde los residentes italianos habíanse congregado para festejar el glorioso acontecimiento. Cálida y entusiasta la imponente asamblea, en la que participaron no pocos argentinos, puso una vez más de manifiesto el amor siempre latente en los hijos de Italia hacia la patria lejana. FOTO DE BELL.

Colación de grados en la Facultad de Medicina



Solemne acto de la distribución de diplomas y premios a los alumnos egresados el año anterior de las escuelas de Medicina, Farmacia, Odontología y Obstetricia, que constituyen esa Facultad.



El consejero doctor Joaquín Llambías leyendo su discurso en nombre de la Facultad.



Algunos de los colados con el decano doctor Julio Iribarne, después de verificada la tradicional ceremonia que alcanzó, como en años anteriores, excepcional lucimiento.

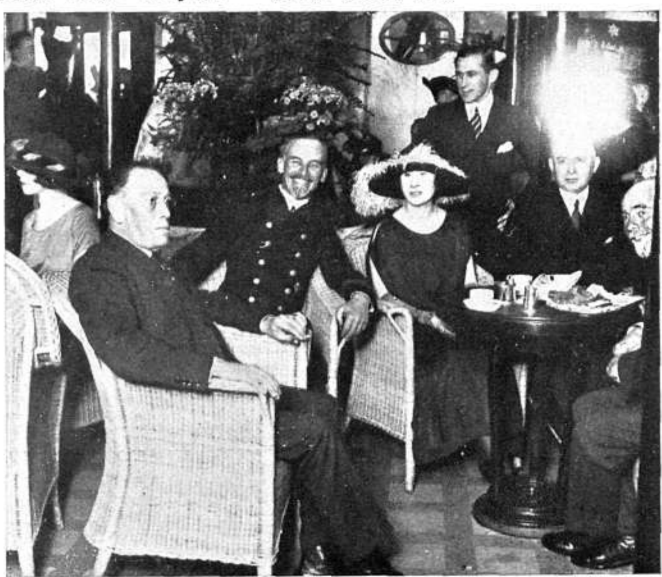


El doctor Armando F. Camaüer hablando en nombre de los graduados.

Festival a bordo del vapor "San Martín"



Distinguidas familias y oficiales del regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín, en cuyo honor se dió la fiesta por haber sido bautizado el buque con el nombre del Libertador.



El jefe de Policía coronel Bortagaray, ex comandante del citado regimiento, con el capitán de la nave y conocidas personas de la colectividad alemana, durante la significativa e interesante reunión.

Inauguración del XII Salón Nacional de Bellas Artes



Miembros de la Comisión Nacional de Bellas Artes que actuaron como jurados en la adjudicación de los premios a las mejores obras presentadas en el Salón, y algunos de los artistas expositores, en el acto inaugural del certamen.

Jura de la bandera por los alumnos de las escuelas del Consejo Escolar XIV







Grupos de niños pertenecientes a distintas escuelas, haciendo guardia de honor a las banderas, al pronunciar su alocución patriótica el presidente del Consejo Escolar, señor José V. Tedín. Los escolares, reunidos en número de 5.000 en la Sociedad Sportiva, compenetrados de la verdadera finalidad del acto, contestaron con visible emoción a la fórmula del juramento.

Delegados de la Liga de Mapu-Ché

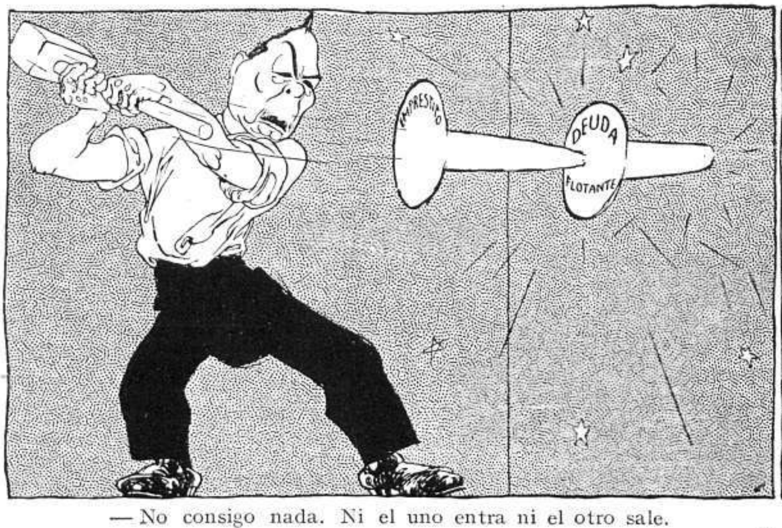


Los dirigentes de la Junta Central metropolitana y los delegados de la tribu del cacique Coliqueo, de visita en nuestra casa, después de haber presentado al gobernador de Buenos Aires, señor Cantilo, el pedido de garantías sobre las posesiones de tierras que ocupan, así como también la definitiva propiedad de esas tierras que han sido reivindicadas.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y ABRINES.

LOS REFRANES FALLAN

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO



— No consigo nada. Ni el uno entra ni el otro sale.

CARICATURAS DE SIRIO.

UN CHISTE DE SALINAS



—¿Sabe, doctor, que lo nombran a Melo ministro de Instrucción Pública?

Salinas. — Melo... figuraba.

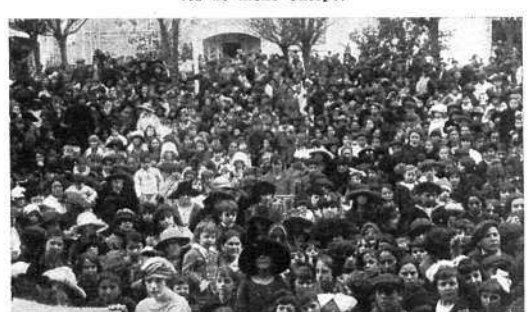
ACTUALIDADES DE ROSARIO



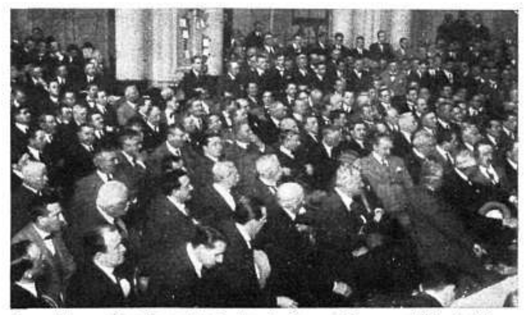
Las autoridades locales, el general Oliveira Cézar y la concurrencia que asistió a la fiesta ofrecida por el jefe del regimiento 11.° de Infantería con motivo de la jura de la bandera por los conscriptos de dicho cuerpo.



Los cónsules extranjeros acreditados en esta ciudad rodeando al representante consular de Italia, a quien le presentaron sus saludos en ocasión del aniversario de la unidad italiana.



Fiesta infantil en el Edén Park organizada por la Escuela Normal de Profesoras N.° 1. Los pequeños invitados presenciando la interesante función.



Asamblea realizada en la Bolsa de Comercio con el fin de discutirse el proyecto de adquisición del nuevo edificio destinado para sede social de la institución.



Jura de la bandera en la plaza 25 de Mayo por los nuevos conscriptos.



Grupo de familias y la oficialidad del 11.° de Infantería durante la misa de campaña.

CONCURSO MUNICIPAL DE LITERATURA Y SALON ANUAL

Los primeros premios



Fernán Félix de Amador, segundo premio de 3.000 pesos, por su obra titulada "El ópalo escondido".

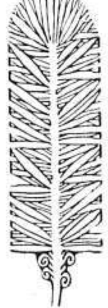


Pedro Miguel Obligado, autor del libro "El ala de sombra", que obtuvo el primer premio de 5.000 pesos.

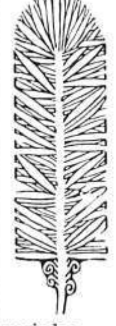


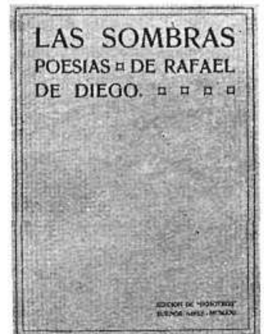
Rafael de Diego, a quien fué adjudicado, por su obra "Las sombras", el tercer premio de 2.000 pesos.











Carátulas de los libros de poesías premiados.

Salón Anual



Agustín Riganelli. Su obra denominada "Pochó" mereció el primer premio de la sección Escultura, consistente en 2.000 pesos.



Luis Cordiviola, primer premio en la sección Pintura, a su cuadro "Yegua serrana", 2.000 pesos.



Juan Peláez, a quien ha correspondido el premio único para los artistas extranjeros, 1.000 pesos, por su cuadro "La hora de la siesta".



Rodolfo Franco, segundo premio de pintura, 1.000 pesos, por su cuadro "Renovales".



Alfredo Bigatti, autor de la escultura "La lucha", que obtuvo el segundo premio, 1.000 pesos.

Fray Guillermo Butler, a su cuadro "Paisaje de Tucumán" le fué discernido uno de los dos terceros premios, 500 pesos.

Conmemoración de la independencia de Bolivia



Fiesta organizada en los salones del Molino por los residentes oriundos de Santa Cruz de Tenerife, donde se lanzó el primer grito de independencia. El ministro de Bolivia, especialmente invitado, aparece en la fotografía con las familias que participaron de la amena reunión.

En honor del nuevo embajador en España



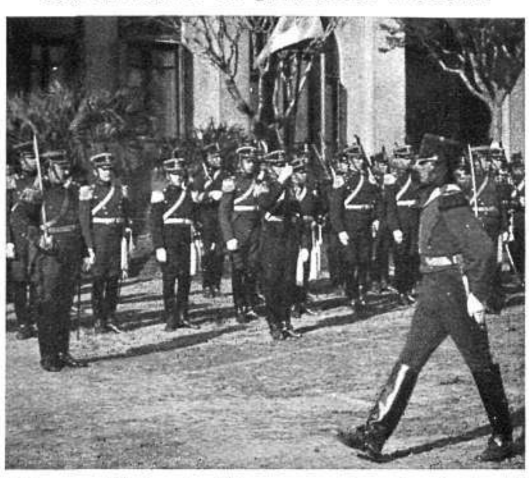
Los señores: embajador de España, marqués de Amposta; ministro de Relaciones Exteriores, doctor Honorio Pueyrredón; ministro del Uruguay, señor Daniel Muñoz, y otras personalidades políticas y sociales, rodeando al doctor Carlos A. Estrada, al terminar el banquete que se le ofreció con motivo de su reciente designación para ocupar ese honroso y alto cargo.

Aniversario de la Batalla de Tucumán



La señora Rosa Bazán de Cámara leyendo su oración alusiva a la histórica fecha que se rememoraba, en el acto auspiciado por la asociación Nuestros Próceres y que se llevó a cabo al pie del mausoleo de Belgrano.

En el cuartel de granaderos a caballo



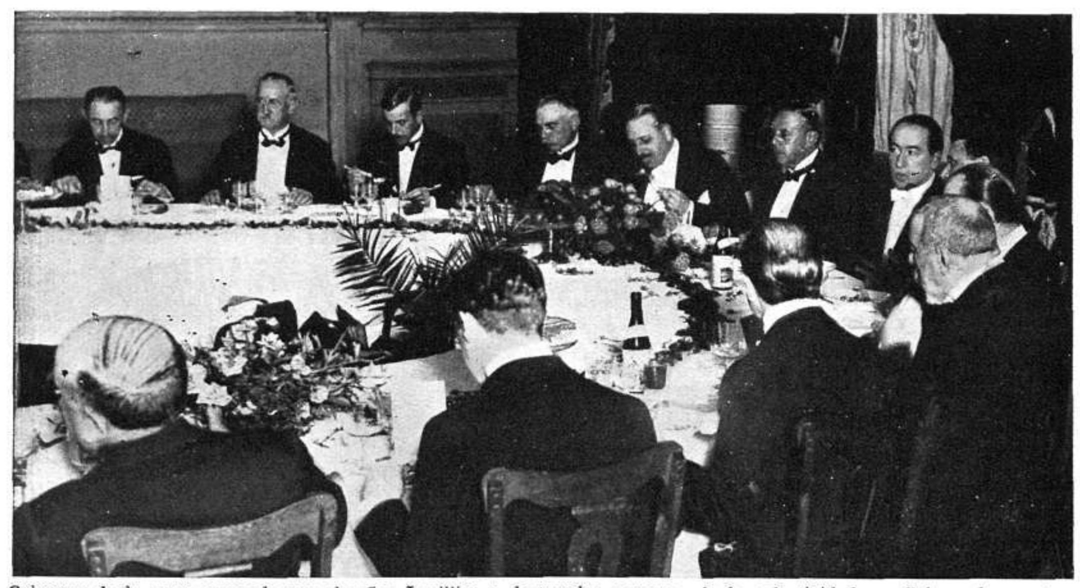
Jefes y oficiales de dicho cuerpo formados detrás del abanderado, ante el cual pasaron los conscriptos de la clase de 1901, prestando juramento a la bandera.

Confederación Nacional de Maestros



Señoritas que asistieron al te danzante con que el comité de la sección 3.ª de esa asociación obsequió a sus numerosas afiliadas.

Demostración al señor Roberto Levillier



Cabecera de la mesa, ocupada por el señor Levillier y destacadas personas de la colectividad española y de nuestro país, en el banquete que las instituciones de esa colectividad le ofrecieron, como homenaje de simpatía por su destacada actuación siendo encargado de negocios argentino en España.

Partida del doctor Pierre Abrami



El famoso médico francés acompañado por varios colegas argentinos momentos antes de partir para su patria, a donde regresa después de una corta y brillantísima estada entre nosotros durante la cual pronunció una serie de conferencias en la Facultad de Medicina, consideradas como de excepcional valor en los centros científicos.

El general Lee Bullard



El ilustre militar norteamericano que se halla en esta capital, con el embajador de esa nación, Mr. Riddle, y el ministro de Relaciones Exteriores, a quien hizo una visita de cortesía.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS.



CAID

POR SANDAL Y AUT

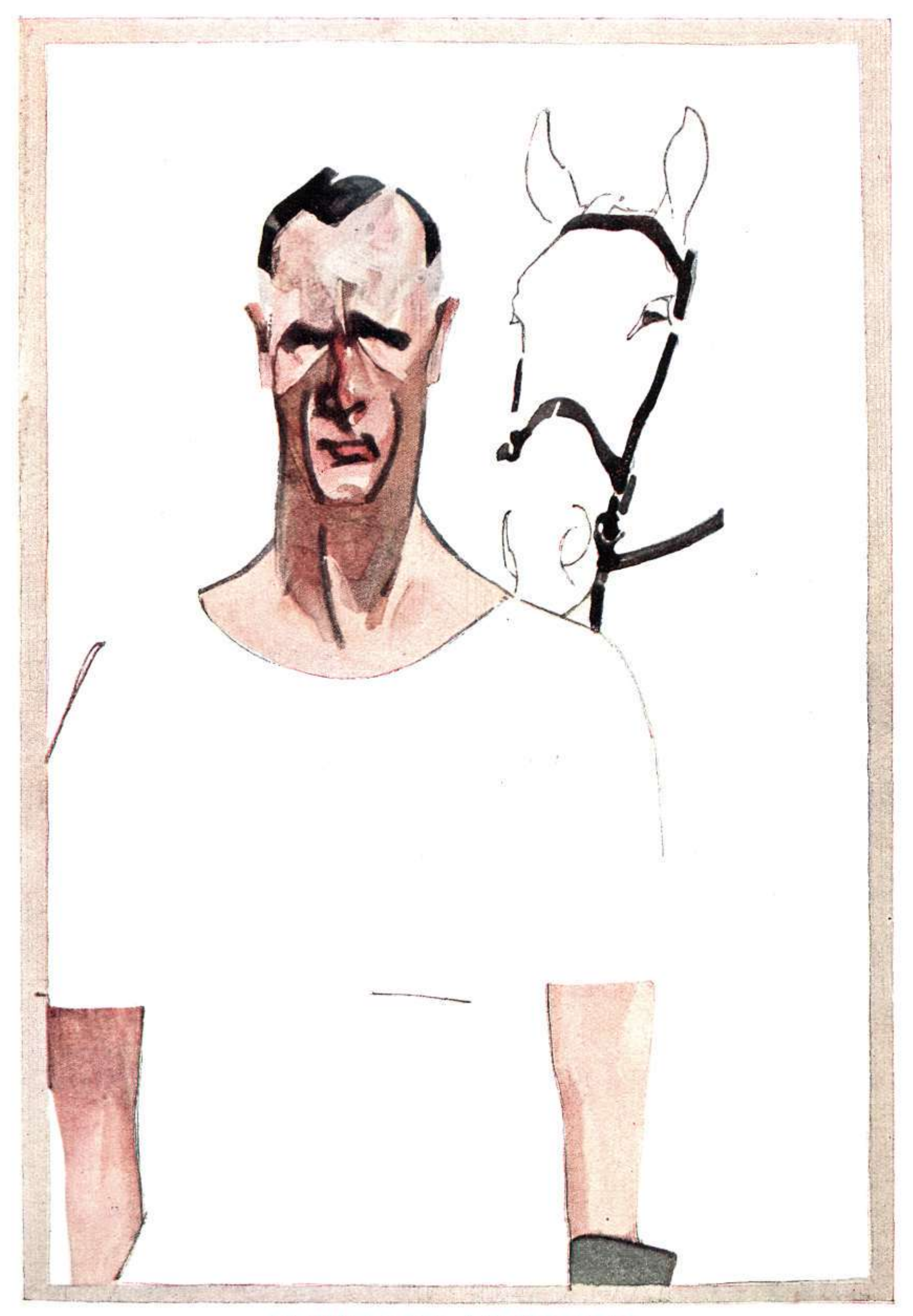
GANADOR DEL GRAN PREMIO DE HONOR

$ 40.000 Y UNA COPA DE ORO. DISTANCIA 3.500 METROS. TIEMPO 3' 43" 2|5. DIVIDENDO $ 7.45 Y 3.20

Por segunda vez el crak uruguayo se adjudicó esta importante prueba, una de las mejor dotadas de nuestro turf. Durante su estada en Palermo, el pensionista del Stud Atahualpa ha tenido la siguiente figuración: 1.° en el Gran Premio de Honor (año 1921), 2.° de Moloch en el premio Carlos Pellegrini, 3.° de Aldeano en el premio Vicente L. Casares, 5.° de Polo de Oro en el clásico Libertad, y finalmente 2.° de Quo Vadis? en el premio General Pueyrredón.

PRONOSTICOS PARA LA REUNION DEL DOMINGO 1.° DE OCTUBRE

1.ª carrera INSURRECTO — MONTARAZ.
2.ª " TORCHE — DOÑA BERENGUELA.
3.ª " CALCADOR — CALLEJERO.
4.ª " MALQUERIDA — HECLA.
5.ª carrera GANDOUMINT — ALPES.
6.ª " NARVAL — NEY.
7.ª " HIPERBOLE — COLASTINE.
8.ª " DIOGENES — SURI.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

LUIS LACEY

CAPITAN DEL TEAM GANADOR DEL CAMPEONATO MUNDIAL DE POLO

POR ALONSO

Ganó al polo en su tierra, y no sólo
triunfó aquí, pues dejando su tierra,
a los yankees venció y a Inglaterra,
y es capaz de triunfar en el Polo.

LEOPOLDINA KONSTANTIN LUCIENDO UN SOMBRERO DE SATÍN BLANCO ADORDADO DE TUL NEGRO.

La Página de la Moda

Últimos Modelos

ORIGINAL FORMATO DE UN SENCILLO Y ELEGANTE MODELO DE SOMBRERO ADORNADO EN VOILE.

LUCY DARRAINE, LA GRACIOSA CANTANTE, LLEVANDO UN LINDÍSIMO SOMBRERO DE TUL NEGRO.

SOMBRERO EN CREPE COLOR GRIS CLARO, LANZADO POR LA ENCANTADORA BETTY FISCHER.

ENCONTRÓ A NINA A LOS PIES DE UN ÁRBOL DEL PAN, DESMAYADA, PERO SIN DAÑO ALGUNO.

La sacerdotisa de la luna

por

Edmundo Swell



EL búfalo había roto el alambrado que defendía la residencia de Whitelair y estaba haciendo destrozos en los árboles, al pie de la ladera. Si hubiera sido un búfalo cualquiera Whitelair le habría mandado un par de balas, como lo había prevenido a todos los indígenas de los alrededores; pero se trataba de un búfalo blanco, y Roberto Whitelair no había visto un búfalo blanco en su larga permanencia en el Borneo británico.

El sentimiento de profunda irritación que le causó verse obligado a dejar la comodidad de su sillón de mimbre, en la veranda de su chalet, defendida del sol por cortinillas azules, fué reemplazado por un sentimiento de curiosidad. No estaba perfectamente seguro de que la vista no le engañase; pero la posibilidad de que fuese una vaca blanca, se desvaneció cuando el animal alzó su formidable hocico y dió un fuerte resoplido. Roberto, tal como estaba, en babuchas, salió al jardín y empezó a mirar con unos anteojos de campo, que al pasar había sacado de un cajón.

Era, en realidad, un búfalo blanco. Whitelair volvió a la veranda, dejó los anteojos en una silla, tomó una carabina que descansaba en un rincón y la cargó con varios cartuchos. En seguida volvió a salir y avanzó hacia el animal.

Al oirlo acercarse, el búfalo blanco se detuvo en su marcha destructora, alzó la cabeza y meneó lentamente la peluda cola. Los indígenas de Borneo aseguran que el búfalo odia el olor a jabón, por lo cual puede distinguir a un blanco en un regimiento de negros; sin embargo, quien sabe por qué razón,

el búfalo blanco que se había metido en la residencia de Whitelair no manifestó deseos de atacarlo, y de repente volvió grupas y se metió corriendo en el espeso arbolado, sembrado de matorrales, de donde había salido. Antes, una voz singularmente musical, había pronunciado, en la espesura, una suave palabra de mando, que el animal se apresuró a obedecer.

— No dispare usted — gritó en seguida la ninfa de la selva malaya.

Por alguna razón inexplicable Whitelair obedeció. Se colgó la carabina al hombro, y procuró ver quien hablaba.

— Venga — gritó. — Quiero decirle una cosa.

Una carcajada límpida y clara sonó en la espesura. Whitelair frunció el ceño; evidentemente le irritaba no poder ver a la persona que reía, con toda seguridad una mujer.

Todos los días algún búfalo rompía su alambrado; pero nunca había visto un búfalo blanco. Era un maestro en el arte de tratar sumariamente a las gentes de piel obscura de la tribu de los Dusun, que iban a reclamarle sus animales; pero casi siempre eran hombres. La presencia de una mujer, y de una mujer invisible, intranquilizaba a Whitelair.

— *Mari, sini* — gritó de nuevo.

Una cabeza asomó por entre las ramas.

— ¿El *Juan* no está enojado? — preguntó burlonamente.

Por primera vez en esa tarde Whitelair se rió, y la mujer, una muchacha, saliendo de su escondite, se plantó delante de él.

El *plantador* sintió la misma impresión que sentiría un botero del Támesis al ver aparecer, entre las olas del barroso río, una princesa oriental vestida de gala.

Era, a la verdad, bastante raro lo que ocurría.

La muchacha era, incuestionablemente, morena; pero su cutis no era más obscuro que el de Whitelair, curtido por el sol. Sus facciones eran finas y regulares. Era la mujer más bonita y atrayente que el plantador había visto en su vida.

Estaba peinada a la moda de Borneo, con un gran nudo de pelo detrás de la cabeza; tenía las piernas y los brazos desnudos, con solamente gruesos aros de plata en las muñecas. Al cuello llevaba una delgada cadena de oro que se perdía entre los pliegues del *sarong*, bordado de flores rojas y amarillas, que la cubría graciosamente desde el cuello hasta las rodillas.

En la mirada de los negros ojos de la muchacha había una como desconfianza mientras miraba a Whitelair y golpeaba con los pies desnudos la blanda tierra.

Whitelair se puso la pipa en la boca.

— ¿Quién es usted? — preguntó, con una serenidad que no sentía.

— Nina — contestó la muchacha.

— ¿Nina?... ¿De qué tribu es usted? ¿Dusun?

La muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza.

— ¿De dónde viene usted?

— *Sana-sana* — contestó Nina, señalando con el brazo hacia la selva.

El gigante blanco, mucho más alto que Nina, se traicionó a sí mismo y sonrió. En seguida preguntó:

— ¿Cómo se llama su padre?

Nina se encogió de hombros.

— No lo sé, *Juan*.

Whitelair quedó un momento pensativo.

— ¿Y ese búfalo es suyo? — preguntó después.

— Sí, *Juan*.

— ¿Por qué es blanco? Yo nunca he visto un búfalo blanco. Los animales que destrozan mis árboles de caucho son siempre negros... y yo les hago fuego.

La muchacha pareció turbarse.

— Es un búfalo sagrado — dijo. — Al hombre que mata un búfalo blanco, la muerte se lo lleva en seguida.

El inglés se rió.

— ¿Aun si destruye mis árboles?

— Naturalmente. El búfalo blanco tiene libertad para ir por donde quiera. La tierra es de él como es de la luna, cuya luz cae en todas partes.

— No siempre — insistió Whitelair. — No siempre hay luna.

— Cuando no hay luna, el búfalo blanco está atado — replicó la muchacha; — pero cuando la luna brilla, el búfalo sagrado anda y corre por donde quiere, destruyendo todo lo que encuentra en su camino.

Whitelair chupó la pipa.

— Esta noche no habrá luna — dijo.

— Sin embargo estamos en luna llena.

— Lo sé. ¿Y por qué llamó usted al búfalo cuando yo salí?

Los negros ojos de la muchacha miraron fijamente al inglés. Subió a sus mejillas algo como el color del rubor.

— No quería que lo matase usted — dijo suavemente. — Si lo hubiera muerto, usted también habría muerto.

Whitelair se pasó una de sus ásperas manos por su barba de dos días.

— ¿Así es que usted no quería que yo muriese?

La muchacha hizo con la cabeza un gesto negativo y dijo:

— Desde el fondo de la selva puedo ver su casa. Algunas veces me deslizo por entre los árboles y lo miro cuando se queda dormido en la silla, en la veranda; pero casi siempre usted sale al campo a caballo y la silla está vacía. Otros hombres blancos mandan con un palo; usted no usa palo, pero manda con los ojos. Por eso, y por otras cosas, no quería que usted muriese.

El plantador se ruborizó bajo su tez curtida. Impulsivamente, avanzó hacia la muchacha.

Nina se retiró lentamente, retrocediendo en dirección a la selva.

— Yo soy la hermana del búfalo blanco — dijo en voz baja y suave — y sacerdotisa de la luna. Soy blanca porque la luz de la diosa, la luna, es blanca.

De pronto, Nina giró rápidamente sobre los talones, corrió y se perdió en la espesura. Whitelair la siguió. La vió treparse a los lomos del búfalo blanco y aguijarlo con los talones. Ambos se perdieron entre los árboles.

— *¡Tabi!* — gritó el plantador, siguiéndolos.

Nina le hizo un saludo con la mano, manteniéndose milagrosamente en equilibrio.

— ¡Vuelva pronto! — gritó de nuevo el plantador, y se detuvo.

Lo dominaba una impresión extraña. Le parecía que, a través del follaje, la sacerdotisa de la luna le había dicho en inglés: *¡Good by!*

Pensativo, no sabiendo qué pensar de lo que le había ocurrido, regresó a su *chalet*. ¿Qué misterio habría en la presencia de Nina entre los negros de esa región de Borneo?...

Dejó la carabina en el rincón de donde la había tomado y se dejó caer en su silla de mimbre. No estaba contento de sí mismo.

II

A la mañana siguiente Roberto Whitelair se levantó temprano y se dirigió a la casita en que vivía Brereton, el mayordomo del establecimiento cauchero del cual era administrador.

Brereton era un hombre con quien el administrador tenía muy poco en común. Era retaco, muy grueso de cuello, con una cabeza que tenía algo de toruno. Desde el primer momento descubrió que Whitelair era perfectamente capaz de manejar el establecimiento sin su ayuda, y empleó su habitual sagacidad en crearse una situación cómoda, sin poner en peligro su puesto. Por desgracia, cuando un europeo empieza a convertirse en comedor de botas, algo tiene que pasarle...

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando Whitelair llegaba a la casita de Brereton. El sol estaba ya alto en el cielo, y el mar, bien visible desde la casita, parecía invitar a surcarlo.

Cualquier espíritu observador, por poco perspicaz que fuera, habría podido notar que se había producido un cambio apreciable en la indumentaria de Whitelair. Llevaba limpia blusa de jugar al cricket, abierta en el pescuezo; igualmente limpios pantalones de montar, y un *jockey* cuidadosamente sacudido. Además, era indudable que se había afeitado con esmero.

Al poner los pies en el corredor de la casita advirtió un olor acre y notó cierto descuido y falta de limpieza. Dió un grito para llamar al mucamo.

— ¿En dónde está *Juan Besar?* — le preguntó cortésmente.

El chinito llamó a una puerta y esperó.

Un minuto después Whitelair abrió la puerta y entró. Vió que la cama no estaba deshecha, señal de que nadie había dormido en ella, y salió, cerrando la puerta tras sí.

—Está bien —dijo.— Corra las cortinillas. Limpie todo. Saque las botellas y los vasos. Rápido. ¡Apúrese, *Lakas!* —ordenó al chinito.

Sospechando con quienes el mayordomo habría pasado la noche y en donde estaría en esos momentos, Whitelair empezó a andar en dirección a la línea del ferrocarril, que pasaba cerca. Hacía algunos minutos que brincaba de durmiente en durmiente cuando vió que se acercaba un carrito de mano, que corría por los rieles con gran ruido de palancas y cadenas. No podía ser sino el gerente. ¡Y el condenado del mayordomo sabe Dios en dónde estaría!

Whitelair volvió rápidamente a la casita y apuró al chinito para que lo dejara todo limpio y en su sitio lo más rápidamente posible.

Salió en seguida a recibir al gerente.

—Buenos días—saludó éste.

—Buenos días.

Ambos se estrecharon cordialmente las manos.

El gerente era un hombre alto, flaco, de cara aquilina, de unos cincuenta años de edad. Tenía en la cara muchas arrugas y algunas cicatrices, entre las cuales pugnaba por lucirse un bigote gris y lacio; pero los ojos, color de acero, eran muy vivos, y su mirada escrutadora parecía fijarse en todo. Whitelair sabía que era un hombre que era necesario tener en cuenta.

Whitelair pidió al chinito desayuno para dos. El gerente frunció el ceño.

—¿Brereton no está?—preguntó.

—No—contestó tranquilamente el administrador.— No pudo esperarle a usted porque ayer tuvo que salir para el interior para tratar un negocio con algunos contratistas indígenas. Una cuestión de precios, me imagino.

—¡Ah!—dijo el gerente.—Mucho lo siento. Gracias.

Aceptó un cigarrillo que le ofrecía Whitelair y siguió diciendo:

—Oiga lo que le digo, Whitelair. Usted conoce mis métodos. Yo no soy hombre para discutir con un mayordomo, ni para poner a un administrador en pugna con él; pero ocurre que esta es la tercera vez que no encuentro a Brereton... Hay cosas que pueden hacerme salir de mi camino habitual...

—Es una desgraciada casualidad —replicó el administrador, echando una gran bocanada de humo.— Todo está en el más perfecto orden. Si quiere, visitaremos las nuevas obras.

El gerente hizo un movimiento de impaciencia con la cabeza y dijo:

—Todo lo veré a su debido tiempo. Sé tan bien como usted que el establecimiento marcha bien, y sé también a quien se debe que marche así.

Después de un instante de silencio el gerente miró fijamente a Whitelair y, golpeándole cariñosamente el hombro, continuó:

—Es usted quien lo hace todo... Las cosas van mal, muy mal, en el mundo del caucho, y no podemos permitirnos gastos inútiles; pero si usted está haciendo ahora el trabajo de dos hombres, puede enfermarse. Este es un clima muy traidor. ¡Oh! Sé que usted ha estado por aquí antes; pero yo he pasado treinta años en estas latitudes y he aprendido algo.

El chinito trajo el desayuno, y sacó unas cuantas hormigas de la azucarera.

—Recuerdo a un hombre que trabajaba precisamente en un terreno cerca del sitio en que está el chalet de usted —continuó el gerente, intentando poner manteca en una rebanada de pan tostado.— Empezó muy bien. Trajo a su mujer y a su hija, y después... Supongo que se lo habrán contado.

—No. Nunca he oído hablar de eso. Como yo me veo con tan pocas personas...

—Era un hombre por el estilo de Brereton. No quería que su familia viniera; pero a pesar de todo vinieron. El clima enfermó a la mujer, que comenzó a consumirse. Al poco tiempo, Parret empezó a cambiar, hasta convertirse en un hombre completamente distinto. De vez en cuando oíamos decir que se daba a la bebida. Un día nos contaron que había muerto a balazos a su mujer y al chino que tenía de sirviente, y se había suicidado después.

El gerente se calló. Luego agregó:

—Se puede beber siempre; pero hay que hacerlo con prudencia.

En seguida preguntó:

—¿Dice usted que Brereton salió ayer?

—Ayer. Yo no lo vi salir, pero...

El gerente hizo un lento movimiento de cabeza hacia a un lado.

—Debería dejar cerrada su bodega —dijo.

—¿Y qué fué de la hijita de Parret? —preguntó Whitelair, para desviar la conversación.

—Nunca se supo la suerte que corrió; pero puede usted creerme si le digo que también murió. El pobre diablo de Parret había perdido la razón, y probablemente mató a la chica en el bosque, para que la madre no lo viera. Hace ya diez años de eso.

Mientras decía las últimas palabras, el gerente se había levantado y puéstose el sombrero. En seguida salió.

Después de dar una vuelta por el establecimiento se fué en el mismo carrito de mano que lo había traído.

Whitelair quedó pensando que seguramente Brereton estaría embriagándose con los indígenas.

III

A la noche, una ideal noche tropical de luna, Roberto Whitelair fumaba su pipa sentado en las gradas de madera de su chalet, y en medio de los múltiples rumores nocturnos se sentía, por alguna razón inexplicable, más solo que de costumbre.

El eco monótono, inacabable, de los gongos de los indígenas, que en un claro del bosque celebraban una de sus infernales fiestas en honor de su diosa, la luna, le daba en los nervios. Los infatigables dedos de las muchachas de la tribu de los Dusun no cambiaban jamás el tono de su música primitiva; pero Whitelair había oído muchas veces esa extraña música y nunca lo había fatigado, mortificado tanto. Buscando con el pensamiento la causa de ello, recordó que la visita del gerente se había producido después de muchos meses de no tener trato con ninguna persona de su clase. Después de haber pasado una parte del día con ese compañero, era natural que sintiera los efectos de la novedad.

—¡Malditos gongos!—murmuró de repente, y miró la luna, cuya luz suave y blanca le trajo el recuerdo de Nina, la muchacha del búfalo blanco, la sacerdotisa de la luna.

En realidad, ni un momento había dejado de recordarla, ni aun cuando conversaba con el gerente. Ni un instante se había alejado de su memoria la extraña belleza, los brillantes ojos, la encantadora música de la risa de Nina. En los lejanos tiempos en que se permitía el lujo de tener ideales, había soñado una mujer como esa...

Sentado allí, con la cabeza apoyada en las manos, los codos en las rodillas, Roberto, a despecho de sí mismo, no podía apartar de su mente la visión de Nina. No podía pensar en nada sino en ella, mientras los gongos de los indígenas seguían sonando, monótonos y fatigantes...

De pronto, cuando la luna estaba ya alta, Whitelair se acordó de que Nina le había dicho que, en las noches de luna, el búfalo blanco podía ir por donde quisiera, destrozándolo todo. ¿No se metería en las nuevas plantaciones? Y como el ruido de los gongos no habría de permitirle conciliar el sueño, Whitelair pensó que lo mejor que podría hacer sería ir a ver, desde lejos y sin ser visto, la fiesta de los indígenas en el claro del bosque. ¿No habría así, alguna posibilidad de volver a ver a Nina?

Armado de una pistola automática y de una poderosa linterna eléctrica, Whitelair demoró media hora en llegar a un sitio desde el cual, tendido en el suelo cubierto de hojas, podía ver, sin ser visto, la fiesta de los indígenas, muchos de los cuales agitaban grandes antorchas hechas con ramas secas y cuyas llamas parecía a veces podrían poner fuego al bosque entero.

Una fresca brisa del mar agitaba las hojas y se llevaba el humo, en grandes ondas azuladas. Withelair alcanzaba a distinguir algunas figuras odiosas, grotescas, que bailaban; otras cantaban infatigablemente, y de cuando en cuando todos juntos lanzaban rugidos espantosos que parecían truenos. En un sitio especial, formando círculo, se hallaban las mujeres, golpeando todas en los gongos.

Durante un fugitivo instante Whitelair vió a la sacerdotisa de sus sueños sentada en la amplia espalda del búfalo blanco Estaba muy derecha, inmóvil como una estatua. El animal estaba atado a un poste que no parecía muy firme.

— ¡Nina! — exclamó Roberto, como marcado ya por el frenesí fanático de los danzantes, los golpes de gongo, los rugidos de la multitud.

Algunos momentos después, al desvanecerse un poco la cortina de humo y a la pálida luz de la luna tropical, se destacó una figura blanca que, rompiendo el cerco de adoradores avanzó hacia el claro del bosque en donde estaba atado el búfalo blanco. Con la extraña fortuna que parece favorecer a los borrachos, Brereton, vestido con un pijama blanco, se dirigió hacia el animal. Un bailarín frenético intentó en vano detenerlo.

Whitelair, de pie ya, miraba asustado desde su escondite, corriéndole gruesas gotas de sudor por la frente; pero una nueva nube de humo le impidió seguir viendo. Cuando se desvaneció, vió que Brereton se hallaba ya muy cerca del búfalo blanco, que parecía empezaba a asustarse, porque escarbaba nerviosamente la tierra con las patas delanteras y agitaba mucho la cola.

Repentinamente se hizo un silencio tétrico entre los indígenas, un silencio que Whitelair consideró de mal presagio. Sintió deseos de gritar. El corazón le latía violentamente. En un segundo calculó la distancia que lo separaba del sitio en que la tragedia se acercaba, y empezó a correr en esa dirección.

Brereton, el mayordomo, ajeno al peligro que lo amenazaba, reía, mirando despreciativamente en torno suyo, mientras cien lanzas le apuntaban. Todo el bosque parecía contemplar el espectáculo. Whitelair, que ya echaba mano a la pistola automática, vió que Brereton llegaba al lado del búfalo y pretendía abrazar a la sacerdotisa de la luna. Oyó, en medio del tumulto, el grito agudo de la muchacha, que se echaba sobre los cuernos del animal para escapar a los brazos del borracho; vió la cara de Brereton acercarse a la de Nina, y entonces, no podría Whitelair haber dicho de dónde, partió una lanza que cruzó como flecha el espacio y con increíble fuerza fué a atravesar de parte a parte el cuerpo del mayordomo, saliendo la punta por el otro lado para picar al búfalo. La enorme bestia dió un alarido espantoso de rabia, desarraigó el poste a que estaba atada y envistió veloz e iracunda por entre la multitud de indígenas.

Y Nina, con el espanto pintado en la cara, los ojos desorbitados, se prendió del búfalo desesperadamente, mientras el animal enfurecido se metía por entre los árboles y matorrales, mientras el cuerpo de Brereton, ensangrentado, quedaba tendido de boca en tierra, con la lanza todavía clavada en la espalda.

Whitelair, presa de un terror indecible, corrió detrás del búfalo blanco, mientras los adoradores de la luna, asustados por haber muerto a un hombre blanco, se dispersaban, en busca de sus hogares. La fiesta de la Diosa Luna había concluído, pero su pálida luz continuó brillando plácidamente sobre el cadáver de un hombre vestido de blanco, en el claro del bosque.

Whitelair seguía, entre tanto, corriendo detrás del búfalo, guiado por el retumbar de sus patas en el terreno blando, y siguiendo el camino que con su enorme cabeza abría entre los matorrales.

A los pocos minutos encontró a Nina al pie de un árbol del pan, desmayada, pero sin daño alguno. Profundamente conmovido, Whitelair se arrodilló al lado de la muchacha, la contempló un instante y luego la tomó en sus brazos. Le parecía que estaba soñando, que todo no era sino ilusión de sus sentidos...

Cuando, después de mucho vagar en busca del camino, llegó a su chalet, aun se sentía en el silencio de la noche el pesado galopar del búfalo blanco en la espesura.

Vuelta Nina en sí, en el sillón de mimbre de la veranda, lo primero que hizo fué tender los brazos a Whitelair y murmurarle cariñosamente al oído:

— El búfalo blanco me traía a donde usted estaba, como yo se lo había pedido, cuando me faltaron las fuerzas y caí.

El joven inglés estaba completamente trastornado por la belleza de Nina, por la maravillosa delicia de la aventura, por la esperanza de una felicidad infinita. Los ojos de Nina, al mirarlo, lo sacaban de este mundo, al mismo tiempo que atraían sus labios en busca de la encendida boca de la sacerdotisa de la luna.

— *¡Hari Besar!* — murmuró Nina dulcemente.

— Para mí este es también el gran día — dijo Whitelair lleno de emoción.

Cuando sus labios se separaron, Nina apoyó la cabeza en el hombro del joven, y éste vió que llevaba al cuello una delgada cadena de oro de la que pendía una medalla.

Una nueva vida pareció animar a Whitelair cuando, tomando la medalla, vió que tenía grabadas unas letras y leyó: *Nina Parret.*

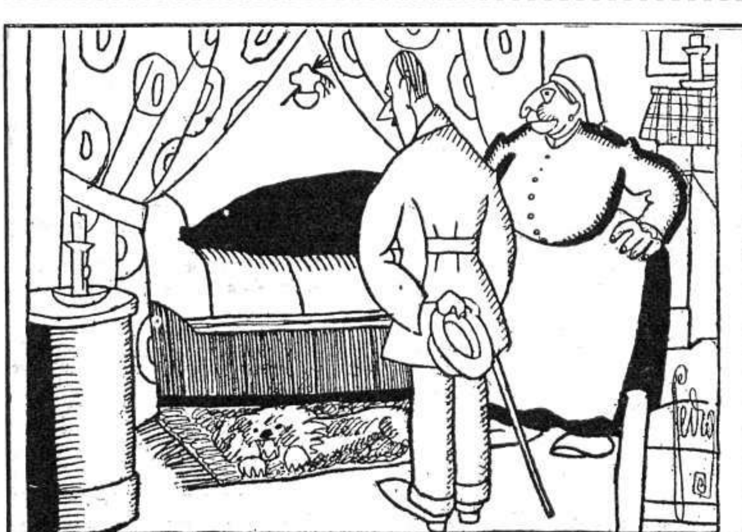
— ¡Nina Parret!—exclamó.—¡Oh! ¡Qué bueno es Dios!

— Sí — contestó Nina sencillamente, luchando por recordar un idioma que hacía tanto tiempo no hablaba.

En mudo éxtasis, Whitelair contempló largo rato ese nuevo maravilloso don que le hacía el destino.

F I N





EN LA PENSION



— ¿Hay chinches?

— ¡No, pero se pueden poner!



El director (contemplando las cataratas del Niágara). — ¡Oh! Si lográramos que la heroína se arrojara y antes de llegar al fondo el héroe la salvara, el éxito sería rotundo.





Canción de amor romántico



Cuando Leonardo el Grande pintara a Monna Lisa
en la dulce quietud del taller florentino,
quizás creó para muchas mujeres la sonrisa
y para ti el encanto de tu mirar divino.

Noble magia del genio sublime de Gioconda
que, a pesar de los siglos, todavía hoy persiste
cuando vemos los ojos de una mujer y la honda
mirada, abandonada a la dulzura triste!

Tal como ella, recuerdas la sutil armonía
del conjunto suavísimo salpicado de oro
que en su obra verdadera puso la fantasía
del pintor inmortal de Ludovico el Moro.

Eres como la orquídea colocada en la copa
de un eremita apóstata. Toda plena de gracia,
tu rostro muestra el tinte meridional de Europa
y tus labios el fuego encantado del Asia.

Y eres como una música de Hungría sollozada
en la noche. Y ondulas, vagas, desmayas, creces,
llegas al infinito, tornas, luego, acallada,
y, al mojarnos los ojos, el corazón nos meces.

Para cantarte a ti, el verso se cintila
y hay que sentirse paje pálido y pensativo,
la mandolina al brazo y la ojera honda y lila,
y la canción alada entre el labio cautivo...

Porque tú, con el aire de una princesa blonda
exornada en un libro de láminas de Francia,
recuerdas la visión que revive la Fronda:
a madame Longueville bañada de fragancia.

Y más aún, y acaso mi símbolo te agrade,
a una blanca señora de Italia — Contarini
o Bembo, — o la marquesa que pintó Van Ostade,
o la linda princesa del Doga Morosini,

o Selvo, o la Anafesto, la colección bellísima
de Van Dick, el flamenco, o Palma, el veneciano,
o la reina de Chipre que dió a la Serenísima
su isla, pero su amor a un poeta italiano...

La fantasía encuentra para ti el colorido
del hilo sonoroso de una fuente pristina
a través del sol ígneo cual un prisma florido;
y lo que ella no encuentra, el alma lo adivina.

Porque tus manos tienen la cera de los lirios,
porque tus hombros lucen el nácar de las rosas,
porque eres una joya de orífices asirios,
¡oh, cabecita rubia de inquietudes mimosas!

Porque tu voz recorre la escala del cariño
y al oirte se acalla mi corazón sonoro
como una estrella puesta en la mano de un niño;
¡oh, cabecita rubia toda llena de oro

Porque cuando te inclinas trémula de emociones
en mi pecho, callada y adorada, resumes
una barquita blanca que en una mar de pasiones
boga al inmaterial país de los perfumes...

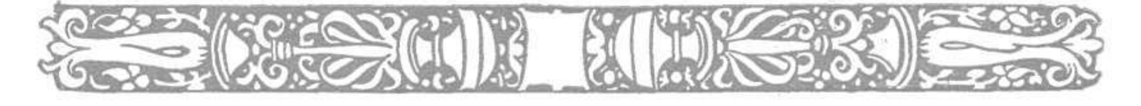
Porque cuando te siento así, que soy, parece,
la ola de un lago azul que corre, bulle, sube,
y, rizada de espuma, llega y se desvanece
en el ala de un cisne blanco como una nube.

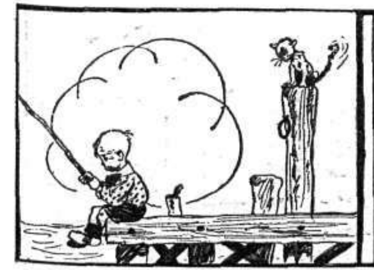
¡Oh, cabecita rubia toda llena de oro!
¡Oh, cabecita rubia de inquietudes mimosas!
Si viviera el pintor de Ludovico el Moro,
te pintaría al lado de un gran jarrón con rosas.

Porque eres como un pétalo húmedo de rocío
colocado en el velo fragante y desinflado
de una vestal, porque eres un hilo en el vacío
por donde va, a una estrella, de la tierra el pecado...

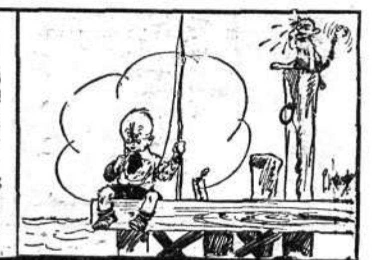
Así, que no es extraño que a tu balcón florido
con aires de un hidalgo de manchega aureola,
llegue a besar, alzando los ojos conmovido,
tus manos bajo el vuelo de mi capa española.

Bartolomé Galíndez





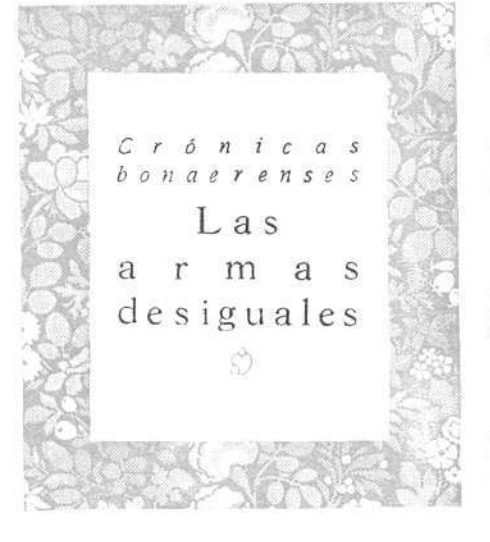




PESCADOR BURLADO

RA la época en que los millones rodaban por las calles, es decir, cuando todo el mundo era rico, en que todo el vino de la Champaña no alcanzaba a satisfacer las exigencias de los banquetes que Buenos Aires realizaba por cualquier futileza, por cualquier pretexto, porque sí, porque un hombre se había vuelto millonario de la noche a la mañana, o porque a otro hombre le había salido un grano en la punta de la nariz.

Entonces se jugaba a todo: a la venta de «terrenos», al precio del oro, a las cédulas, a las distintas loterías, tal como ahora, a las carreras, al pichón, a la pelota, a todo, pero más que a todo, a la pelota. Los vascos habían construído la plaza Eúskara y las brigadas de jugadores eximios que habían venido de aquel país habían logrado atraer la atención de media ciudad, que se derramaba cada domingo en la enorme tribuna del frontón. El juego a pala de las canchas cerradas había desaparecido como por arte de birlibirloque ante la poderosa cesta de la cancha abierta donde Samperio, Mardura, Elicegui, el Manco de Villabona y Portal hacían proezas estupendas. Era curioso seguir el movimiento de las cabezas que acompañaban rítmicamente el vuelo de la pelota a lo largo y a lo alto de la cancha; era emocionante el peloteo prolongado de un tanto disputado con encarnizamiento; corría Mardura como un gamo detrás de una pelota que cogía en el 16 con la punta de la cesta; ondulaban los brazos de Portal para tirar una bolea formidable; se arqueaba el cuerpo de Elicegui para lanzar una cortada irresistible a dos centímetros del escás, ganando el tanto entre los aplausos frenéticos del público jugador, al grito de «¡Mucho!...» lanzado por miles de voces en el paroxismo de la exaltación.



Y era, sobre todo, una maravilla ver, como caían las libras esterlinas, los pañuelos, los bastones, los sombreros arrojados por el público, a favor de los jugadores, cuando un tanto reñido ponía equilibrio en la pizarra donde se anotaba el estado del partido. La prosperidad del frontón, el público enorme que a él concurría, los beneficios que la empresa recibía y tal vez un poco de emulación patriótica, estimularon la idea de establecer en Buenos Aires y de incorporar a sus juegos, ya abundantes, el del «pallone», que practican los italianos.

Como se sabe, el juego de la pelota, nacido en Grecia, pasó posteriormente a Italia, donde tuvo gran auge en los tiempos pretéritos, para tomar después carta de ciudadanía en Francia y difundirse más tarde por los Altos y Bajos Pirineos.

Con la fiebre que entonces reinaba para todas las iniciativas y para todas las empresas, un grupo de italianos formó una sociedad empresaria del juego del «pallone». Construyó en los alrededores de Palermo, por la calle Güemes, un gran frontón, cómodo y lujoso, que bautizó con el nombre de «Sferisterio Argentino».

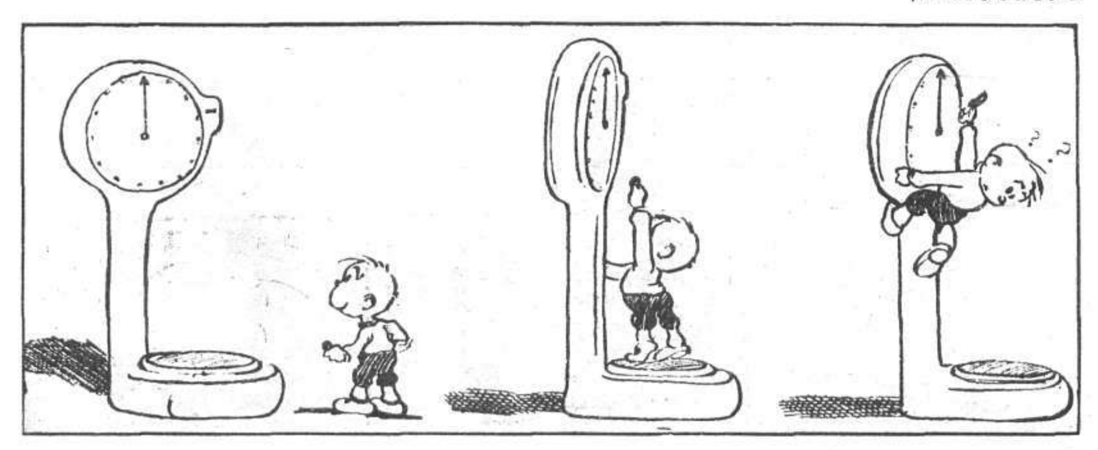
Mientras el edificio se construía, trajo de Italia, y especialmente de Génova, los mejores jugadores de pelota que había por aquellos tiempos. Se inauguró la nueva plaza de pelota con escaso éxito, pues, como se sabe, difiere mucho el juego de los italianos del de los vascos, precisamente porque carece de la esbeltez, elegancia gimnástica y entusiasmo que caracteriza el de estos últimos.

Los italianos juegan de «bote» y castigan la pelota con una especie de pandereta, denominada «tamburino», que consiste en un arco recubierto de una piel lisa y estirada sobre el mismo, cuyo diámetro no excede de veinte centímetros. Este instrumento, comparado en potencia con la cesta española, es infinitamente inferior a ésta. Por tal razón, nuestro público, acostumbrado a ver las proezas de la cesta, no aceptó la eficacia ni el encanto que el juego italiano tienen en sí.

La prensa de entonces hizo discusión sobre los dos juegos. Los diarios italianos se empeñaban en demostrar que su juego era tan hábil como el de los vascos. La polémica se fué enardeciendo hasta que un día los jugadores italianos desafiaron a los pelotaris vascos a sostener una partida, a sesenta tantos, de bote, ellos con el tamburino y los españoles con la cesta, debiendo en todos los casos pasar la pelota por encima del cordel que se colocaría atravesado en el centro del frontón.

Aceptado el desafío, se fijaron todas las condiciones del match y el día en que debía realizarse. Puede imaginarse la expectativa que aquél torneo pelotístico despertaría. Desde muchos días antes de su realización no quedaban localidades en el Sferisterio en cuanto a palcos y tertulias se refiere. Los criollos eran partida

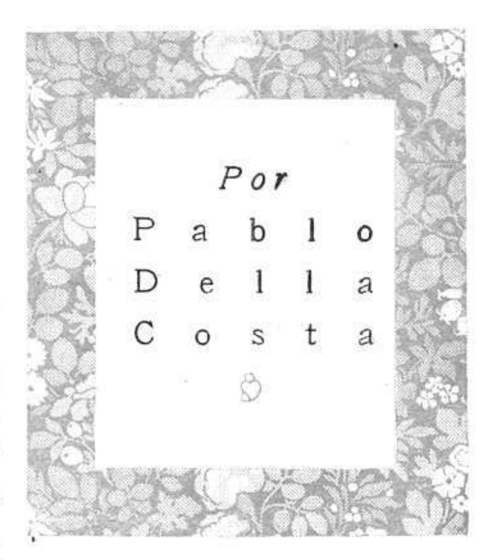
¡DIFICULTAD



Cómo logró Julito hacer funcionar la

rios de los vascos; los italianos jugaban «a sus manos». Por la ciudad no se hablaba de otra cosa. Las apuestas se cruzaban de una y otra parte en forma que asombraba. Las más graves cuestiones de Estado no interesaban al público. Los españoles se sonreían debajo del bigote. Los italianos se lo atusaban con aire de futuros vencedores. Cada cual tenía su vanidad comprometida y por nada de este mundo, ninguno de ellos, admitía que podía salir perdidoso del encuentro.

Llegó el día de la prueba. Era tal el apiñamiento de la gente frente a las boleterías del Sferisterio que fué necesaria la intervención frecuente de la policía, sin lo cual el público hubiera roto cuanto tenía por delante para obtener entradas. Cuando se dió acceso al público, fué como una avalancha, como un simún, como una tromba. Antes que los jugadores aparecieran en la cancha se oía un ruido ensordecedor, terrible, confusión de gritos y palabras de distintos idiomas, a favor de uno y de otro bando, apuestas hechas en voz alta con usuras disparatadas, cien a uno, mil a diez, un torbellino de dinero que flotaba imaginariamente en el aire, porque el dinero, en el delirio del partidismo, no tenía valor alguno, como no lo tenía entonces en la vida real del pueblo argentino.



Aparecieron los jugadores, cada cual por un lado del frontón. La salva de aplausos que los recibió fué tan grande, tan estupenda, que no se recuerda otra igual. Duró varios minutos. Después se hizo un silencio sepulcral. Comenzó la partida, tocándoles la salida a los italianos. Los españoles adivinaron desde el primer momento la fuerza impulsiva del tamburino. Vieron claro, como vulgarmente se dice. No había adversario. La cesta era instrumento formidable contra la modesta pandereta de los italianos. Como éstos ganaran el primero y el segundo tantos, una tempestad de aplausos de sus partidarios hizo temblar el frontón y centuplicar las apuestas. Cuando los españoles comenzaron a apuntarse tantos a su favor fué cosa de nunca acabar. Un abatimiento mortal se apoderó de los partidarios del tamburino, que empezaron a hacer apuestas contrarias para cubrirse, aunque inútilmente, desde que estaba a la vista la inferioridad del instrumento que manejaban los hijos del Lacio.

La partida prosiguió su curso lánguidamente; la gente se retiraba del frontón completamente desencantada. Cuando los españoles se anotaban el último tanto de la partida, los italianos no habían llegado a veinte. Después de ese desastre el Sferisterio fué abandonado por los jugadores y sólo se recuerda que en él se realizaron dos o tres duelos, casi todos de carácter político, sin que nunca hubiera corrido sangre en ellos.

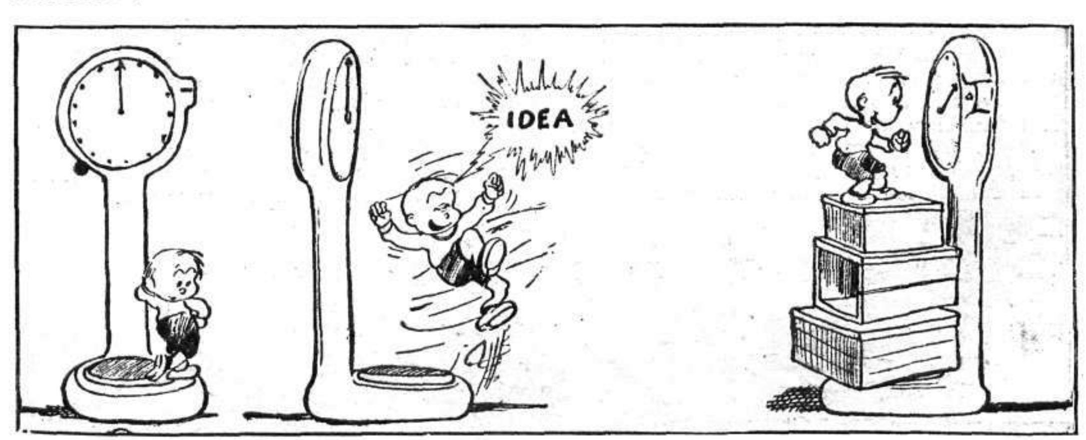
Más tarde los terrenos donde estaba ubicado el frontón fueron vendidos en subasta pública y hoy ostentan palacios y mansiones de gente rica, donde se lucen todos los atributos de la buena arquitectura.

Toda el agua que ha corrido debajo de los puentes, desde entonces hasta la fecha, ha hecho cambiar los usos y las costumbres deportistas: el juego de la pelota languidece a ojos vistas. Excepto algunos clubs, que lo practican con empeño, el entusiasmo popular por esa viril y elegante gimnasia va decayendo sensiblemente.

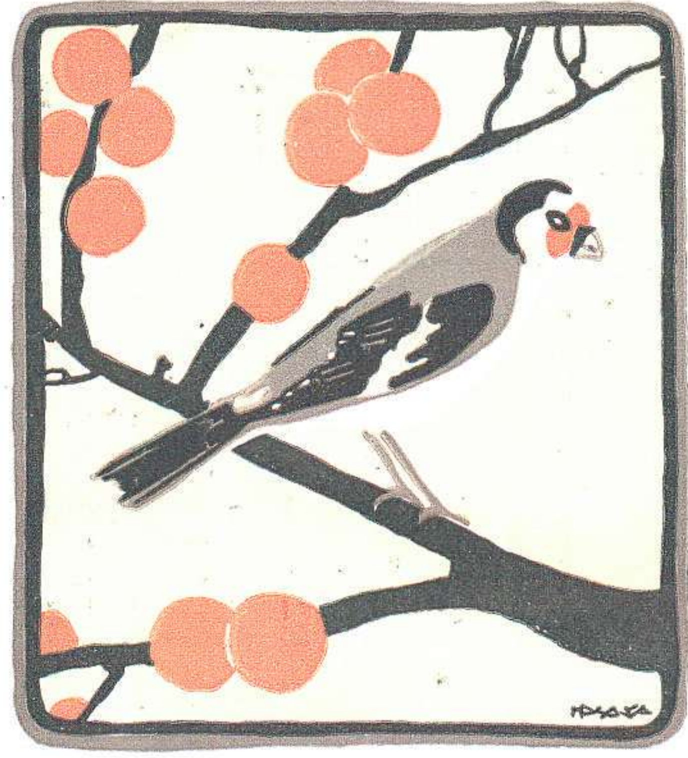
Ahora la pelota se maneja con los pies y hay emulaciones violentas entre los «pateadores» aficionados y profesionales. ¿Será esto una derivación? ¿Será una negación? ¿Vamos hacia las defensas de los cuadrúpedos, que rompían las quijadas de los tigres y de los leones, en otro tiempo?... Se cuentan por millones los hombres que «patean» por divertirse y por millones los que «patean» de rabia. Ya las manos no sirven para nada, según parece, y tanta es la agilidad que se ha impreso a los pies que concluirán muchos por adoptarlos para hacer los más elegantes signos caligráficos y los párrafos más rotundos.

Sin embargo, queda un consuelo: Dempsey, Carpentier y Firpo usan todavía de sus manos para divertir al público. Un buen puñetazo en la cara, solidamente aplicado, arranca muchos aplausos y se paga con cuantiosos dólares y libras esterlinas. Será muy bárbaro, pero tiene una ventaja: la difusión del puñetazo traerá, como consecuencia y a la larga, la supresión de la puñalada y del tiro de revólver. El puño, el cuchillo y el revólver son armas desiguales, pero el primero se impondrá a los peleadores por una razón natural de equilibrio y porque, al fin y al cabo, un ojo puesto en compota no lleva a nadie a la cárcel.

VENCIDA!



balanza y aumentar diez kilos de peso.



EL JILGUERO

Por la forma del pico habrás ya clasificado entre los *conirrostros* (pico cónico) a este pájaro. Si tienes además en cuenta que es pariente cercano de los canarios, gorriones, corbatitas, cardenales, chingolos y mixtos, lo pondrás en la familia de los *fringílidos* (del latín *fringilla*, nombre del fringilago o monje, un pajarito copetudo).

Los romanos llamaban al jilguero *carduelis*, porque, según te explicaré luego, es gran aficionado al cardo silvestre. Siguiendo esta etimología también se conoce al jilguero por el nombre de *cardelina*. Afirma el diccionario que la palabra jilguero viene del verbo latino *sibilare*, silbar. Como el jilguero no silba me parece que esta etimología no es verdadera. Más bien debe provenir de algún vocablo anticuado que signifique hacer hilas, hilachero, hilaguero o cosa parecida. En Galicia le llaman xílgaro; silguero, sirguero en algunas provincias andaluzas. Vuelvo a repetirte, querido lectorcito, que no se pierde el tiempo hablando de etimologías. Si estás siguiendo cuidadosamente estas pequeñas latas que te doy, alguna vez me las agradecerás.

El jilguero es un pájaro que tiene la ambición de ser canario, como los verderones y otros fringílidos. Cuando vive en libertad no se acuerda de las canarias, pero ya dentro de la pajarera se echa novias amarillas o verdes, contrae enlace matrimonial y tiene hijos mestizos que cantan muy bien.

El jilguero libre, según afirman los autores que estudian las gramáticas de los pájaros, aprende cuando es pequeñito las palabras *tzif*, *litzoi*. Con ellas indudablemente dirán papá, mamá, papa, pupa, etc. Ya mayorcitos comienzan a decir *stiglit*, *pickelnit*, *pickelnik*, *ki*, *kleia* manifestando así su satisfacción mientras descansan en la rama o van volando. Si se acerca el enemigo el primer jilguero que advierte el peligro dice *mai*; toda la banda repite la señal y dispara por los aires. Si se enoja pronuncia muy clara la palabra *raeraeraerac*.

Como ya te dije, le gustan las semillas del cardo silvestre, que saca con el pico. Al realizar esta operación alimenticia dispersa los vilanos (así se llama la flor del cardo) y por eso tal vez le llamaron jilachero o jilaguero.

El jilguero no es un Gil. Sabe la esposa construir un lindo nido en forma de copa profunda empleando distintos materiales (pelos, líquenes, plumas, yuyitos, vilanos, raíces, etc.) mientras el macho canta para alegrar el trabajo de su mujercita. Este nido lo hace sobre las ramas y resulta dificilísimo encontrarlo.

Papito y mamita son muy cariñosos con sus regalones jilgueritos. Les buscan gusanillos, larvas, granos tiernos y se los dan con el pico. Los nenes, muy mimosos, comen así hasta que son ya demasiado grandes. Es frecuente verlos jugar corriendo o volando y suspender los retozos para ir a pedirle comida a los padres.

Los huevos de jilguera son verdes con pintitas y rayitas grises o color castaño. La jilguera los empolla durante trece o catorce días y no abandona el nido; el esposo le trae de comer.

Aunque se dice que el jilguero contribuye a que los cardos se extiendan demasiado y perjudiquen los campos, resulta un gran ayudante del agricultor, pues mata muchas orugas, lombrices e insectos dañinos.

Este aspirante a canario es un pajarito lindísimo con sus colores y la viveza de sus movimientos. Los hijos de jilguero y canaria cantan admirablemente y son también una preciosidad.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA.

Página Infantil

Niño de Aguiló

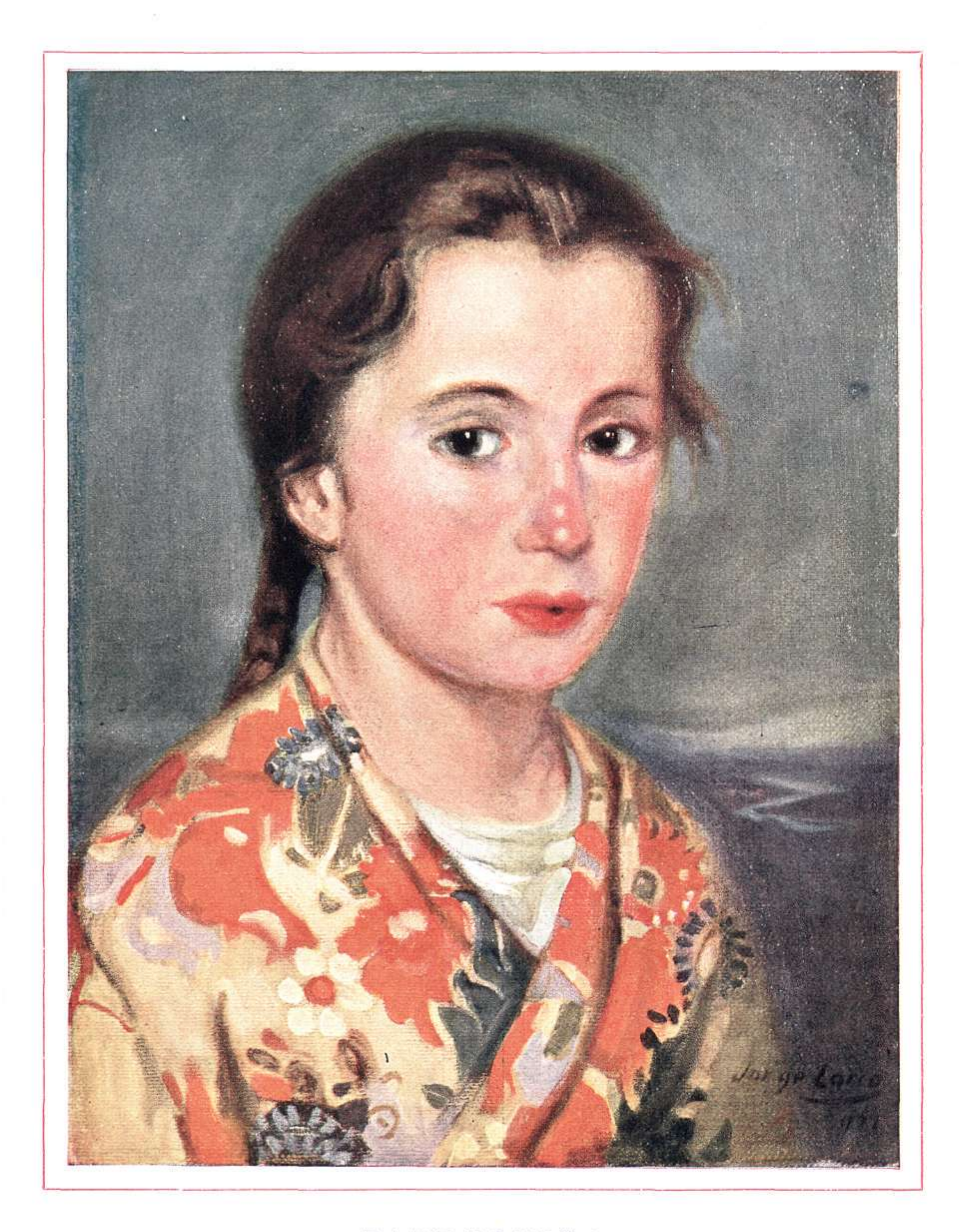


Niño de Bachem



Niños García Mansilla Mantilla

FOTOS DE WITCOMB.

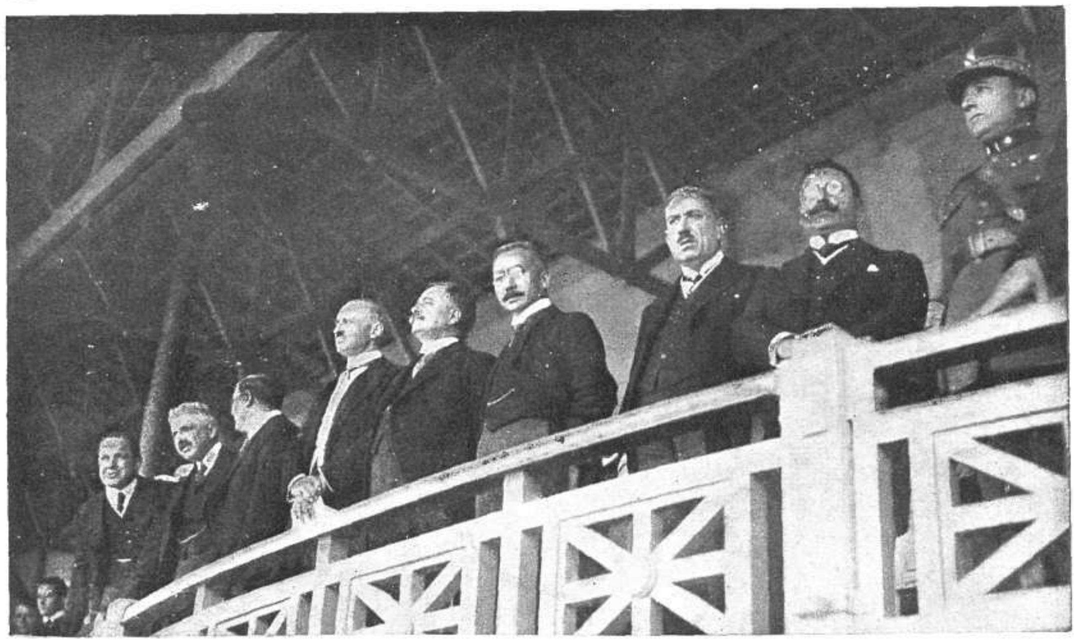


FARRUQUIÑA

ÓLEO DE JORGE LARCO

La
Olimpiada latino americana celebrada en Río de Janeiro

REMITIDA POR NUESTROS ENVIADOS ESPECIALES A LA OLIMPIADA QUE ACABA DE VERIFICARSE EN RIO DE JANEIRO, PUBLICAMOS UNA NOTA EXTENSA Y COMPLETA DE VARIAS JORNADAS DEL IMPORTANTE TORNEO ATLÉTICO. "CARAS Y CARETAS" SATISFACE ASÍ EL INTERÉS QUE EXISTE ENTRE NUESTROS AFICIONADOS POR CONOCER ALGUNOS DETALLES GRÁFICOS DE LA ACTUACIÓN DESCOLLANTE ALCANZADA POR LA REPRESENTACIÓN ARGENTINA.



El primer magistrado del Brasil, el conde Ballet Latour, delegado del Comité Olímpico Internacional, el ministro argentino y otros personajes en la tribuna oficial, presenciando el desfile de los atletas, el día de la inauguración de la importante justa atlética.

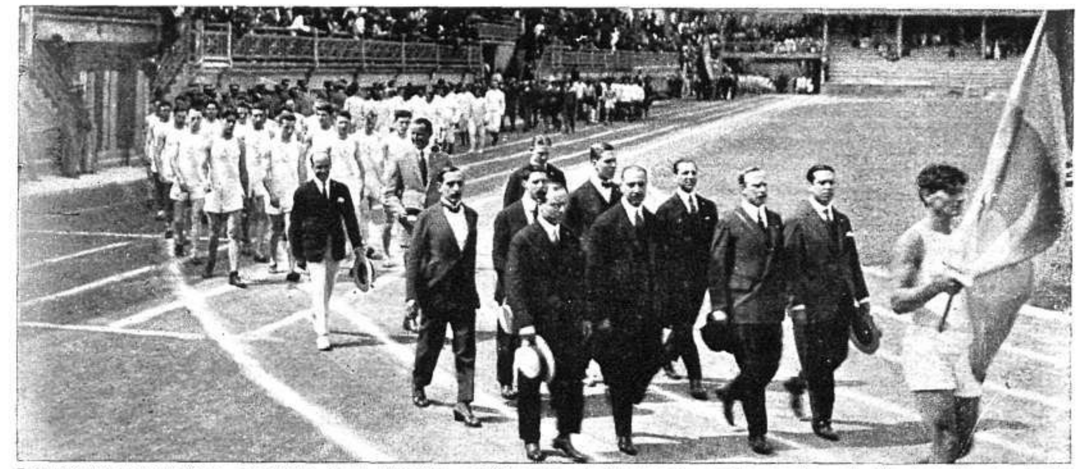
La olimpiada latino americana ha terminado en el stadium glorioso de Río Janeiro. Modelos de la salud y del progreso físico han ido los atletas de Chile, del Uruguay, del Paraguay y los nuestros en busca de las coronas del triunfo, al certamen sportivo con que el Brasil quiso celebrar la fecha histórica de su liberación. Una vez más la savia joven de América, luchó estéticamente, como en las horas mejores de la Grecia y ha sido el discóbolo argentino a quien ha ido a parar el laurel de la jornada. No cabe orgullo en recordarlo. Para nosotros séanos grato el triunfo y habilitemos en ese representante, el modelo de un nuevo embajador de mañana, fuerte y feliz, la línea de un ejemplar de hombre que cultiva en la paz el desarrollo armonioso del canon de Fidias perdido en sendos siglos de renunciación espiritual.



El coronel Estrellita Augusto Werner, presidente del comité organizador, dirigiendo la palabra al presidente de la república, al declararse inaugurada la olimpiada.

Huéspedes del Brasil, los atletas argentinos solo pueden recordar las atenciones que recibieron y servir en su agradecimiento a la causa americana de una indudable confraternidad. Ellos más que nadie, deben dar a la amistad, la sonrisa y la intima satisfacción ya que son fuertes, sanos y han recibido de esa mano amiga el trofeo victorioso.

DESFILE



Los campeones argentinos, ganadores de la olimpiada con 94 puntos, desfilando ante el palco presidencial. Marchan al frente de ellos los jefes de la delegación, señores Carlini, Viñas, Cullen y Dos Reis.



Los uruguayos a su paso por frente a las tribunas, de donde parten entusiastas aclamaciones que ellos contestan sonrientes.



Los atletas brasileños en su desfile por el hermoso campo de deportes del Club Fluminense, donde se llevaron a cabo las pruebas.

LANZAMIENTO



Martín Esteves, uruguayo, ganador del lanzamiento del disco.



Jorge Llobet Cullen, argentino, 1.º en el lanzamiento del martillo.



Benjamín Acevedo, chileno, que se clasificó 1.º en el lanzamiento de la bala.

SALTOS



Valerio Vallania, argentino, ejecutando un salto en alto.



Vallania, ganador en el salto en alto, con 1,81 metros.



Almejeira, uruguayo, ganador del salto con garrocha, 3,40 metros.



S. Thompson, saltando una de las vallas durante el desarrollo de la carrera de 400 metros.

CONCURSO HIPICO



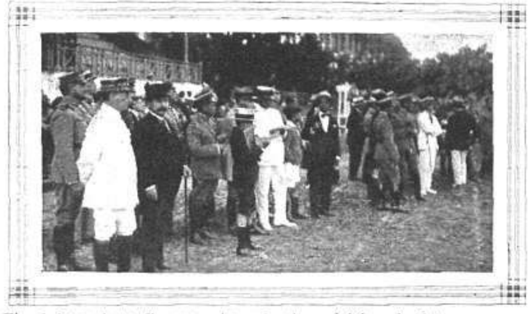
El mayor Costa, brasileño, saltando un obstáculo en la prueba en que se clasificó 3.°.



Capitán Fernández Bazán, argentino, campeón en las pruebas hípicas de obstáculos.



Salto de una de las vallas más difíciles de la prueba hípica por el capitán Fernández Bazán con su notable caballo Encanto.

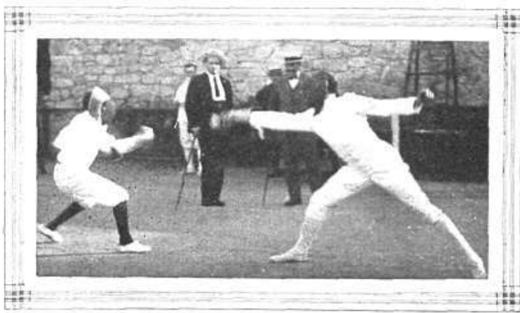


El ministro de la Guerra y los miembros del jurado del concurso hípico disponiéndose a distribuir los premios a los ganadores.



Grupo de militares brasileños, uruguayos y argentinos que tomaron parte en la importante prueba ganada por Fernández Bazán.

ESGRIMA



Asalto a sable entre los esgrimistas Rolando, uruguayo, y Merlo, argentino, en la que venció este último.



Los componentes del jurado de esgrima y los tiradores que disputaron las pruebas individuales, durante un breve descanso.

BOX



Los boxeadores Lavalle, argentino, y Netto, brasileño, al terminar el match en que se adjudicó la victoria el primero de los nombrados.



Horacio Lavalle, que conquistó el título de campeón de la categoría peso medio.

TIRO



El equipo argentino de tiro, clasificado campeón después de una brillante actuación.



Los tiradores chilenos, segundos en el concurso de tiro.

PEDESTRES



El impresionante "rush" final del corredor argentino Suárez, al adjudicarse la carrera de 800 metros.



Ramiro García, chileno, ganador de la carrera de 200 metros.



Augusto De Negri, vencedor en la carrera de 100 metros.



La llegada de Manuel Plaza, chileno, ganador del "Cross Country" de 10 kilómetros.



El notable campeón pedestre chileno Plaza, que venció en 4 pruebas, con los doctores Guillermo y Jorge Matte, que lo felicitaron por sus victorias.



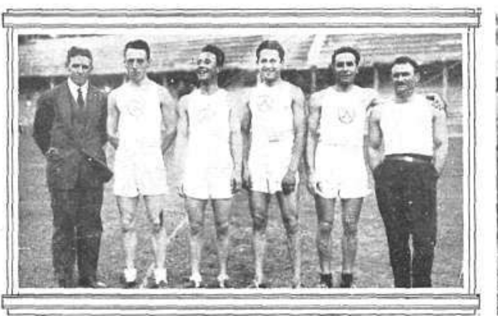
Una interesante faz de la carrera de postas, 400 metros, ganada por los argentinos.



Dionisio Figueiredo, brasileño, campeón de los 400 metros.



De izquierda a derecha: P. Newbery, argentino; Travaglia, brasileño, y O. Diesch, argentino, 1.°, 2.° y 3.°, respectivamente, en la carrera de vallas, 110 metros.



Los cuatro corredores argentinos, Enrico, Diesch, De Negri y Albe, que triunfaron en la carrera de postas.



Luis Suárez y Echeverry Sarrat, argentinos, llevados en andas por sus compañeros.

LAS GRANDES FIESTAS SOCIALES EN RIO



El presidente de la república, doctor Epitacio Pessoa, con personalidades políticas y altos jefes militares, después de haberse inaugurado la Exposición Internacional del Centenario.





Fiesta en el Club de los Diarios ofrecida por la delegación del Jockey Club de Buenos Aires a sus colegas de Rio. Fueron concurrentes a la aristocrática reunión el embajador doctor Loza, las familias argentinas que se hallaban en esa capital y lo más descollante de la sociedad carioca.



Suntuoso baile en honor de las embajadas de Norte América y de Bélgica. Los dos ilustres embajadores y sus familias rodeados por parte de la selecta concurrencia.

FOTOS DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL SEÑOR CHIAVAZZA.

CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA CHILENA





Grupos de distinguidas familias de la colectividad y argentinas que asistieron a la bella fiesta social verificada en los salones del prestigioso Círculo Chileno-Argentino.



Banquete en el París Hotel dado por los residentes chilenos entre nosotros, y que fué presidido por el ministro de Chile en Bélgica, señor Matías Errázuris.

EL CANTO DEL CISNE



Don Hipólito prepara su último trabajo literario.

CARICATURA DE MACAYA.

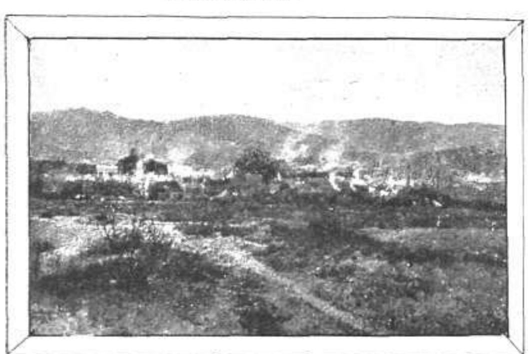
EXPOSICION FADER EN EL SALON MÜLLER



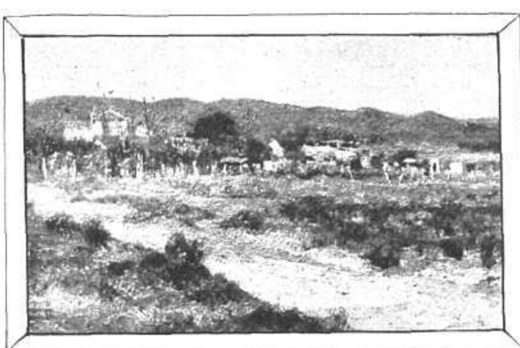
Fernando Fader.



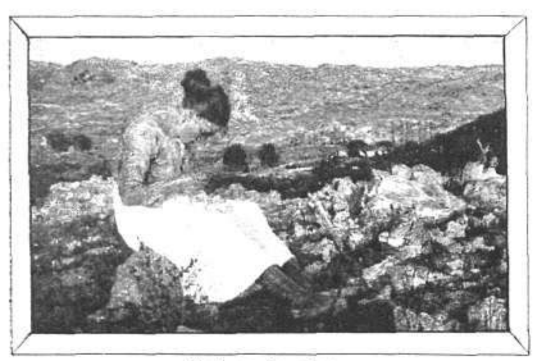
En el potrero.



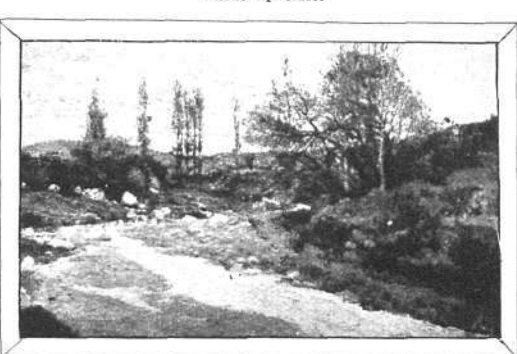
Mañanita.



Tarde apacible.



Mañana silenciosa.



Tarde de otoño.

CUANDO los ojos de Turner, el pintor inglés, sentíanse embebidos de un paisaje donde sumergíanse meditativamente horas y días, recién el artista volcaba en la tela la sensación de su espíritu: la obra de arte. A Fernando Fader le pasa lo mismo. Es un desterrado que se redime pintando, y a trueque de ese sacrificio metódico reconocemos en él al primer pintor nacional que en vez de apuntar hacia los temas y las formas amables de Europa penetró resuelto en el corazón provinciano argentino. Sus cuadros fueron grises y melancólicos otrora.



Sol de otoño.

Hoy el optimismo corona el triunfo del artista y en la Exposición inagurada en el Salón Müller la obra reciente que Fader pintara en Córdoba es un himno de salud y de fuerza. Ha puesto el sol en sus telas; mientras la técnica complicada del artista se hacía más simple, la obra se ha robustecido conviviendo el estilo con la humanidad del artista que ha vencido las formas heroicas y clásicas para encontrar de nuevo al infinito en nuestras propias medidas afines. Fernando Fader es, una vez más, el primer pintor argentino. Nuestro pintor.

FOTOS DE VARGAS.

Dr. Leonidas Jorge Facio



Una pérdida inestimable para la ciencia médica argentina constituye la muerte del doctor Facio, joven y talentoso facultativo. Un mal grave y rápido lo llevó a la tumba, truncando una carrera llena de brillo y cuando mucho podía esperarse aún de sus relevantes condiciones de estudioso. Bondadoso y extremadamente sencillo unía a su ciencia la persuasión de su consejo moral, valioso y eficiente.

Sr. Edgard G. Courtaux



Desaparece, con el fallecimiento del señor Courtaux, un viejo educador argentino, prestigioso maestro a cuya tutela estuvo encomendada la cultura de una buena parte de la actual y más destacada juventud argentina.

Alejado de toda actividad profesional debido a una grave enfermedad, el prestigioso anciano, que había logrado un halagüeño bienestar, fruto de sus largos servicios al país, murió rodeado por el cariño de sus hijos desvelados en procurarle todo el bien posible.

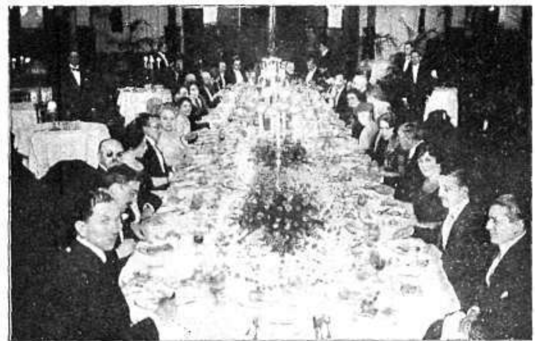
Actualidades de Montevideo



Núcleo de familias que acudió a la legación argentina a saludar a las señoritas de Estrada, con motivo de su próxima partida para Europa.



El ministro argentino, doctor Estrada, rodeado por los miembros del Poder Ejecutivo uruguayo y las personas que asistieron a la recepción ofrecida en su honor.



Banquete con que fué obsequiado el nuevo ministro de Alemania, conde Spic, por el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Buero.


REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
EXEMPLARIS CIVITAS DERTUSA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
FREIXAS Y Cía Buenos Aires
Depurado con los nuevos procedimientos de refinación sistema José Bau
PURO DE OLIVA
10 CENTAVOS
20 CENTAVOS
20 CENTAVOS
El aceite BAU ha costado, siempre, algo más que todos los otros aceites. Pero el aceite BAU permite que los platos valgan todo lo que cuestan los comestibles.

La escalera *de* vecindad

Cuando leí en un tratado de arqueología griega que en la casa antigua helénica la disposición estaba condicionada por el patio y en la moderna por la escalera, se me agolparon los recuerdos de la escalera de la casa de vecindad en que me crié en Bilbao. ¡Lo que aquella escalera significó en la historia de mi niñez!

El que se haya criado en una casa familiar — para una sola familia — de sólo planta baja, como la de un cortijo andaluz o de una alquería castellana, no puede darse cuenta de lo que en una casa de vecindad de una de nuestras ciudades colmenas, con las viviendas en mazorca — aun sin llegar a los rascacielos neoyorquinos — significa la escalera. Es el principio local de la vida de sociedad.

La casa en que me crié tenía, además de las tiendas de comercio del piso bajo, ocho viviendas, para ocho familias, en cuatro pisos divididos en izquierda y derecha, y aún encima bohardillas y en una de ellas un estudio de pintor. Lo que unía a las viviendas todas, a todos los pisos, era la escalera, alumbrada por la claraboya de lo alto y de noche por mechero de gas. En la escalera era donde se encontraban unos vecinos con otros y en ella, de servidumbre común, donde surgían las diferencias. Era también a donde se nos echaba a jugar a los niños cuando estorbábamos en casa, salvo armarnos una escandalera cuando con nuestro estrépito turbábamos el sosiego de nuestras familias. ¡Y vaya si repercutía el fragor de nuestros juegos en aquella especie de cañón de madera!

Una de las diversiones era sentarnos a horcajadas en la barandilla y dejarnos resbalar por ella en las pendientes. Y eso que sabíamos que una niña se cayó así desde el cuarto piso, lo que le ocasionó, aunque al cabo de años, la muerte.

En el hueco que formaba la escalera tenía, abajo, una especie de garita el portero. Una vez me hizo meter en la boca una especie de puro que fumaba, y aunque nada recuerdo ni del portero ni apenas de su garita — que desapareció luego — sí del asco que aquello me produjo. Ha sido la única vez de mi vida que he llevado un cigarro a la boca y no fué para fumarlo.

Siempre que recuerdo aquella triste casa de vecindad, con su aire de nativa vejez resignada, es la escalera lo que primero se me representa. Como durante años subí casi a diario al último piso, a la bohardilla, donde recibía lecciones de dibujo y de pintura, recuerdo que al llegar a lo alto, cerca de la encristalada claraboya, el ámbito se aclaraba y parecía llegar más pura la luz del Señor. Y mirando desde allí, desde el último descansillo, veíase el desarrollo de la barandilla dando sus vueltas en cuadro. Aun hoy, cuando miro desde lo alto una de estas escaleras de casa de vecindad, me asalta yo no sé qué extraño sentimiento de tristeza social. ¡Algo así como sería mirar los bancos de una galera en que remaba la chusma de los galeotos! Por algo en Grecia el dueño de una casa de vecindad cuyas viviendas se arrendaban, o el que la tomaba para subarrendar cada una de éstas, se llamaban *nancleros*, como el armador y el piloto de un barco.

Y de estas casas así agrupadas, amazorcadas, sin patios ni corrales ni jardines, surge una sociabilidad muy especial y acaso todo un tipo de cultura. En estos falansterios la vida familiar carece de recato. Los del tercero oyen las trifulcas del matrimonio del segundo o se enteran de cuando vuelve borracho a casa el del cuarto. Las paredes oyen. Pero por otra parte la civilidad, la vida civil, la verdadera vida civil, ha nacido en estos racimos de viviendas y en calles estrechas y tortuosas. El *ghetto*, la judería, es la más genuina expresión de la sociabilidad ciudadana. El que se ha criado en un patio y no ha jugado más que en la calle y no en una escalera de vecindad no conoce lo más íntimo del sentimiento ciudadano.

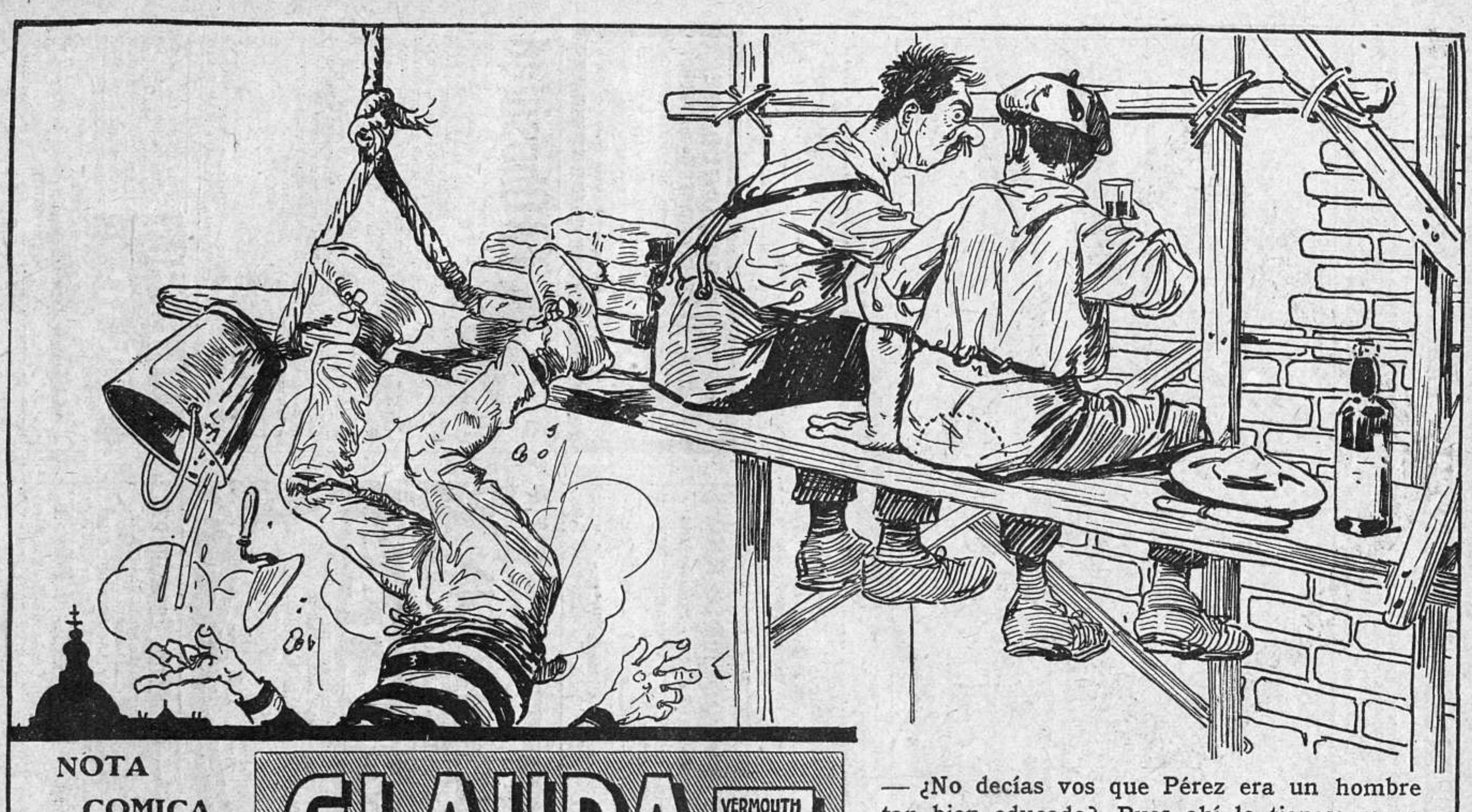
La escalera de vecindad, por otra parte, desaparece en los rascacielos. La sustituye el ascensor. No hay modo de subir a un duodécimo piso.

Y hay en esas escaleras, como hay en las viejas callejuelas de altas casas, algo de paisaje. Esas casas, que envejecen desde un principio, que parecen ruinas a raíz de ser habitadas, adquieren algo como de geológico. O como las habitaciones que en el fondo del océano se labran las madréporas.

¡Y esos patios estrechos, sórdidos, llenos de polvo y de telarañas por donde reciben luz las altas casas de vecindad! Son poco más que chimeneas grandes. Por ellos suele echarse todo género de escurrajas y hasta inmundicias. ¡Cómo recuerdo el de una casa en que viví siendo estudiante en Madrid! Las más de las viviendas eran casas de huéspedes y de huéspedes pobres. Tenía el patiezuelo una triste luz de tragedia recatada. Solía asomarme a una ventana de mi celda a ver, mirando a lo alto, al tejado, el último toque del sol poniente en él y nacer las primeras estrellas en aquel retazo cuadrangular de cielo. Del que bajaba una piedad lacrimosa.

¡Pero aquellos juegos bulliciosos en la escalera, a la luz del mechero de gas! ¡Y aquel contar tantas veces los escalones! Era un modo de subirlos ahuyentando el pensamiento.

Miguel *de* Unamuno



— ¿No decías vos que Pérez era un hombre tan bien educado? Pues ahí lo tienes: se va sin despedirse.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 86

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Valiosos regalos para las consumidoras del POLVO GRASEOSO LEICHNER

Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el **Polvo Graseoso Leichner,** como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior a 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:

A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el **Polvo Graseoso Leichner,** la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada, quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.

El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo, el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.

Para optar a los obsequios, es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de **Polvo Graseoso Leichner,** cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: **Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.**

Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.

No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esta fecha.

REGALOS A ADJUDICARSE:

1.º—	1 regalo	de $ m/n	1.000.—		en cédulas del Banco Hipotecario Nacional
2.º—	2 regalos	» » »	500.—	c/u	» » » » »
3.º—	4 »	» » »	250.—	»	» » » » »
4.º—	10 »	» » »	100.—	»	» » » » »
5.º—	40 »	» » »	25.—	»	» » » » »
6.º—	500 »	» » »	3.50	»	» cajas de Polvo "Si tu voulais...!"
7.º—	1.500 »	» » »	1.50	»	» cajas de Polvo Graseoso Leichner.

Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.


$ 9.50 el frasco.

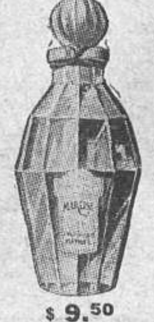
La condición de un perfume revela una característica de la persona que lo lleva. Adopte, pues, los ***extractos, polvos*** *y* ***lociones*** *de la*

PARFUMERIE MENDEL

porque su exquisita delicadeza, su alta calidad y sus deliciosas fragancias, darán a usted un sello de verdadera distinción y buen gusto.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires.—Guardia Vieja, 4439 *Montevideo.—Paysandú, 1178*


$ 9.50 el frasco.

LA MODA AL DIA

Por LUZ Y SOMBRA

De un año a otro el sombrero de paja ha perdido, generalmente, su frescura y su dueña no se resigna tan fácilmente a tirarlo si la paja es fina y ha costado caro.

Las operaciones necesarias para devolver a la paja su antiguo brillo son minuciosas pero no complicadas. Empecemos por las pajas negras u obscuras.

Después de haber hecho agua jabonada fuertemente, se sumerge el sombrero y se cepilla cuidando de no romper las puntitas que quedan levantadas. Terminado esto se enjuaga el sombrero en varias aguas hasta que el líquido quede limpio. Luego se pone la paja a secar a la sombra. Los sombreros blancos necesitan una operación diferente.

Si la paja no está muy amarillenta, bastará sumergirlo en un baño de 5 litros de agua donde se habrá echado 100 gramos de jabón de Marsella y 50 centigramos de amoníaco. Cuando la paja esté bien impregnada, se frota con un cepillo blando. Luego se enjuaga cuidadosamente con agua de lluvia. Pero si la paja se ha vuelto rojiza es necesario, después de limpiada, teñirla. La solución es la siguiente:

10 % de ácido tartárico o sencillamente, si no es indispensable blanquearla, jugo de limón, y este último se puede substituir con ácido cítrico si se quiere un procedimiento más fuerte. El ácido cumplirá su tarea mientras la paja sea puesta a secar a la luz. Antes de que esté seca hay que evitar que tome una forma defectuosa, pues sería imposible hacerlo después.

Otro sistema para blanquear la paja es el uso de la flor de azufre. Hay dos formas diferentes para este sistema: la primera consiste en disolver la flor de azufre en el agua hasta formar una pasta clara. Esta se desparrama sobre el sombrero y luego se frota este último con cuidado, posando sus bordes sobre una mesa cubierta con un trapo limpio. Luego se pone a secar. La otra forma consiste en poner la flor de azufre en una pequeña caja de hierro, la que se coloca dentro de otra caja en la que esté ya el sombrero. Hecho esto, se enciende el azufre y se cierra la caja dejando que el vapor accione durante una hora.

Otra limpieza exigen los sombreros de Panamá y los de paja de arroz. Tres litros de agua de lluvia, tres litros de agua oxigenada, tres gramos de alcali volátil (una cuchara de café) forman el baño en el que se colocará el sombrero despojado de su adorno.

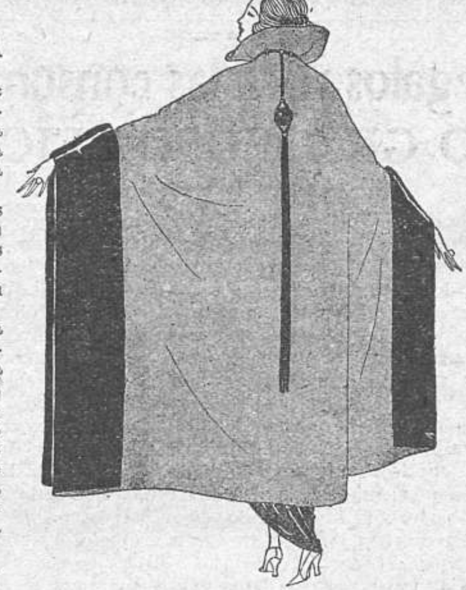
Este baño debe mantenerse a una temperatura de 25º más o menos, y no más de 30º. Se dejará el sombrero por 4 horas en el baño, dándole vuelta cada dos horas. Luego se saca y se cuelga por una hora, pero no al sol.

Otra forma más sencilla es la de servirse de un pequeño cepillo blando mojado en agua oxigenada y frotar con el mismo la paja, luego enjuagar ésta en agua tibia y pasarle en seguida el polvo de talco que le dará un aspecto de nuevo.

Estas recetas no precisan más que un poco de buena voluntad por parte de la dueña de casa, y sirven para los sombreros de señora como para los de hombre.

Para el canottier de este último se pondrá una cuchara de ácido acético en una palangana de agua. Después de sacada la cinta y el forro, se pasa el contenido de la palangana sobre la paja por medio de una pequeña esponja, luego se enjuaga varias veces.

Estas recetas bien observadas serán de suma utilidad para nuestras lectoras, sobre todo en esta época del año, en que ya empiezan a aparecer los primeros sombreros primaverales.



Capa en satín "Nessus" blanco doblada de satín "mordoré". Bellota "mordoré".



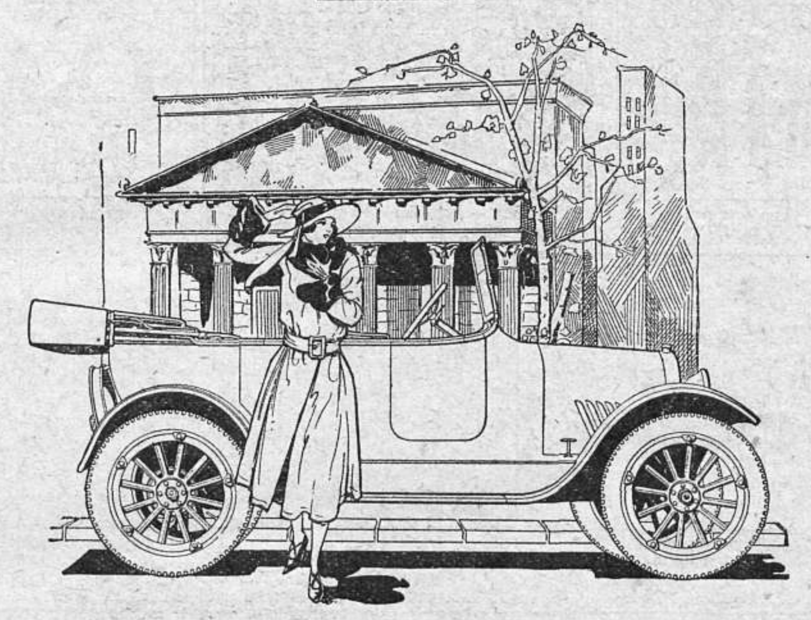
El ancho sombrero de paja que disputa a la pequeña "toque" el cetro de la moda del verano 1922. Flores de "coquillage" color nácar rosado.

Vestido de "voile brodé" glicina, con enroscados de cintas glicina y violeta. Manga originalísima.



Capa de cintas, que llamó la atención y los... comentarios de las parisienses en una fiesta en el Cirque Molier.





COMPARAR

ES MEDIR LAS CUALIDADES O DEFECTOS DE UN OBJETO O DE UNA PERSONA EN RELACION A OTRA. **EL CHEVROLET** COMPLETAMENTE EQUIPADO TIENE:

MAGNETO DE ALTA TENSIÓN
CARBURADOR **"ZENITH"**
CUENTAKILÓMETROS **"STEWART"**
BOMBA DE CIRCULACIÓN DE AGUA Y DE ACEITE CON MANÓMETRO EN EL TABLERO
ARRANQUE ELÉCTRICO
PARABRISAS **"UNIVERSAL"**
ACELERADOR DE PIE
RUEDAS DESMONTABLES CON UNA LLANTA DE REPUESTO
CUBIERTAS DE 31 x 4"
VÁLVULAS EN LA CULATA DE LOS CILINDROS
PORTALLANTA TRASERO
CORNETA ELÉCTRICA DE 6 VOLTS CONECTADA A LA BATERÍA
INSTALACIÓN ELÉCTRICA EMBUTIDA EN CAÑOS DE METAL FLEXIBLE
DIRECCIÓN SIN FIN
TRES VELOCIDADES ADELANTE Y MARCHA ATRÁS
CAPOTA DE EXTENSIÓN Y FUNDA DE CAPOTA
PORTAMANTA Y PASAMANOS DE CUERO
CAJA DE HERRAMIENTAS CON DIEZ PIEZAS
CORONA Y PIÑON HELICOIDAL

ANTES DE COMPRAR INVESTIGUE LA DIFERENCIA

HAMPTON-WATSON & CIA

CERRITO, 702 — BUENOS AIRES — U. T. 0694, JUNCAL
CORRIENTES Y CORDOBA, ROSARIO — SAN FRANCISCO (F. C. C. A.)



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

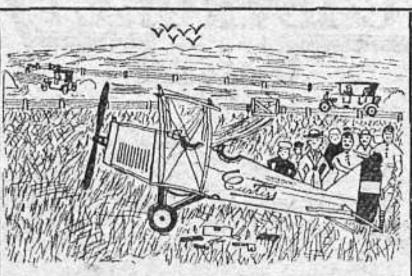


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.

Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1135 — **Una** serenata.
JOSÉ E. DURANTE.



1136 — Arreglando el timón.
JOSÉ MENEGHINI.



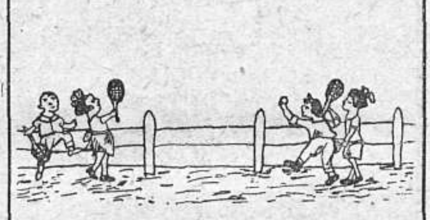
1137 — Leyendo un diario.
JOAQUÍN P. ALBISTUR.



1138 — Un partido de football.
EMILIO MARTÍNEZ.



1139 — Un lustrador de botines.
RENÉ E. SIMÓN.



1140 — Jugando al tennis.
INÉS BETTIN.

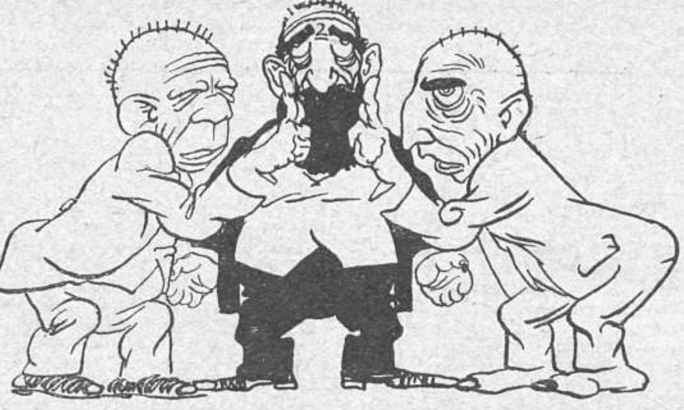


Marqués del Mérito

UNICOS IMPORTADORES:

GONZALO SAENZ y Cia

MAIPU 24-26 BUENOS AIRES



LO QUE VA DE LA SEMANA

MEFISTOFELES Y FAUSTO

DE MI DIARIO

Cada vez que me encuentro frente a uno de aquellos caballeros cuyo rostro color sopa de vino contrasta de una manera estridente con los bigotes y el cabello de un negro feroz, no puedo dominar la risa y voy murmurando por lo bajo:

—¡Qué bien pintadito está ese señor!... ¡Imposible darse cuenta que se ha dado betún en grandes dosis! ¡Cuántas niñas incautas lo tomarán por un adolescente excesivamente desarrollado!

Sin embargo, hubo un tiempo en que yo también tuve esa debilidad, que duró poco, por suerte, muy poco.

Entonces vivía yo en Rosario de Santa Fe, donde regenteaba la sucursal de una compañía de seguros.

Las órdenes que llegaban de Buenos Aires eran terminantes: «Hará usted lo posible por «rozarse con la flor y nata de la sociedad rosarina, «familiarizarse con el comercio, la industria, el cle«ro, sin descuidar por eso la clase obrera, que nos «conviene mucho por los accidentes del trabajo in«dividual y colectivo».

No me acuerdo bien si aquello de lo individual y colectivo se relacionaba con los accidentes o con el trabajo. Pero sé que lo individual y colectivo figuraban en las circulares de la gerencia.

La cosa era destacarse, sobresalir de alguna manera, hacerse notar, conseguir, si fuera posible, que al recorrer yo las calles de la segunda ciudad de la República todo el mundo tuviera que darse vuelta y decir:

—¡Ahí va el que tiene a su cargo la sucursal de la... Pacific Society!

Digo Pacific Society por decir un nombre cualquiera aplicable a cualquiera compañía de seguros.

Un alto empleado de una compañía de seguros es bueno que sea inglés o norteamericano, o cuanto menos que hable el english o el yankee.

Es increíble la sugestión que ejercen estos idiomas en los candidatos al seguro.

Pues bien; como no hablaba inglés, no me quedaba más remedio que aparentar todo lo posible un origen anglo sajón, y en homenaje al deber sacrifiqué los bigotes, que, modestia a parte, habían despertado la admiración del elemento femenino del viejo y nuevo mundo.

Y conste que mientras estaba todavía en vigor aquella moda de los bigotes a la Humberto I me atreví a afeitármelos, exponiéndome por unos quince o veinte días a los interrogatorios más aburridores y molestos.

—¡Qué mal quedas sin bigotes!... ¡No te conocía más!... ¿Qué ocurrencia ha sido esa?

Y tuve que repetirle a todos que era cuestión de higiene... Que esa moda debía imponerse.

—¡Sí, hombre!... Los bigotes empapados de salsa de tomate o café con leche resultan asquerosos... Déjenme...

Después todo el mundo se afeitó... ¿Pero nosotros?... ¿Los primeros?... Nosotros conocimos el martirio de los comedidos preguntones, más molestos que las moscas en tiempo de lluvia.

Por otra parte, si me quedaba bien el bigote afeitado, quedaba mal el cabello canoso. Me sentía joven todavía, lleno de energía, de vida, de lo que ustedes quieran; sin embargo, cuando alguien me decía

—¡Usted tendrá más o menos mi misma edad!...

—y me constaba que el generoso señor rozaba los sesenta, me daban ganas de contestarle:

—¿Quiere comparar su facha con la mía?... La suya se parece a un mapa de la República, mientras la mía... ¡Mire qué liso, qué tieso, qué sonrosado este cutis! Hágame el favor... ¡Sesenta años yo!...

Me dejé convencer: fueron mis amigos más íntimos que me convencieron.

—A tu edad teñirse el pelo es un deber... Además te conviene... Puedes alcanzar puestos elevados en la compañía, siempre que no aparentes demasiada edad... Ya sabes como son... Para los viejos no hay nada...

Resolví comprar una tintura para el cabello, de aquellas que no manchan. Lo mejor de lo mejor. Color firme, garantido. Un poco cara. Pero lo bueno es caro siempre. Una tintura que, una vez aplicada podía uno quedarse quince días tranquilamente luciendo su juventud, tomar los baños de mar, en la completa seguridad de que no mermaría ni el brillo ni la intensidad del colorido. Tintura francesa, naturalmente. Para estas cosas no hay como los franceses. Eran dos frascos número uno y número dos. Primero había que lavarse bien la cabeza con jabón para quitar la grasa al cabello; luego cepillarlo con el número uno, dejar que se secara y pasar después el número dos. Si acaso la piel del cráneo resultase manchada, era cosa de nada limpiarla: bastaba frotar con un poquito de algodón mojado en aceite para quedar limpitos como nieve. Dicho y hecho.

Una buena mañana, previo lavaje, apliqué el número uno.

Me asusté al ver como instantáneamente me ponía morocho, pero de un negro betún que me pareció demasiado subido.

Hubiera querido corregir lo intenso de aquel negro, y pensaba ya en la tortura moral que me esperaba en la calle cuando se hubiesen dado cuenta de ese repentino regreso a los veinte años.

Los cabellos se me pusieron secos, quebradizos. Estaba por darles la segunda mano, cuando se me anunció la visita del gerente de la compañía, que acababa de llegar de Buenos Aires. Un hombre impaciente, alborotado... Jesús, ¡qué hombre!

—¿De veras?... ¿Están seguros? ¿Es él?... Díganle que tenga la amabilidad de esperar un momento... Voy en seguidita.

En calidad de encargado de la sucursal yo gozaba de la habitación anexa a la oficina. Esto explica como el gerente pudo sorprenderme cuando yo realizaba mi toilette a pocos pasos de mi escritorio.

Me miré en el espejo y noté, con el consiguiente terror, que la piel del cráneo se me había puesto casi por completo del mismo color del cabello!

El gerente estaba sobre ascuas; paseaba en el salón de la oficina como un tigre recién enjaulado; así que, conociendo su mal genio, opté por borrar a toda prisa las manchas, refregando con aceite y algodón toda la cabeza.

¡Fué un desastre!
Apenas tuve tiempo de limpiarme las manos del aceite y de la tinta, y así, en «deshabillé», fuí al encuentro de mi superior, que marcaba una presión de muchas atmósferas.
—¡Qué sorpresa!... ¿Cómo le va?... Usted me ha venido a visitar justito en el momento en que me estaba afeitando... Tenga a bien disculparme...
Me miró extrañado.
—¡Qué le pasa!
—¿A mí? Nada... ¿Por qué?
—¿Se ha dado betún?
Sentí una llamarada que me subía a la cara y... bajé instintivamente la cabeza, lo que dió motivo para que el otro notara unas manchas enormes como las que aparecen en una conocida reclame de una famosa marca de tinta para escribir.
—Supongo que no saldrá a la calle así...
—¿No le digo que me estaba arreglando?... No he tenido...
—¡Al contrario!... Ha teñido... pero mal...
Estos detalles de la toilette, si uno los sigue con paciencia, santo y bueno pero cuando los descuida un poco, en lugar de favorecerlo ayudan a ponerlo en ridículo. Es lo que me pasaba a mí.
No tenía tiempo de averiguar si era el caso repetir las pinceladas y menos todavía para la prolijidad de quitar las manchas del cuero cabelludo. Para eso debía ocurrir a la ayuda de los demás, que aprovechaban la ocasión para darme bromas, a veces pesadas; así que de repente mis cabellos eran blancos, a unos pocos milímetros de la raíz y perfectamente negros de ahí para arriba...
—¡Déjese de tinturas!... Son caras, hay que aplicarlas como es debido y no engañan a nadie... ¿Qué más quiere que una hermosa cabeza blanca, que forma marco a una cara fresca y bien conservada?
Y volví canoso después de un viaje por la provincia de Santiago del Estero. Los cabellos blancos me agradaban y si hubiera podido contar con pelo abundante —¡al contrario! — los habría lucido con gusto... ¡Pero ni eso!... ¡Pocos y blancos!...
Entonces estaba de moda un específico que hizo... que dió un resultado asombroso a los fabricantes... Capaz de hacer crecer el pelo sobre una valija de cuero, sobre un par de guantes... ¡Quince pesos el frasco!...
Si realmente el específico ese hubiese dado resultado, aunque cada pelo nuevo hubiese salido a un peso moneda nacional, valía la pena de usarlo.
Y quise probar...
No solamente quedé pelado como antes, sino que me pelaron también el importe de tres o cuatro frascos.
Desde entonces llevo con santa resignación la calva y las canas y no pienso en rejuvenecer.
Es decir... No pensaba más en rejuvenecer hasta el miércoles de la semana pasada.
El miércoles de la semana pasada vino a visitarme un médico, antiguo amigo mío, que aparece por casa como los cometas en el cielo... Muy de vez en cuando.
Es un hombre serio, casi demasiado serio, pues raya en lo fúnebre. Pero esta vez venía con cara sonriente, feliz, la cara del hombre que ha descubierto algo capaz de revolucionar a la humanidad entera...
—¡He dado por fin en la tecla!...
—¿De veras?... ¿Algo nuevo?
—Increíble... Fíjese en mi cabeza...
—¿Qué tiene?
¡Qué iba a pensar yo! A la edad de mi amigo — raya en los setenta si no los pasa — nadie piensa en hacerse crecer el pelo...
—Fíjese bien... ¿Se acuerda usted que mis cabellos habían caído por completo?
—Bueno, ¿y que?
Hizo el ademán de hacerme una gran reverencia y puso su cabeza a dos dedos de mi nariz.

—Observe usted y diga lo que ve...
En realidad aquello parecía un campo de alfalfa recién cortada. Miles y miles de pelitos, tiesos, rígidos, insolentes, habían brotado con vigor extraño, tanto que para comprobar si era víctima de una ilusión, me permití tocar con la mano la poblada superficie de la cabeza doctoral.
—Hombre, ¡es asombroso!... ¿Y cómo?...
—Esta es cosa mía... ¿Quiere usted ensayar mi sistema?
—¡Ni preguntarlo!...
Pero me arrepentí de haber dejado escapar tan pronto esas palabras, porque me acordé del precio del específico ese...
—¡Quién sabe cuanto vale la cura!...
—¡Para usted nada!... Me bastará hacerle crecer el cabello... Como todo el mundo sabe que usted está en las mismas condiciones que estaba yo hace pocos meses, me servirá usted de reclame... Con eso me basta...
—¿Se trata de algo doloroso?
—Nada absolutamente... Lo que no quita que se deba proceder con las debidas precauciones... Otra cosa... Usted, que conoce a tanta gente... ¿no sabría decirme qué camino debo tomar para apersonarme al Presidente de la República?
—¿A cuál?...
—Al futuro...
—¡Hombre!... Lo he hablado cuando fuí a Montevideo con la comisión de homenaje, pero no estoy con él en relaciones tales como para presentar a nadie...
—Comprendo...
—Porque... ¿quisiera usted ofrecerle su invento?
—Me interesaría muchísimo...
—Efectivamente... Todos lo conocemos así como lo pintan los retratos; si fuera posible dentro de pocos meses hacer en manera que pudiera hacerse la raya, ¡mire qué triunfo!... ¡Déjeme pensar!...
—Bueno, bueno... No hay apuro...
—Eso es... Mucho más ahora, que debe ponerse en contacto con todos los elementos políticos... No lo dejan vivir... En cuanto pueda tener un momento de paz vamos a ver de insinuarle la idea de la... regeneración radical del pelo...
—Como usted quiera... ¿Y cuándo piensa empezar usted?...
—¿Yo? Lo más pronto posible... Si quiere ahora mismo...
—Tendremos que ir a mi casa...
—Y vamos...
He empeñado mi palabra de no revelar el secreto hasta cuando no se noten los primeros síntomas de una nueva actividad capilar, así que no puedo dar detalles sobre la operación a que he sido sometido.
Lo único que puedo decir es que los pocos cabellos que sobreviven en la tapa de mis sesos se pusieron como bajo la impresión de un susto mayúsculo: derechos, vibrantes, como animados por una nueva vida.
El cutis sufre la sensación de un hormigueo raro... Para mí que el bulbo, la raíz de las antiguas plantas, vuelve de nuevo a la actividad y empuja para dar salida a una vegetación lozana, vigorosa.
Una sola preocupación me está molestando bastante, y es la siguiente:
Los cabellos nacen del antiguo color, del color que tenían cuando jóvenes.
Ahora bien: ¿me veré condenado a llevar una cabeza medio blanca y medio castaño obscura? ¿El específico que emplea mi amigo será capaz de vigorizar también los cabellos existentes?
Está escrito que no ha de haber una dicha completa en este mundo... Esta duda me está amargando bastante... ¿Tendré que volver a la tintura para uniformar los colores?
El tiempo lo dirá... ¡Cuestión de un par de meses!



DOCTOR A. VACCARI

EL HIJO DEL GUARDABOSQUE

Por ADELIA DI CARLO

CAPITULO XXXVIII

— Cada estado, queridos míos, tiene sus espinas — decía el hijo del guardabosque a Mabel y a César una hermosa mañana de primavera en que realizaban un paseo por las cercanías del castillo. — Las tienen los pobres como los ricos; cuando más se asciende en la escala social tanto más se hacen punzantes.

Muchas cosas que necesitamos para nuestro alimento, para los vestidos, habitaciones, ornamento y comodidad se extrae de la tierra y a la tierra vuelve. Quiere decir entonces que quien le ofrece los brazos y la inteligencia reporta bienestar a los demás. De ahí que el campesino puede considerarse el primer obrero de la sociedad humana. Su trabajo no es solamente independiente y saludable; es también fecundo en motivos alegres. ¿Quién más que él tiene fe en su propia obra? ¿Quién más que él todo lo espera de los frutos del trabajo? El da la semilla a la tierra, y sabe que la tierra le dará abundancia de productos; le ofrece sus brazos, sus cuidados, sus ahorros, y sabe que ella se los retribuirá con el orgullo de sus fuerzas productivas.



Sembradora "Lister"

— Así, señor Pablo, ¿el campesino espera siempre?

— Sí; espera cuando siembra, espera cuando ve los primeros brotes de las plantas, espera cuando las primeras flores de las vides y de los árboles fructíferos expanden un perfume grato, espera cuando se doran las espigas, espera cuando recoge, cuando llena los toneles de vino, cuando corta las hortalizas, cuando lleva las legumbres al mercado, cuando siega el heno. Con tantas esperanzas él es feliz y tiene el placer de asistir cada día, cada hora, a las diversas fases de su trabajo y de ver transformarse bajo sus ojos la semilla en hojas, las hojas en flores, las flores en fruto.

— Ahora comprendo, maestro, el gran amor que mis padres sienten por sus campos — dijo César.

— Es digno de lástima aquel que no aprecia toda la importancia que tiene la agricultura en la vida de los hombres, de los animales y de las cosas. Los trabajadores de la tierra merecen todos nuestros respetos, consideraciones y reconocimiento.

— Pero, maestro, ¿hay hombres ilustres que se dedicaron a las faenas agrícolas?

— Son innumerables los ejemplos de hombres de actuación destacada que se dedicaron a trabajos del campo y tuvieron por ellos una grande y especial predilección. Cincinato, romano célebre que había obtenido los mayores honores del poder como dictador supremo de la República, después de servir a la patria volvió a su cortijo y trabajó con más ardor y más esperanzas. Domingo Faustino Sarmiento, que también escaló las más altas cumbres e hizo glorioso su nombre por su inteligencia y su saber, complacíase en plantar árboles y cultivar diversos vegetales en una de las islas del Tigre, donde aun existe su casita de madera en ruinas. José Garibaldi, el vencedor de tantas batallas, dejó la espada gloriosa y volvió a manejar el arado allá en su querida Caprera. Estudiad la historia y conoceréis otros nombres.



AUTOMOVILES

DODGE BROTHERS

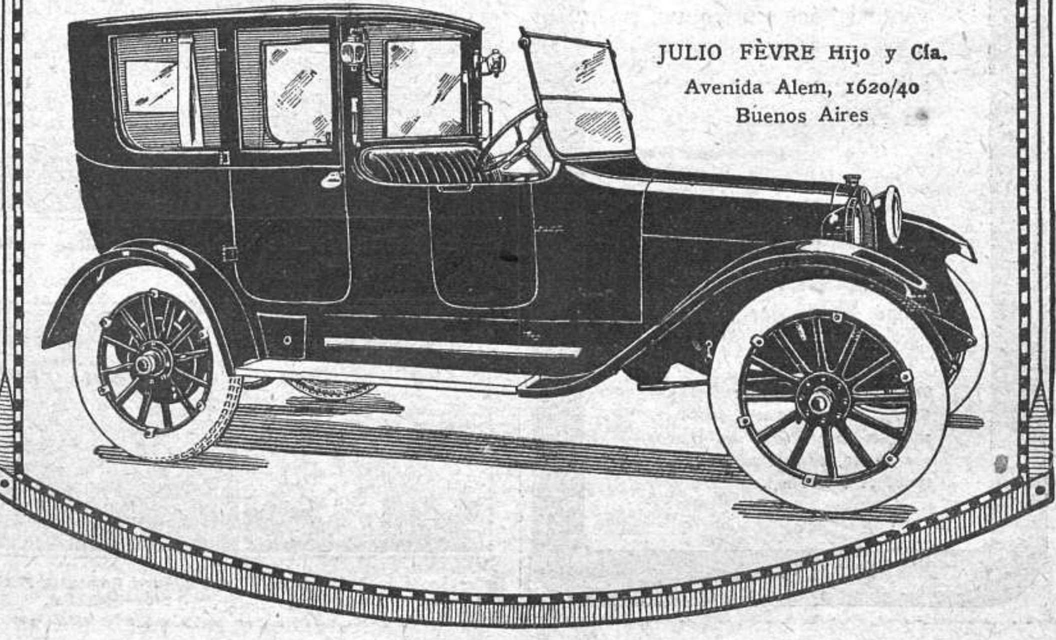
El progreso de esta marca se debe a que los que usan estos automóviles consideran a Dodge Brothers como fabricantes de escrúpulo.

Como resultado, donde quiera que se ven las palabras "DODGE BROTHERS" representan a un automóvil de valor excepcional.

El motor es de 30-35 H. P.

El precio de la limousine es de $ 7.000 m/n

(Sobre wagón Buenos Aires)



Necrología



Señora María Marcone de Fregosi. — Capital.



Señora María Ure de Arabehere. — Luján.



Señorita Hortensia E. Héliot. — La Plata.



Señorita María Teresa Pazos. — Capital.



Señora Paula Cironi de Patiño. — Capital.



Señora Antonia M. de Santoro. — Capital.



Teniente coronel Odilón Aubone. — Capital.



Señor José Defilpo. — San Martín.



Señor Leopoldo Berton Moreno. — Capital.



Señor Angel Gamenara Maroneo. — Capital.

¡Upa mamita, upa!

¡Deliciosas criaturas! Más queridas por sus madres que la propia vida, llenan de una dicha indecible toda la casa con su encanto irresistible, haciendo olvidar lo sufrido y recompensando generosamente todo sacrificio. — Señora, amamante usted misma su hijito recurriendo a la



INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

LIMPIEZA DE ALHAJAS. — Si se trata de joyas pequeñas, se frotan con un cepillito mojado en agua de jabón; luego se secan una a una con un paño fino, miga de pan, piel de guantes o gamuza. Las alhajas grandes pueden frotarse con rojo de pulir y luego se secan según queda indicado.

CÓMO SE DEBEN LAVAR LA LANA Y LA FRANELA PARA QUE CONSERVEN SU ELASTICIDAD. — La tela después de haber sido lavada en agua fría o tibia, debe dejarse durante algún tiempo en agua adicionada de cerca de 1 litro de amoníaco por 4 litros de agua.

Enjuáguese luego con agua tibia, se retuerce ligeramente y se envuelve en un trapo, con el fin de que pierda allí alguna humedad; después se tiende al aire, teniendo cuidado de estirarla antes en todas direcciones; se debe planchar cuando aun esté húmeda.

LA CENIZA DEL TABACO PARA TEÑIR FLORES. — Sabido es que la ceniza de los cigarrillos es alcalina; pues bien, si se echa un poco sobre una flor encarnada se obtiene un color verde o azul en el sitio tocado por la ceniza. De esta suerte se pueden fabricar flores raras.

Con el indicado procedimiento se obtiene color amarillo en las rosas blancas, lirios, etc.; color negro en las flores del fresal; color azul en las aguileñas, malvas y pelargonios; verde en los geranios, hortensias, hierba doncella silvestre, rosas, salvia, tréboles y violetas.

Si se sujeta con un poco de cera en el fondo de un bote una flor de pelargonio tocada con ceniza de cigarrillo, se pone el bote invertido sobre un plato que contenga un poco de álcali volátil o amoníaco, se obtiene al cabo de media hora una tonalidad azul con motas amarillas y encarnadas.



EXTRAORDINARIO PRECIO DE UNA FLOR. — ¡Mil dólares por una simple flor! Este extraordinario precio no corresponde, según declaración de V. Ferraria, de San Francisco, a los desvelos y sacrificios porque ha pasado hasta conseguir esta nueva variedad de «educadas» orquídeas, completamente distinta a sus similares por sus formas y colores.

Toda nueva variedad de orquídeas requiere una laboriosa cultivación y una variada fertilización por parte de expertos jardineros.

Largos y costosísimos experimentos fueron hechos con diferentes especies de orquídeas antes de que esta nueva mestiza flor fuese producida.

PRÁCTICA Y ECONÓMICA HERRAMIENTA PARA HACER GRANDES AGUJEROS SOBRE PLANCHAS. — Esta herramienta, hecha de una pieza de acero de 3/8 por 3/4 pulgadas, obra eficazmente sobre toda clase de metales y se ajusta con toda facilidad a los tornos, taladros y distintos aparatos de uso habitual en los talleres y fábricas en que se ejecutan estas clases de trabajos.

Su aplicación es sencillísima. Se taladra un pequeño agujero para colocar el piloto y se pone la herramienta al diámetro requerido.

Esta herramienta rinde prácticos y positivos beneficios por su escaso costo, fácil instalación y adecuado ajuste.

DEPILATORIO. — Una de las mejores preparaciones empleadas como depilatorio es el rusma de los orientales. Se hacen cocer 30 gramos de cal y 15 de sulfuro de arsénico en 500 gramos de agua de sosa hasta que el líquido esté lo suficientemente concentrado para hacer caer las hebras de una pluma.

Se extiende este líquido sobre el sitio que se desea tratar, se deja algunos minutos, se lava con agua tibia y se espolvorea con almidón.

ECONÓMICA REPARACIÓN DE LOS PEDALES DE CAUCHO DE UNA BICICLETA. — Ciertos modelos de pedales de bicicletas son hechos de caucho, que entre otras ventajas evitan que las suelas de los zapatos se corten. Cuando las piezas de caucho están desgastadas es de necesidad cambiarlas, ocasionándose con este cambio costosos gastos que pueden ser solventados muy económicamente. Para esto se cortan pedazos de cuero de apropiadas dimensiones en forma de rodajas que se ensartan en los ejes que habitualmente soportan las piezas de caucho.

Este sencillo reemplazo produce el mismo efecto que un pedal nuevo y puede ser obtenido a muy bajo precio.

EL CARBONATO DE BARITA ES UN PODEROSO DESTRUCTOR DE RATAS. — Recientemente en el laboratorio de química del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos se han realizado experiencias con el fin de buscar las substancias susceptibles de envenenar más rápidamente las ratas. Las sales de bario parecen haber dado los mejores resultados y la preferencia fué acordada al carbonato de barita mezclado con el cebo en la proporción de un 20 por 100. Se comprobó que una rata muere a las 24 horas de haber absorbido un tercio de lo que consume en una comida, si esta comida contiene la proporción de carbonato de bario aquí indicada.

CUNA COMBINADA CON BALANZA PARA NIÑOS. — Entre las últimas novedades francesas ha merecido preferente atención esta «cuna-escala» que permite observar continuamente el peso de un niño.



Sobre las barras cruzadas en que descansa la cuna es fijada una escala, debidamente combinada con la «varilla» que marca sobre el «cuadrante» instalado, como indica el grabado que reproducimos, en los travesaños inferiores que unen las cuatro barras del pequeño lecho.

El peso del niño, una vez acostado, pone en movimiento este preciso y calculado mecanismo, que con toda rapidez y exactitud registrará el verdadero peso del inocente «bebé».

No mas cabellos blancos

AGUA SALLES

PROGRESIVA o INSTANTANEA

50 AÑOS DE EXITO ASEGURAN SU EFICACIA

EL AGUA SALLES PROGRESIVA devuelve al cabello y a la barba su color primitivo: rubio, castaño o negro. LA INSTANTANEA les da color moreno o negro. Tan naturales son estos matices que es imposible apercibirse que los cabellos y la barba se han teñido. Bastan una o dos aplicaciones sin lavado de la cabeza ni preparaciones. EL AGUA SALLES es absolutamente inofensiva y su eficacia pronta y duradera.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182

Depósito en Montevideo: Sarandí, 429



Lámparas de bolsillo "American"

LA lámpara de bolsillo es útil a todos. Las "American" son atractivas y durables. Producen luz más brillante y duran más que todas. Se ofrecen en muchos estilos. Su abastecedor le mostrará la que Ud. exactamente necesita.

Pilas Secas Columbia

No importan más sino que duran más

USE Ud. Baterías de pilas secas Columbia para timbres y zumbadores eléctricos, teléfonos, etc., lo mismo que para el encendido en motores de gas, de tractores, de autobotes, de automóviles Ford y otros.

Asegúrese de que la marca Columbia esté impresa sobre la etiqueta, pues ella es su garantía de satisfacción.



F1122S

Representante General en Sud America: R. E. CARLO, Rivadavia 1255, Buenos Aires, Argentine

De José C. Paz

Alumnas de la escuela N.º 5 de esta localidad en la clase de trabajos manuales que, bajo la dirección de la señora directora Sarah L. de Tiscornia, han obtenido éxitos muy halagadores en las diversas enseñanzas dictadas.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

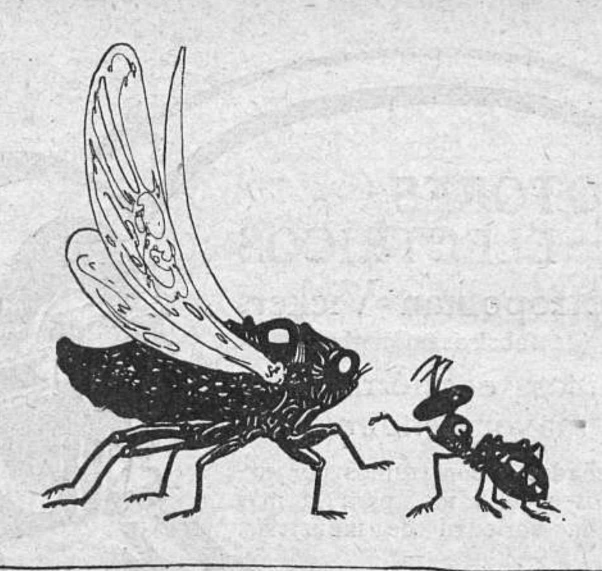
EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre..........	$ 2.50	Trimestre..........	$ 3.00	Trimestre.....	$ oro 2.00
Semestre..........	» 5.00	Semestre..........	» 6.00	Semestre......	» » 4.00
Año..............	» 9.00	Año..............	» 11.00	Año............	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto....	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año....	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador.................Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



LA FABULA DE LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La fama se forja sobre todo con leyendas; el cuento va delante de la historia, así en el dominio del animal como en el del hombre. El insecto, en particular, si llama nuestra atención de una u otra manera, no le faltan relatos populares en los que hay poco cuidado de la verdad.

Por ejemplo, ¿quién no conoce, al menos de nombre, a la cigarra? ¿Dónde encontrar en el mundo entomológico una fama semejante a la suya? Su reputación de cantora apasionada, desdeñosa del porvenir, sirvió de tema a nuestros primeros ejercicios de memoria. En versos, fácilmente aprendidos, nos la muestran enteramente desprovista a la llegada del invierno, y corriendo a clamar contra el hambre en casa de la hormiga, su vecina. Mal acogida por ésta, la pedigüeña recibe una contestación tópica, causa principal del renombre de la cigarra. Estos dos versitos:

¿Pasaste el verano cantando?
Pues bien, baila ahora (1),

con su trivial malicia, han hecho por la celebridad del insecto mucho más que su talento musical. Estas cosas penetran como una cuña en el espíritu infantil y no salen ya nunca.

La mayor parte de las gentes desconocen el canto de la cigarra, acantonada en la región del olivo; pero todos, grandes y pequeños, conocemos su percance con la hormiga. ¿A qué obedece, pues, su fama? Un relato de valor muy dudoso, en el que se ofende a la moral tanto como a la historia natural; un cuento de viejas, cuyo único mérito estriba en ser corto; tal es la base de una reputación que dominará las ruinas de las edades con tanta arrogancia como pueden hacerlo las botas de Pulgarcito y la torta de Caperucita Roja.

El niño es el conservador por excelencia. El uso, las tradiciones, en cuanto se han confiado a los archivos de su memoria, se hacen indestructibles. Le debemos la celebridad de la cigarra, cuyos infortunios ha balbuceado en sus primeros ensayos de recitado. Con él se conservarán las groseras insensateces que constituyen la trama de la fábula: la cigarra padecerá siempre hambre cuando vengan los fríos, aun cuando no haya cigarras en invierno; pedirá siempre la limosna de algunos granos de trigo, alimento incompatible con su delicado chupador; en calidad de mendicante hará colecta de moscas y gusanillos, cuando es sabido que jamás los come.

¿Y quién es el responsable de tan extraños errores? La Fontaine, que nos encanta en la mayor parte de sus fábulas por su exquisita finura de observación, en este caso está muy mal inspirado. Conoce a fondo sus primeros personajes: la zorra, el lobo, el gato, el macho cabrío, el cuervo, la rata, la comadreja y otros muchos, cuyos hechos y ademanes nos cuenta con deliciosa precisión de pormenores. Son personajes del país, vecinos, comensales. Su vida pública y privada se desenvuelve a nuestra vista; pero la cigarra es extranjera en los parajes en que salta el conejo. La Fontaine no la oyó jamás, no la vió nunca. Para él la célebre cantora es sencillamente un saltamontes.

Grandville, cuyo lápiz rivaliza en fina malicia, con el texto ilustrado comete idéntica confusión. En su dibujo se ve la hormiga vestida de laboriosa ama de casa. En el umbral de su puerta, al lado de grandes sacos de trigo, vuelve desdeñosamente la espalda a la cigarra, que le tiende la pata, digo, la mano. Sombrero grande, guitarra bajo el brazo y falda pegada a las pantorrillas por el cierzo; tal es el segundo personaje, vera efigie de la langosta; Grandville, lo mismo que La Fontaine, tampoco sospechó la verdadera cigarra, sino que tradujo magníficamente el error general.

Por otra parte, La Fontaine, en su pobre historieta, es sencillamente eco de otro fabulista. La leyenda de la cigarra tan mal acogida por la hormiga, es tan vieja como el egoísmo, es decir, como el mundo. Los chiquillos de Atenas, cuando iban a la escuela con sus capachos de esparto llenos de higos y de olivas, ya la musitaban como lección que habían de dar. Decían: "En invierno las hormigas ponen a secar al sol sus provisiones mojadas. Llega mendigando una cigarra hambrienta. Pide algunos granos. Las avaras acaparadoras le responden: "Cantaste en verano, pues baila en invierno." Con un poco más de aridez, esto es exactamente el lema de La Fontaine, contrario a toda sana noción.

De modo que la fábula nos viene de Grecia, país por excelencia del olivo y de la cigarra. ¿Es, por ventura, Esopo el autor, como dice la tradición? Es dudoso, pero no importa; lo cierto es que el narrador es griego, compatriota de la cigarra, y debía conocerla perfectamente. En mi pueblo no hay aldeano, por corto de alcances que sea, que ignore la falta absoluta de cigarras en invierno; todos los cavadores conocen allí el primer estado del insecto, la larva exhumada por el azadón, siempre que al acercarse los fríos es necesario calzar los olivos; saben, por haberlas visto mil veces al borde de los senderos, que en verano aquella larva sale del suelo, por un pozo redondo, obra de ella; que se agarra a una hierbecilla cualquiera, se hiende por la espalda, arroja su despojo, más seco que un pergamino arrugado,

(1) Los conocidos versos de La Fontaine:

Vous chantiez! J'en suis fort aise.
Eh bien, dansez maintenant.

de su fábula "La cigale et la fourmi", son, naturalmente, los que figuran en el original francés.

y da la cigarra de delicado verde de hierba, que se cambia rápidamente en pardo.

El campesino de Atica tampoco era tonto; había notado lo que no puede escapar a la mirada menos observadora; sabía lo que mis rústicos vecinos saben muy bien. El letrado, sea quien fuere, autor de la fábula, se encontraba en mejores condiciones para estar al corriente de estas cosas. ¿De dónde provienen, pues, los errores de su relato?

El fabulista griego, menos perdonable que La Fontaine, cantó la cigarra de los libros, en lugar de interrogar a la verdadera cigarra, cuyos címbalos resonaban a su lado; sin preocuparse de lo real, siguió la tradición. También él fué eco de un narrador más antiguo; repitió, sin duda, alguna leyenda procedente de la India, venerable madre de las civilizaciones. Sin conocer exactamente el tema que el cálamo del indio había confiado a la escritura para poner de manifiesto los peligros a que conduce una vida sin previsión, es de creer que la escena animal representada debió estar más cerca de la realidad que lo que está el coloquio entre la cigarra y la hormiga. El indio, buen amigo de los animales, era incapaz de semejante menosprecio. Todo parece decir que el personaje principal de la fábula primitiva no era nuestra cigarra, sino otro animal cualquiera, un insecto, si se quiere, cuyas costumbres concordaban convenientemente con el texto adoptado.

Importado en Grecia después de haber hecho reflexionar durante largos siglos a los sabios y divertido a los niños en las orillas del Indo, el antiguo cuento, quizá tan viejo como el primer consejo de economía de un padre de familia, y transmitido con más o menos fidelidad de una memoria a otra, debió encontrarse alterado en sus pormenores, como se alteran todas las leyendas, acomodadas por el curso de las edades a las circunstancias de lugar y de tiempo.

El griego, que no tenía en sus campos el insecto de que hablaba el indio, hizo intervenir, por aproximación, a la cigarra, de igual manera que en París, la moderna Atenas, la cigarra ha sido reemplazada por el saltamontes. El mal estaba hecho. En lo sucesivo, aquel error, confiado a la memoria del niño, prevalecerá indeleblemente, contra una verdad que salta a la vista.

Tratemos, pues, de rehabilitar a la cantora calumniada por la fábula. Es en verdad, una vecina importuna, me apresuro a reconocerlo. Todos los veranos vienen a establecerse por centenares delante de mi puerta, atraídas por el verdor de dos grandes plátanos; y desde que sale el sol hasta que se pone, me rompen la cabeza con su ronca sinfonía. Con tan ensordecedor concierto es imposible pensar; la idea, como atacada de vértigo, gira, incapaz de fijarse. Si no aprovecho las horas matinales, día perdido.

¡Ah!, bicho encantado, martirio de mi casa, que tan apacible la quisiera; dicen que los atenienses te criaban en jaulas para gozar cómodamente de tu canto. Una, durante la somnolencia de la digestión, pase; pero cientos, zumbando a la vez y moliendo el oído cuando la atención se recoge, es un verdadero suplicio. Pones por excusa tus derechos de primera ocupante, porque antes de mi llegada ya te pertenecían sin reserva los dos plátanos, y yo soy el intruso bajo su follaje. Conformes, pero siquiera pon sordina a tus címbalos y modera tus arpegios en honor a tu historiador.

La verdad rechaza como invención insensata lo que nos dice el fabulista. Cierto es que a veces hay relación entre la cigarra y la hormiga; pero tales relaciones son lo contrario de lo que nos cuentan. No provienen de la iniciativa de la primera, que jamás necesita ayuda ajena para vivir, sino de la segunda, rapaz explotadora, que acapara en sus graneros todo comestible. Nunca, en ninguna época, va la cigarra a las puertas de los hormigueros a clamar contra el hambre, prometiendo devolver lealmente capital e intereses; al contrario, la hormiga, apretada por la escasez, es la que implora a la cantora. ¡Que digo implora! Tomar prestado y devolver son cosas que no entran en las costumbres de aquella ladrona. Explota a la cigarra, la desvalija descaradamente. Expliquemos este rapto, curioso punto histórico no conocido aún.

En julio, en las sofocantes horas de la tarde, cuando el plebeyo insecto, extenuado de sed, va de un lugar a otro tratando en vano de refrescarse en las flores marchitas y secas, la cigarra se ríe de la sequía general. Con su chupador, como fina barrena, taladra una pieza de su bodega inagotable. Establecida en una rama de arbusto, sin dejar de cantar, perfora la corteza, firme y lisa, hinchada de una savia madura por el sol. Metido el chupador por la piquera, la cigarra se alimenta deliciosamente, inmóvil, recogida, atenta enteramente a los encantos del jarabe y de la canción.

Vigilémosla algún tiempo. Asistiremos, tal vez, a miserias inesperadas. En efecto, numerosos sedientos rondan por allí; descubren el pozo, traicionado por un goteo que se nota en el brocal, y acuden al principio con cierta reserva, limitándose a lamer el licor extravasado. Alrededor de la meliflua picadura, veo que se apresuran avispas, moscas, cortapicos, *Sphex, Pompilus, Cetonias,* sobre todo hormigas.

Los más pequeños, para acercarse al manantial, se deslizan por debajo del vientre de la cigarra, que, bondadosa, se levanta sobre sus patas y deja paso libre a los importunos; los mayores pateando impacientes, cogen rápidamente un bocado, se retiran, van a dar una vuelta por las ramas vecinas y vuelven más decididos. Las codicias se exacerban, los reservados de antes se vuelven turbulentos, agresivos, dispuestos a expulsar del manantial al pocero que lo hizo brotar.

En esta partida de bandidos, las más obstinadas son las hormigas. He visto a algunas mordiscar a la cigarra en las patas; he sorprendido otras tirándole de la punta del ala, subiéndosele a la espalda y haciéndole cosquillas en la antena. Una más audaz se permitió, a presencia mía, cogerle el chupador y esforzarse por sacárselo.

Y de esta manera, el gigante, atormentado por aquellos enanos y agotada la paciencia, acaba por abandonar el pozo. Huye, lanzando a los salteadores un chorro de orina. Pero ¡qué le importa a la hormiga aquella expresión de soberano desprecio! Ya ha conseguido su objeto; ya es dueña del manantial, que por cierto se seca pronto en cuanto deja de funcionar la bomba que lo hacía brotar. Poco es, pero exquisito; lo suficiente para esperar otro trago, adquirido de igual manera en cuanto se le presente ocasión.

Se ve, pues, que la realidad invierte enteramente los papeles imaginados por la fábula. El pordiosero sin delicadeza, que no retrocede ante el robo, es la hormiga; el artesano industrioso, que comparte voluntariamente su alimento con el necesitado, es la cigarra. Pero hay aún otro detalle que acusa más la inversión de los papeles. Al cabo de cinco o seis semanas de alegría, largo espacio de tiempo, la cantarina cae de lo alto del árbol, extenuada, sin vida. El sol seca el cadáver, los transeúntes lo aplastan, y la hormiga, como pirata que está siempre al acecho de botín, la encuentra. Despedaza la rica pieza, la diseca, la dilacera y la tritura, reduciéndola a miguitas que van a aumentar su montón de provisiones. Y no es raro ver a la cigarra agonizante aún, cuyas alas se estremecen todavía en el polvo, zarandeada y descuartizada por un escuadrón de matarifes. Con este acto de canibalismo quedan demostradas las verdaderas relaciones entre los dos insectos.

J. H. FABRE

DIBUJOS DE SIRIO




Asistentes al mitin organizado para protestar contra los procedimientos observados por el cura párroco de esta localidad.

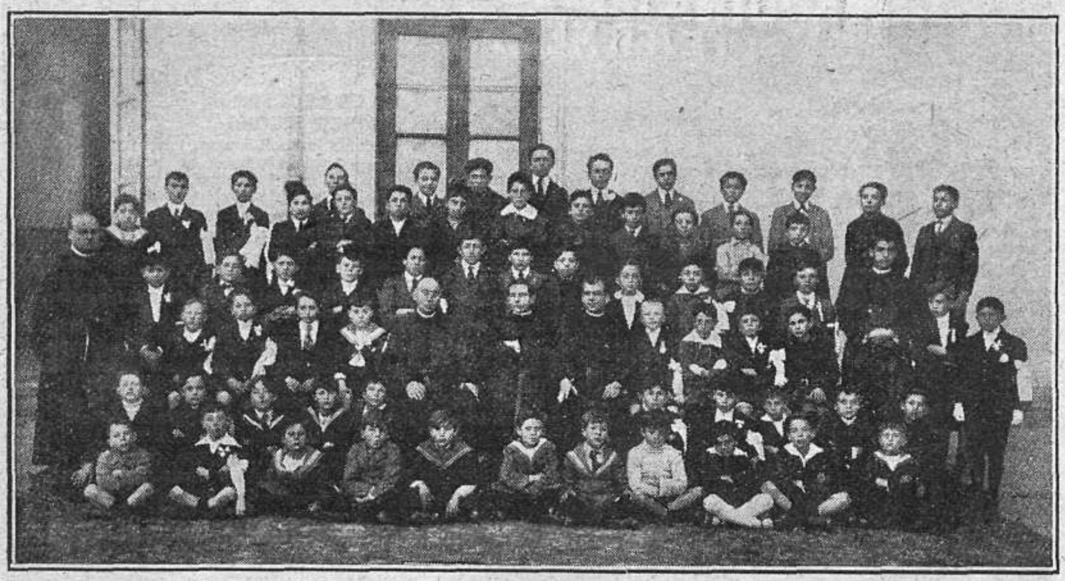
EL CORAZÓN DE KOSCIUSKO

De acuerdo con una resolución de la dieta polaca, el corazón de Kosciusko, actualmente en Suiza, va a trasladarse a Polonia para guardarse en un relicario en Varsovia. La fecha escogida, 15 de octubre, es el centésimo aniversario de la muerte del patriota polaco, día que será consagrado por la nación polaca.

No hace mucho el corazón de otro gran polaco, Chopín, fué trasladado a su patria y ahora reposa, después de una vida de melancolía reflejada en su música, en una de las principales iglesias de la capital polaca. Pero Kosciusko es aún más querido que Chopín, al grado de que la vida misma es más importante que las más sublimes manifestaciones del espíritu.

Los norteamericanos tomarán interés en la ceremonia del traslado. Wáshington conoció a Kosciusko durante ocho años, pues éste vino a los Estados Unidos con cartas de Franklin antes de haber venido Lafayette. La excelente posición de los norteamericanos en Bemis Heights y que dió por resultado la rendición de Borgoyne en Saratoga, fué debida a su ojo avizor. Como ingeniero que era, fortificó a West Point, fué ayudante de Wáshington y sirvió brillantemente a las órdenes de Nathaniel Greene en el sur. Cuando se hizo la paz, regresó a Europa llevando las gracias formales del congreso. Vuelto a su patria, por tres años sostuvo la lucha contra las fuerzas abrumadoras del zar y el káiser, resistiendo a los mayores halagos para que cediera. Cuando sobrevino la tragedia final de Polonia, cayó herido prisionero en las manos de Rusia. Pero con todas sus faltas, los zares, a diferencia de los actuales gobernantes rusos, tenían un sentimiento de caballerosidad, por lo que el emperador Pablo libertó subsiguientemente a Kosciusko con honor, ofreciéndole devolverle la espada. "No tengo necesidad de más espada, pues ya no tengo patria" — contestó el héroe.

Siempre liberal, lo fué aun más después de haber experimentado y ser un convencido creyente en los principios democráticos. Siendo aristócrata libró de la servidumbre a los campesinos de su propia heredad. A través de él flotaba en las regiones de Europa la influencia de los ideales norteamericanos. Habría hecho — dijo — de Polonia otros Estados Unidos.



Grupo de profesores y alumnos del Colegio San Luis Gonzaga, reunidos después de haber recibido algunos de ellos la primera comunión.

NINGUNA SEÑORA

debe ignorar que las bacterias, cuyo peligro nos acecha constantemente, no podrían hallar mejor campo de cultivo que el organismo de la mujer, si una rigurosa higiene no cortase su acción; por consiguiente, no hay que decir lo expuestas que están siempre las señoras y las jóvenes a contraer muy serias afecciones.

Entre el método preventivo y el sistema curativo existe una gran distancia: el primero cierra la puerta a la enfermedad e impide su invasión; el segundo trata de echar fuera el mal cuando ya ha hecho presa en el organismo.

El hábito de una escrupulosa toilette en las señoras y en las jóvenes, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, poderoso y acreditado bactericida, es como centinela avanzado que vela constantemente por la integridad del organismo.

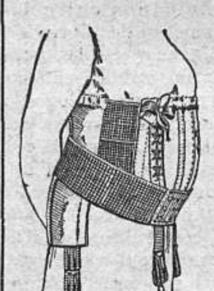
Los flujos, hemorragias, congestiones, ovaritis, fibromas, etc., que sufren infinidad de señoras, prosperaron, seguramente, porque una inexplicable negligencia, que luego suele pagarse muy cara, permitió su arraigo.

La experiencia ofrece en el Lysoform el bactericida más eficaz. A sus excelentes propiedades como desinfectante une las de ser inodoro y completamente inofensivo, circunstancias que le convierten en el antiséptico ideal para señoras y niñas.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Paysandú, 1178

FAJAS PARA OBESIDAD



Para señoras y caballeros. Riñón móvil, descensos abdominales y operados en general.

MEDIAS ELASTICAS
Vendas elásticas y de crepé
ESPALDERAS
PIDAN PRECIOS

CASA PORTA
341, PIEDRAS, 341. Buenos Aires



CON TEMPESTADES LLUVIAS O TORMENTAS



SIEMPRE DA LUZ
$23 m/n

Fabricantes e Importadores:

Necesitamos Revendedores

R. HAUPT & M. PIZZA
VICTORIA, 3258 — BUENOS AIRES





John Henry Mackay ha nacido en Greenock de Escocia, en 1864, pero criado en Alemania, de Alemania ha adoptado la lengua y el alma. Profesó en su juventud un anarquismo teórico, expuesto con entusiasmo en su obra «Los anarquistas», por el año 1891. Vaticinó por entonces el derrumbe del mundo llamado burgués, y en versos abundantes cantó el catastrófico triunfo de la revolución comunista. Presentía en los aires los vahos cadavéricos, el trastorno de las horas y los días regulares en que los mortales hombres realizan sus trabajos, la muchedumbre de cadáveres, el espanto atroz de las almas; pero luego de esto, se habría secado la mano que de otra mano robó el trabajo, y extinguido la alegría nacida del sufrimiento ajeno; comido de la roña, inútil, estaría el sable homicida y destruídas las ciudades que fueron moradas de infamia y duelo: sería llegada la hora meridiana del nuevo día de libertad. Sería la revolución.

La revolución ha llegado y su cortejo han sido, efectivamente, los vahos cadavéricos en los aires sobre los pueblos, mas no se ha secado la mano que de otra mano roba el trabajo; sólo ha cambiado de dueño; hoy es otro el tirano, pero bajo la revolución la tiranía subsiste, y por nueva y más joven, es aún más fuerte y feroz. El sable homicida sigue teniendo su empleo, tinto está en sangre, y las ciudades múltiples y multitudinarias siguen siendo el albergue de las injusticias todas, de los regocijos livianos engendrados de pesados dolores. Las almas honradas van cambiando, por lo que ven de la revolución en Rusia, su pensamiento en aquello que toca a la transformación de la sociedad. También ha cambiado Mackay. Con los años, además, se ha calmado el tumulto de su sangre. Han disminuído los juveniles fuegos, y arde su poesía en una clara llama que no amenaza con voraces incendios.



John Henry Mackay.

Los poetas de Alemania

John Henry Mackay

Está retirado de la multitud. Solo con sus ideas poéticas, no aspira a ser del gusto de todo el mundo. Acaso sea por esto por lo que llegue, en el curso de los años, a constituir el gusto de los mejores y por este camino hasta el de los más. Hoy hace el placer de unos pocos expertos en materia de versos. Son sus palabras como gotas brillantes que caen de un hermoso plumaje, del plumaje de un ave de canto deleitoso y enternecedor, empapado en la mañana húmeda con el rocío de la vida varia. Solamente los corazones leales para con la vida y consigo mismos pueden alcanzar la significación conmovedora de sus palabras. Su musa es hija, no de consorcios vagos con lo pasado, sino que ha nacido de la obra del día que el poeta cumple, y con los días que corren va creciendo esa musa. La experiencia la nutre, la pule y abrillanta. La hace más firme y más suave a la vez. Ha convertido Mackay el verso en la forma habitual de sus pensamientos escritos. Así de su lápiz de poeta salen diarios boletines líricos, pero no salen a la publicidad sino después de largos meses de haber estado olvidados entre los papeles de borrador. Mackay habla poco y no publica mucho; pero entre sí mantiene vivos diálogos y monólogos, que revestidos de ritmo poético va trazando sobre el papel. Acumula con ello en sus días un caudal vario de imaginaciones y meditaciones, todas de carácter lírico, porque Mackay es esencialmente lírico. Y por eso su costumbre diaria de hacer verso, su pensamiento desde el principio es concebido ya conforme a ritmo; cada pensamiento se trae su ritmo y cada ritmo crea su verso. Estos versos son musicales, son coloridos y son ajustados porque son originados naturalmente de la vida íntima de John H. Mackay. Es la de éste una mentalidad con ritmo y ese ritmo es ritmo de verso. A tal grado es poeta Mackay. Una severa conciencia de artista escrupulosísimo juzga de su obra lírica cuando «mira a la publicidad. Por eso lo que ha publicado parece desde ahora producción selecta, como cernida en cernidor finísimo. Por eso a menudo, mientras voy leyéndole, evoco al poeta y distingo su gesto, ensimismado en su propio mundo, temblorosos los labios sensuales al aliento de sus palabras, que salen murmuradas muy levemente, cargando «pensamientos nunca antes pensados...»

Julio Fingerit





EXTRACTO INSOUCIANCE
ATKINSON



POLVOS DE ARROZ
INSOUCIANCE ATKINSON



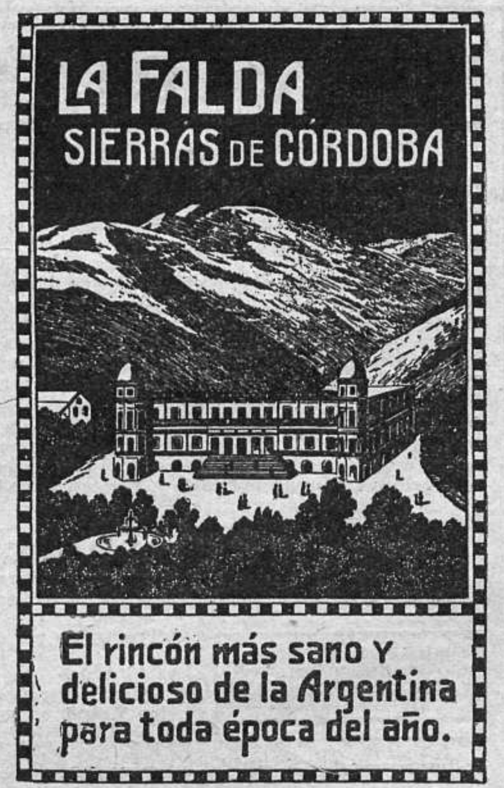
Verse en el espejo después de aplicarse

Crema de Perlas de Barry

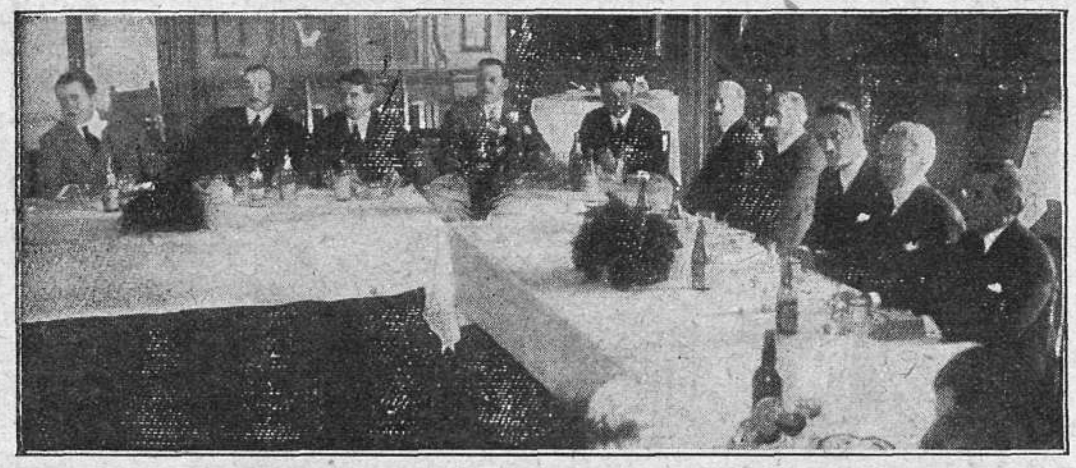
produce una expresión de dicha y de satisfacción

Esta excelente Crema no contiene grasa, es de perfume muy agradable y cuando se aplica, desaparecen las arrugas, los barros, las espinillas, y toda traza de cansancio, y el cutis queda terso, y con ese color blanco natural que tanto agrada.

Una vez aplicada, no se nota ni se cae.



Por informes y pedidos a la Administración del "Edén Hotel". La Falda, F. C. C. N. A., o al Escritorio en Buenos Aires: Bartolomé Mitre, 552. Unión Telefónica, 2159, Avenida.



El señor Mitre, director de "La Nación", y la nueva comisión directiva durante el lunch celebrado festejando la inauguración oficial del Rotary Club de Rosario.

EL ARCO VOLTAICO

El deslumbrante "arco eléctrico" fué descubierto por el sabio inglés sir Humphry Davy (1778-1829) quien haciendo terminar en dos puntas de carbón los polos de una potente pila eléctrica hizo brotar en ella una viva fuerza de luz en forma de arco.

Davy operaba en el vacío para evitar el rápido desgaste del carbón. Años después el francés León Foucault (1819-1868) completó el descubrimiento logrando juntar los carbones a medida que se iban gastando por la corriente.

En 1848 se reemplazó el carbón ordinario por las barritas hechas de carbón de retorta de gas y adicionó el aparato con un electroimán para contrabalancear la acción del resorte que acercaba los carbones el uno al otro. Cuando la corriente se debilitaba a causa del excesivo desgaste de los carbones, se debilitaba también la acción del electroimán; pero la del resorte se volvía entonces preponderable, y por este contraste los carbones se acercaban automáticamente y el arco seguía brotando entre ellos en condiciones normales.

La rana. — ¡Loca! — le dijeron las otras.

Pero toda la noche estuvo la ranita en la ribera, sin atreverse a echarse al agua porque vió que las estrellas la miraban desde el fondo.

La alondra. — Sentí un dolor agudo al no tener al lado una mujer.

—Pero, — me dijo la alondra — así no hubieras oído mi canto sobre el cielo.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Aspecto del mercado, por la mañana, a la hora de mayor animación.

"CARAS Y CARETAS" EN EL PARAGUAY

Cuadros y costumbres

La galopa

Como la mañana tibia, luminosa y sahumada de aromas de azahar, se aviene perfectamente para salir de paseo sin temor a experimentar las molestias del bochorno tropical característico al país, nos instalamos temprano en un auto y, con el alma sedienta de emociones nuevas, nos lanzamos a través de las calles todavía solitarias de la ciudad.

A poco andar, y en pleno centro de la población, frente a la plaza donde acaba de inaugurarse el monumento a los héroes de la guerra contra la triple alianza, una caravana ininterrumpida de mujeres y mozos que van y vienen con su canasta al brazo o la cabeza, nos denuncia la proximidad del mercado principal...

Hacemos detener el auto y, descendiendo apresuradamente, nos aventuramos en su interior, pregustando de antemano los cuadros y escenas típicos que tanto nos ponderaron a nuestra llegada a Asunción. Y en efecto... Todo allí es pintoresco, lleno de dulces sugerencias, amablemente evocador... Se diría un abigarrado zoco morisco o una agitada feria andaluza, trasplantados con toda fidelidad a este suelo para gloria y solaz de todos aquellos que, impelidos por un espíritu de conquista hacia las plazas de nuestra América, sienten de vez en cuando, y a pesar de hallarse en ella como en su propia casa, la morriña indecible de sus burgos milenarios, donde parece vivir todavía toda el alma de la vieja España...

Los puestos de frutas y verduras, de dulces y de flores, de guisados y de fiambres, de plantas medicinales, de aves de corral y pájaros de la región, y de otros mil objetos que producen las las pequeñas industrias caseras, son en su mayoría atendidos por mujeres, quienes pregonan la excelencia de sus artículos en dulce lengua guaraní o en un castellano caprichoso y arrevesado, que hace sonreir de puro extravagante...

Las de los puestos de yerbas medicinales





Un puesto de confitados y dulces nacionales, atendido por jóvenes asunceñas.



Mujeres del pueblo bailando la "galopa" en los alrededores de Asunción.

guardan, por lo general, tal compostura solemne y aires de misterio, que uno se pregunta si no estará realmente en presencia de una bruja de la Edad Media o de un médico joven disfrazado de mujer... Muchos las consultan personalmente, pero, por lo común, ellas sólo se concretan a despachar y explicar las recetas del médico *yuray* (médico cotudo), cuya fama es asombrosa entre las gentes humildes de la población.

Entre estas mujeres, que realizan su negocio con una corrección y habilidad verdaderamente admirables, las hay que gozan de una larga y bien merecida nombradía por su belleza, y que, en más de una ocasión, sólo con el fuego de sus grandes y hermosos ojos negros, de elocuente mirar, han podido conquistar para siempre el corazón de un triste caminante...

Como al salir del mercado alguien nos informa de que en uno de los barrios apartados de la ciudad, se celebra aquel mismo día la fiesta del santo patrono de la parroquia, nos dirigimos allí sin pérdida de tiempo, y ello nos proporciona la ocasión de admirar una vez más algunos cuadros de costumbres cuyo encanto es fácil imaginarse, dada la antigüedad que los ilustra y la originalidad que los distingue.

Dichas fiestas, llamadas de la *galopa*, consisten siempre en una numerosa reunión de promesantes que, con el pretexto del santo, se dan a bailar en pequeñas empalizadas construídas en cualquier terreno baldío. El baile oficial es la *galopa*, o sea una danza semibárbara, de ritmo cadencioso, llena de movimientos delicados, agradable a la vista, y que la ejecutan unas veces entre mujeres solas, y otras entre personas de diferente sexo.



Vendedoras de mandioca y caña dulce con el cigarro en la boca.

Por lo general, la que más llama la atención es la que se hace entre mujeres solas: entonces es una delicia verlas con qué soberana gracia hacen mover los pies, en rápidos giros y piruetas, siguiéndose las unas a las otras, ejecutando prodigiosos zapateos, haciendo vaivenes con el cuerpo y, levantándose constantemente, como al descuido y hasta media pierna, las enaguas limpias, inmaculadas, de largos flecos de *ñanduty*... Todas llevan una corona de flores silvestres (*ocara poty*), prendida a la frente, y el cabello suelto, ligeramente sujeto en la nuca por una cinta de vivo color, es batido por el viento como un ramo de sierpes enardecidas bajo el chamusco del sol...

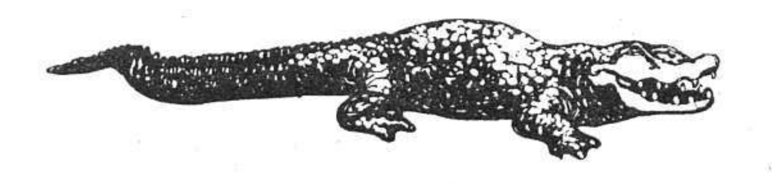
Cuando hacia el medio día regresamos de nuevo a nuestra casa, nos parece que llevamos en el corazón toda la dulzura del alma ingenua y seductora del Paraguay...



SEVERO F. VILLANUEVA



Aspecto que presentaba la sala del Centro Asturiano en el festival organizado para festejar el 1204 aniversario de la gloriosa batalla de Covadonga.





LOS CAIMANES

NOTAS DE VIAJE

No he hablado aún de esos huéspedes característicos del Magdalena, porque durante mi inolvidable permanencia en el *Antioquía*, creo no haberles dispensado una mirada.

Es el *alligator,* el cocodrilo del Nilo y de algunos ríos de la India, el *yacaré* de los nuestros, pero de dimensiones colosales.

Parecíame una exageración la longitud de cinco a seis metros que asigna a algunos un viajero francés, M. André; pero después de haber observado millares de caimanes, puedo asegurar que, en realidad, hay no pocos que alcanzan a ese enorme tamaño.

He visto a algunos cruzar lentamente las aguas del río; vienen precedidos de una nube constante de pescados, saltando fuera del agua, como en el mar, a la aproximación de un tiburón o de una tintorera.

Pero, en general, sólo se les ve en las playas arenosas que deja el río a descubierto cuando desciende.

Están tendidos en gran número: he contado hasta setenta en un pedazo de playa que no tendría más de unos cien metros cuadrados.

Inmóviles como si se hubieran desprendido de la cornisa de un templo egipcio, mantienen la boca abierta cuan grande es, hacia arriba.

En esa posición, la boca forma un ángulo, cuyos lados no tienen menos de medio metro.

Los he visto permanecer así durante horas enteras; el olor nauseabundo de su aliento atrae a los mosquitos, que se aglomeran por millones sobre la lengua; cuando una *fournée* está completa, el caimán cierra las fauces con rapidez, absorbe los inocentes visitantes y de nuevo presenta al espacio el temible e inmundo ángulo.

El caimán es la plaga del Magdalena; cuando algún desgraciado boga, bañándose o cayendo de su canoa, ha permitido a uno de esos monstruos probar el perfume de la carne humana, la comarca entera tiembla ante el caimán *cebado;* anfibio como es, salta a la playa, se desliza por las arenas con las que confunde su piel escamosa, y pasa horas enteras acechando un niño o una mujer.

¡Cuántas historias terribles me contaban en el Magdalena de las luchas feroces contra el caimán; del valor salvaje de los bogas, que, semejantes a nuestros indios correntinos, se arrojan al río con un puñal, y cuerpo a cuerpo vencen al anfibio!

A su vez, el caimán suele ser sorprendido en sus siestas de la playa, por los tigres y pumas de los bosques vecinos.

Entonces se traba una lucha admirable, como aquellas que los romanos, los hombres que han gozado más sobre la tierra, contemplaban en sus circos.

El caimán es generalmente vencedor, pues su piel paquidérmica lo hace invulnerable a la garra y al diente del agresor.

Pero lo que un tigre no puede, lo consigue una vaca o un novillo; cuando éstos atraviesan a nado el río, pasando, en el bajo del Magdalena, del Estado de Bolívar al que lleva el nombre del río y que ocupa la margen derecha, o viceversa, si el caimán los ataca levantan un poco la parte anterior del cuerpo y hacen llover sobre el agresor una lluvia de *puñetazos* con sus córneas pezuñas, que lo detienen, lo atontan y acaban por ponerlo en fuga.

Se ha hecho el cálculo que, si todos los huevos de bacalao que anualmente ponen las hembras de esos antipáticos animales, se consiguieran, la sección entera del Atlántico, comprendida entre la América del Norte y Europa, se convertiría en una masa sólida.

Otro tanto podría suceder en el Magdalena con los caimanes.

El caimán es ovíparo; la hembra pone una inmensa cantidad de huevos, grandes y duros como piedra, que entierra entre la arena.

Llegada la época conveniente, la sensible madre se coloca con la enorme boca abierta al lado del sitio que empieza a escarbar; los pequeñuelos, que ya han abandonado la cáscara, saltan a medida que se despeja la arena que los cubre.

Unos dan el brinco directamente al río; otros, pergeños ignorantes de las costumbres de su raza, saltan del lado de la enorme boca materna, que los recibe y los engulle en un segundo.

Se calcula que la *caimana* se come la mitad de sus hijos.

Luego, la piedad materna la invade, y semejante a la Niobe antigua, deja correr dos lágrimas por sus hijos tan prematuramente muertos.

Una vez en el agua, reúne la prole salvada, ¡y no hay madre más cariñosa!

¡Qué odio por el caimán! ¡Con qué alegría los bogas marinos, descubriendo con su mirada avezada una turba de cocodrilos sobre un arenal lejano, nos daban el grito de alerta! Cada uno toma su fusil, elige su blanco y a un tiempo se hace fuego.

Las armas que se emplean son carabinas Remington, Spencer, Winchester, etc.

Nada resiste a la bala; el caimán herido abre la boca más grande aún, si es posible, que cuando se ocupa en cazar mosquitos, levanta la cabeza, la sacude frenético y se arrastra muchas veces moribundo y cubierto de heridas, pues la lentitud de sus movimientos permite hacer fuego repetidas veces, para ir a morir en el seno de las aguas o en su cueva misteriosa.

MIGUEL CANÉ

DIBUJO DE SIRIO

De Tucumán



Comisión organizadora de las romerías que obtuvieron un brillante éxito y en las cuales hizo acto de presencia el gobernador señor Vera.

El señor gobernador, profesores y familias que asistieron a la inauguración del primer botiquín en la escuela superior Alberdi.



EL BRILLANTE EMBAUCADOR

POR ROY W. HINDS

I

La joven conocida por Evelyn Scott escondió dentro de su cartera una valiosa pieza de encajes, que había robado en un descuido de la vendedora.

Confundida entre los numerosos compradores, pronto se halló a una segura distancia del mostrador en que había cometido el hurto.

Evelyn observó que un inspector de la tienda no la perdía de vista, y aunque confiaba que la sustracción no había sido notada por ninguno de los empleados, la persistente mirada de aquel hombre, momentáneamente la inquietó.

La singular mirada del inspector hizo comprender a Evelyn que no eran su belleza y elegancia las causas que motivaran tan significativo mirar, y que más bien era la investigadora mirada de la persona que cree reconocer la cara que tiene delante de su vista y vagamente se pregunta: — ¿No la he visto en otra parte?

Para ella, su rostro le era completamente desconocido y no recordaba haberle visto en su vida. Tal vez sería un empleado recientemente nombrado por la dirección para dirigir el servicio de vigilancia del establecimiento.

De pronto le asaltó la idea que el desconocido inspector podía haberla reconocido como «ladrona de tiendas» por medio de las fotografías que, periódicamente renovadas, son enviadas por los departamentos policiales a las tiendas establecidas en la capital.

Si su sospecha era cierta, tenía tiempo más que sobrado para salir de la tienda y abandonar la ciudad, a pesar de la honda amargura que le causaba tener que dejar Nueva York y su manera de vivir, que tanto amaba. De todos modos, ya era la hora de cambiar de conducta o trasladarse a otra población.

Un hecho ocurrido dos semanas antes la hizo caer en las garras de la justicia. Una histérica vendedora y un par de medias de seda robadas en la tienda Raycroft, promovieron el penoso incidente que por primera vez la puso en contacto personal con la policía. La vendedora, con sus gritos, atrajo la atención de los inspectores, y en un momento Evelyn se encontró bajo escolta. Aunque rápidamente arrojó las medias detrás del mostrador, no por esto dejó de ser sometida a una rigurosa indagación. En el aturdimiento del primer momento, y accediendo a una amable insinuación de un *detective*, cometió la locura de consentir que la policía sacara su fotografía e impresiones digitales.

—Por supuesto que esto en nada puede perjudicaros — insinuó el detective, — siendo honrada como usted afirma. Yo creo en su declaración, de que usted no intentó robar las medias. Tal vez la vendedora, alarmada por los robos cometidos en su mostrador, haya creído ver en usted movimientos sospechosos. Una investigación demostrará que no hay motivos para un arresto por sospechas, y una fotografía, que quedará archivada en el correspondiente departamento, bastarán para dar por terminado este enojoso asunto.

¡Investigaciones, seguramente, no le convenían! Evelyn sabía por consejos recibidos de sus compañeros de profesión que la fotografía y pruebas digitales debían ser evitadas a toda costa. Pero era demasiado tarde. La policía, al fin, tenía en su poder su fotografía e impresiones digitales. Como ignoraba si la policía había pasado su fotografía a los detectives de la sección de tiendas, en su imaginación se agrupaban toda clase de recelos.

¿Realmente la juzgaría la policía inocente?

¿Por qué no permitió investigar y se opuso con todas sus fuerzas a que ella fuera incluída en los registros policiales? ¿Por qué no buscó, en seguida, un abogado? ¡Pobre Evelyn! Con su primer arresto sufría los temores que embargan a todos los descarriados que tienen que combatir una culpada conciencia.

Por otra parte, pensaba que el falso golpe de las medias, como era el primer robo de ese día, evitó que la policía hubiese encontrado sobre ella objetos de valor que hábilmente escondía.

Pasados unos momentos, vió que el inspector fijaba su atención sobre otras personas, y esto la reanimó.

Viendo que otra joven había sido sorprendida en su maniobra de robar un par de guantes de cabritilla, intentó aproximarse a su desconocida hermana y ponerla sobre aviso de que había sido descubierta. Pero antes de lograr sus fraternales intenciones, el inspector arrancaba de las manos de la ladrona los guantes robados. La infortunada joven fué conducida a la dirección del establecimiento, y Evelyn sintió profunda compasión por ella al considerar los trámites a que dentro de poco sería sometida.

Entonces salió de la tienda y directamente se encaminó hacia su casa, completamente enervada por la infructuosa labor que había realizado en la mañana. Por la tarde, después de haber concretado ciertas ideas y acariciado proyectos, fué a visitar a Simón Trapp, el prendero de la calle Broome. Sabía que Mr. Trapp había sido un ladrón de gran notoriedad y que sus consejos e informaciones eran seguidos por todos los ladrones con fe ciega. El astuto viejo se valía de signos y símbolos que eran solamente conocidos de sus íntimos amigos. Confiada en su belleza y audacia, no dudó que conseguiría simpatizar con el viejo ladrón y asociarle en sus futuras empresas.

II

El ojo derecho de Mr. Trapp se mantuvo en un prolongado guiño. En su rostro, cruzado de un tejido de finas arrugas, el forzado gesto astutamente empleado para inspirar confianza desaparecía rápidamente bajo un siniestro efecto.

— ¿Usted cree que puede encargarse del asunto? — preguntó Evelyn.

— Déjelo de mi cuenta — respondió mostrando sus dientes al sonreirse.

Entraron en la pieza habitación que estaba instalada a los fondos de la prendería. Empezaba a anochecer. La prendería fué cerrada en previsión de que su conferencia fuera interrumpida. Evelyn se sentó en el borde de una silla de madera porque no le inspiraban confianza ni la estructura de la silla ni las amabilidades del dueño de la casa. Vestía un llamativo traje azul obscuro y cubría su cabeza un pequeño sombrero de tafetán negro que realzaban su belleza avasalladora. A pesar de la gravedad del negocio que traían entre manos, el viejo ladrón procuraba agradarla con irrisorios galanteos, a los que ella correspondía con centelleantes miradas desprendidas de sus hermosos ojos negros y encantadoras sonrisas. Mr. Trapp no estaba acostumbrado a esta clase de visitas. En el transcurso de su conversación repetidamente le hizo presente que considerara que estaba en su propia casa y aceptase la taza de te que él mismo le serviría. Evelyn no aceptó. Mr. Trapp nerviosamente se atusaba la barba y su casquete negro pasaba de su cabeza a las manos. Comprendiendo que no era correcto estar cubierto delante de tan hermosa dama resolvió colocar el casquete sobre la mesa. Esto, en él, era el mayor tributo que podía rendir a una señora, porque jamás en su vida se había quitado el casquete como prueba de respeto.

—Esto es nuevo para mi, señora—dijo Simón Trapp, y después agregó, con verdadera alegría: —pero las cosas nuevas me atraen.

Sí —dijo ella con la voz melodiosa que desde un principio cautivó al prendero. — Comprendo que es una novedad. Pero sería relativamente fácil para un hombre de vuestro superior conocimiento.

— No tan fácil, señora.

— Por su puesto, yo tampoco lo considero fácil—contestó rápidamente Evelyn. —De todos modos creo que es usted el único que puede tener éxito en esta empresa.

Mr. Trapp movió la cabeza y se puso el casquete. Acordándose que era una ofensa para la mujer que tanto le impresionaba, lo dejó nuevamente sobre la mesa.

Evelyn Scott se levantó.

— Me marcho. ¿Cuándo debo volver?

— Mañana al anochecer, señora.

Evelyn arqueó sus cejas agradablemente sorprenprendida.

— ¿Tan pronto?...

— Yo trabajo ligero.

El se sintió grandemente recompensado con la agradecida sonrisa de Evelyn al separarse.

Simón Trapp inmediatamente llamó, desde la escalera de su cuarto, a Paggie Rookis, su protegido y ayudante, y lo envió a un barrio de la ciudad donde encontraría un joven conocido por el «Crip» y llamado Mc Cool. Este bandido, en su corta y negra carrera, se había roto una pierna por encima de la rodilla. Estando imposibilitado para los arriesgados trabajos que su profesión exigía, se dedicó a servir de «recadero» de los ladrones, y grande era su amistad y conocimiento entre ellos. Sería media noche cuando el «Crip» llegó al establecimiento de Simón Trapp.

— «Crip» — preguntó el prendero — ¿cuántas «ladronas de tiendas» tienes anotadas?

— ¿Usted me pregunta cuántas conozco? Bien, acaso una docena o dos docenas. No estoy seguro.

— Refresca un poco tu memoria y trata de recordarlas.

El joven meditó y contó con sus dedos las personas que recordaba en el momento.

— Cuento más de dos docenas, Simón — exclamó al fin. — Son tantas las amigas que tengo entre las «socavadoras de mostradores» que no me es fácil recordarlas.

Mr. Trapp movió la cabeza con satisfacción.

— ¿Conocerás unas cincuenta, eh?

— Tal vez, si usted me da más tiempo para pensar.

— Tienes toda la noche y después te irás. Escucha, «Crip»: ¿cuántas de esas ladronas merecen confianza?

— Casi todas ellas.

— ¿Cuántas conocen los secretos de su oficio? ¿Cuántas son conocidas por sus importantes robos? Ten mucho cuidado «Crip», que esto es importantísimo.

Mc Cool se movió en la silla y reflexionó:

— Usted no ignora, Simón — le dijo — que no hay entre las muchas «A» una ladrona de tienda. Hay una partida que trabaja hábilmente y otra pandilla que roba cuantas bagatelas encuentra en su camino, fáciles de agarrar. En su merodeo por las tiendas si ven alguna cosa que les gusta la roban, si la costa está libre; y si la costa ofrece peligro, la compran. La mayoría sigue el mismo procedimiento, pero las que yo conozco eligen sobre el mostrador lo que les conviene y lo roban si pueden. No siempre el golpe es productivo, y cuando logran hurtar algo que merezca la pena se lo reparten entre ellas para sus usos personales. La verdadera ladrona hoy escasea. Conocí una que reunía ciencia y audacia, y que no menos de mil robos hacía por semana, pero murió. A decir verdad, Simón, no conozco más que una que pueda compararse con la muerta. Es una muchacha conocida por Evelyn Scott.

Mr. Trapp recibió esta información tranquilamente, sin exteriorizar la intensa emoción que el elogio de Evelyn le había causado.

— «Crip», ¿esas mujeres serán capaces de tener sus bocas cerradas?

— Tanto como se puede esperar de las mujeres.

— ¿No serán peligrosas, eh?

— No, ciertamente. Es decir, algunas de ellas. Otras no son seguras. De todos modos no harán daño alguno aunque no puedan guardar silencio. Todo depende de lo que usted exija de ellas, Simón.

Después de unos momentos de silencio, el prendero habló.

— ¿Podrás escoger veinticinco mujeres en quienes se pueda confiar? Necesito las que no hayan tenido éxito y necesiten protección. Las expertas no las necesito. No me inquieta que sólo puedan robar un par de guantes de algodón con tal que ellas sientan verdadera vocación por la profesión. ¿Me reunirás dos docenas o algunas más que tengan estas condiciones?

— Confío que sí.

— ¿Y lo lograrías para mañana?

— No sé.

— ¡Bien! si no todas, la mayor parte, ¿eh?

— Procuraré hacerlo. Sé donde viven algunas y éstas me ayudarán a buscar las otras.

— ¡Bravo! A las nueve de la noche, mañana, traerás aquí tantas como puedas. Tú no ignoras como hacerlas entrar y procura traerlas en grupos de cuatro a cinco a la vez. Te daré cien dólares por cada día de trabajo. Si todo va bien, en una semana o dos, habrá mayor número de que disponer. Pero ten mucho cuidado con las mujeres que eliges.



III

Mc Cool hizo su trabajo bien.

A las nueve de la noche veinte y dos mujeres eran alojadas en el establecimiento de Simón Trapp. Evelyn Scott llegó a las ocho, aguardando que la extraordinaria partida empezase a reunirse.

— ¡Silencio! ¡Silencio! —suplicó Mr. Trapp entrando en el cuarto, después de haber echado una vigilante mirada a la calle desde la puerta de la prendería. —No hablar tanto, señoras. Jamás oí tanta gente hablando a la vez. Esto no me agrada y debemos ser silenciosos y corteses.

Una mujer alta y rubia, conocida por Berta Bender, miró al prendero con cierta indignación y sorpresa.

— ¡Bien dicho! — exclamó.

Simón Trapp estaba avergonzado. En su abandonada profesión había trabajado con una o dos mujeres a lo sumo, pero nunca en su casa se había aglomerado tanta gente. Sentadas en sillas, en el sofá, en los bordes de la mesa, sobre los brazos de los muebles y de pie en grupos, a lo largo de las paredes, no cesaban de charlar.

Evelyn Scott vino en su auxilio.

— Mr. Trapp tiene razón. No debemos hablar tanto. Me considero tan culpable como cualquiera de vosotras. Nosotras...

— ¿Para qué hemos venido aquí?—objetó una joven llamada Carrie Cotton, que acababa de tragarse, sin ser vista, una tableta de morfina. — Díganos el *cuento* y acaso nos reportaremos.

—Diga, viejo—gritó una joven que tenía una borla de polvos entre sus largos y delgados dedos, — ¿esto que ha colgado usted aquí, es un espejo? Bien mirado parece un cuadro del río. Este a la media noche. ¡Oh, muchachas, mírenlo, es una maravilla!

El viejo se volvió de espaldas desesperado. Su asustada mirada se cruzó otra vez con los tranquilos ojos de la rubia Bertha Bender, que, quizá compadeciéndole y como recompensa del tono con que momentos antes la había hablado, le favoreció con una acariciadora sonrisa.

Mr. Trapp salió del cuarto y se dirigió al vestíbulo. Mc Cool se levantó de la silla en que había estado esperando a que el prendero volviese.

—Creo haber cumplido bien, Simón, y espero recibir en seguida la cantidad acordada. Ahí tenéis veinte y dos mujeres escogidas y en espera de sus órdenes. No necesitando más de mis servicios, me...

Simón Trapp lo agarró por el brazo.

— No me dejes solo — suplicó el viejo. — Quédate aquí hasta que nuestros negocios hayan terminado y te daré veinticinco dólares más. ¡No te vayas ahora, «Crip»!

Mr. Mc Cool, contento de ser admitido más íntimamente en los extraños y misteriosos negocios de la noche, colocó sus muletas más cómodamente debajo de sus sobacos y entró en la pieza. Mr. Trapp le siguió. En un momento Mr. Trapp y Evelyn acordaron los asuntos que debían ser conocidos por los reunidos una vez que el orden fuese restablecido. Mr. Trapp cedió gustoso la presidencia a miss Scott.

—Es inútil decir — empezó Evelyn — que el objeto de esta reunión es mejorar la situación de cada una de nosotras; y...

—¡Enhorabuena!—dijo la joven que momentos antes había tomado la morfina.

Simón Trapp temblaba. Empezó a desconfiar del éxito de esta aventura y estaba tan acobardado que apenas se atrevía a levantar la voz en su propia casa.

Evelyn levantó la mano con ademán suplicante.

— Seamos razonables — imploró. Entonces todas prestaron respetuoso atención. — Es beneficioso para todas nosotras, que en lo sucesivo nos digamos unas a otras los trabajos que vamos a realizar. Yo soy de vuestra profesión y Mr. Trapp puede garantizaros que conozco bastante estos asuntos. Por este motivo, tengo el convencimiento que algunas de mis amigas reunidas aquí esta noche no son tan felices como ellas desearían, y que sus progresos no corresponden a sus deseos. Las causas son las siguientes, según mi manera de pensar:

«Inexperiencia, falta de práctica y falso sistema en el trabajo. Vosotras, en la mayoría de los casos, cuando necesitáis dinero, entráis ciegamente en el primer establecimiento que encontráis en vuestro camino y camináis dentro de él sin tener la menor idea de lo que vais a hacer. Quizá alguna de vosotras conoce la tienda, pero para otras les es completamente desconocida. Nunca ponéis atención ni en la hora ni en el día. De vez en cuando lográis agarrar alguna cosa de positivo valor que difícilmente sabéis qué hacer con ella. Vendéis vuestras bagatelas donde podéis y generalmente os conformáis con el precio que os ofrecen. Es una vida de perros. Yo lo sé. La pasé hasta que fuí protegida y enseñada por una mujer que conocía todos los secretos del oficio. Por esto, modestamente os pido que me consideréis como una artista entre vosotras.

«Puedo afirmaros que os colocaré en condiciones que, vuestro trabajo os reportará óptimos beneficios. Os enseñaré las ventajas y desventajas de nuestro arte. Además de enseñaros a hacer dinero os ofreceré un sistema que dará a nuestros esfuerzos seguridad y riquezas.

«Terminando, os ofrezco un curso de instrucción y un *mercado*. No olvidéis que será de grandes beneficios para todos trabajar bajo instrucciones e informaciones.

Un estudio será hecho de la capital y se establecerá un centro de informaciones. Todos estos servicios serán puestos a vuestra disposición una vez que en esta reunión quede definitivamente acordado formar una sociedad que en lo sucesivo proteja nuestros comunes intereses.»

Establecida la «Asociación Protectora de Ladronas de Tiendas» Miss Scott encontró la manera de aumentar sus rentas sin exponer su seguridad personal.

El establecimiento de Mr. Trapp fué el depósito obligatorio de las ladronas asociadas. Halagadas por las promesas y retribuciones de Mr. Trapp, las socias incautamente le entregaban el producto total de los saqueos y pillajes realizados durante el día. El botín diario puesto en las manos de Mr. Trapp y miss Scott pronto les rindió positivos y lucrativos beneficios personales.

Las instrucciones y consejos de Evelyn inspiraban entre las novicias del crimen ilimitada confianza y sus operaciones acrecentaron extraordinariamente.

Operaban sobre seguro, y sus robos distribuídos equitativamente entre ellos les proporcionaba un buen pasar.

Aunque algunas discípulas graduadas desertaban de la sociedad en busca de nuevos campos en que poder trabajar por su cuenta y riesgo, los constantes éxitos de la academia atraían nuevas discípulas y el optimismo de Evelyn sobre el futuro se mantenía firme.



Esta peculiar fase del crimen era desconocida para Mr. Trapp, y su novedad y originalidad despertaron desde un principio la curiosidad del viejo ladrón. Su astucia unida al receloso carácter y al conocimiento acabado que poseía de los engaños y procedimientos de todas clases de crímenes confirmaban su cimentada reputación de experto organizador del delito.

Hábilmente reunía los criminales que le eran necesarios, y después de lanzarlos a comprometedoras empresas los despojaba despiadadamente.

Era un centro de informaciones y siempre tenía preparado provechosos «golpes».

Los criminales salidos de sus encierros solicitaban su amparo y protección y los encarcelados enviaban secretos emisarios para que les facilitara los medios y herramientas para poderse escapar de sus lúgubres prisiones.

Jamás había cometido hechos sangrientos y aceptó las proposiciones de Evelyn por los grandes beneficios que podrían reportarle.

LA sexta y última lección preparatoria del premeditado golpe a los populares establecimientos Raycroft terminó aproximadamente a la media noche.

IV

— Mañana por la mañana — dijo Evelyn — empieza la venta extraordinaria que durará toda la semana. Como en años anteriores, el público que se aglomerará en las doce puertas de entrada a la tienda será numeroso, y vosotras, como hemos convenido, os distribuiréis convenientemente, separadas unas de otras, entre esta muchedumbre. Los medios que debéis emplear para robar guantes, aligerar mostradores y distinguir las cosas de verdadero valor deben ser los mismos que esta noche habéis practicado bajo mi dirección. Tened presentes mis consejos de salir a la calle lo menos abultadas posibles, para evitar sospechas y desconfianzas, y sobre todo estar sobre aviso de las miradas y movimientos de los empleados y detectives. Trabajaréis solamente en la mañana, y durante la tarde y anochecer todo lo robado debe ser traído aquí, guardando las necesarias precauciones para evitar que esta humilde prendería despierte recelos a la policía. Una vez terminado este negocio, otro importante trabajo os tendré preparado. No dudéis que mañana será un día de grandes beneficios para todas nosotras y, si la suerte no nos abandona, al terminar la semana vuestras miserias y privaciones habrán concluído.

Las veinte y ocho mujeres salieron en grupos de la tienda y el viejo prendero se fué satisfechísimo a la cama.

Las instrucciones y consejos de Evelyn, seguidos al pie de la letra por las novicias ladronas, dieron los resultados deseados. Durante la tarde y noche un enorme botín fué traído a Simón Trapp.

Sedas, bordados, encajes, costosas plumas, y algunas alhajas pasaron a manos del astuto viejo. La noticia que ninguna había sido arrestada llenó de alegría a todos. Evelyn se sentía orgullosa de sus muchachas y éstas estaban agradecidas a su maestra.

Al día siguiente Evelyn se presentó momentos después del medio día en la prendería. Cómodamente se instaló en una de las habitaciones interiores y esperó a que los saqueos de la mañana empezaran a llegar. Dieron las seis, y como ninguna de sus protegidas se presentó, el temor de que la juventud e inexperiencia de algunas de ellas hubiesen comprometido la existencia de la sociedad la asaltó vivamente.

Asustada ante la idea de ser sorprendida en compañía del viejo ladrón, apresuradamente salió a la calle y se dirigió a su casa. Ignorando las asociadas y Mr. Trapp las señas de su domicilio, su seguridad personal estaba garantida por el momento.

Simón Trapp esperó hasta las ocho y después fué en busca de «Crip».

— «Crip» — dijo Simón Trapp, — es necesario que averigües cuántas ladronas de tiendas han sido arrestadas hoy.

El también había tomado sus determinaciones para protejerse en caso de una delación. Ni una hilacha de lo robado había quedado en su casa. Estaba acostumbrado a caminar de prisa cuando las circunstancias lo requerían, y en este caso no había tiempo que perder. Intimamente se recriminaba de haberse asociado a esta cuadrilla de charlatanas y comprometedoras mujeres.

Ciertamente que para Simón Trapp era de suma gravedad que la justicia le recordase y que sus inadvertidas ocupaciones y olvidada persona fuesen estrechamente vigiladas.

Mr. Mc Cool volvió con alarmante información. Simón Trapp pasó una noche intranquila.

Al día siguiente Evelyn, suponiendo que el prendero estaría informado de lo ocurrido el día anterior, fué a verle al medio día.

— Los periódicos de la mañana — dijo ella — hablan del arresto de varias ladronas, pero ninguna de nuestras muchachas es mencionada.

— No dieron sus verdaderos nombres — le respondió Mr. Trapp.

— ¿Fueron todas detenidas? — preguntó Evelyn.

— Sin duda alguna. Sesenta y ocho ladronas fueron arrestadas ayer por la policía en los almacenes Raycroft.

— ¡Sesenta y ocho!

— Sí, y puede usted figurarse que entre ellas se encuentran nuestras veintiocho educandas. Su próxima lección será en la isla o sobre las aguas del río.

«La mayoría de las mujeres detenidas ayer no son profesionales, y algunas de ellas son pobres mujeres que agarraron algunas bagatelas aprovechándose de descuidos de las vendedoras.

«Cinco mil dólares acabo de entregar a los abogados que defenderán a nuestras discípulas. Así verán que tienen buenos amigos que piensan en ellas. En lo mejor que puede usted ocupar su tiempo ahora es en ver si logra camaradas que las auxilien en estos difíciles momentos. Por mi parte haré cuanto pueda y no olvide que nuestra libertad depende de ellas.»

— Usted no necesita molestarse por las muchachas. respondió Evelyn. — Ustedes los hombres generalmente creen que las mujeres hablamos todo lo que sabemos y que no podemos guardar un secreto. Yo respondo de su silencio; establezcamos una constante comunicación con ellas. Créame, Simón; no se atormente por las muchachas.

— Puede que tenga usted razón — respondió Mr. Trapp.

— Estoy impaciente por saber como fueron detenidas — continuó Evelyn. Trabajaron el primer día sin el menor tropiezo y hoy están todas arrestadas. Algo extraordinario sucedió en el establecimiento. Nunca oí que en un solo día se hicieran tantos arrestos en una sala de venta. Desearía ir a Raycroft, pero el temor de ser reconocida me retiene. ¡Esto es horrible! No importa, yo voy.

— Usted no debe pisar ese establecimiento. Sería una locura — le aconsejó el viejo ladrón.

Evelyn, sin atender a las amistosas reflexiones de Mr. Trapp, volvió a los almacenes Raycroft, donde permaneció una hora sin ser molestada por nadie y nuevamente volvió a la prendería.

— Ahora lo comprendo todo, Simón — dijo Evelyn Scott, sentándose nerviosamente en una silla. — Fueron tantas las mercaderías robadas el primer día, que sospecharon que eran víctimas de una banda perfectamente organizada. Un hábil detective, encargado de la vigilancia de los departamentos del vasto comercio, ha sido el iniciador del engaño que ha desbaratado nuestros planes. Hay doce entradas, como usted sabe, y cada entrada era una trampa para cazar a nuestras protegidas. ¡Pobres muchachas, no pudieron evitarlo!

Evelyn estaba afectadísima.

— ¿Qué es lo que no pudieron evitar? — preguntó Mr. Trapp, dominado por una grave curiosidad.

— Ellas no supieron defenderse y mordieron el anzuelo — respondió Evelyn. — Quienquiera que haya sido el organizador de la farsa conoce la psicología de las mujeres. Vea usted, Simón. Próxima a cada puerta de entrada han sido colocados pequeños mostradores cubiertos con joyas.

«Esos mostradores, que todavía existen, son sencillamante trampas.

«Sobre cada uno han sido exparcidos los más atrayentes brillantes, perlas y rubíes, que en mi vida he visto. Detrás de cada uno de estos mostradores había mujeres que pasando por vendedoras, no eran sino detectives de la sección de tiendas. Ignoro el valor de las piedras pero estoy por afirmar que todas eran finas.

«Ahora usted se imaginará lo que nuestras incautas discípulas hicieron. La mayoría de las alhajas exhibidas estaban protegidas de diferentes maneras y el resto colocadas en sospechosos estuches. La diversidad y cantidad de joyas puestas a la venta hizo creer a las sesenta y ocho mujeres detenidas que se trataba de una venta excepcional de este importante renglón. En su ambición de dar un buen golpe aprovechando esta oportunidad que tan fácil se les presentaba todas cayeron en la ratonera, y el propósito de la dirección de Raycroft de atraer por medio de estos deslumbradores medios la atención de las ladronas fué realizado.

«Nuestras muchachas, diseminadas por los diferentes departamentos, no se prestaron el debido auxilio, y es de suponer que una tras otra también mordieron el anzuelo.»

Evelyn quedó pensativa y después prosiguió:

— Pero nosotros debemos vengarnos de esta farsa y si usted no quiere ayudarme, para...

Simón Trapp levantó los brazos:

— ¡Nunca más! — dijo solemnemente.

DIBUJOS DE MACAYA.



Aparatos y Artículos para fotografía

Revelación - Impresión
Ampliaciones

Nuestros laboratorios están a su servicio.

En el día revelamos sus placas y películas y se las entregamos terminadas con una copia.

Todos los trabajos son ejecutados por profesionales de larga experiencia.

Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO y CIA.

FLORIDA, 240 — Buenos Aires

Suc. Belgrano: Cabildo, 1916. Rosario - Córdoba - Tucumán - La Plata - Mar del Plata.

Durante la convalecencia

Para evitar una posible recaída después de una gripe o cualquiera otra enfermedad, es necesario fortalecer el organismo tomando el poderoso Tónico Reconstituyente

DINAMOFERRIN FLINDT

En poco tiempo prodiga al convaleciente la fuerza y el vigor de la salud perfecta, enriquece la sangre, fortifica los músculos y tonifica los nervios.

En su composición entran elementos tan nutritivos y eficaces como la kola, coca, hierro, fosfatos, arsénico y estricnina.

ES DE SABOR AGRADABLE.

En venta en todas las farmacias a $ 3.20 el frasco

Unico Depositario:

DROGUERIA AMERICANA

Bmé. Mitre, 2176 Buenos Aires

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro «Las enfermedades más comunes»

HUMORISMO EXTRANJERO



Matusalén (después de firmar un contrato de arrendamiento por cien años). — Ahí tiene, mi amigo; si me cumple se lo renovaré con mucho gusto.



INFRACCION A LA LEY DE DESCANSO DOMINICAL
El chacarero don Pedro es detenido por permitir que sus gallinas pongan en día domingo.



NEGOCIO FACIL

— Necesito cinco pesos para pagar la fonda esta semana, y no tengo más que cuatro.

— Y... empeñá los cuatro pesos por tres, y vendé la boleta por dos pesos.



PUNTUALIDAD

— ¡Cómo es eso Antonio! Son las cinco, y yo le dije que viniese a buscarme a las tres.

— Perdóneme, doctor, pero yo había entendido a las cuatro...



Lo que realmente sucedió cuando San Jorge encontró el dragón.



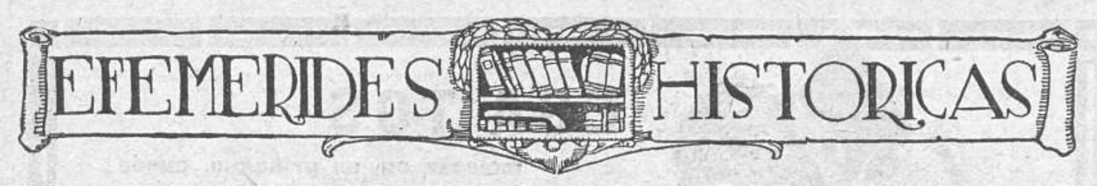
Adán. — Recordar el nombre de todos estos animales es dificilísimo.
Eva. — *Sí; debíamos de tener un diccionario o alguna guía de teléfono.*



— Sentiría que cayera algún bicho en la *comida*.



Dr. BERGER



30 septiembre de 1809.—La Representación de los Hacendados.

Escribe Mitre en su famosa «Historia de Belgrano»: «Desde que Cisneros se posesionó del mando del virreinato pudo convencerse, que si las dificultades políticas de que estaba rodeado su gobierno eran muy serias, no lo eran menos las dificultades financieras. Los gastos extraordinarios a que había sido necesario hacer frente con motivo de las invasiones; la prodigalidad y el desorden de la anterior administración; el mantenimiento de un cuerpo de tropas numeroso, que no era prudente disolver, y el estado de guerra en que se encontraba la península, lo que le impedía atender debidamente a la explotación mercantil de sus colonias, eran otras tantas causas que, a la vez que aumentaban los gastos del erario, agotaban las fuentes de la renta pública. La tesorería de Buenos Aires necesitaba para sufragar sus gastos en el año de 1809, la cantidad de *doscientos cincuenta mil* pesos mensuales, o sean *tres millones* al año. Todas las rentas reunidas, incluso los estancos, las alcabalas y los tributos, no alcanzaban a producir *cien mil* pesos al mes. Quedaba por consecuencia un déficit de *un millón ochocientos mil pesos* al cabo del año, déficit que recargándose con una deuda postergada iría aumentándose a medida que transcurriese el tiempo. No era posible imponer nuevas contribuciones a un país que se conservaba con las armas en la mano, y en que por parte la estagnación de sus frutos, consecuencia natural del monopolio mercantil, había hecho padecer todas las fortunas. En tal situación, Cisneros se dirigió a los comerciantes españoles para levantar entre ellos un empréstito; pero los comerciantes le cerraron sus cajas. No quedaba sino un recurso: el libre comercio con los neutrales, la idea porque había combatido Belgrano en el Consulado, la que más tarde había sugerido a Liniers, y la que popularizada al fin entre los nativos, era el pensamiento dominante de los productores y de los consumidores del país. Años hacía que los ingleses, ya en paz y aliados con los españoles, con motivo de la invasión de Napoleón a la península, golpeaban las puertas del Río de la Plata ofreciendo vender a bajo precio sus mercaderías, y comprar con estimación los productos nacionales, y esta oferta, robusteciendo la opinión, obligó al virrey a adoptar el único arbitrio que se le presentaba para salir de las dificultades financieras que le rodeaban.

Antes de dictar una medida de tanta trascendencia, Cisneros quiso consultar el voto de las corporaciones, y para el efecto pidió su dictamen al Cabildo y al Consulado, los que se declararon abiertamente contra el libre comercio, traicionando los intereses del país y los del erario. Los comerciantes españoles, apoyados por todos los que participaban de sus provechos o de sus preocupaciones, se pusieron en agitación, presagiando la ruina del país y la desaparición del numerario, en la competencia de que iban a ser víctimas los artesanos con la abolición de los derechos prohibitivos de la metrópoli, si se abrían al comercio universal las hasta entonces cerradas puertas.

Los hacendados de ambas orillas del Plata, que eran los inmediatamente interesados en la apertura de sus mercados, salieron al encuentro de los monopolistas y constituyeron por su parte un apoderado general para que sostuviera sus derechos ante la autoridad. Fijáronse para el efecto en el doctor Mariano Moreno, cuyos talentos empezaban a llamar la atención pública y cuya elocuencia viril hacía presagiar al tribuno de una democracia. De aquí tuvo su origen la famosa *Representación de los Hacendados*, monumento imperecedero del genio de su autor, en que la valentía del lenguaje campea a la par de las más sanas ideas económicas.

Moreno, en representación de sus comitentes, no se limitó a pedir una gracia, sino que combatiendo de frente el sistema restrictivo de la España respecto de sus colonias, reclamó con entereza un derecho natural, que sin injusticia no podía negárseles, apoyándose para ello en los intereses de la generalidad. «La justicia — decía — pide en el día que gocemos un comercio igual al de los demás pueblos que forman la monarquía española». Citando en seguida unas palabras de Filangieri, en que anatematizando el comercio exclusivo, lo calificaba de un atentado contra la libertad humana, añadía: «Nosotros tenemos más fuertes derechos, que elevan a un alto grado la justicia con que reclamamos un bien, que aun en el estado colonial no puede privarse sin escándalo». En seguida, contestando al apoderado de los comerciantes de la península, apostrofa al virrey, y le recuerda sus deberes para con el pueblo que gobierna. «No confirió el soberano a V. E. — le dice — la alta dignidad de virrey de estas provincias para velar sobre la suerte de los comerciantes de Cádiz, sino sobre la nuestra, etc. Era un tirano monopolio el que los comerciantes de Cádiz habían usurpado, y los clamores de esta ciudad resuenan por todas partes fomentando amargas quejas, que nada más obtuvieron que el desprecio del monarca, y el conocimiento general del poco pundonor con que aspiraba a una riqueza usurpada a pueblos que en nada le cedían. Manda V. E. un gran pueblo: obre, pues, la justicia en todo su vigor para que empiecen a brillar los bienes que la naturaleza misma nos franquea pródigamente». Establecido este punto de partida, desenvuelve un vasto sistema de argumentación, en que llama en su auxilio la ciencia, la historia, los hechos, los números; refuta una por una las ideas erróneas sobre el libre cambio, pinta con riquísimo colorido los bienes que debían esperarse de la libertad comercial, consigue cautivar la imaginación, convencer el entendimiento, interesar el corazón y poner de su parte hasta la avaricia fiscal haciéndole hábiles concesiones, y acaba por exclamar en uno de esos raptos de independencia, que brillan como otras tantas chispas en cada una de sus páginas: «Sostengo la causa de la patria, y no debo olvidar su honor cuando sostengo los demás bienes reales que espero justamente».

La influencia de este notable escrito fué decisiva, y sus doctrinas no tardaron en convertirse en hechos, declarándose por el virrey el comercio franco con los ingleses, en contravención de las instrucciones que tenía. Los resultados de la reforma correspondieron a las previsiones de sus sostenedores, y confundieron a los que habían vaticinado la ruina del virreinato si ella era llevada a cabo. Abierto el comercio, no sólo se sufragaron los gastos y se abonaron las deudas atrasadas, sino que quedó en caja un remanente de *doscientos mil* pesos mensuales, produciendo por consecuencia la renta al cabo del año un total de *cinco millones cuatrocientos mil* pesos fuertes, o sea un aumento de *cuatro millones doscientos mil* pesos sobre el monto de la renta ordinaria, hecho sin ejemplos en los fastos económicos del Río de la Plata. Las mercaderías ultramarinas abundaron en el mercado a bajo precio; los cueros, depreciados hasta entonces, tomaron un gran valor, llegando a exportarse cerca de un millón y medio de ellos, cuando en los tiempos de su mayor prosperidad la España apenas había conseguido exportar poco más de la mitad de este número. El bienestar se difundió en todas las clases de la sociedad, las buenas ideas económicas se acreditaron, los nativos pudieron apreciar la extensión de sus recursos, y todos se convencieron de que el único obstáculo que hasta entonces se había opuesto a la consecución de tan grandes bienes había sido la dominación tiránica de la España y el sistema de restricciones inmorales impuesto a sus colonias. Esta revolución económica, en que la colonia se emancipó comercialmente de la madre España, fué el primer paso atrevido dado en el sentido de la independencia. Así fué como triunfaron y se convirtieron en realidades las ideas adelantadas iniciadas por Belgrano diez y seis años antes, y sostenidas constantemente por él con tanta inteligencia como perseverancia».



AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Las madres hallan en esta bebida tónica especial la mejor ayuda para conservarse sanas y fuertes, criando niños llenos de salud.

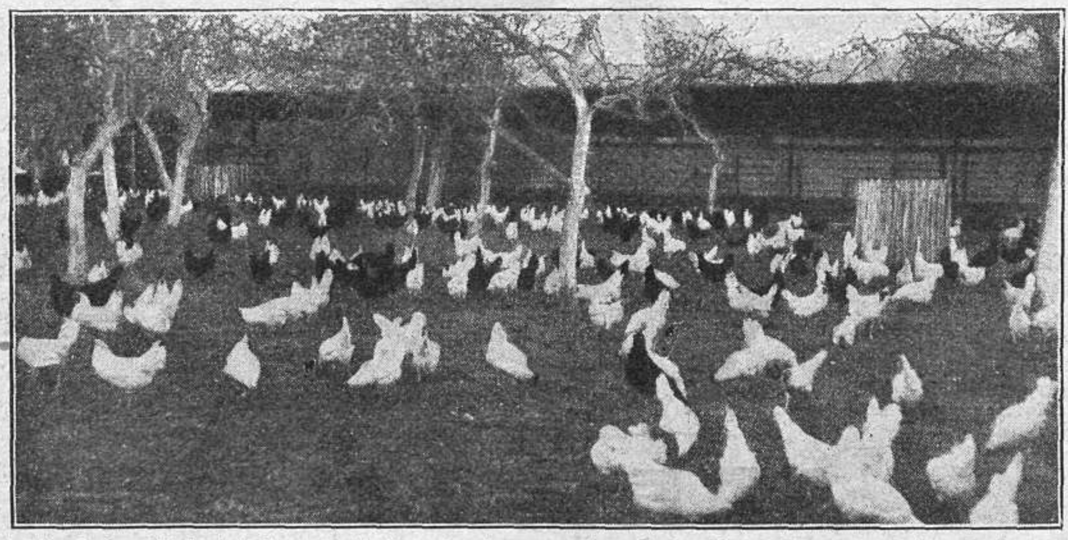
Su poder nutritivo es muy grande, y el organismo más delicado la asimila sin el menor esfuerzo.

Elaborada por la
Compañía Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334 - Bs. As.

Bebida Tonica de gran poder nutritivo

En venta en los bars, almacenes y confiterías.

Agencia Johnson Lda



Combinando las utilidades Avicultura y Fruticultura. Aves de razas ponedoras, Leghorn blanca y Minorca negra, utilizando el mismo terreno donde se hallan plantados los frutales, sirviendo éstos de valiosa sombra durante el verano.

ARTE DE EXHIBIR

El problema más importante en lo que se refiere al arte de exhibir las aves es encontrar respuesta a la pregunta: ¿Puede o no el expositor aficionado competir con éxito con los profesionales del ramo? Francamente, lo considero nada fácil resolver el punto, pues mucho depende de los conocimientos que poseen los aficionados de la raza que desean exhibir. Es evidente que nadie puede exhibir con éxito sin conocer bien las calidades que debe poseer un ganador y por lo tanto es imprescindible poseer tales conocimientos antes de mandar las aves ante el jurado.

La gran ventaja que el profesional tiene sobre el aficionado es la experiencia, pero también hay que tener en cuenta que en la mayoría de los casos tal experiencia ha sido adquirida tras largos desvelos y que los profesionales en un tiempo han sido también aficionados, con coraje y suerte.

Un detalle que siempre cuenta a favor del aficionado es que posee un número relativamente reducido de aves en comparación con el profesional, lo que le permite dedicar mayores atenciones y cuidados a las pocas que tiene.

Antes de mandar aves ante un jurado conviene estudiar una sola raza con toda detención hasta llegar a un conocimiento completo de sus calidades, pues únicamente de esta manera puede uno esperar el éxito y teniendo además en cuenta que el resultado que se busca no es cantidad sino calidad. Es mucho mejor ser poseedor de tres ejemplares buenos que de treinta de clase inferior. Otros puntos de importancia son un conocimiento completo del «standard» de perfección de la raza y sus calidades especiales, como asimismo visitar algunas exposiciones de aves, aunque también es verdad que el aficionado puede obtener conocimientos útiles estudiando fotografías e ilustraciones impresas en colores.

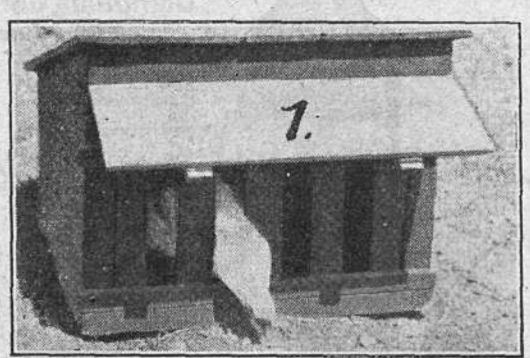
El tipo o forma del ave es muy importante y sólo después de dominar este detalle en debida forma puede el aficionado estar seguro de que sus tareas obtendrán un resultado feliz, empleando todas las medidas legítimas posibles para conseguir este fin. Ya han pasado los tiempos en que era posible mandar un ave directamente del gallinero a la exposición y obtener un premio. Muy al contrario, el ave requiere preparación especial que puede durar semanas y hasta meses.

Un método recomendable es el de poner el ave en un pequeño gallinero de unos cinco pies de profundidad, dos y medio pies de ancho, de tres pies de altura en frente y de dos pies atrás. Luego se coloca madera en el frente del gallinero hasta una altura de un pie y en el espacio que resta hasta el techo se coloca alambre de malla fina. Entonces se arregla un postigo de vidrio o de algodón sobre una parte del alambre con el objeto de conservar el color del ave, pues sea ésta del color que quiera, hay que protegerlo de los efectos del sol y de la intemperie. Además, el abrigo mejora la blancura de los barbillones y orejillas, pero con todo esto el gallinero no deberá poseer las características de una prisión. No es necesario colocar piso de madera, pero sí una percha colocada a un pie de altura desde el terreno. Esta manera de construir el gallinero permite su fácil mudanza a terreno nuevo todos los días, siendo recomendable colocarlo sobre terreno pastoso o bien cubierto con paja cortada. De vez en cuando es bueno permitir salir al ave durante la tarde, pero siempre que sea en una hora cuando se pueda vigilarla.

Otro punto de gran importancia en la producción de aves ganadoras es la alimentación, pues este detalle afecta el color, condiciones, plumaje y tamaño, siendo todas estas calidades de gran consideración en lo que respecta a las aves de exposición.

Respecto al color y la condición del ejemplar, estos dos puntos están estrechamente vinculados puesto que un ave en malas condiciones no puede ostentar buen color. Se puede afirmar, sin temor a contradicción, que la alimentación ejerce una gran influencia sobre estas dos características, especialmente después del período del desplumaje. Es verdad que la alimentación no puede cambiar el color natural de una raza, pero sí que afecta el tono. Un poco de linaza cocida mezclada como comida blanda tres o cuatro veces por semana y utilizando tanto el líquido como las semillas, y comida verde, ayudan en la producción de un plumaje lustroso y abundante. Para las razas de piernas amarillas, etc., el maíz es muy bueno pero afecta el color de las razas de plumaje claro.

Tamaño y plumaje puede aumentarse empleando



Casilla para clueca, tipo original y sencillo, cuyo frente sirve de sombra durante el día.



La comida de la tarde a un lindo plantel de Plymouth Rock blanco.

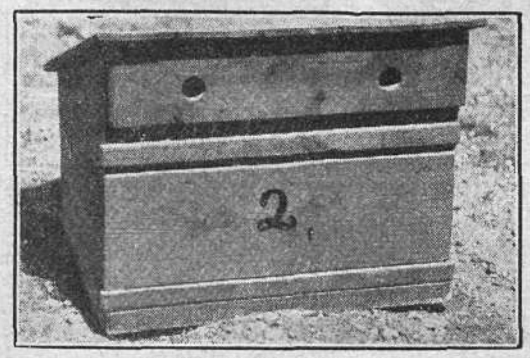
buenas harinas y leche con un poco de carne picada. La comida blanda también mejora el plumaje, pero en los casos en donde se buscan un plumaje blando y talle pequeño, se puede hacer uso de arroz cocido y afrechillo.

En cuanto a la cresta, etc., es necesario emplear como medidas esenciales el calor y una alimentación a base de carne. En los casos, pues, de las razas de cresta pequeña, hay que tener mucho cuidado en la elección de la comida y el abrigo, so pena de forzar el crecimiento de la cresta a tal punto que el ejemplar no sirva como ave de exposición. Unos días antes de exponerlo las piernas deberán ser lavadas bien en agua tibia aplicando luego un poco de aceite de mesa. Y finalmente, es bueno poner el ave en una jaula de exposición a fin de que se acostumbre a su nueva habitación y no se asuste durante la inspección del jurado, pues un buen jurado no malgastará su tiempo tratando de inspeccionar debidamente aves ariscas.

LOS ESCARBADEROS
SU VALOR EN UN CRIADERO

Si no fuera por causa del gasto capital que representan, se vería multiplicado enormemente en todos los criaderos de gallinas el empleo de escarbaderos espaciosos, secos y bien ventilados. Puede afirmarse, casi, que no existe otra ayuda de tanta importancia en la producción de huevos como el uso de un escarbadero grande, con abundancia de paja o aserrín para obligar a las gallinas a tomar bastante ejercicio para obtener su alimentación.

Estos galpones pueden ser construídos de dos maneras: la primera puede contener el dormitorio bajo el mismo techo y la segunda con el dormitorio adyacente. Pero la mayoría de las construcciones para la crianza intensiva y semiintensiva comprenden un solo galpón con las perchas atrás donde las gallinas duermen y con el piso de dimensiones amplias, quedando el frente abierto para asegurar la admisión de luz y aire.



El mismo cerrado para la noche.

Es, hasta cierto punto, indistinto cual de los dos métodos se emplea, pero yo, personalmente, en el caso de no poder obtener dos galpones grandes, prefiero una sola construcción proveyendo bastante ventilación durante la noche cuando las aves duermen. En un galpón de 8 pies por 8 es posible acomodar cincuenta aves, pero es preferible disponer de un espacio más grande (digamos, 16 pies por 12) que se puede utilizar durante el día como escarbadero.

Para aquellos criadores afortunados que trabajan por amor al arte y no para lucro, el sistema ideal es, sin la menor duda, el uso de dos construcciones. Pero tal sistema es el ideal y el criador común no puede emplearlo. Un sistema práctico es una sola construcción que ofrece cuatro pies de piso a cada ave, y no es demasiado costoso. En mi opinión, este problema ofrece una excelente oportunidad para algún inventor que intente producir un escarbador barato contiguo al dormitorio.

Existen, sin embargo, en esta plaza algunos productos impermeables que sería posible utilizar en este sentido. Por ejemplo, la lona podrá ser convertida en un textil impermeable, pero hay el inconveniente de que este artículo no impide que el frío entre. Sin embargo, como las aves no duermen bajo este material, tal inconveniente es más aparente que real. Durante el día lo necesario para proveer de un abrigo contra los vientos y las lluvias, es la lona pues esta ofrece un medio económico para tal objeto. Empleando una construcción de lona de tres paredes y techo, se consigue luz y aire sin tener que colocar ventana. La lona ha sido empleada con éxito en Inglaterra para construcciones similares pero más pequeñas, y no veo por qué su uso no se extiende entre nosotros. En cuanto a su fuerza, ésta se podría aumentar aplicando una capa de cemento portland.

Hay también otros materiales, como ser el ruberoid. Es verdad que el costo de este material es más elevado que el de la lona; sin embargo, no ha de alcanzar ni a una tercera parte del costo de la madera.

La introducción del escarbadero ha sido responsable para la producción aumentada de huevos durante estos últimos años. La gallina activa es invariablemente buena ponedora, y se aumentan sus actividades obligándola a buscar su alimentación entre la paja o el aserrín.

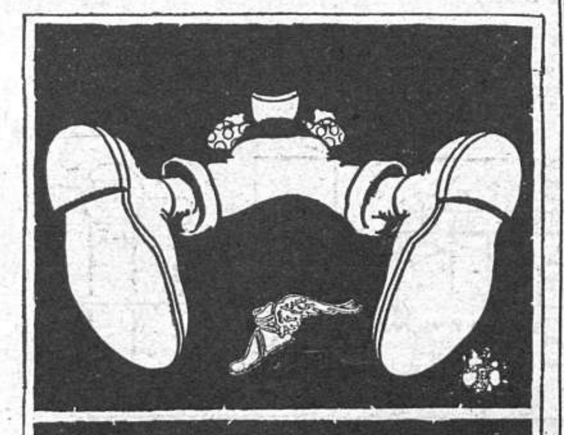
Y las mismas gallinas prefieren la actividad, considerando que unos cuantos granos de maíz encontrados así constituyen un premio adecuado. Esta actividad también impide el engorde de las gallinas ponedoras y las mantiene en esa condición dura que tanto favorece la producción de huevos. Las gallinas que no poseen esta calidad no son productivas y no valen el costo de su manutención.



RIO CUARTO. — El ilustre veterano, general Fotheringham, manteniendo la insignia patria al jurar la bandera los conscriptos de la clase de 1901.

El general de división, guerrero del Paraguay don Ignacio Fotheringham, rodeado por el coronel F. Martínez, teniente coronel F. Paterson y damas de esta sociedad que pasaron a cumplementarlo en el día del 80.° aniversario de su natalicio.

El general agradeciendo en un hermoso discurso los honores que se le han tributado.









TACOS DE GOMA



Reloj enchapado en oro 18 kilates, con cinta moiré, máquina garantida, a .... $ **9.50**
Reloj oro 18 k. ref., con cinta moiré, máquina gar. $ **20.—**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a razón de $ 2.25 el cien.	**OBSEQUIAMOS** a nuestros compradores con este lindo prendedor enchapado en oro	Remitimos gratis nuestro catálogo ilustrado.

Pulsera plata fina, de 5 hilos, con pasador e inic., a $ **4.50**
La misma, de 7 hilos, a .... $ **6.50**

Gemelos plata fina, iniciales en esm., el par, $ **5.—**
Los mismos, en oro 18 kilates gar., el par, $ **18.—**

Aros galalit, colores punzó, verde o blanco, plata fina, el par a pesos ...... **2.—**

Anillo oro 18 kilates reforzado, brillantitos, al centro piedras color, a pesos .... **3.—**

Aros galalit, colores punzó, verde o blanco, con gancho de plata fina, el par a $ **3.—**

Anillo plata fina, iniciales en esmalte, a .... $ **5.—**
El mismo, en oro 18 kilates garantido, $ **35.—**

Aros argolla, en colores punzó, verde o azabache, plata fina, el par a $ **5.—**

Aros en oro, sobre plata, con piedras químicas, el par a... $ **3.—**

Aros antiguos, en plata dor. u oxidada, var. mod., el par a $ **6.—**

JOYERIA Y RELOJERIA

A. Samada

Casa Central Corrientes. 928

Sucursales B. Mitre. 927 - C. Pellegrini 485

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

(Del libro "Telefonía sin hilos al alcance del aficionado" por Jorge A. Duclout)

Reproducción exclusiva para CARAS Y CARETAS

(Continuación)

AMPLIFICACION

Es a veces necesario oir las señales con más fuerza que la que permite el receptor, por buenas que sean las condiciones en que funcione; ejemplo, cuando se quiere recibir con varios teléfonos o con una bocina, para hacer audiciones en familia o en público.

En tales casos se utiliza la propiedad que tienen las lámparas de tres electrodos, de poder aumentar o amplificar las corrientes que pasan por los teléfonos.

Para obtener este resultado se hace actuar sobre la reja de una lámpara la corriente que antes pasaba por el teléfono; en esta forma el potencial varía de acuerdo con la recepción, pero

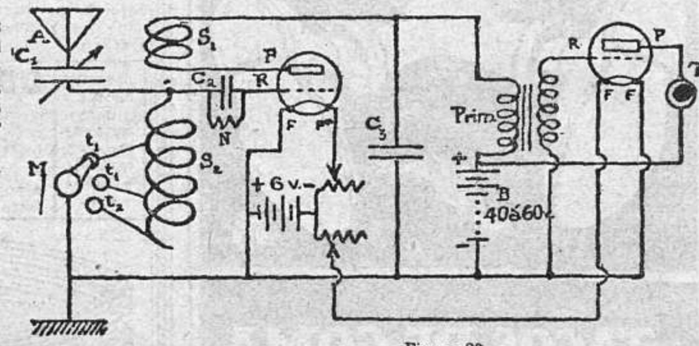


Figura 20.

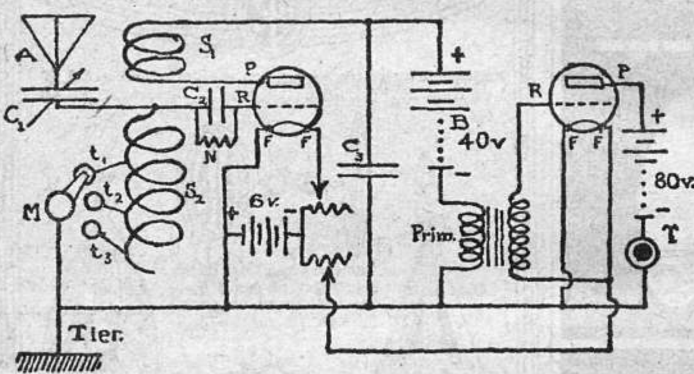


Figura 17.

como la corriente enviada a la reja es ya bastante intensa, por provenir de la corriente de placa de la primera lámpara, se tendrán variaciones muy enérgicas de intensidad en la corriente de placa de la segunda lámpara.

Esta corriente se aplica al teléfono como en el circuito del detector; en caso de no ser suficiente la amplificación, se puede utilizar sin inconvenientes una tercera lámpara, haciendo actuar la corriente de placa de la segunda, sobre la reja de la tercera.

Para hacer actuar la corriente de placa de una lámpara, sobre la reja de otra, se requiere la interposición de un transformador, cuyo primario ocupa el lugar del teléfono.

Este transformador aumenta las variaciones de potencial, a la vez que efectúa la unión entre la placa y la batería de 40 v., pues de unirse directamente la placa con la reja, el circuito quedaría abierto y además el potencial de la segunda reja sería el mismo que el de la placa, por tener la misma batería de filamento (batería de 6 v.).

EL TRANSFORMADOR. — El primario cuenta en general con unas 2 a 3000 vueltas de hilo de cobre de 0,1 mm. de diámetro aislado con algodón o seda; el secundario 8 a 10.000 del mismo hilo. Para su mejor funcionamiento deberá estar provisto de un núcleo de alambres o chapas delgadas de hierro, pues aumenta la inducción entre los dos bobinados. Este núcleo tendrá un diámetro de 15 mm.; su forma será la de la figura 18 ó 19.

Se procederá a bobinar primero el primario, aislándole con tela o papel aceitado del núcleo, y reservando tomas de contacto en las extremidades; el secundario se bobina sobre el primario, cuidando bien la aislación entre ellos y reservando también las tomas de contactos en las dos extremidades.

El esquema de las conexiones se tiene con bastantes detalles en la figura 17; el filamento debe alimentarse con 5,5 volts; para ello conviene un acumulador de 6 v. o sea 3 elementos; se puede emplear el mismo del

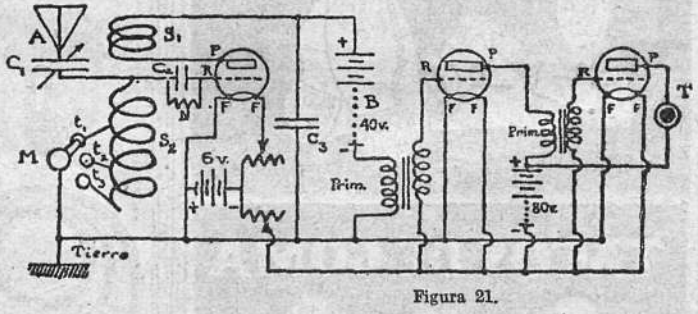


Figura 21.

detector toda vez que no se dé a la primera lámpara, más luz de la indicada.

La batería B será independiente de la del detector, y tendrá una fuerza electromotriz o tensión de 80 v.

En caso de querer emplear la misma batería, se utilizará el esquema de la figura 20, que por su sencillez resulta económico y de buen rendimiento.

PARA CONECTAR DOS AMPLIFICADORES, o sea tener en total 3 lámparas en funcionamiento, se pueden utilizar los circuitos de las figuras 21 y 22; el primero es con baterías independientes y el segundo con las mismas baterías del receptor; queda a criterio del aficionado elegir el que más le convenga, pero debo advertir que el primero rinde más.

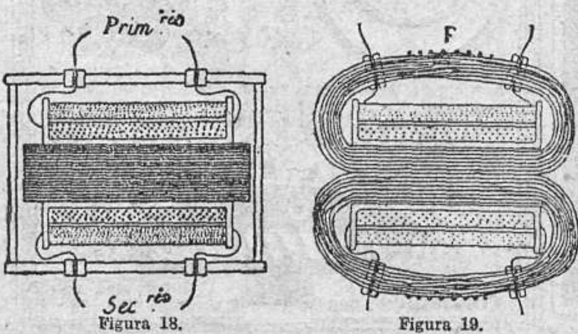


Figura 18. Figura 19.

(Continuará.)



Concurrentes al banquete que ofrecieron los padres capuchinos a los obispos y demás delegados que han asistido al Congreso Católico.

INCREÍBLE PODER DEL RADIO

El radio contiene en sí más energía que ningún otro elemento conocido hasta hoy. Si una tonelada de radio pudiese ser colocada sobre una nave provista de máquinas de 1500 caballos de fuerza, esa nave podría caminar sin detenerse un momento durante 30.000 años, con la velocidad de 15 nudos por hora. Cada gramo agregado a los que ya se poseen tiene el valor de una adición casi perpetua, puesto que se necesita el transcurso de 1600 años para que el radio pierda apenas la mitad de su energía. Después de 1600 más, todavía el radio conserva un cuarto de su energía. Después de 20.000 años, el radio pierde su capacidad emanatriz, y se convierte en plomo común. Si se pudiese aprovechar en un solo minuto toda la energía que puede producir en 20.000 años un solo gramo de radio, esa sola cantidad bastaría para volar todos los barcos de guerra del mundo entero. En fin, seis gramos de radio contenidos en un tubo de vidrio, que un hombre imprudente llevase en el bolsillo, bastaría para matarlo en 24 horas, porque le destruiría los tejidos y los huesos.

El odio puede ceder a las súplicas, ser desarmado por circunstancias políticas y razones de estado, contenido por dificultades, enfriado por el tiempo. Ni súplicas ni consideraciones ni el tiempo mismo pueden relevarnos del reconocimiento: sus derechos son imprescindibles.

CICERÓN.



CUESTIÓN DE NOMBRE

— Como los seis han venido,
tiene que venir el séptimo.
Pero tarda, ¡tarda mucho!
— Estará ocupado.
— Creo
que antes del 12 de octubre,
si es un chico honrado y serio
y no pretende que yo
haga un papelón tremendo,
llegará aquí.
— ¿Y si resulta
que no es varón?
— *¡Vade retro!*
Será varón. El ya sabe
que no tiene otro remedio.
Completará el septimino
estruendoso de chicuelos
que irá por casa descalzo
o calzado, ya veremos.
La cuestión de los botines
es, hoy día, lo de menos.
— ¿Dígame, ¿está usted seguro
de que han bajado de precio?
— No es eso lo que me importa.
En realidad, lo que quiero
es que el muchacho se apure
y no ande perdiendo el tiempo;
no ignora que se le aguarda
con urgencia. Y yo no puedo
esperar a que de pronto,
haya un cambio de gobierno.
— ¿Por qué no le manda un radio-
telegrama?
— Un día de estos
debe marcharse Irigoyen,
y estoy con el agua al cuello.
— Déjele usted que se marche.
— Imposible. Mi proyecto
consiste en que ese gran hombre
sea el padrino. Por eso
el séptimo me interesa
más que el quinto y más que el sexto.
¡Hipolitito del alma,
óyeme, no seas terco,
y atiende a lo que te pido
y atiende a lo que te ruego!
¿En dónde vas a encontrar
un padrino tan excelso?
Mira que, si no aprovechas
la ocasión, serás un necio.
No hagas que llegue a insultarte
y te llame, por ejemplo,
¡Mal hijo!, antes de que nazcas.
¡Apúrate!
— Le prevengo
que, de no calmarse al punto,
tendré que llamar al médico.
Usted está muy nervioso.
Usted está muy enfermo.
— Es que me encuentro en un trance
terrible.
— No sea ingenuo.
La cosa no es para tanto.
¿Usted quiere, para el nuevo
vástago, un padrino ilustre,
un presidente? ¿No es cierto?
Pues espere usted tranquilo.
Si es un varón y es el séptimo,
en vez de llamarse Hipólito,
puede llamarse Marcelo.

LUIS GARCIA



DIBUJO DE MACAYA.

Necrología


Señora Angela M. Cenci Di Giacomo. — Capital.


Señora Nicolasa Antico de Defeo. — Capital.


Señora Ghelvia Sánchez Picado de Agrelo. — General Rodríguez.


Señora Eulalia Velasco de Zorrilla. — Torrecita.


Señor Dante Bollo. — Capital.


Señor Santiago Iglesias Castro. — Pergamino.


Señor Rogelio Lorenzo. — Capital.

MÁXIMAS Y REFLEXIONES

HAZ BIEN. — *Muchas veces oigo* quejarse de desengaños a los que dedican gran parte de sus afanes a la propaganda de las ideas de regeneración social.

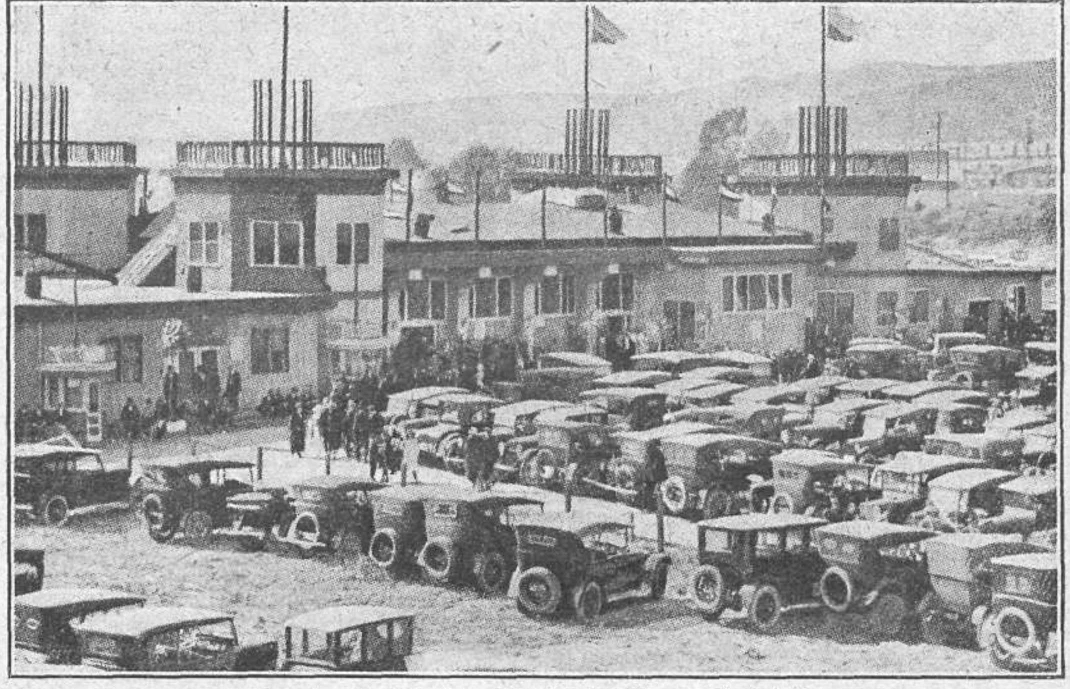
Tropiezan a cada paso con la ignorancia y con la dificultad de convencer a la mayoría. Se desesperan de obtener escasos resultados. Tras largos y enormes esfuerzos, algunos se desalientan y abandonan la lucha... Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la historia — que es la experiencia de los demás, — me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores (grandes y chicos) han luchado con los mismos inconvenientes y que, sin embargo, la Humanidad ha realizado grandes progresos. Cuando he comprendido eso, he empezado a tener paciencia, a esperar, y a no parecerme pequeña ninguna ventaja, ningún triunfo, ninguna conquista, por inferiores que a primera vista resultasen comparadas con la energía gastada en conseguirlos.

He aprendido que los grandes hechos sociales se forman así, lentamente, paso a paso, y que nada hay despreciable en el continuo caminar de las ideas. Me he convencido de que lo fundamental en la propaganda es el acto de fe que realizamos todos los días creyendo que aquello que predicamos, no obstante ser hoy rechazado por muchos, será en lo futuro el credo de la mayoría, el credo de la Humanidad toda, y que esa fe en el porvenir de nuestras ideas se va comunicando a los demás y es lo que constituye la fuerza de las doctrinas y de los partidos.

Eso, en cuanto a las impaciencias y a los desalientos por la poca eficacia de la propaganda. En cuanto a los desengaños que proporciona la ingratitud de aquellos mismos a quienes queremos salvar, no sólo no deben extrañarnos sino que es preciso contar con ellos como cosa inevitable, segura. Quien tenga tanto amor propio y tan escaso amor al ideal que el choque con la ingratitud — hija muchas veces de la ignorancia, no de la malicia — pueda hacerlo retroceder o renegar de lo hecho, ése, que no se haga portaestandarte de ninguna reforma.

Rafael Altamira.

LA CIUDAD TABERNA



Los autos alineados ante los despachos de bebidas en "Tia Juana".

Sabido es el rigor con que las autoridades norteamericanas hacen cumplir la llamada *Ley seca* y los mil ardides que para burlarla urden los buenos bebedores, los *húmedos*. Como es natural, el contrabando ha sido y es el primer auxiliar y mantenedor en esta cruenta lucha. Las fronteras, tanto marítimas como terrestres, presentan ininterrumpido frente de batalla. Una caricatura publicada en el *Punch* revela con gráfica claridad tal estado de cosas. El capitán de un velero, instalado en cómoda poltrona, bebe con fruición su *whisky* en la toldilla de popa. El contramaestre le advierte:

— Capitán, a causa de la calma la popa del barco está aún dentro de las aguas territoriales y no tenemos derecho para beber.

— *Is that so?* — contesta el capitán — Haga usted trasladar la carga a proa para que la popa salga del agua...

En tierra no hay que acudir a tales extremos; se cruza la frontera, y allí, a un paso, libertad absoluta.

Tía Juana, en Méjico, es un caso típico; años atrás era una pobre barriada. Hoy gracias a la ley seca se ha transformado, y el oro corre a raudales a la par de bebidas espirituosas.

Apenas despunta el alba se ven llegar caravanas de autos norteamericanos, que se alinean ante los almacenes en apretadas filas, como puede verse en el grabado. Como no bastan los salones para contener la numerosa clientela, se han instalado en galpones improvisados bars, y aun así hay quienes deben llevarse el ansiado licor a su coche para poder paladear a su sabor el placer prohibido.

La organización de esta ciudad taberna recuerda la de las cantinas de los campamentos en la guerra. Grandes letreros anuncian las mercaderías con pomposas y sugestivas palabras. ¡Nada de alcohol de patata! Pura uva.

Champaña, Oporto, Jerez, Rin, Málaga, Marsala, etcétera.

Whisky, Rom, Ginebra...

Y los clientes corren, se alinean como soldados bajo sus banderas, cada cual a su licor favorito.

Y luego el espectáculo se transforma en algo extraordinario, cuando los efectos de la consumación se dejan sentir; una alegría infantil se desborda: risas, cantos, silbidos, aullidos, van en crescendo, y la infernal batahola sólo termina a la noche, al iniciarse la desbandada de los felices contraventores a la *ley seca*.



Uno de los muchos galpones-bars, paraísos prohibidos de los yankis.



Los alumnos y personal docente de la escuela "Remigio Carol", de la estación Beltrán, bajo la dirección del comisario de la localidad' celebraron el Día del Arbol plantando un buen buen número de ellos.

EL ÓRGANO DEL GUSTO

Cuando hablamos del órgano del gusto, pensamos indefectiblemente en la lengua, pues en ella radican los principales nervios del gusto que transmiten directamente al cerebro lo que llamamos sensación del gusto.

Pero para que sintamos esa sensación es necesario que el objeto paladeado se disuelva por lo menos en parte en un líquido, sea en el agua o en el flúido natural llamado saliva, secretado por las glándulas de la boca, pues aún las sustancias de gusto más marcado, como la sal, el azúcar, la quinina, no nos dan la impresión del gusto en el cerebro si no se aplica la materia en forma de solución sobre los nervios de la lengua y de la garganta.

Estos nervios no están regularmente distribuídos por la boca; se encuentran en mayor número hacia la punta de la lengua y en su base que en el centro y en los lados de dicha víscera.

La diferencia de gustos de las diferentes sustancias es debida a los efectos producidos por las soluciones que hemos dicho en las celdas cerebrales que gobiernan las reacciones nerviosas, de la misma manera que percibimos las diferentes intensidades de los sonidos y como notamos los diferentes grados del placer o del dolor.

El agua. — Eres tonta — le dijo al agua el hombre.

El agua no dijo nada, pero, al correr, se llevó riendo la silueta del grave académico que dogmatizaba sobre la orilla.

AGRICULTURA

CULTIVO DE SECANO

Hemos visto en otro artículo anterior que este cultivo permite explotar útilmente tierras situadas en zonas de escasa lluvia, tan escasas que parecería no consintieran una producción remuneradora y beneficiosa; cuando caen en una determinada región solamente de 200 a 400 milímetros de agua de lluvia por año, decimos que es aquella una región *semiárida;* y es árida si caen en ella menos de 200 milímetros de lluvia.

En nuestro país hay muchas localidades que se encuentran en una de estas condiciones: en Neuquén, Río Negro, Chubut, Mendoza, San Juan, Catamarca, Rioja y Santiago del Estero; y donde no se dispone de agua de riego, para subsanar esta deficiencia natural del clima no hay más remedio que adoptar el cultivo de secano, con el que se tiende a almacenar en el suelo el agua de lluvia y conservarla en su mayor cantidad, impidiendo su evaporación.

Para obtener estos resultados se efectúan aradas profundas y rastreadas numerosas y frecuentes a fin de mantener una capa de tierra de 4 a 5 centímetros de espesor finamente pulverizada en la superficie del suelo, la que suele llamarse «sábana de polvo», que impida la evaporación; se ejecutan siembras profundas, para que las raíces se desarrollen en las capas más frescas del suelo, y, en fin, carpidas suficientes para tener limpio el suelo de las malezas que absorben el agua inútilmente. En la práctica y en pocas palabras, el sistema consiste, más o menos, en esto: una rastreada bastante profunda con rastra de discos después de levantada la cosecha; arada, tan profunda como lo permita la naturaleza del suelo, después de la primera lluvia abundante; compresión del subsuelo por medio del rodillo compresor, inmediatamente después de la arada; rastreos frecuentes y después de cada lluvia con rastra de discos para conservar la humedad del subsuelo y mantener la «sábana de polvo»; siembras tempranas, profundas de 8 a 10 centímetros y en líneas a mayor distancia que en los sistemas usuales empleando la menor cantidad posible de semilla y, en fin, rastreo y carpidas frecuentes, para conservar la tierra suelta y limpia, tanto como lo permita la clase de cultivo a que se aplica el sistema.

Como se ve, nada de extraordinario exige el sistema de que nos ocupamos, pues todo converge a vigilar cuidadosamente el suelo para impedir la evaporación del agua de lluvia en él almacenada.

En artículos sucesivos trataremos de las reglas especiales a observarse para cada cultivo y veremos los resultados, a veces imprevistos y casi increíbles, que se pueden obtener con la aplicación racional del sistema de que nos ocupamos.

PLANTAS FORESTALES: LA ACACIA BLANCA

Entre los árboles forestales de fácil cultivo, de rápido desarrollo y adecuados para formación de avenidas o monte para la leña y para madera, la acacia blanca (robinia pseudoacacia) es sin duda uno de los más apreciados. Aunque teme un tanto las heladas a destiempo, sobre todo en sus primeros períodos de vida, se adapta bien en la zona central del país, como ser las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, y la Pampa, especialmente si se cultiva en tierras sueltas, livianas y fértiles.

A fines de este mes de septiembre y durante todo octubre, mejor dejando pasar los peligros de heladas tardías, se siembra en almácigos, de tierra bien preparada, en líneas de 35 a 40 centímetros de distancia, y a 4 ó 5 centímetros de profundidad; con un kilogramo de semilla buena y nueva, de la última cosecha, se obtendrán tantas plantas, como para formar 10 hectáreas de monte; únicos cuidados culturales para el almácigo son los riegos frecuentes y las carpidas necesarias para mantenerlo limpio de las malezas. Al año siguiente de la siembra, durante el invierno se procede al transplante que puede ser en su lugar definitivo o en vivero; muchos prefieren dejar las plantas en vivero un año, colocándolas a 60 ó 70 centímetros de distancia en todo sentido; durante este segundo año de vida se efectuarán en el vivero los mismos cuidados culturales, esto es, carpidas y limpiezas.



Rama florida de acacia blanca.

Llegado el momento oportuno, a fines de invierno se procede al transplante definitivo en el terreno destinado a monte, en pozos abiertos de antemano situados al tresbolillo, a distancia de 2 a 2 y medio metros según se trate de monte tallar o monte alto, respectivamente.

Explotando la acacia en monte tallar, a los 4 ó 5 años de edad puede cortarse para obtener medios postes y leña o carbón; a 8 ó 10, para postes enteros y largos, para telégrafo, etc., y de 15 a 20 años ya es para rollizo de diámetro mayor, destinados a tirantes y madera para carpintería, etc. Pasado igual período de tiempo, según los casos, se procede a nuevos cortes, y así sucesivamente, teniendo la acacia un largo período de vida, que puede alcanzar a 80 ó 100 años.

LOS MILAGROS DE LA CIENCIA

Si los agricultores se dieran cuenta cabal de lo que vale la ciencia agrícola y del rol trascendental que tiene en los resultados de su industria, cualquiera que sea la forma de su explotación, serían quizás menos reacios en escuchar los dictados de la misma y en aplicar sus principios y sus leyes, que son la base de toda buena organización agrícola y económica.

Son verdaderos milagros los que resultan de sus grandiosas aplicaciones, y para apreciarlos basta recordar los altos rendimientos de 40, 50 y 60 quintales de trigo por hectárea y los de 1.500 y 2.000 quintales de papas obtenidos en Europa con la aplicación de abonos químicos y la sideración; los rendimientos de 150 y 200 quintales de maíz obtenidos en Norte América con la selección y el buen cultivo; las grandes obras de irrigación que hacen fecundas, en Egipto, zonas inmensas en que no llueve nunca; las que son modelo clásico de hidráulica agraria en Lombardía (Italia), donde se sacan 25 toneladas de pasto por hectárea en el año y en cuyas praderas pueden alimentarse hasta 10 vacas lecheras por hectárea; la desecación del lago Fúcino en la provincia de Roma, en cuyo fondo hoy se extienden hermosas campiñas; los cultivos forzados en invernáculos en Inglaterra, donde extensiones mayores de una hectárea están enteramente bajo vidriera, en las cuales se obtiene uva durante todo el año, y donde hay ejemplos de haberse cosechado en 4 hectáreas 1.400 quintales entre uva, tomate, papas, arvejas y chauchas; la floricultura en Holanda, donde cada retazo de tierra es una mina de plata; las granjas en Norte América, donde en 3 ó 4 hectáreas se sacan hasta 12.000 pesos oro anuales; la lucha contra las plagas del algodonero y de los frutales utilizando los aeroplanos para espolvorear, con arseniato de calcio, las plantas; la aplicación de la electricidad en la motocultura y de la luz artificial para aumentar y duplicar la producción hortícola y frutal, y, en fin, un sinnúmero de inventos y cosas que no son ensayos de gabinete sino aplicaciones industriales efectivas y remuneradoras, de resultados reales, tangibles y beneficiosos en alto grado.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.

Enlaces





Señorita Matilde Sáenz con el señor Manuel Vita. — Trenque Lauquen.





Señorita Sina Alba con el señor José Rodriguez. — Huanguelén.





Señorita Josefina Stoisa con el señor A. L. Paz. — Rosario.





Señorita Matilde Montané con el señor Bernardino Mass. — Carlos Casares.



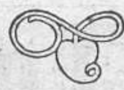


Borrero-Núñez. — General Arenales.



TÓPICOS DE LA FERIA DE SEVILLA

La fiesta





En la ciudad de lonas y flores que constituye la Feria de Sevilla, todo es fiesta, jolgorio y alegría.

Se multiplican los bailes en las casetas, llenándolas de músicas y ritmos gitanos; redoblan los niños sus tambores y tocan sus trompetas poblando los aires de notas guerreras; en la choza del gañán que cuida del ganado, se regocija la pobre familia, acordando con los ecos más alegres de la guitarra los sentimientos de sus esperanzas cumplidas, traducidas en coplas serranas; y en la calle del *Infierno* la gente moza se divierte con la gitanería que acampa en sus tiendas de venta de buñuelos, en los *tíos vivos* y en las barracas y circos con los enanos, los monos y los clones.

Durante el día, el sol que deslumbra bajo un cielo de azul purísimo, vuelca todos los oros de sus ánforas sobre este ferial maravilloso, convirtiéndolo en una alucinante orgía de luz y de colores; y durante la noche las luces de los farolillos y de la luna blanca, como un sol en nacimiento, hacen de la Feria un policromo jardín de destellos, auroras y constelaciones.

El halo de luz que corona la Feria es como si un gigantesco fulgor coronara a Sevilla en su fiesta nupcial.

La Feria es un prodigioso concurso donde todo se hace fiesta, hasta el negocio y el cálculo. Por eso hasta los tratos de compra y venta se hacen entre copas de vino, y los gitanos nos engañan entre coplas y risas y palabras jocundas y dicharacheras.

La música, y las mujeres, y el vino, y las luces, y los cantares, son todo el componente de esta maravillosa fiesta sevillana, poema de los más alegres sentimientos y como el genio de la Primavera triunfante.

LA GUITARRA

Es el instrumento musical de la Feria y como el espíritu de Sevilla hecho acorde, su verbo, arpegio y armonía.

Entre las cuerdas de la guitarra late el corazón sevillano, y se hacen sonidos su pasión, y quejas sus amores.

Toda el alma sevillana ríe, llora, se desespera, se irrita, en las sutiles cuerdas del mago instrumento.

Así es alegre en la seguidilla y triste en la *soleá*, y como suspirante y tormentosa en la malagueña dolorida y desgarrada.

En la guitarra tiene su eco la desilusión, y su expresión los celos torturadores, y su armonía los besos, y sus apagadas notas los suspiros.

Todo lo que es emocional y emotivo tiene sus más claras voces en la guitarra, y es así como la lengua que más sabiamente sabe traducir las alegrías, las penas y los ensueños de ese inmenso corazón de Sevilla, cuyos latidos se sienten en el mundo entero como una palpitación del amor inmortal y único.

LA COPLA

Lo que no acierta a explicar la guitarra lo dice la copla.

El genio popular halló en sus versos el crisol de todas sus inspiraciones, y su poesía la forma clara de sus más hondos sentimientos.

Y porque es la voz cantarina del pueblo, la copla es alma, donosura y corazón.

Por eso es la queja de los dolores; y la risa de la alegría; y el grito sostenido de la congoja; y el ronco rumor de los celos; y la palabra dulce de la ternura, y la delicada y suave nota de la melancolía.

Toda la ciencia del pueblo tiene su lenguaje musical en la breve estrofa, que unas veces canta al amor con sus mieles, con sus amarguras, sus ternezas y sus traiciones; y otras al dolor con sus angustias y renunciamientos, sus desesperaciones y sus martirios; y otras a la Muerte, en fin, con las tenebrosas dudas que la acompañan o las esperanzas de una vida venturosa y eterna.

«Los ojos de mi morena
Son dos brillantes luceros,
Que si me miran me matan,
Si no me miran me muero.»

«Cuando se quiere de veras
No se teme al qué dirán;
Quién tiene fe en el camino
No vuelve la cara atrás.»

«Arroyo no corras más
Porque no has de ser eterno;
Te ha de quitar el verano
Lo que te ha dado el invierno.»

Todo sentimiento del corazón sevillano tiene un eco en su copla. ¡Cuán expresivo es este cantar del de la constancia!

«Cien años después de muerto
Ha de quedar en mi tumba
Ceniza de tanto fuego.»

No es menos claro este del amor a nuestra tierra:

«Cuando salí de Sevilla
Volví la cara llorando
Adios, tierrecita mía,
¡Qué lejos te vas quedando!»

¿Y esta voz de la fatalidad y del sino?

«Nacimos para querernos.
¡Con mala estrella nacimos!
Ni tú puedes olvidarme
Ni yo olvidarte consigo...»

Tiene toda la fuerza de lo predestinado y de lo seguro. Así como esta otra:

«Quiero decir y no digo,
Y estoy sin decir diciendo;
Quiero y no quiero querer
Y estoy sin querer queriendo.»

Y ¿qué poesía más honda que la de este cantar del amor bueno y desgraciado?

«A mi corazón prendieron,
A la cárcel lo llevaron,
Y sin delito ninguno
A muerte lo sentenciaron.»

Y, por último, ¿qué poema al amor firme y exaltado, como este breve poema de cuatro versos de oro purísimo?

«El amor que puse en ti
Tan firme y tan verdadero,
Si lo hubiera puesto en Dios
Hubiera ganado el cielo.»

La copla vuela a veces con alas de mariposa y a veces con alas de águila caudal.

También es flor de esperanza y de vida o puñal de traición o de muerte.

En sus cortos versos puede estar encerrado el secreto de nuestro destino.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN.

De Territorios. — Victorica (Pampa)



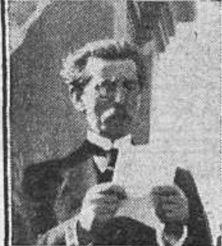
Señorita Mercedes Bustos, que en nombre de esta sociedad pronunció un elocuente discurso.



Grupo de los únicos sobrevivientes que pelearon junto con los héroes de Cochicó en la conquista del desierto.



Señorita Matilde Alsina, que habló en nombre del magisterio local.



Coronel Agustín Urtubey, delegado por el Centro Expedicionario al Desierto, pronunciando su discurso.



Comisión organizadora del brillante acto conmemorativo del 40.° aniversario de los "Héroes de Cochicó", doctores Calussio, Sidebatton, Ortiz, Romero, Giménez, Perazzo, Biniegras, Basualdo, Rearte, Rosende y coronel Agustín Urtubey.

El intendente, doctor R. Calussio, declarando inaugurada la plaza principal del pueblo con el nombre de "Héroes de Cochicó".

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

La fatiga y sus proyecciones sociales, *por Alfredo L. Palacios*. — El autor de este valioso libro, cuyo elogio no es necesario hacer empleando adjetivos más o menos bombásticos, es uno de nuestros *intelectuales* más distinguidos y laboriosos. Le preocupan especialmente las cuestiones sociales, en cuanto su estudio puede tener como consecuencia el mejoramiento de la situación material y moral de las gentes que viven de su trabajo, cualquiera que sea el género de ese trabajo. En este libro el doctor Palacios estudia la influencia de la fatiga en los obreros, y las consecuencias que puede tener en el juego del mecanismo social. Es un estudio muy interesante y completo, efectuado directamente por el autor, que llega a conclusiones merecedoras de ser muy tenidas en cuenta por quienes tienen la responsabilidad práctica de las soluciones legales que se da a los problemas de índole social.

El valle inmóvil, *por Carlos Bernaldo de Quirós*. — Nótase de algún tiempo a esta parte cierta frecuencia en la publicación de libros serios sobre las provincias que han menester, para su bien, algo más que la mera literatura, a menudo puramente imaginativa, sin base alguna en la realidad. Este del señor Bernaldo de Quirós es uno de esos libros, y su argumento, como quien dice, es la provincia de la Rioja, que pertenece al número de las que menos suelen interesar a las gentes del litoral, tal vez porque está tan lejos. La Rioja tiene una fisonomía propia, aún en el grupo de las provincias andinas, y el autor ha procurado traducirla lo más lealmente posible en su libro, que si no es propiamente una obra literaria, ha sido escrito por la pluma de un buen escritor, y, además, muy bien informado.

Cuentos Policromos, *por Marcial Belascoain Sayós*. — La Biblioteca Popular *Juan Bautista Alberdi*, de reciente fundación, inicia sus publicaciones con la de este libro, respecto del cual dice La Dirección al lector: «Los trabajos que componen el volumen son todos a cual mejor, el autor domina toda la gama literaria y sabe ya encerrar una tesis filosófica trascendental en uno, como una situación picaresca en otros, pero, sobre todo, sus cuentos son de fondo, de un mérito grandísimo. Nutridos están ellos de observación y de pensamientos; como al descuido el autor pone en ellos las resultantes de sus estudios y de sus reflexiones. Instruye inadvertidamente, mucho, y escribe en una forma llana y fluída, tal que una vez iniciada la lectura de un cuento no puede dejarse sin llegar hasta el final». Los cuentos en que lucen tan bellas cualidades son, en este volumen, cuarenta.

Discursos académicos. — La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires ha publicado el segundo tomo de Discursos Académicos, obra emprendida con motivo de su centenario. Este tomo contiene catorce discursos, pronunciados desde 1911 a 1921, y la verdad es que no comprendemos por qué, al hacer el índice, el encargado de la publicación no se dió el pequeño trabajo de apuntar, después del nombre del autor, el asunto o materia u ocasión de cada discurso. Pero en las publicaciones oficiales se tiene, casi siempre, tanto miedo a hacer índices como despreocupación por las facilidades que deben darse al lector.

¡Escúchame, mujer!, *por María del Carmen Guzmán*. — He aquí un libro cuya lectura haría seguramente mucho bien a algunas prójimas de la autora, de aquellas que están creyendo que la mujer debe ser igual al hombre en todo, hasta en los vicios; pero esas damas no leerán este libro porque nada hay en él de las complicaciones que gustan a las gentes que *viven su vida*, como dicen, siendo que en realidad, más que la propia, viven la vida de los demás, es decir, la vida que los demás, por esta o aquella causa, quieren que vivan. En cambio, las mujeres buenas, amables, dulces, leerán con gran placer este libro, que es el fruto de una delicadeza de sentimientos femeninos digna del mayor respeto y admiración.

Las Ramas Verdes, *por Campoamor de Lafuente*. — Sería el caso de decir que nombre obliga, si la lectura de los versos del señor de Lafuente no dejase la impresión de que sería igualmente poeta aunque llevase cualquier otro nombre. Es un poeta sencillo y sensible que ha podido escribir con razón estos bonitos versos: — «Mi corazón es un niño — de alma dulce y ojos tristes. — Habla y le salen en verso — todas las cosas que dice. — Y dice cosas henchidas — de ternuras infantiles... — Llégate a mi corazón — y escucha lo que te dice.» — Quien quiera escuchar, esto es, leer los versos del señor de Lafuente, no perderá su tiempo y quedará singularmente complacido.

Vida y obras de don Pedro Echagüe, *por Alfredo Monla Figueroa*. — Durante muchos años permaneció casi olvidada la figura literaria de don Pedro Echagüe, de quien ya en ocasiones anteriores nos hemos ocupado; sacada de nuevo a la luz, está siendo objeto de estudios atentos que la ponen en el lugar que merece en la historia de la literatura nacional. El autor de este nuevo estudio ha querido, y lo ha logrado cumplidamente, «asumir la representación de sus comprovincianos, los hombres jóvenes de San Juan, para ofrendarlo (su estudio) a la sombra de Echagüe como el tributo de veneración y gratitud que un porvenir de esperanzas le dedica a un pasado de abnegación y de gloria.

Las Horas Doradas, *por Leopoldo Lugones*. — De Lugones no es posible, en verdad, decir nada que pueda caber en pocas líneas, como no sea repetir una vez más que es un gran poeta, el más grande quizás de los actuales poetas en lengua castellana. Decirlo es, como se ve, bastante fácil; demostrarlo, sería largo y sobre todo aburrido, porque todo el mundo está convencido de ello, y quien no lo estuviese no tiene sino que leer *Las Horas Doradas*.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

La caricatura del amor, por Mario Bonatt. Ed. «Imp. Chile». Antofogasta. Chile.

Bajo la garra, por Eduardo Abril Amores. Ed. «Aguilera». Santiago de Cuba.

Almaida de Etremont, Manzana de anís, y otros cuentos, por Francis Jammes. Ed. «Cultura». Méjico.

Sarasa y **El Medallón**, novelas, por Manuel Hernández y Miguel Angel Penna, respectivamente. Tucumán.

Alas Nuevas, poesías por Pedro Leandro Ipuche. Ed. «La Joya Literaria». Montevideo.

Religio Religiosi, estudio religioso, por el Illmo. cardenal Gasquet I. S. B. Ed. «Bayardo». Buenos Aires.

FOLLETOS:

La instrucción primaria en la República Argentina. Publicación oficial ilustrada. Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires

Canto Epico a la Independencia, poesías por E. Ramírez Brau. San Juan. Puerto Rico.

Vida y obras de don Pedro Echagüe, por Alfredo Monla Figueroa. Ed. Schenone Hnos. y Linari. Buenos Aires.

Cruz Roja Argentina, memoria del Comité Provincial de Santiago del Estero. Año 1921. Santiago del Estero.

REVISTAS:

Industrias. Año IV. N.° 34. Buenos Aires.

Municipalidad de la Capital, boletín de la Dirección General de Plazas de Ejercicios Físicos. Año II. N.° 13.

Periódico para la Imp. y Comercio Sudamericano. Año 1922. N.° 16. Leipzig. Alemania.

Revista de Filosofía. Año VIII. N.° 5. Buenos Aires.

El Oeste. Año II. N.° XIX. Buenos Aires.

Arquitectura. Volumen I. Números 6, 7 y 8. Méjico.

Anales Gráficos. Año XIII. N.° 8. Buenos Aires.



H. RENANCO (F. C. P.). — El señor Menéndez, corresponsal del "Diario Español", durante la brillante conferencia que dió en esta localidad, bajo el patrocinio de la Sociedad Española.



EN UN HOGAR EN QUE LA SALUD REINA,

los papás saben que para ellos y sus hijos hay un purgante, el

RICINOL

que teniendo todas las bondades del puro aceite castor, que es su base, es de un sabor tan agradable que cuando se toma la dosis ella obliga a pedir más.

Es el mejor de los purgantes y se vende en todas las farmacias de la República.

FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192
Unica Sucursal: Florida, 159
(Pasaje Güemes)
U. Tel. del 5921 al 5925, Avenida

jamás falta un frasco del original

Fermento Láctico Vivo

el remedio aconsejado por la ciencia para combatir los venenos intestinales que llevan al endurecimiento precoz de las arterias y por ello a la vejez prematura. Cura las infecciones intestinales y está especialmente indicado en los casos febriles graves.

Pídanos el interesante folleto que sobre este producto distribuímos.

FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192
Unica Sucursal: Florida, 159
(Pasaje Güemes)
U. Tel. del 5921 al 5925, Avenida

Diego Gibson



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Logogrifo-jeroglífico, por Alberto Daponte (ciudad)

NOMBRE

1 2 6 5 3 4 7 8 9 0

N.º 2
Logogrifo-jeroglífico, por Alberto Daponte (ciudad)

ORILLA

1 5 3 4 2

N.º 3
Jeroglífico comprimido, por «Mario» (ciudad)

NOTA VOCAL NOTA

N.º 4
Logogrifo-jeroglífico, por Alberto Daponte (ciudad)

COLOSO

1 2 5 3 4

N.º 5
Charadístico, por «Mario» (ciudad)

1.ª	2.ª y 3.ª	3.ª, 4.ª y 5.ª
TIEMPO DE VERBO	ANIMAL	EN EL ARBOL
TODO: EN LA COCINA		

N.º 6
Logogrifo-jeroglífico, por «Mario» (ciudad)

HOSPEDAJE

1 4 3 6 5 2

N.º 7
Logogrifo-jeroglífico, por Arturo Landó (Gualeguaychú, Entre Ríos)

BATALLA

1 2 3 5 7 6 4

N.º 8
Intercalación comprimida, por Arturo Landó (Gualeguaychú, Entre Ríos)

VDI A BEB RMA

N.º 9
Metátesis, por «Alphreth» (Mercedes, Bs. As)

1 2 3 4 5 6 INSTRUMENTO

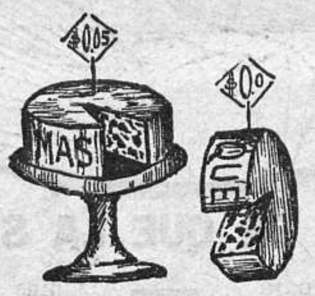
3 5 4 1 2 6 EN TURQUIA

N.º 10
Logogrifo-jeroglífico, por «Alphreth» (Mercedes, Buenos Aires)

EN MUSICA

1 2 5 6 3 4

N.º 11
Frase interpretativa, por Julio Renart (ciudad)



N.º 12
Frase en jeroglífico, por Julio Renart (ciudad)



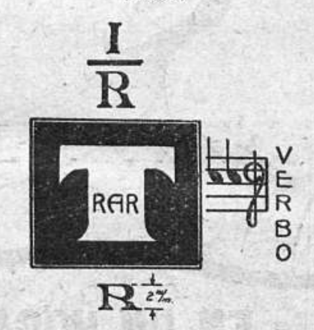
N.º 13
Jeroglífico, por Julio Renart (ciudad)



N.º 14
Comprimido de actualidad, por Víctor Pedro Volpe (ciudad)



N.º 15
Comprimidos, por Víctor Pedro Volpe (ciudad)



CONCURSO DE PASATIEMPOS
SEPTIEMBRE de 1922.
CUPON N.º 1252.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también *los del interior y exterior.*

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de septiembre. — Se reciben soluciones hasta el 12 de octubre inclusive.

Nota. — El segundo premio del concurso de mayo próximo pasado otorgado a la señorita Filomena D. de Lasalle, por colaboraciones, corresponde a los juegos publicados con el seudónimo «La Negra».

Comentarios



— Con Alvear todo irá como es debido.
— ¡Ah, sí! Será una hermosa presidencia.
— Es un hombre de gran inteligencia.
— Un hombre que ha leído
y que sabe... ¡Dios mío lo que sabe!
— No necesita Alvear que se le alabe.
El que le ha conocido,
le aprecia en lo que vale.
— Convenido.
Yo le conozco mucho.
— Yo le trato
desde que empezó a andar.
— ¡Pues ya hará rato!
— Todos le conocemos.
— Todo de él lo esperamos.
— Esperemos

— Eramos compañeros desde chicos.
Con él iban algunos
aplicados y algunos muy borricos,
¡y comprábamos unos
alfajores tan ricos!
— ¡Oh los dulces recuerdos de la infancia!
— Tienen mucha importancia.
Cuando un sujeto llega a presidente
se acuerda de esas cosas fatalmente.



— Yo, cuando era chicuelo,
también fuí muy amigo de Marcelo.
Jamás ha sido flojo,
y un día, yo no sé por qué motivo,
Marcelo me hinchó un ojo.
¡Es de un genio tan vivo!
Ahora que la ocasión se le presenta
ha de tenerlo en cuenta.

— A mí, en uno de esos
trances por los que todos han pasado,
me prestó cinco pesos.
— ¡Qué desinteresado!
— Y quiero devolvérselos al punto
y tratar a la vez de cierto asunto
que a ambos nos interesa.
Voy a ver si le arranco la promesa
de hacerme secretario u otra cosa
igualmente agradable y substanciosa.
Le devuelvo sus pesos. Me parece
que ese rasgo merece
de una manera digna ser premiado.
¡Siempre debe triunfar el que es honrado!

— A mí con los extraños
no me va a confundir. También espero
que vea en mí un antiguo compañero.
Los dos hemos tenido varios años
el mismo zapatero.



— Yo le estreché la mano
una vez en París.
— Y yo en Belgrano.
— Yo le dí con el codo
y me excusé con toda cortesía.
— Aun con más hidalguía,
yo le ayudé a ponerse el sobretodo
una noche muy fría.
— ¿Será Alvear insensible
a tales agasajos?
— No es posible.

— Es todo un caballero, por fortuna.
Y debe, por sus viejas relaciones,
hacerse acompañar.
— Sin duda alguna.
— Para las ocasiones
son los amigos.
— ¡Claro!
— ¿Quién lo niega?
— Lo raro
sería que pensase
de otra manera un hombre de su clase.



— Con nosotros, Alvear será el más grande
presidente del mundo.
— El más perfecto.
— Haremos, lo que él mande.
con el mayor afecto.
— Secundar a individuo tan correcto,
tan humano y tan justo
debe de ser un gusto.
— Lo ha de ser, en efecto.
— Así es. ¡A secundarle!
¿Qué piensa Alvear, ahora,
ante la cantidad abrumadora
de amigos que pretenden ayudarle?

MONOS DE REDONDO.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: El buque en la botella, por **Héctor Pedro Blomberg.** Telepatía, por **José Albuerne.** La gloria por diez centavos, por **Rafael Ruiz López.** El placer de la venganza, por **Julio Aramburu.** Caprichos inéditos, por **Ramón Gómez de la Serna.** Minúsculas sonoras, por **César Garrigos.** Muerte y vida, por **Alfonso Durán.** Atahualpa, por **Bartolomé Galíndez.** Una muerte misteriosa en la calle Percy, por **E. Orczy.** La oración de doña Ximena, por **Miguel de Unamuno.** Trío en la menor, por **Machado de Assis.** La llamada, por **Leonidas Andreiev.** Las esposas de los reverendos, por **Segismundo Moriscz.** Hacia el paralelo 28, por **Santiago Fúster Castresoy.**